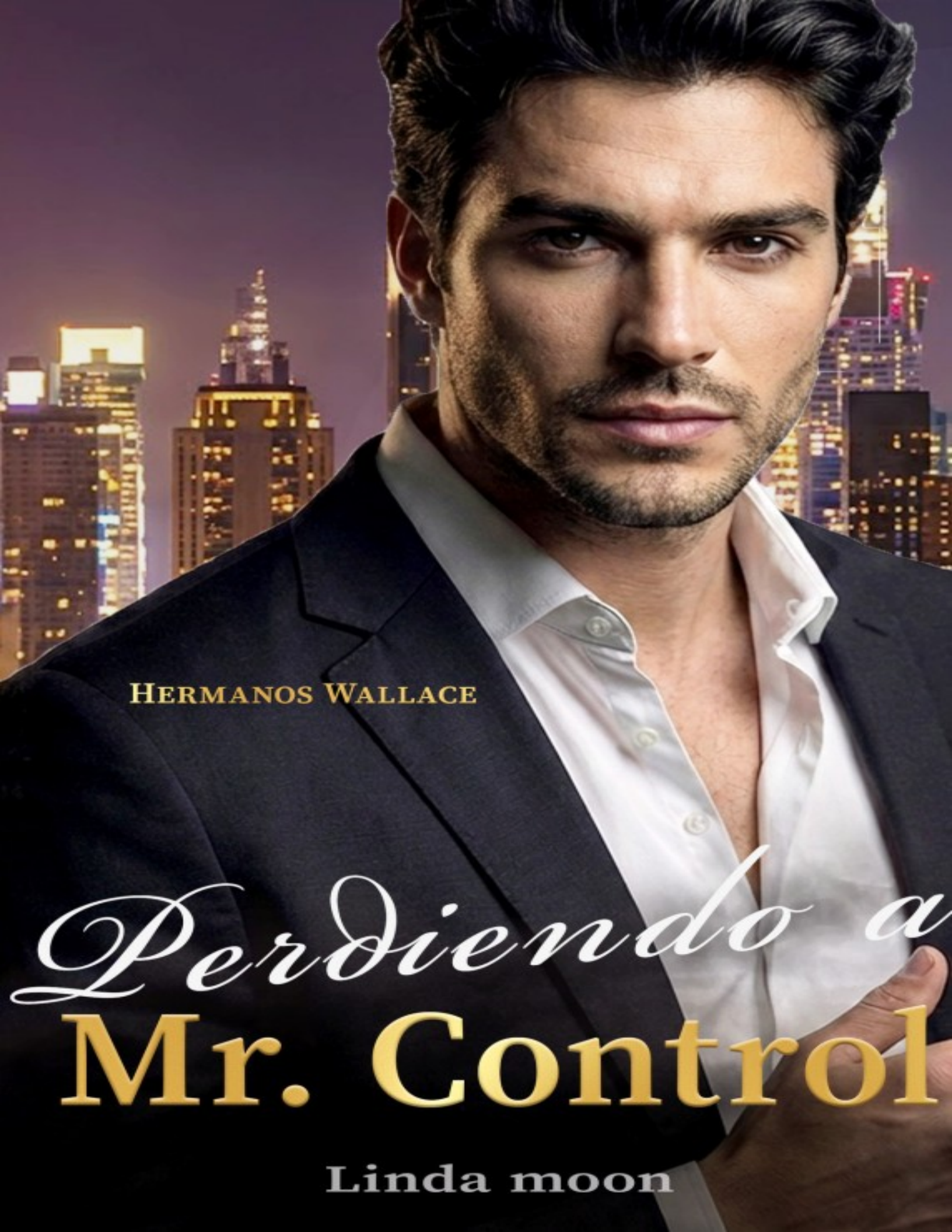

Hermanos Wallace
Perdiendo a
Mr. Control
Linda moon

Losing Mr. Control (Perdiendo a Mr. Control)

Linda Moon

Linda Moon

El poderoso director general Damon Wallace está obsesionado con su nueva empleada, Melissa. Su pasión secreta se transforma rápidamente en un escándalo público en medio de una peligrosa guerra corporativa.

¿Podrá su amor sobrevivir en un mundo de grandes fortunas y bajo su control total?

Copyright © 2025 por Linda Moon

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada ni transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio, sin la autorización previa y por escrito de la autora o del editor, salvo lo permitido por la legislación sobre derechos de autor vigente en los Estados Unidos y la Unión Europea.

Contents

Capítulo 1. Melissa
Capítulo 2. Damon
Capítulo 3. Melissa
Capítulo 4. Damon
Capítulo 5. Melissa
Capítulo 6. Melissa
Capítulo 7. Damon
Capítulo 8. Melissa
Capítulo 9. Melissa
Capítulo 10. Damon
Capítulo 11. Melissa
Capítulo 12. Melissa
Capítulo 13. Melissa
Capítulo 14. Damon
Capítulo 15. Melissa
Capítulo 16. Melissa

Capítulo 17. Damon
Capítulo 18. Melissa
Capítulo 19. Melissa
Capítulo 20. Damon
Capítulo 21. Melissa
Capítulo 22. Melissa
Capítulo 23. Melissa
Capítulo 24. Melissa
Capítulo 25. Damon
Capítulo 26. Melissa
Capítulo 27. Melissa
Capítulo 28. Damon
Capítulo 29. Melissa
Capítulo 30. Melissa
Capítulo 31. Melissa
Capítulo 32. Melissa
Capítulo 33. Melissa
Capítulo 34. Damon
Capítulo 35. Melissa
Capítulo 36. Damon
Capítulo 37. Melissa
Capítulo 38. Damon
Capítulo 39. Melissa
Capítulo 40. Damon
Capítulo 41. Melissa
Capítulo 42. Damon
Capítulo 43. Melissa

Capítulo 44. Melissa
Capítulo 45. Damon
Capítulo 46. Melissa
Capítulo 47. Damon
Capítulo 48. Melissa
Capítulo 49. Damon
Capítulo 50. Melissa
Capítulo 51. Damon
Capítulo 52. Melissa
Epílogo

Capítulo 1. Melissa

En las bodas hay gente que brilla y gente que lo sostiene todo con cinta adhesiva. Hoy yo soy la cinta.

Tengo dos reacciones fijas al estrés. La primera es que mi cerebro empieza a contar salidas automáticamente. No es ansiedad, es contabilidad aplicada a la supervivencia. La segunda es mi minibotiquín: tiritas, imperdibles, hilo y aguja. Suena ridículo hasta que el mundo cruje y te das cuenta de que eres la única persona en la sala que sabe cómo coserlo.

Son las diez de la mañana. En los últimos cuarenta minutos he resucitado un ramo que parecía haber muerto en el coche, he calmado a una novia al borde del colapso y he localizado a un fotógrafo que se había esfumado en algún pliegue del tiempo.

Me detengo un segundo frente al espejo del camerino. El pelo oscuro está recogido de cualquier manera y mis ojos marrones me devuelven una verdad cruel: dormir es un mito que les cuentan a los niños. O soy profesional o soy una persona que no puede desmoronarse. La diferencia es mínima.

Cristina, que es mi mejor amiga de siempre, sale del probador envuelta en una nube de encaje blanco que cuesta más que mi alquiler de medio año. Se ve perfecta, pero me mira con ojos de pánico.

—Melli, dime que encontraste el segundo pendiente.

—Lo encontré.

No le digo que estaban en el bolsillo de su propia bata. Hoy la verdad se sirve en dosis pequeñas. No duermo bien desde hace tres noches. El miércoles volé desde Nueva York solo para esto, y el jet lag me ha convertido en un zombi funcional. El café no me despierta; solo hace que mi cansancio tiemble por dentro.

—El bajo se ha roto —susurra ella. Su voz se quiebra—. Se enganchó en la puerta del coche. Melli, es una catástrofe.

Me arrodillo sobre el mármol frío. Tres centímetros de desastre en una seda que cuesta una fortuna. Cristina me mira como si yo fuera capaz de alterar las leyes de la física. Saco la aguja del bolso.

—Respira. No te muevas.

—Está arruinado...

—No está arruinado. Solo está conociendo la vida.

Coso rápido. Puntadas pequeñas, casi invisibles. Mientras lo hago, mi mente huye de Londres. El lunes empiezo en la empresa de mis sueños en Nueva York. Me ha costado seis meses de entrevistas y noches en vela conseguir ese puesto.

Esta boda es mi último acto de servicio antes de recuperar mi propia vida. Si fallo allá, tendré que volver a Stamford, a la casa de mis padres, y aceptar que tenían razón: que no puedo sola.

En un par de minutos, el vestido vuelve a ser impecable. Cristina suelta el aire y el oxígeno regresa a su cuerpo.

—Eres mi heroína —susurra.

Sonrío, pero por dentro me siento vacía. Sé ser la heroína de los demás, tapar agujeros y regalar mi tiempo. Para mí siempre es más tarde, luego.

***

La ceremonia en la iglesia es un borrón de incienso, flores frescas y música de órgano que me oprime el pecho. Veo a Cristina caminar hacia el altar y a su novio mirándola como si fuera lo único importante del universo. Los invitados lloran y yo siento un nudo viejo en la garganta.

Hace un año, Grock estaba a mi lado en una boda así y me susurró que algún día seríamos nosotros. Tres meses después encontré sus mensajes con otra. Le creí tantas veces que al final la idiota fui yo.

Corto el recuerdo. Miro el móvil a escondidas, un recordatorio: lunes, 9:00 AM. Mi nueva vida.

Salgo por una puerta lateral antes de que termine el banquete. Si me despido, Cristina me pedirá cinco minutos más y yo no sé romper los abrazos a tiempo. Huyo hacia Heathrow.

Londres pasa por la ventana del taxi como una mancha de calles grises y autobuses rojos bajo una lluvia fina. Mi madre llama. Contesto porque, si no, llamará hasta que el teléfono explote.

—¿Ya estás en el aeropuerto, Melissa? —su voz es demasiado suave.

—Ya, todo bien.

Pero mi madre ya ha decidido que no voy a poder vivir sola.

—Solo nos preocupamos. Quizá papá podría ir a buscarte y miras trabajo aquí, cerca de casa...

—Mamá, te llamo luego. No tengo batería.

Cuelgo. Aprieto el móvil hasta que se me ponen los dedos blancos. No quiero que me protejan de la vida; quiero vivirla aunque me equivoque.

Llego a Heathrow con el corazón golpeándome las costillas. Pago al taxista casi sin mirar el cambio y arrastro mi maleta por la acera de la terminal. Corro. O lo intento. Es difícil correr con dignidad cuando llevas un vestido de dama de honor de seda lavanda que te llega a los tobillos y unos tacones que parecen diseñados por un inquisidor español.

No pude cambiarme. Cristina no me soltaba; el coche se retrasó por el tráfico londinense y cada segundo contaba. Me veo ridícula. No pasa nada. Soy una explosión de purpurina y tela vaporosa en medio de una marea de gente con sudaderas grises, mochilas prácticas y almohadas de viaje colgadas al cuello. La gente se aparta a mi paso, pero no por respeto, sino por pura curiosidad. Parezco una princesa de Disney que se ha equivocado de siglo y de ciudad.

Llego al mostrador de facturación jadeando.

—Dígame que todavía puedo facturar —le suplico a la empleada, que me mira como si acabara de escapar de un baile de promoción de los años cincuenta.

—Está al tiempo, señorita.

Suelto la maleta con un suspiro de alivio. La veo desaparecer por la cinta transportadora. Estoy libre de la maleta pesada. O eso creo hasta que levanto la vista hacia el panel de salidas. Las letras giran y cambian. Mi número de vuelo aparece en rojo.

DELAYED. 4 HORAS.

Me quedo petrificada. Miro la pantalla con la esperanza de que sea un error. Cuatro horas. Mi equipaje ya está en las tripas del aeropuerto y yo estoy aquí, atrapada en este disfraz de seda. Siento que todo el mundo me mira. Una niña me señala y le pregunta a su madre si soy un hada. La madre tira de ella y acelera el paso.

Genial. Soy el espectáculo del aeropuerto.

Me duelen los pies de una forma casi personal. Camino hacia el control de seguridad sintiendo cómo el bajo del vestido barre el suelo sucio de la terminal. Al pasar por el escáner, el agente me mira de arriba abajo con una sonrisa burlona.

—¿Boda difícil? —preguntan.

—Ni se lo imagina —respondo, intentando mantener la barbilla alta mientras recojo mis tacones de la bandeja de plástico.

Busco refugio en el primer sitio que no parezca una sala de espera llena de niños llorando. El bar está en penumbra, huele a ginebra barata. Me siento en un taburete alto y trato de recoger la falda para que no ocupe tres asientos. Mi reflejo en la barra me devuelve una imagen patética: el moño se está deshaciendo, la máscara de pestañas amenaza con correrse y tengo purpurina pegada hasta en los párpados.

Pido un whisky. Doble.

De pronto, el aire a mi izquierda cambia. Noto una presencia fría, algo que corta el murmullo del bar. No giro la cabeza, pero lo veo de reojo. Es un hombre que parece haber comprado el aeropuerto cinco minutos antes de entrar. Traje oscuro, corte impecable, una seguridad que me hace sentir todavía más pequeña en mi nube de seda lavanda.

Pide lo mismo que yo. Whisky.

Siento su mirada antes de oír su voz. Es una mirada que no pide permiso. Recorre mi escote, el desastre de mi peinado y se detiene en mi muñeca llena de brillo. Me pone nerviosa, pero no es un nerviosismo de miedo, es algo más punzante, como una descarga estática que me obliga a tensar la espalda.

—¿Del club directa al avión? —suelta él. Su voz es grave, seca, con una seguridad que me descoloca—. Aunque no... pareces demasiado cansada para ser una bailarina. ¡Ah! De una boda, supongo.

Bebo un trago largo para ganar tiempo. El fuego del alcohol me da el valor que el sueño me ha robado.

—Técnicamente estoy a la fuga —admito, sintiendo cómo el whisky me relaja la lengua de forma peligrosa—. Pero no del altar. Mi maleta está en algún lugar de las tripas de este aeropuerto y yo estoy aquí, atrapada en un disfraz de tarta de lavanda.

Me giro un poco más hacia él, permitiéndome estudiarlo con la misma desfachatez con la que él me ha analizado a mí. No voy a ser la única que se sienta evaluada bajo esta luz naranja y sucia del bar.

—Ahora es su turno. Con ese traje, debería estar en la sala VIP bebiendo champán en copa de cristal, no compartiendo barra con refugiadas en un bar de mala muerte. O está usted arruinado, o huye de hacienda, o... —me detengo, clavando la vista en sus manos— escribe demasiado para alguien que seguramente tiene tres secretarias.

Él baja la mirada hacia sus dedos manchados de tinta y luego vuelve a mis ojos. Una chispa de interés real, algo que no es solo deseo, cruza su mirada.

—En la sala VIP hay demasiada gente que conoce mi apellido y cree que eso les da derecho a mi tiempo —dice, y su voz suena como terciopelo ocultando acero—. Y la tinta... digamos que prefiero firmar las sentencias personalmente.

—Suena siniestro. ¿Es usted verdugo?

—Soy estratego. Es casi lo mismo, pero con mejor vestuario.

Él inclina ligeramente la cabeza. Por un segundo, el aire entre nosotros parece vibrar con una carga estática que nada tiene que ver con los paneles electrónicos de la terminal.

—Es usted muy observadora para ser una mujer que, según admite, se sostiene por puro orgullo y un par de horquillas.

—Es mi superpoder. Veo las grietas antes de que todo se desmorone. Y en usted, Mister Estratego, hay unas cuantas.

Él sonríe. No es la sonrisa ensayada que le dedica al mundo. Es un reconocimiento. Es el momento en que un depredador encuentra a alguien que no baja la mirada. Alarga la mano y puedo ver la tensión de los músculos bajo la tela impecable de su chaqueta.

—Michael —dice, y me alarga la mano.

El nombre suena demasiado limpio, demasiado conveniente. Miro sus dedos largos, con esas manchas de tinta que sugieren contratos firmados con sangre o verdades que nadie quiere leer. Le estrecho la mano y el mundo se detiene. Su palma está caliente, firme, y me sujeta con una fuerza que me obliga a anclar los pies al suelo.

—Melissa —respondo, intentando que mi voz no tiemble.

Él no me suelta. Me sujeta unos segundos más de lo necesario, y en ese contacto comprendo que no es un saludo, es una toma de posesión. Le sostengo la mirada, sintiendo la descarga eléctrica recorriéndome el brazo.

—Mientes —le digo en un susurro.

Él arquea una ceja, divertido.

—¿Ah, sí?

—Michael es un nombre para hombres que no tienen nada que ocultar —sentencio, y noto cómo la tensión en el bar se concentra solo entre nosotros—. Y tú hueles a secretos desde aquí.

Él no se inmuta. Al contrario, su sonrisa se ensancha, volviéndose algo en el oscuro y voraz. Su pulgar acaricia el dorso de mi mano antes de liberarme.

—Y tú, Melissa, hueles a una tormenta que estoy deseando que me alcance.

La megafonía anuncia que el retraso del vuelo aumenta una hora más. El sonido nos devuelve a la realidad, pero el rastro de su calor se queda grabado en mi piel.

—Parece que vamos a tener tiempo de terminar estas copas, Melissa. Creo que volamos en el mismo vuelo.

Capítulo 2. Damon

El despertador grita y lo primero que siento es un golpe en las sienes. Como si alguien comprobara con un mazo si sigo vivo. Tengo la boca seca y la luz me corta los ojos. Los cierro con fuerza mientras alargo la mano hacia el móvil.

14:30.

Whisky. Demasiado whisky.

La fiesta de despedida en el Soho se alargó hasta las cuatro de la mañana. Mitch se rindió a las dos, soltando el típico discurso sobre que ya era hora de marcharme. Yo me quedé. Irme significaba admitir que mañana todo cambia, y no me gusta admitir nada que no esté bajo mi control.

El vuelo sale a las 17:45. Tres horas. Llego. Siempre llego.

Me levanto y la habitación se balancea. El estómago se me encoge mientras el agua fría del baño me golpea la cara. El espejo no miente: barba de un día, ojeras y el pelo hecho un desastre. Paso la mano e intento arreglarlo. Inútil.

Ducha rápida. Caliente para despertar, fría para recuperar el mando. Eso devuelve el control.

Elijo un traje azul oscuro. Me queda impecable, ocultando que por dentro me estoy cayendo a pedazos. Camisa blanca. Sin corbata. La garganta se me cierra de todos modos, como si alguien ya hubiera

apretado el nudo. Noto que falta un botón en el puño. Se perdió en algún sitio. Pienso un segundo en una de las rubias de la semana pasada y escondo el detalle con un gesto ensayado. La apariencia es mi única religión.

Bolsa. Pasaporte. Teléfono. Llaves. La puerta se cierra detrás de mí.

En el taxi mantengo la boca cerrada. Londres se desliza tras la ventana: gris, mojado, dolorosamente familiar. He vivido aquí veintiocho años con mi madre y mi hermana. Una vida siendo simplemente el hijo de mi madre. Ahora me toca ser el hijo de mi padre.

Vuelo a Nueva York como un Wallace. Mañana es la boda de Daniel y Viki. Una presentación oficial ante la familia, los inversores y los socios. No conozco a nadie, pero haré lo que mejor se me da: cumplir. Mi tarea inmediata es llegar a tiempo y ser perfecto.

El viejo Wallace me mira con calidez por pura culpa. Me reconoció como hijo cuando yo tenía diez años y desde entonces intenta saldar una deuda que no se paga con dinero. Graham y Daniel esperan que tropiece. Ya han decidido que soy el error de juventud de su padre, un bache en su linaje perfecto. Me toca demostrarles que los resultados y los hechos no entienden de partidas de nacimiento.

Al menos allí estará Ethan. Es el único real de esa familia. Nos conocemos de Londres, es sobrino de mi padre y entiende lo que significa estar a un lado de la foto. Tener que demostrar el triple para valer la mitad.

Heathrow. Terminal 5. Bajo del taxi, pago y miro el reloj. Dos horas más. Bien.

Dentro, el ruido es ensordecedor. Colas, niños, anuncios y ese olor a café y aire reciclado. Camino hacia el mostrador y la veo.

No me fijo en su rostro, sino en el vestido. Lila. Una falda amplia, de tela ligera, nada práctica para volar. El cuerpo ajustado, los hombros descubiertos. Lleva unos tacones con una tira fina y cambia el peso de un pie a otro. Es obvio que le duelen.

¿Quién demonios viaja vestida así?

Tiene el pelo castaño oscuro recogido de forma descuidada. Algunos mechones se le han soltado y rozan su nuca. Me quedo

mirando más tiempo del debido. El vestido marca una cintura estrecha y la falda se mueve suavemente sobre sus caderas al ritmo de su impaciencia. Piernas largas, tensas. Un espécimen interesante. Corto el pensamiento. No es el momento.

Se la ve agotada. La mirada saltando del teléfono al panel de salidas. La cola avanza y ella se aleja del mostrador con el ceño fruncido. Me acerco al siguiente.

—Buenas tardes, señor Wallace —dice la empleada, Emma—. Por desgracia, el vuelo se retrasa cuatro horas.

Me ofrece el salón business. Asiento, pero sé que no iré allí. El silencio de las salas VIP obliga a pensar, y ahora mismo necesito ruido. Distracción.

En el control de seguridad, una mujer mayor lucha con su maleta. La levanto con una mano y la pongo en la cinta sin decir nada. Me da las gracias. Asiento y sigo caminando.

Busco un bar. El primero que encuentro. El que tenga el whisky más fuerte y la luz más tenue. Necesito anestesia antes de subir a ese avión, porque mi vida va a cambiar.

Con mi madre nunca fuimos pobres, pero tampoco nadamos en lujo. El Wallace mayor nos aseguró una vida cómoda, pero no de inmediato. Por eso, cuando trato con él, siempre queda un poso extraño. Giro hacia el bar. Porque allí parpadea el vestido lila o, mejor dicho, color de lavanda.

Voy tras ella.

Me siento dejando un taburete entre nosotros. Pido whisky. Ella también. Sus dedos tiemblan. De cerca parece aún más cansada. La máscara de pestañas se ha corrido un poco. La piel descubierta es pálida y cálida. Mi mirada se desliza: cuello, clavículas, línea del escote. Corto el pensamiento. Demasiado tarde.

Le hablo. Ella se sobresalta. Me mira. Resopla. Parece que estoy con una nube.

Yo sonrío y le tiendo la mano.

—Michael.

—Melissa.

Ella retira la mano primero y da un sorbo de whisky, como si con eso pudiera poner un punto final. Pero yo no dejo de mirarla. Noto

cómo la luz del bar se refleja en sus ojos marrones, encendiendo una chispa de desafío que me obliga a enderezar la espalda.

—¿Siempre te presentas así en los aeropuertos? —pregunta con voz neutra, aunque el ligero temblor de su mano delata que no soy el único que siente la estática en el aire.

—Solo cuando veo algo que merece la pena estudiar.

—Entonces malas noticias —dice, dando un sorbo lento—. Hoy no estoy para que me estudien. Ni para divertir a desconocidos.

Veo cómo se le tensa la mandíbula. Los hombros se le elevan apenas un milímetro, una armadura invisible contra mi intrusión. Eso hace que algo dentro de mí haga clic. Me gusta la resistencia; las victorias fáciles son para los hombres mediocres.

—Perfecto —respondo, dejando que mi mirada se detenga en sus labios más tiempo de lo que dicta la cortesía—. Me aburro rápido cuando todo va según el plan.

Entrecierra los ojos. No es un coqueteo; es una evaluación de riesgos. Está decidiendo si soy un depredador o simplemente un idiota con un traje demasiado caro.

—¿O sea que te gustan los problemas, Michael? —pregunta, usando mi nombre falso como si fuera un arma.

—Me gusta la reacción y las soluciones —confieso—. Y la tuya es... fascinante.

Sonríe apenas, pero sus dedos aprietan el cristal del vaso hasta que las yemas se le ponen blancas. Se humedece los labios con un gesto rápido, nervioso. Tarde. Ya registré el movimiento. Mi cuerpo responde con una urgencia que me irrita y me divierte a partes iguales.

—¿Estás seguro de que no confundes el interés con el aburrimiento? —dice ella, bajando la voz.

Me inclino hacia delante. No la invado, pero acorto la distancia hasta que puedo oler su perfume: algo floral que se está rindiendo ante el aroma del whisky.

—Normalmente es el mismo impulso —respondo en un susurro—. La diferencia está en quién tiene el valor de no retirarse primero.

Se queda inmóvil. Su pecho sube y baja un poco más rápido. Durante un segundo, el bar desaparece y solo existimos nosotros

dos y la tensión que nos une. Luego, se recuesta hacia atrás, recuperando un control que se le escapa por las costuras.

—Entonces deberías tener más cuidado.

—Soy cuidadoso —sonrío—. Solo que no con las cosas que quiero.

Ella vuelve a frotarse la muñeca, intentando borrar una purpurina que se resiste a desaparecer. Me acerco un centímetro más. Noto cómo su respiración se altera, volviéndose errática.

—Estás demasiado cerca —dice, aunque no se mueve.

—Podría apartarme —respondo, fijando mis ojos en los suyos—. Pero no quiero. Y tú tampoco quieres que lo haga.

Su sonrisa se vuelve fría, un escudo de hielo. Deja el vaso en la barra de golpe y se levanta.

—Necesito aire.

—¿Ya te rindes?

—No me rindo, Michael —asiente, da un paso y luego se gira con una elegancia que me golpea el estómago—. Solo que no todo lo que parece interesante merece una continuación. Recuerda eso.

Cuando vuelve diez minutos después, mi sonrisa se estira hasta casi doler. Golpeo el menú con el dedo, fingiendo que me importa lo que dice.

—¿Otro más? —pregunto con mi mejor tono de Michael. —Yo vigilaré el panel por ti. Tú limítate a beber y a odiar al mundo.

Ella resopla, pero se sienta. Un minuto después, dos vasos de ámbar líquido nos separan de la realidad. Chocamos el cristal.

—Por los retrasos que resultan ser oportunidades —brindo.

—Y por la gente que merece ser juzgada en silencio —añade ella, barriendo la sala con la mirada.

Elige a su "víctima" al instante: una rubia de belleza prefabricada y labios que parecen a punto de explotar. Melissa la analiza con una crueldad exquisita, llamándola prostituta de lujo con una naturalidad que me hace arquear una ceja.

—Una mujer así siempre les gusta a los hombres, Melissa. Es el mercado básico.

Se gira hacia mí con una indignación que me enciende la sangre. Me habla de educación, de reglas de cortesía, de mentiras sociales.

—Tal vez deberías decir que todos los hombres las odian, Michael. Por pura decencia.

—¿Y por qué tendría que mentir? Como estratego, aprecio la eficiencia.

Ella abre los ojos, escandalizada.

—Por educación, Michael.

—Ah. Entiendo. Está bien... Todos los hombres del mundo odian a las mujeres hermosas que cobran por sus servicios. ¿Contenta?

Ella inclina el vaso, satisfecha con su pequeña victoria moral.

—Gracias. Al menos mantienes las formas.

Bebo un trago y, por una vez, mi cerebro decide que el filtro de "Michael" es innecesario.

—Aunque... si trabajan bien con la lengua...

Lo suelto con una calma absoluta. Melissa se atraganta de la forma menos elegante posible. Tosé, salpica el servilletero y me mira como si acabara de confesar un asesinato en directo. Me río. No puedo evitarlo. Está peligrosamente divertida cuando pierde los papeles.

—¡Michael! —logra decir cuando recupera el aire.

—Respira. No quiero que me arresten por homicidio involuntario antes de despegar.

Se seca la barbilla y me dedica una mirada gélida que solo me hace desearla más. Me llama rico y dominante. Me analiza el reloj, el corte de la ropa y las zapatillas con una precisión que me pone sobre aviso.

—El reloj fue un regalo —añado, disfrutando del brillo de celos o curiosidad que cruza sus ojos.

—Apuesto a que fue una chica vegana y obsesionada con el yoga.

Sonrío. Ha clavado el perfil de mi última conquista. Decido que es hora de ser brutalmente honesto. Le hablo de su cuello, de sus piernas, de lo atractiva que es. Veo cómo su ego se infla un milímetro, alimentándose de mi atención.

Y entonces la remato. Le digo que lo estropeó todo al abrir la boca. Le digo que prefiero a las mujeres obedientes.

Es mentira, claro. No hay nada que odie más que la obediencia. Lo que quiero es esto: una mujer que me llame aburrido a la cara

mientras aprieta su copa de whisky con los dedos manchados de purpurina.

De pronto, se despide. Se va con una rapidez que me deja con la palabra en la boca. La veo desaparecer entre la multitud, moviendo esa falda lavanda con una gracia que me resulta insultante.

Doy el último trago y dejo un billete sobre la barra. Podría seguirla, pero no hace falta.

Ya sé que volamos en el mismo avión. Y sé que, en las próximas siete horas, Melissa va a descubrir que Michael es solo el principio de sus vistas prospectivas.

***

Ocupo mi lugar en la fila cuatro y espero. No hago nada más. Un estratega sabe que la paciencia es la mitad del éxito, y yo he pagado una cantidad obscena para que el sistema de reservas cometiera un error a mi favor. No tengo prisa.

Ella aparece en el pasillo y se detiene en seco al mirar el número de la fila. Veo cómo su cerebro intenta procesar la incongruencia: la seda lavanda de su vestido desentonando con el cuero gris de la clase business. Su gesto es una mezcla de sospecha y desconcierto.

—Debe de haber un error —le dice a la azafata con la voz tensa.

—Lo siento, señorita, pero su asiento en turista ya ha sido reasignado. Disfrute del ascenso —responde la mujer con la sonrisa ensayada que las propinas generosas compran.

Entonces Melissa me mira. Sus ojos marrones son un incendio de preguntas.

—Eres tú. Pero mi asiento era junto a la ventana.

Ya no le habla a la tripulación. Me habla a mí. Me encojo de hombros, manteniendo una indiferencia que sé que le quema.

—¿Quieres de la ventana?

Me levanto con un movimiento fluido y le cedo el sitio. Ella se desliza hacia el interior y se sienta sin decir una palabra. El silencio se instala entre nosotros, denso y cargado, como el aire antes de una tormenta eléctrica. La seguridad que exhibía en el bar se ha quedado en tierra, diluida por las luces de la terminal.

Cuando me acomodo en el asiento del pasillo, nuestros codos coinciden en el reposabrazos. Piel contra piel. Ella no se aparta y yo tampoco pienso hacerlo. Noto su calor, el roce de la seda de su manga contra el tejido frío de mi chaqueta. No es solo temperatura; es una invasión física, inmediata. Tengo que obligar a mi mano a quedarse quieta, no porque no sepa qué hacer con ella, sino porque mi cuerpo tiene planes que no incluyen la caballerosidad.

Buscaba algo simple para el trayecto. Una distracción inteligente que hiciera las siete horas soportables antes de enfrentarme a mi familia. Pero Melissa no es una distracción. Es un problema que late. A pesar de la noche anterior, mi cuerpo reacciona ante ella con una urgencia que me resulta ridícula y, al mismo tiempo, adictiva.

El avión empieza a rodar por la pista y ella se tensa antes de que el movimiento sea real. Sus nudillos se vuelven blancos mientras aprieta el cuero del asiento. Cierra los ojos y deja los labios entreabiertos, dejando escapar una respiración entrecortada, inestable.

¿Tiene miedo a volar?

No siento lástima. Siento hambre como hombre.

Está ahí, atrapada a mi lado, y su vulnerabilidad la vuelve todavía más peligrosa. Observo el pulso que golpea con fuerza en su cuello, justo donde la piel parece más fina. Sería tan fácil inclinarme y reclamar ese espacio. Tan fácil desmoronar lo poco que queda de su control.

Pulso el botón de llamada sin apartar la vista de su perfil.

—Champán. Dos copas.

Ella gira la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos.

—¿Para qué? —susurra, como si el avión pudiera oírla.

Me inclino hacia ella, invadiendo su espacio personal hasta que el aroma de su perfume empaña mis sentidos. Mi voz baja un octavo de tono, lo justo para que solo ella pueda sentir la vibración.

—Para que sobrevivas, Melissa.

Resopla, casi una sonrisa de pura rabia, pero no se relaja. Al tomar la copa, sus dedos rozan los míos. El contacto es breve, pero la descarga es absoluta. Chocamos el cristal.

El avión se despega del suelo y ella se estremece, encogiéndose en el asiento. No abre los ojos. Su hombro presiona el mío durante un segundo eterno. No necesito interpretar nada. Constato la realidad con la frialdad de un Wallace.

La deseo. Aquí arriba, a diez mil metros, donde las reglas de abajo ya no significan nada.

Las luces de Heathrow desaparecen despacio debajo de nosotros mientras nos tragamos la noche.

Capítulo 3. Melissa

Doy otro sorbo al champán y clavo la mirada en la ventanilla. Negro absoluto. Siete horas hasta Nueva York. Siete horas atrapada en una burbuja de lujo junto a un hombre que huele de una forma que me nubla el juicio. En el bar me solté demasiado. Fui valiente, fui mordaz, y en el segundo exacto en el que comprendí que quería tocarlo, hice lo que mejor se me da: huir.

Y ahora estoy aquí. Un asiento absurdamente amplio, piel suave bajo mis dedos, una manta que cuesta más que mi maleta perdida. Intento convencerme de que ha sido el destino. El retraso, un error en el sistema, overbooking. Sucede, ¿no? No puedo permitirme creer que él lo ha planeado. ¿Por qué se tomaría tantas molestias por una desconocida con un vestido de tarta?

Me acomodo en el asiento y el champán me acaricia la garganta con sus burbujas heladas. Está demasiado bueno. Todo aquí es demasiado bueno. Sonrío para mis adentros y me obligo a borrar el gesto de inmediato. No te relajes, Melissa. Es solo un vuelo. Un vuelo eterno con el hombre más magnético que he visto en mi vida.

Noto que se mueve y lo siento en la piel antes de oírlo. Nuestros codos vuelven a encontrarse en el reposabrazos. No me aparto. Me odio por ello, pero me quedo ahí, anclada a su calor. Es una

presencia tranquila, casi sólida. Lo observo de reojo, fingiendo que me interesa la pantalla de mi asiento.

Michael está recostado, absorto en alguna película. La luz azulada del monitor esculpe su mandíbula, marcada y agresiva. Tiene el pelo oscuro ligeramente revuelto, como si sus propios dedos hubieran pasado por él con frustración. Y entonces la veo: detrás de su oreja derecha, una cicatriz pálida y fina se pierde en la línea del cabello. Es un detalle humano, una grieta en su perfección de estratega.

Sonríe por algo de la pantalla. Es una sonrisa breve, para sí mismo, cargada de una confianza que me desarma. Aparto la vista de golpe hacia la ventanilla.

Deja de mirarlo. Es demasiado todo. Demasiado atractivo, demasiado cerca, demasiado consciente del poder que tiene sobre el aire que respiro.

Nuestras manos están a centímetros. Siento el calor de su piel a través de la tela de su camisa y el silencio se vuelve un juego de resistencia. ¿Quién hablará primero? ¿Quién admitirá que este contacto no es accidental?

Miro sus manos. Dedos largos, fuertes, con esos restos de tinta en el índice. Me descubro imaginando cómo se sentirían sobre mi piel, recorriendo la seda lavanda de mi vestido hasta encontrar lo que hay debajo. Dios, ¿qué me pasa? Necesito centrarme.

Busco una película, cualquier cosa que me distraiga de la vibración que recorre mi brazo. Me detengo en *Disclosure*. Michael Douglas. Es vieja, es segura. O eso creo hasta que siento su mirada pesada sobre mí.

Él no dice nada, pero por el rabillo del ojo veo cómo sus hombros tiemblan ligeramente. Está conteniendo una risa.

—¿Pasa algo? —pregunto, intentando que mi voz suene como una cuchilla de hielo.

Él asiente hacia mi pantalla, con esa suficiencia que me dan ganas de besarlo o de darle un bofetón.

—¿Te gusta ese tipo de cine antiguo?

—¿Y qué si me gusta? —respondo seca, notando cómo el calor me sube a las mejillas—. Si quieres saberlo, pensaba ver algo con

hombres medio desnudos. Solo por el paisaje. Para sonreír durante dos horas y olvidarme de los estrategas con zapatillas caras.

Michael suelta una carcajada profunda. No es un sonido educado; es una risa abierta que me golpea directo en el vientre. Me sorprendo a mí misma sonriendo antes de poder evitarlo. Maldita sea.

Me pongo los auriculares a toda prisa y finjo una concentración absoluta en los créditos iniciales, ocultando el rostro tras mi pelo revuelto. Me muero de vergüenza. Apago la película a los dos minutos; después de su comentario, ya no tiene sentido. Pero Michael no se va. Su aroma —madera, cítricos y algo que huele a noche prohibida— me envuelve, asfixiándome de una forma deliciosa.

¿Cómo puede alguien oler así de bien?

Necesito dormir. Necesito que Nueva York llegue ya y me devuelva mi vida bien controlada. Pero primero necesito escapar de este asiento antes de que mis manos decidan por su cuenta acortar la distancia que nos separa. Me levanto con movimientos torpes, tropezando con la manta.

—Perdone, ¿me deja pasar?

Él aparta un poco las piernas, pero no lo suficiente como para que pueda pasar sin rozarlo. Lo hace a propósito. El espacio es ridículamente estrecho y tengo que inclinarme casi sobre él mientras me abro paso, sintiendo cómo la seda de mi falda acaricia la tela de su pantalón.

Tropiezo con el borde de su bolso de piel. El avión se mueve o quizá sean mis piernas las que fallan; no obstante, pierdo el equilibrio y, por puro instinto, me agarro a su hombro. Bajo mi palma siento una musculatura firme, el calor de su cuerpo irradiando a través de la tela fina de la camisa. Es una presencia sólida, abrumadora.

—Perdón —balbuceo.

Retiro la mano de inmediato, sintiendo que la cara me arde. No debería haberme quedado un segundo de más sintiendo la fuerza de su brazo, pero mi cuerpo parece tener una memoria propia que no atiende a razones.

—No pasa nada —dice él, y en su voz se percibe esa sonrisa que solo utiliza para desarmarme—. Al contrario. Me ha gustado mucho.

—¿Cómo?

Me quedo inmóvil un segundo, mirándolo fijamente, intentando descifrar si se está burlando de mí o si hay algo más bajo esa capa de seguridad absoluta.

—La coherencia en la locura también tiene su lógica —responde de forma enigmática.

Una comisura de su boca se curva en una sonrisa cargada de intención. ¿Qué se supone que significa eso? Frunzo el ceño y por fin consigo salir al pasillo, sintiendo que el aire de la cabina vuelve a mis pulmones.

Entro en el baño y me miro en el espejo bajo la luz fluorescente. Estoy hecha un desastre. La máscara de pestañas se ha rendido, el moño parece haber sobrevivido a un huracán de tanto tocarlo y tengo el rostro encendido. Parezco alguien que acaba de correr un maratón emocional. Me arreglo el maquillaje como puedo y me lavo la cara con agua fría, intentando que el pulso recupere un ritmo normal.

Cuando vuelvo a mi asiento, él ni siquiera se inmuta. Sigue ahí, perfecto, como si no acabara de ponerme el mundo del revés.

—¿Qué querías decir con eso? —pregunto en cuanto me abrocho el cinturón.

—Nada —responde con una inocencia que no le creo, sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿Me cediste el asiento de la ventana solo para que tuviera que pasar por encima de ti todo el tiempo?

Michael gira despacio la cabeza hacia mí. Sus ojos castaños me miran con una expresión que me corta la respiración, una mezcla de curiosidad y algo mucho más oscuro.

—No. Te cedí el asiento de la ventana porque querías sentarte allí —dice con calma—. Y lo de tener que pasar por encima de mí... es solo mi bonus.

Lo miro sin saber qué contestar. El corazón me late con una fuerza que me asusta. No es solo el champán; es él. Es la forma en la que

ocupa el espacio, en la que me mira como si supiera exactamente lo que estoy pensando.

—¿Estás flirteando conmigo, Michael? —pregunto de frente.

Necesito saber a qué estoy jugando antes de que sea demasiado tarde. Él responde con una sonrisa lenta, de esas que hacen que algo se me contraiga en el vientre y que el resto del avión desaparezca.

—No lo sé. ¿Tú qué crees?

—¡Yo pregunté primero! No contestes con otra pregunta.

Vuelve a sonreír con suficiencia y regresa la mirada a la pantalla, pero veo cómo se tensan los músculos de su mandíbula mientras contiene la risa. Me gusta que se ría conmigo, aunque sea a mi costa.

—Tal vez ahora sea el momento de que tú empieces a flirtear conmigo... Melissa.

Siento cómo me arden las mejillas mientras lucho por esconder una sonrisa tonta.

—Yo nunca flirteo —digo, intentando recuperar mi dignidad—. Un hombre o me gusta o no me gusta. Así de simple.

—¿Ah, sí? —dice intrigado, girándose de nuevo hacia mí—. ¿Y cuánto tiempo necesitas para decidirlo?

—Lo sé enseguida.

Es mentira, pero no voy a darle el placer de saber que lo supe en el bar de Heathrow.

—¿Seguro? —susurra Michael, inclinándose un poco más hacia mí.

Una azafata pasa junto a nosotros con una bandeja vacía, rompiendo el hechizo por un instante.

—Por favor, tráiganos otras dos copas de champán —dice él sin dejar de mirarme.

—Claro, señor.

Espera a que se aleje y atrapa mi mirada otra vez, sosteniéndola con una intensidad que me hace sentir desnuda.

—Entonces dime: ¿cuál fue tu primera impresión sobre mí? ¿Te gusto?

Hago como que busco a la azafata con la vista para ganar tiempo. Mi cerebro grita que tenga cuidado, que este hombre es un

estratega, pero mi cuerpo solo quiere que se acerque más.

—Puede que necesites algo más fuerte cuando escuches la verdad, Michael.

Él se ríe a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás. Es una risa limpia, masculina, que me hace sonreír sin poder evitarlo.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Tú.

—¿Por qué yo, por vestido mío? —frunzo el ceño, cruzándome de brazos sobre el vestido lavanda.

Justo entonces traen las bebidas. Michael me pasa la copa; sus dedos rozan los míos un segundo, el tiempo justo para que una descarga eléctrica me recorra el brazo. Sus ojos se deslizan por mi rostro mientras da el primer sorbo.

—¿Qué hacías en Londres? —pregunta, recostándose en el asiento con una elegancia que me resulta insultante.

—Fui a la boda de una amiga. Pero, sinceramente, mejor no haber ido.

—¿Por qué?

—Porque llevo tres días sin dormir bien, buscando anillos y calmando ataques de pánico de la novia —digo, dando un sorbo generoso al champán—. Luego casi pierdo el vuelo, después el retraso, y ahora estoy aterrorizada por mi primer día de trabajo en Capital.

Lo digo con orgullo. Me ha costado demasiado llegar hasta aquí como para no presumir un poco.

—Está claro que te lo has ganado tú sola —dice Michael, inclinando ligeramente su copa hacia mí—. Estás aquí, en business, con champán. Relájate y disfruta. A nadie le importa nada a diez mil metros de altura.

Me observa en silencio durante unos segundos. Sus ojos parecen leer las grietas de las que hablaba antes, pero esta vez no me importa. Me siento cómoda bajo su escrutinio.

Inclino la copa hacia él en un brindis silencioso.

—Gracias, Michael.

Me mira y en sus ojos bailan unas chispas de malicia que no había visto hasta ahora.

—Aunque... —se queda pensativo un instante, mordiéndose el labio inferior con un gesto que me distrae por completo—. Si sabes trabajar tan bien con la lengua en las entrevistas... no me extraña que te hayan contratado en una corporación así.

¿Pero qué demonios...?

Me atraganto con el champán. El líquido me entra por la nariz y empiezo a toser de forma violenta, perdiendo toda la sofisticación que había intentado fingir.

—¡Michael! —logro decir entre toses mientras trato de recuperar el aliento y me seco los ojos.

Él se ríe con ganas, una risa fuerte y sincera, y enseguida me pone otra servilleta de tela en las manos.

Dos horas después seguimos hablando, susurrando y riendo mientras el mundo queda suspendido allá abajo. No recuerdo cuándo fue la última vez que me sentí así de ligera. Así de viva. Le cuento cosas que no le he dicho a nadie: que a veces el mundo da rodeos y que no siempre es algo malo; le hablo del caos de la boda de Cristina y que estoy harta de ser siempre la que arregla los desastres de los demás.

Hablo demasiado, como si el hecho de que estemos en un avión significara que estas palabras nunca tocarán tierra firme. Él escucha, pero hay algo en su atención que me inquieta. Sus respuestas llegan con un segundo de retraso, pero sus ojos no se apartan de mí, registrando cada gesto, cada palabra, como si estuviera guardando un tesoro o preparando un ataque. No es una atención distraída, sino la de alguien que no está dispuesto a dejarme escapar.

Me muerdo el labio sin darme cuenta. Por cansancio, por tensión, por el whisky que aún corre por mis venas. El vestido se desliza un poco por mi hombro, dejando al descubierto una franja de piel pálida, y no lo arreglo de inmediato. Dejo que el aire frío de la cabina me despierte de una forma extraña, casi eléctrica.

Le pregunto algo sobre Nueva York o sobre su trabajo, pero las palabras son solo ruido de fondo. Mi atención está en otra parte: en la forma en que me observa cuando cree que no lo veo, deteniéndose en los puntos donde mi pulso late con más fuerza. No me asusta. Me excita de una forma que no debería permitirme.

Tiene una voz baja, tranquila, con una ligera aspereza que se me clava en el centro del pecho. Entiendo, con una claridad peligrosa, que su tono me gusta más que cualquier palabra que pueda pronunciar. Michael se inclina hacia mí y siento su respiración en mi mejilla como una caricia física.

—Vale, siguiente pregunta —dice él, acortando la distancia—. ¿El lugar más extraño donde has tenido sexo?

—No puedes preguntarme eso —respondo con una sonrisa torcida. Intento sonar indignada, pero me sale una nota juguetona que me traiciona.

—Sí puedo. Ya lo he hecho.

—Eso es indecente.

—¿Quién lo dice? —Mira alrededor de forma teatral, con esa confianza que solo tienen los hombres que saben que son dueños del espacio—. Es solo una pregunta y nadie nos escucha.

Dudo un momento, pensando en voz alta. Sigue siendo una proposición indecorosa, pero en este avión, a diez mil metros de altura, las reglas de la decencia parecen haberse quedado en tierra firme.

—Ahora mismo estoy en una etapa de sequía. Desierto total —le confieso en un susurro, inclinándome hacia él—. Ya ni recuerdo cómo se hace eso del sexo.

—¿Tan grave es? —Frunce el ceño, juntando esas cejas oscuras que le dan un aire de juez implacable.

—No he tenido sexo desde hace... mmm... medio año. Quizá un poco más.

En su rostro aparece un horror genuino. Abre los ojos y se recuesta en el asiento como si acabara de confesarle un crimen contra la humanidad.

—Terrorífico, ¿verdad? —Le guiño un ojo, intentando esconder la vergüenza detrás de una broma.

—Lo es. Deberías esforzarte más y no ser tan arisca, Melissa.

Lo dice en serio, pero veo las pequeñas arrugas en las comisuras de sus ojos. Está disfrutando de cada segundo de mi confesión.

—Lo sé, pero es mi defensa. En realidad,estoy llena de inseguridades y miedos. Quizá el whisky me ha vuelto valiente.

Me río, tapándome la boca con la mano. Dios, estoy borracha. Y él está ahí, sobrio, analítico, devorándome con la mirada. Mis ojos bajan a sus labios y él lo nota. Maldición. Lo nota todo.

—¿Y por qué te estoy contando todo esto? —susurro, negando con la cabeza—. Si solo eres un tipo cualquiera al que conocí en el aeropuerto.

—Lo cual, de por sí, es lo más interesante que me ha pasado en meses —dice él. Su voz ha bajado un octavo, volviéndose más ronca, más íntima.

Se inclina aún más. Siento su perfume —madera, cuero, algo especiado que grita peligro— y habla tan bajo que solo existe para mí.

—No entiendo cómo a una chica tan caliente como tú no la están follando tres veces al día.

Lo miro directamente a los ojos y una sacudida me recorre desde la nuca hasta la punta de los pies. Me falta el aire. Basta. Este tipo es demasiado de todo. Demasiado seguro, demasiado guapo, demasiado consciente del efecto que tiene sobre mí. No es mi tipo, me repito. Pero mis labios se humedecen con la lengua por instinto mientras su mirada baja hacia ellos.

—¿Vives en Nueva York? —pregunta Michael como si nada, recostándose en el asiento, aunque noto la tensión en sus hombros. Es un estratega, está moviendo las piezas.

Soy incapaz de apartar la mirada. Él se humedece el labio superior con la punta de la lengua, despacio, y yo casi puedo sentir el roce en mi propia piel.

—Sí. ¿Para qué quieres saberlo?

Y otra vez esa sonrisa autosuficiente. Me observa en silencio. Veo cómo piensa, cómo le trabaja la mandíbula.

—¿Y si hacemos algo sin compromiso? —suelta de repente—. Solo una vez. Sin historias. Sin mañana.

Me quedo callada. ¿Lo dice en serio? Su mirada baja a mi cuello, a mis clavículas, y regresa a mis ojos con una intensidad que me hace temblar.

—Así rompería tu tregua, Melissa.

Dentro de mí algo hace clic. Algo imprudente, algo que ha estado encerrado durante meses de ser la "chica que lo arregla todo", estalla. Quiero ser irónica, quiero salir por la tangente, pero la Melissa sobria ha perdido el control del volante.

Me inclino y le susurro al oído, notando cómo su cuerpo se vuelve piedra bajo mi cercanía.

—¿Sabes? Nunca antes me he acostado con un desconocido. Acepto. Pero con una condición.

Michael inspira de golpe. Veo cómo su mano en el reposabrazos se cierra en un puño, los nudillos blancos. Gira la cabeza y nuestros rostros quedan a milímetros.

—Di tu condición.

—No volvamos a vernos. Nunca. Si acepto, es con la condición de que esto empiece y termine esta noche. Si no... me moriría de vergüenza. Y no estoy bromeando.

Es peligroso jugar con desconocidos, pero el peligro es lo único que me hace sentir viva ahora mismo. Nuestras miradas quedan atrapadas. El tiempo se detiene. El avión, la gente, el zumbido de los motores... todo desaparece.

Michael levanta la mano despacio y me toma la cara. Su pulgar recorre mi mejilla, lento, posesivo. Siento cómo se me contrae el vientre. Lo quiero. Lo deseo ahora mismo.

—¿Desean toallas calientes? —La voz de la azafata corta el aire como un hacha.

Nos separamos de un salto. Me giro hacia la ventanilla con la cara ardiendo, sintiendo que todo el avión nos está juzgando.

—Gracias —murmuro, cogiendo la toalla sin levantar la vista.

—En quince minutos comenzaremos el descenso —anuncia ella con una sonrisa profesional—. Aterrizaremos pronto.

Michael toma la suya y asiente. La azafata sigue su camino. El silencio entre nosotros es ahora insoportable. Me aprieto la toalla contra la cara, intentando enfriar mi piel y mis pensamientos.

¿Qué he hecho? ¿En qué momento me he convertido en esta mujer?

Michael vuelve a inclinarse; sus labios rozan mi oído, enviando una última descarga a mi sistema.

—Tengo planes para nosotros, Melissa. Y sí, acepto tu condición —susurra. Hay una promesa oscura en su voz.

Me quedo mirando por la ventana, intentando calmar mi corazón. Soy una idiota. He coqueteado con el desastre y ahora el desastre ha aceptado el baile.

—Buenas noches, estimados pasajeros. Les habla el capitán —resuena la voz por los altavoces. Cierro los ojos, esperando el aterrizaje. Pero la vida tiene otros planes—. Debido a una tormenta de nieve inesperada en Nueva York, nos vemos obligados a cambiar la ruta y aterrizar en Denver, Colorado. Pasaremos allí la noche. La aerolínea nos facilitará alojamiento en un hotel.

Giro lentamente la cabeza hacia Michael. Él sonríe despacio, peligroso. En sus ojos bailan chispas que me dicen que el destino acaba de darle la mejor de las herramientas.

Oh, no.

¿Qué he hecho?

Capítulo 4. Damon

El avión aterriza en Denver con un golpe seco que nos devuelve a la realidad.

Melissa sigue apretando los reposabrazos. Tiene los ojos cerrados, los labios tensos y la respiración contenida. Mi mano descansa sobre la suya. Está caliente, temblorosa, una pequeña ave atrapada bajo mi palma. No la suelto. Me gusta sentir cómo su pulso se desboca bajo mi contacto.

El anuncio suena por los altavoces con esa alegría artificial de las aerolíneas. Bienvenidos a Denver. La tormenta de nieve nos ha regalado una escala forzosa y la compañía se encargará del hotel.

Ella abre los ojos. Me mira como si acabara de despertar de un sueño que empieza a convertirse en pesadilla.

—No hace falta que te alegres tanto —digo con una sonrisa irónica.

Parpadea, desorientada.

—¿Qué?

—De nuestra noche en Denver. En el hotel. Tú y yo. Solos.

Veo cómo la sangre le sube a las mejillas, tiñendo su piel pálida de un rojo delicioso. Es fascinante lo fácil que es desarmarla.

—Michael... —titubea, apartando la mirada hacia la ventanilla—. No soy el tipo de chica que seguramente has imaginado. Yo no...

—No te acuestas con desconocidos en la primera cita —termino la frase por ella, inclinándome hasta que mi aliento roza su oído.

—Sí —se estremece ante mi franqueza, pero no se aleja—. No quiero que pienses que soy una...

—Lo sé —la corto con calma—. Ni se me habría ocurrido. Pero me alegra saber que ya lo consideras una cita.

Melissa exhala un suspiro de alivio que me parece casi tierno. Pobre Melissa. No tiene ni idea de en qué red se ha metido.

—Flirteé contigo porque estaba segura de que aterrizaríamos en Nueva York y no volveríamos a vernos nunca —confiesa, recuperando un poco de esa mordacidad que tanto me divierte—. Era un juego seguro.

—Entiendo —digo, sonriendo con una satisfacción que no intento ocultar.

—No es por ti —añade rápido, como si necesitara proteger su orgullo—. Eres... genial. Y si yo fuera ese tipo de mujer, entonces seguro que...

Se detiene. Se muerde el labio inferior, torturando esa carne rosada que llevo deseando morder desde que la vi en la barra del bar.

—Estaríamos follando —la ayudo.

Ella me sostiene la mirada, desafiante.

—Sin parar —confirma.

Levanto las manos en un gesto de rendición fingida.

—Te he entendido perfectamente. Tú pusiste la condición y yo acepté. No soy de los que cambian las reglas en mitad de la partida, Melissa. Por ti, estoy dispuesto a limitarme a un sexo puramente platónico.

Ella suelta una carcajada, una de esas que le iluminan la cara y me hacen olvidar por un segundo el desastre que me espera en Nueva York.

—Me alegra que lo entiendas todo tan bien, Michael.

La observo mientras se levanta para recoger su bolso y pienso que es una mentirosa excelente. Se miente a sí misma, me miente a mí y le miente al mundo entero. Me desea tanto como yo a ella, y lo

mejor de las tormentas es que siempre terminan derribando las estructuras que parecen más sólidas.

Mientes, Melissa. Y voy a disfrutar cada segundo hasta que lo admitas.

***

Dos horas después

La estrello contra la pared de la habitación del hotel con un movimiento brusco, hambriento. Mis labios recorren su cuello con una avidez que no puedo frenar, marcando territorio sobre esa piel pálida que huele a rendición.

—¡La puerta! —jadea ella, con la voz rota—. ¡Abre la maldita puerta, Michael!

Dios. Nunca había sentido una combustión tan inmediata. Todo el trayecto desde el aeropuerto ha sido una tortura de risas, roces accidentales y miradas que prometían incendios. En el bar del hotel, la tensión simplemente explotó. Hablamos de bailar, pero en cuanto mis manos tocaron su cintura, el acuerdo de "ser platónicos" se convirtió en el chiste más sucio de la noche. La besé allí mismo, frente al barman, reclamando su boca como si me perteneciera por derecho.

Por fin encuentro la tarjeta. La paso por el lector y el clic de la cerradura suena como un disparo de salida. Entramos a trompicones, casi cayendo, y la lanzo sobre la cama. Melissa rebota contra el colchón y se queda ahí, con el pecho subiendo y bajando a sacudidas, observándome con una mezcla de pánico y un deseo que la está consumiendo viva.

—Yo no soy así —me recuerda, como si intentara convencerse a sí misma.

—Lo sé —respondo, con la respiración pesada—. No voy a romperte, Melissa. No todavía.

—Es esta sequía... —susurra, cerrando los ojos—. Hace tanto que no... que ahora no sé cómo parar.

Mis cejas se elevan. Esa confesión es la gasolina que necesitaba. Nuestros alientos se mezclan, cargados de alcohol y electricidad.

—Mejor —murmuro—. Esto va a ser mucho más interesante de lo que imaginaba.

La devoro con la mirada mientras me quito la camisa de un tirón. Veo cómo sus ojos recorren mis hombros y mi pecho, y cómo se le corta la respiración al procesar la realidad de lo que tiene delante. Me muevo despacio, con la confianza de quien sabe que ya ha ganado la partida.

Me desabrocho los pantalones sin dejar de sostenerle la mirada. Saco mi miembro, duro y palpitante, exigiendo su atención. Melissa se queda boquiabierta, con las pupilas dilatadas hasta casi borrar el color de sus ojos. Apoyo una rodilla en el borde de la cama, tensando cada músculo, y empiezo a masturbarme frente a ella, con movimientos lentos y deliberados. Quiero que mire. Quiero que entienda lo que me hace sentir.

—Ven aquí, Melissa —le ordeno en un susurro que suena a amenaza—. Tómala.

No se lo piensa. Salta de la cama con una urgencia que me incendia la sangre y se arrodilla frente a mí. Me atrapa con una mano y se la lleva a la boca con una ansiedad que me hace gemir. No es una experta, pero su hambre es mejor que cualquier técnica ensayada. Siento su lengua, el calor de su garganta y la presión de sus labios moviéndose a un ritmo frenético.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás. Joder. Es demasiado. Sus gemidos contra mi piel envían oleadas de calor directo a mi columna.

—Joder... qué bien sabe —susurra ella, separándose apenas un segundo, con los labios brillantes y el rostro encendido—. Podría correrme solo con esto.

La agarro del cabello, no con fuerza, sino para obligarla a mirarme.

—¿Por qué sigues vestida? —gruño—. Te quiero desnuda. Ahora.

La arrastro hacia el centro de la cama. En un parpadeo, ese vestido lavanda y su lencería son solo un montón de tela olvidada en el suelo. Me deshago del resto de mi ropa y me quedo paralizado.

Mis ojos recorren cada milímetro de su cuerpo con una lentitud tortuosa. Su piel es porcelana pura bajo la luz tenue de la habitación. Tiene los pechos pequeños, con los pezones

endurecidos, y una cintura que mis manos podrían rodear por completo.

Ella se suelta el pelo, dejando que los pasadores caigan sobre las sábanas uno a uno. Sus ondas oscuras cubren sus hombros como una capa de seda. Se queda ahí, expuesta, vulnerable y desesperadamente hermosa. Veo algo nuevo en sus ojos: una necesidad absoluta de entregarse.

—Boca arriba —ordeno con los dientes apretados.

Su rostro se contrae en un espasmo de placer anticipado. Me lanzo sobre ella, sujetando su cabeza entre mis manos para besarla con una intensidad que le roba el oxígeno.

—Hacía tanto tiempo... —jadea contra mis labios.

—Yo me encargo de ti, nena —susurro—. Solo déjate llevar.

Bajo por su cuerpo, marcando el camino con besos que queman. Cuello, clavículas, el centro de sus pechos. Le levanto las piernas, apoyándolas sobre mis hombros, abriéndola por completo para mí. Está preciosa así, ofrecida, temblando bajo mi escrutinio. Empiezo a usar mi lengua sobre su clítoris con una presión implacable mientras introduzco dos dedos en su interior, buscando ese punto que la haga perder la cabeza.

Melissa se retuerce, grita mi nombre —el nombre falso— y se arquea contra el colchón. No la suelto. Aumento el ritmo hasta que un orgasmo violento sacude todo su cuerpo. Sus piernas me aprietan con fuerza mientras ella se tapa la cara con un brazo, abrumada por la intensidad de lo que acaba de pasar.

Le aparto la mano con suavidad pero con firmeza.

—No te escondas de mí —le ordeno, obligándola a mirarme—. Di: «qué bien se siente». Necesito oírlo.

Ella parpadea, perdida en la niebla del placer.

—Se siente... jodidamente bien —susurra.

—Buena chica.

La beso de nuevo, saboreándome en ella, mientras sus piernas se abren por instinto, pidiendo más. Me incorporo y saco los condones de mi cartera. Abro uno y se lo pongo en la mano, con una mirada que no admite réplicas.

—Póntelo.

Antes de hacerlo, se inclina y me besa con una devoción que no esperaba.

—Te gusta mandar demasiado —dice ella con una sonrisa traviesa que me dispara el pulso.

Le devuelvo la sonrisa y me dejo caer de espaldas sobre las sábanas blancas, hundiéndome en el colchón mientras la atraigo hacia mí. Noto su piel contra la mía, un incendio que no quiero apagar.

—Primero me follas tú —le digo en un susurro, rozando sus labios —. Y luego, cuando estés ardiendo y no puedas más, te follaré yo hasta que olvides cómo te llamas.

Sus labios se curvan. Hay algo salvaje en su mirada, una libertad que solo da el saber que mañana seremos desconocidos.

—Te cojo solo esta vez para no volver a verte nunca más —declara ella.

Es una mentira preciosa y ambos lo sabemos. Sonrío con una lentitud calculada, sin apartar la vista de sus ojos marrones, ahora oscurecidos por el deseo.

Melissa se coloca a horcajadas sobre mí. El contraste de su piel pálida contra mi vello oscuro es una imagen que voy a guardar bajo llave. Nuestros besos se vuelven frenéticos, una lucha de lenguas y dientes. La guío, sosteniendo mi miembro mientras ella se empala con una decisión que me corta el aliento. Me encanta verla así, desde abajo, dominando el espacio con esa vulnerabilidad feroz.

—¡Sí, Dios! —solloza ella, echando la cabeza hacia atrás.

—Todo está bien, nena —susurro para calmar su ritmo errático—. Muévete para mí. Un poco a la izquierda... así.

Ahueco sus pechos entre mis manos. Son perfectos, firmes, con los pezones apuntando al techo. La miro con una admiración que no puedo fingir. Ella baja la vista y me encuentra observándola.

—¿Qué? —pregunta jadeando.

—Desde que te vi en el bar, vestida con esa tarta lavanda, solo quería esto. Verte montándome así.

Ella sonríe, empapada en sudor, con los mechones oscuros pegados a la frente.

—¿Siempre consigues lo que quieres, Michael?

—Siempre —respondo, agarrándola de las caderas con fuerza para dictar el descenso.

Nos destrozamos los labios en un beso furioso, mezclando el sabor del champán con el de nuestra propia urgencia.

—Estás tan apretada que me va a estallar la cabeza —digo con la voz ahogada.

Cierro los ojos. Siento cómo se desliza de arriba abajo, cada centímetro de su calor rodeándome, reclamándome. Ralentizo el movimiento, obligándola a sentir cada roce, cada textura. Es increíble. Abro los ojos y la encuentro inclinada sobre mí, besándome con una ternura que me descoloca.

—¿Sabes lo bien que se siente tenerte dentro? —susurra antes de lamer mis labios entreabiertos.

Echo la cabeza hacia atrás, entregado al placer puro. Siento que mi autocontrol se desmorona por segundos.

—Estás ardiendo, Melissa...

La aprieto con mis muslos, la elevo un poco y la ensarto con una embestida profunda que la hace gritar. Es un sonido agudo, roto, la música más perfecta que he escuchado en años.

—Dios, Michael, quiero que me llenes toda —gime, perdiendo los papeles por completo.

Me vuelve loco su falta de filtro. Cómo dice guarradas, cómo se mueve con esa desesperación. Me rindo a su ritmo. Ella sigue cabalgando con una fuerza frenética y siento cómo mis músculos se contraen, listos para estallar. De repente, clava sus labios en mi cuello y succiona mi piel con una violencia deliciosa. Siseo ruidosamente. Mierda, me está dejando una marca. Un estigma de esta noche en Denver. Me da igual. Ya no queda nada del estratega racional.

La tumbo de espaldas contra el colchón en un movimiento rápido. Le subo las piernas a los hombros y entro en ella con una profundidad que hace que el aire de la habitación parezca comprimirse. Ella me mira, desafiante, incluso en medio del orgasmo que se avecina.

—¿Ah, sí? —¿pregunta con un hilo de voz—. ¿Así que te gusta el juego rudo? Enséñame. Castígame por haberte hecho esperar.

Sostiene mi rostro entre sus manos, obligándome a mirar el desastre que hemos creado.

—Dios, qué polla tan increíble tienes. Se muere por mí, ¿verdad, nene? —Aprieta sus muslos contra mis costados, atrapándome—. Siento cómo me pulsas dentro.

Esbozo una sonrisa oscura y continúo atormentándola con embestidas potentes, rítmicas, implacables.

—Ahora mismo voy a quitarme el condón y voy a correrme en tu boquita sucia —le aseguro, la amenaza vibrando en mi garganta—. Prepárate.

—¡Oh, sí! ¡Hazlo, por favor! —gime ella, entregada.

Empiezo a moverme con una intensidad salvaje y, de repente, en un momento de lucidez aterradora, giro la cabeza y beso tiernamente su tobillo. Es un gesto absurdo, íntimo, que rompe la brutalidad del sexo. Nos miramos fijamente y una cercanía extraña nos envuelve, algo que no debería existir entre dos personas que solo pretenden olvidarse.

—No me mires así —susurra ella, tratando de recuperar su armadura de cinismo—, o te llevarás otro chupetón de recuerdo.

Abro mucho los ojos, divertido.

—No me gustaría tener que dar explicaciones por otro chupetón, Melissa.

Ella suelta una carcajada mientras observa la marca oscura que empieza a hincharse en mi cuello.

—¿Es que tu novia va a regañarte? —se burla.

Me río con ella, una risa que nace del estómago, y vuelvo a hundirme en su cuerpo con una energía renovada, alcanzando ese punto exacto que la hace arquearse. Ella suelta un gemido largo, un lamento de placer que me vuelve loco. Agarro sus caderas, las levanto y empiezo a clavarle cada una de mis estocadas como si fuera la última vez que fuera a tocar a una mujer.

—¡Fóllame ya! —exclama suplicante—. ¡Dámelo todo! ¡Más fuerte! —Gime—. ¡Todavía más! Sí. ¡Más!

Tengo los ojos cerrados; el placer es una neblina densa. Me muevo rápido, rítmicamente, buscando el final. Ella me abraza con una fuerza inesperada, rodeándome con sus piernas, y una ola de

orgasmo la sacude violentamente. Mantengo mi miembro profundamente dentro de ella y, con un rugido, hundo la cara en su cuello mientras siento la descarga definitiva.

Nos quedamos así, fundidos, respirando un aire que huele a sexo y a derrota. Estamos empapados en sudor, con los corazones latiendo en un solo ritmo frenético. Sonrío contra su piel, recordando cada segundo de las últimas dos horas. Ella me da un beso suave en la mejilla.

Un instante después, el hambre vuelve a despertar. Pero esta vez, el juego se vuelve mucho más depravado**.**

***

Estoy junto a la puerta, impecable, con la maleta a mis pies. Observo a Melissa mientras la luz grisácea de la madrugada empieza a filtrarse en la habitación. Yace sobre las sábanas blancas como un botín de guerra, con el cabello derramado en una cascada oscura y el cuerpo completamente expuesto. Duerme con una profundidad absoluta, ajena al hecho de que me he levantado, me he vestido y he borrado cualquier rastro de Michael de este espacio.

Está exhausta, vacía. No es para menos después de tres horas de un hambre que no conocía la tregua.

El móvil vibra en mi bolsillo y el mensaje es escueto: «Sr. Wallace, su coche está frente al hotel». Son las cinco y cuarto de la mañana. El tiempo de Michael ha expirado y Damon Wallace tiene una boda a la que asistir en una Nueva York colapsada por la nieve.

Ella aún tiene tres horas de sueño por delante antes de su vuelo, tres horas para ignorar que el hombre que la reclamó durante la noche ya no existe.

Me pregunto por un segundo si debería despertarla, pero ¿para qué? El acuerdo era una sola noche, sin mañanas ni promesas. Aunque, mientras recorro con la mirada la curva de su cadera, comprendo que podría reclamar ese cuerpo cada noche del resto de mi vida y seguiría teniendo sed. Por primera vez la veo en paz, sin esa tensión defensiva que la define. Si la despierto, la realidad se

sentará en el borde de la cama y vendrán las preguntas, las miradas de reojo o, peor aún, la petición de que me quede.

Y yo no me quedo.

Me espera una familia que me odia y una empresa que debo liderar. Melissa vuelve a Manhattan para trabajar en Capital, nuestra competencia directa, y ese pensamiento me provoca una sonrisa amarga. El destino tiene un sentido del humor retorcido.

La miro por última vez. Los labios entreabiertos, la marca roja de mis dientes en su cuello y el rastro de mis dedos en su muslo. He dejado mi sello en ella. Si todas las americanas arden con esa intensidad, el invierno en Nueva York va a ser corto. Aunque miento; ella no es la norma, es la excepción que ha estado a punto de hacerme olvidar quién soy.

Cojo la maleta y abro la puerta con un movimiento silencioso. No miro atrás porque nunca lo hago, pero este adiós unilateral ha dejado un peso extraño en el aire.

Capítulo 5. Melissa

Seis meses después

Exhalo el aire que no sabía que estaba reteniendo y me llevo una mano al pecho, intentando calmar el latido errático de mi corazón. El rascacielos de cristal se alza ante mí como un gigante que me desafía a entrar. Nueva York es un monstruo de acero, y yo estoy en la acera, frente a su mandíbula, intentando no salir corriendo.

Mi teléfono empieza a vibrar. En la pantalla aparece: «Mamá».

—¡Hola, mamá! —Fuerzo una sonrisa, imaginándola en su cocina, impecable como siempre. Una rubia sofisticada con un corte bob que nunca se despeina y esa piel tersa que parece ignorar el paso del tiempo. Ya la echo de menos.

—¡Ay, cariño! ¡Solo llamo para desearte mucha suerte!

—Gracias, mami. —Cambio el peso de un pie a otro, incapaz de quedarme quieta—. Estoy tan tensa que esta mañana las náuseas casi me impiden salir de casa.

—Todo saldrá bien, mi vida. Te lo mereces.

Suelto un suspiro pesado, dejando que el vaho se pierda en el aire frío de la mañana.

—Eso espero. He pasado por seis entrevistas infernales para conseguir este puesto. Seis.

—Lo sé, amor mío. Es el trabajo de tus sueños. Y además, necesitabas librarte de Grock de una vez. Cuanto más lejos estés de él, más fácil será todo.

Pongo los ojos en blanco. Siempre termina ahí.

—Mamá, no metas a Grock en esto, por favor.

—Cariño, cortasteis hace un año y todavía te llama cada semana. No entiendo por qué no has bloqueado su número.

—Es solo que... está preocupado. Salimos durante tres años; no se borran así como así.

—Ay, Melissa, eres demasiado buena. Por su culpa casi te quedas estancada en Stamford. No dejes que te manipule.

Vuelvo a suspirar profundamente. Ella tiene razón, pero me mordería la lengua antes de admitirlo. La última vez que lo vi fui lo suficientemente débil como para decirle que «ya veríamos». Fue un error. Un error de los que te arrastran hacia atrás cuando solo quieres correr hacia delante.

—¿Llamas para ponerme nerviosa o para desearme suerte? Tengo que entrar ya.

Dejo escapar una risita nerviosa y vuelvo a levantar la vista hacia la torre.

—¡Gracias, mamá! Te quiero.

Cuelgo y clavo la vista en las enormes letras doradas que brillan sobre las puertas giratorias: Wallace Invest.

Relajo los hombros al exhalar. Vale. Tú puedes con esto. Es una oportunidad entre un millón. Wallace Invest es el imperio, la cima del mundo financiero. Cinco mil personas trabajando en esta sede, moviendo los hilos de la economía global. He soñado con esto desde que era una estudiante, postulándome a cada vacante durante tres años.

Y finalmente, el destino ha cedido. Después de seis entrevistas brutales, tengo mi oferta. No puedo perder este trabajo. No otra vez.

Saco mi acreditación, me la cuelgo al cuello y entro.

El aire acondicionado me golpea la cara, seco y profesional. En la recepción, un empleado comprueba mis datos con una eficiencia robótica. Me entrega el código para el ascensor y me encamino hacia las cabinas. Me rodeo de gente que parece haber nacido con

un traje de sastre puesto. Todos están impecables. Todos parecen saber exactamente a dónde van.

Pulso el botón de la sexta planta y me observo en las puertas de espejo. Falda de tubo negra, medias sencillas, zapatos de charol con un tacón que me obliga a caminar con la espalda recta y una blusa de seda color crema. Quería el equilibrio perfecto entre profesional y elegante. Me retoco el moño alto con un gesto rápido. El ascensor sube.

Estudio al resto de los pasajeros por el rabillo del ojo. Los hombres visten trajes que cuestan más que mi alquiler. Las mujeres llevan un maquillaje tan natural que parece inexistente, una máscara de perfección gélida. Mierda. Debería haberme puesto un labial más intenso. Mañana vendré con más fuerza.

Las puertas se abren y salgo caminando con una seguridad que no siento. Fingir es mi superpoder. O mi escudo. Lo usaré hasta que me lo crea. O hasta que muera en el intento.

—¡Hola! —le sonrío a la mujer de la recepción—. Soy Melissa Ferrell. Hoy es mi primer día.

La mujer me devuelve una sonrisa cálida, algo extraño en un lugar que parece hecho de mármol.

—¡Buen día, Melissa! Soy Jena, una de las gestoras de esta planta. Encantada de conocerte. Ven conmigo, te enseñaré tu escritorio. —Se dirige hacia un espacio inmenso, un laberinto de cristal y moqueta silenciosa.

Las mesas están agrupadas, separadas por mamparas elegantes. Jena sigue hablando, dándome detalles sobre Mark, mi jefe directo, y sobre la visita guiada que tendré a las dos con Kate, de Recursos Humanos.

—La mayoría de los empleados empiezan en la primera planta, casi siempre en el archivo, y van ascendiendo —dice Jena, deteniéndose frente a un grupo de escritorios junto al ventanal—. Usted empezará en la sexta. Archivo de contratos. Tres meses de evaluación.

—¿La sexta? —Mi voz traiciona mi decepción.

—Después de eso, si sus métricas son buenas, podemos hablar de ascenso —Jena sonríe con profesionalismo glacial—. Aquí nadie salta

pasos, señorita Ferrell. Ni siquiera usted.

Siento que la sangre me sube al rostro. ¿La tercera planta? No sabía que fuera algo inusual. Me dejo caer en la silla mientras el pánico empieza a arañarme el estómago desde dentro. ¿Por qué me han puesto aquí?

—¡Buenos días! —Una chica rubia se sienta en la mesa de al lado —. Me llamo Liz. —Se inclina hacia mí con una energía contagiosa—. Tú debes de ser la novata, ¿verdad?

—Hola, Liz. Soy Melissa —respondo, intentando que mi voz no tiemble.

Jena se despide con un gesto amable y me deja a solas con mi nueva compañera.

—¿Estás nerviosa? —pregunta Liz, notando mi rigidez.

—Dios mío, es que no puedo ni moverme. Nunca antes había estado en un lugar así.

Liz me dedica una sonrisa de complicidad.

—No te preocupes. Todas empezamos así. Pero recuerda: no te habrían dado este asiento si no creyeran que puedes manejarlo.

Asiento, aunque mi mente se ha quedado anclada en la ventana, mirando el perfil de Manhattan. No quiero defraudar a nadie. No puedo permitirme otro fracaso.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —pregunto para distraerme.

—Cuatro años. Amo esta empresa. Me mudé desde Los Ángeles solo por esto. Es el mejor lugar en el que he trabajado.

—Yo vengo de Stamford —sonrío con un orgullo forzado—. Es una ciudad pequeña en Connecticut.

—¿Estás sola aquí en la ciudad?

—Sí. —Me encojo de hombros—. Le alquilo una habitación a una chica en Brooklyn. Es temporal; espero encontrar algo propio pronto.

—¿Tan malo? —Liz frunce el ceño.

—Digamos que la limpieza no es el punto fuerte de mi compañera de piso. Pero no tuve elección. Después de lo que pasó hace seis meses... —Me detengo, dudando si debería abrir esa puerta.

—¿Qué pasó hace seis meses? —Liz se inclina más, picada por la curiosidad.

Suelto un suspiro largo.

—Me despidieron de Capital el primer día. Ni siquiera llegué a entrar en la oficina. Por culpa de una tormenta de nieve desviaron mi vuelo a Denver y me quedé atrapada allí un día entero. Cuando llegué a Nueva York, mi puesto ya no existía.

—Madre mía —susurra Liz—. Qué mala suerte.

—No me dieron ni recomendaciones. Pasé tres meses saltando de un trabajo mediocre a otro antes de volver a casa de mis padres. Por eso tengo tanto miedo, Liz. He tardado casi tres años en entrar en Wallace Invest.

Liz me aprieta la mano en señal de apoyo.

—¿Y qué hiciste este fin de semana para celebrar que habías entrado?

—Temblar de miedo.

Ella se ríe, una risa limpia que relaja el ambiente.

Miro a mi alrededor, tratando de asimilar mi nueva realidad. Los dos escritorios que tenemos justo enfrente siguen vacíos, impolutos, esperando a sus dueños. Me pregunto quiénes serán. Me pregunto si este lugar será mi salvación.

—¿Quién más trabaja con nosotras en este bloque de mesas?

—Rachel —Liz señala la silla vacía detrás de mí—. No aparece hasta las nueve y media. Es madre soltera y primero tiene que sobrevivir al caos de dejar a los niños en el colegio.

Sonrío. Me reconforta saber que en este templo del capitalismo salvaje hay espacio para la vida real de las personas normales.

—Y también Chloe —continúa mi vecina—. Aunque seguro que llega tarde por la fiesta de anoche.

¿Es posible tener resaca en Wallace Invest y salir viva para contarlo? No dejes que se te note el pánico, Melissa. Pon cara de que tú también sales de fiesta los martes. Liz pone los ojos en blanco, como si pudiera leer mis pensamientos.

—Es una fiestera incurable. Siempre encuentra una excusa para escaparse, pero es insultantemente buena en lo suyo. Aquí, si demuestras lo que vales y cumples con los plazos, te dan cuerda. Una de nosotras incluso trabaja desde casa y aparece una vez al mes para que confirmemos que sigue viva. Imagínate lo bueno que es esto, pero también la presión que conlleva.

—¡Hola! —Una chica llega derrapando por el pasillo y se desploma en la silla de al lado. Está jadeando y me tiende una mano con las uñas pintadas de un rojo neón—. Soy Chloe.

Le estrecho la mano con cuidado y me presento. Huele a perfume caro y a una ligera sospecha de margarita.

Chloe es más joven que yo y desprende esa vibra de quien desayuna diamantes y cena Nueva York. Tiene el cabello color miel cortado en un bob tan impecable que me hace preguntarme si duerme de pie para no despeinarse.

—Enciende el ordenador, Melissa. Te enseñaré el laberinto de programas con el que trabajamos —propone Liz.

Intento que mis dedos no tiemblen sobre el teclado. Concéntrate. Eres una profesional.

—¡Ay, Dios, Liz! —exclama Chloe de repente—. ¡Anoche conocí a un chico que era un diez absoluto!

—Ya empezamos —suspira Liz—. Tú conoces a un diez absoluto cada martes.

—No, esta vez va en serio. Tenía esa mirada de "voy a arruinarte la vida y te va a encantar".

Miro a Liz y ella me devuelve una mueca de complicidad. Es refrescante ver que, bajo todo este acero y cristal, también hay dramas de bar. Chloe empieza a teclear a una velocidad sobrehumana mientras Liz me explica los paneles de control.

—A las diez empiezan a llegar los primeros informes de mercado. Es el momento del café fuerte o del infarto —advierte Liz—. Nuestro departamento analiza los datos y prepara los resúmenes para los directores de división.

Frunzo el ceño. Mi título de analista financiera parece de repente un diploma de guardería. ¿Cómo sabré qué es crítico y qué es basura?

—Filtramos la información en la primera etapa —interviene Chloe sin dejar de escribir—. Marcamos lo que pueda afectar a los beneficios de la empresa y, sobre todo, lo que haga que los Wallace pierdan un centavo. Es pura analítica. El programa hace el trabajo sucio, pero tú pones el instinto.

Chloe revisa su correo y añade:

—Mira, por ejemplo, las acciones de Hilton han bajado un tres por ciento esta noche. Es vital entender por qué, porque los Wallace también tienen su propia cadena de hoteles y no les gusta que el sector se tambalee.

Suelto una risita nerviosa. Los Wallace. El apellido flota en el aire como una deidad a la que hay que mantener contenta.

—Esa es la clave. Nuestra tarea es conectar los puntos. Si tienes ideas para proyectos, puedes decírselo sin miedo a Mark, nuestro jefe. Él se lo pasará al director de planta y, si el filtro es bueno, llegará a los de arriba en las reuniones. A Damon Wallace.

Damon Wallace. El nombre me provoca un escalofrío extraño que me recorre la espalda. Siento que estoy subiendo una escalera muy alta y que los peldaños son de cristal fino.

—Parece una estructura algo compleja.

—Lo es —dice Chloe—. Podrías intentar saltarte los pasos, pero te despedirían por un error mínimo antes de que pudieras decir bonos basura. Lo importante es no agobiarse. Analiza. Saca conclusiones de los números, nada de castillos en el aire. En resumen, no te compliques la existencia si quieres conservar tu pase de acceso.

Hablamos de verificar datos fiscales y de rastrear cada punto financiero en contratos. Lo anoto todo en mi móvil. No puedo perder ni un detalle de este nuevo mundo.

Sonrío. Quizás de verdad pueda con esto. Quizás mi desastre en Capital fue solo el bache necesario para llegar a este trono de cristal.

—Abre el correo —sugiere Liz. Se inclina hacia mi mesa y pulsa unas teclas. Una cascada de líneas de datos empieza a desfilar ante mí—. ¿Todo esto es para mí?

—Bienvenida al juego, nena —Liz me guiña un ojo juguetona—. Empieza a leer. El flujo es constante y no perdona a nadie. Analítica de inversiones pura y dura.

Siento una oleada de adrenalina. Esto es lo que quería. Esto es Nueva York.

—Solo un consejo —dice Liz antes de volver a su sitio—. Asegúrate de que todos los cálculos sean correctos. Lo que más cabrea a los ejecutivos de la última planta son los errores obvios en los datos. Si les das un número falso, estás muerta.

***

Regreso feliz del almuerzo. Aquí las comidas son como en un restaurante de cinco estrellas y, lo mejor de todo, son gratis. El paraíso existe, tiene el bufet libre y yo acabo de descubrir que puedo comer mousse de chocolate sin sentir remordimientos si es por una causa profesional. El teléfono del escritorio empieza a sonar. Lo descuelgo con la cautela de quien espera que le anuncien que ha ganado la lotería o que lo van a arrestar por fraude fiscal.

—¡Hola, Melissa! Soy Kate, de Recursos Humanos. Subiré a buscarte en cinco minutos.

Parpadeo. Está claro. Me espera la dichosa visita guiada por el edificio. El tour de reconocimiento donde intentaré no chocarme con ninguna columna de cristal mientras finjo que entiendo cómo funciona la economía mundial.

—Pues nada, me toca irme de excursión —les susurro a mis compañeras.

—Uf, te va a tocar subir a las altas esferas —dice Chloe haciendo una mueca de asco.

—¿Y qué hay allí arriba? ¿Dragones? ¿Jefes que lanzan rayos láser por los ojos?

—Los despachos de los fundadores. Son simplemente horribles. Allí te pueden despedir en un abrir y cerrar de ojos. Alégrate de que estemos aquí abajo, donde todavía se puede respirar oxígeno normal.

—No le hagas caso, son tonterías —Liz pone los ojos en blanco—. Es solo que ellos pertenecen a otra categoría de personas. Para ellos somos piezas de una maquinaria que pueden reemplazar por una versión más nueva y con menos ojeras. No escuchan a nadie.

—Esos altos cargos son los propios Wallace, ¿verdad? He leído sobre ellos, pero no hay casi información. Es como si fueran una sociedad secreta, pero con mejores trajes.

—Bueno, al señor Wallace mayor, Donald, no lo verás nunca. Se está retirando y dejándolo todo en manos de sus hijos. Cuatro

hermanos. Nosotros estamos bajo el mando directo de Damon Wallace. Eso es todo lo que necesitas saber para sobrevivir.

¿Damon Wallace? Suena a protagonista de novela gótica o a hermano perdido de Damon Salvatore. Saco el labial rojo intenso que acabo de comprar y me retoco los labios con precisión de cirujano. Si voy a enfrentarme a la aristocracia de Wall Street, necesito mi pintura de guerra.

—Ni se te ocurra decir ninguna estupidez en la planta de los jefes —sentencia Chloe.

—¿Por ejemplo? ¿Qué consideran ellos una estupidez? ¿Decir que me gusta el tiramisú cuenta como traición al capitalismo?

—Mantén la boca cerrada. La visita guiada sirve para que te evalúen. Puede que te cruces con alguno de los hermanos Wallace. Son todos insultantemente guapos, del tipo que te hace olvidar tu propio código postal.

—Perdona, mejor no hablemos de ellos. Por contrato no se puede hablar de los directivos —me susurra Liz al oído.

—Vamos, miss Ferrell —dice Kate con su sonrisa perfecta, cuando aparece.

Mi estómago se hunde. Kate mira su móvil y sus ojos brillan con una intensidad que no me gusta nada.

—¡Qué suerte tienes! Uno de los hermanos Wallace acaba de llegar. Es quien supervisa tu departamento y quiere conocer a las nuevas incorporaciones.

Genial. Maravilloso. No digas ninguna estupidez, Melissa. Nada de vampiros, ni de que tus pies están pidiendo asilo político, ni de lo mucho que te gusta el mousse de chocolate de la cafetería. Las puertas del ascensor se abren y el aire cambia. Esto no es una oficina, es el Olimpo. Mármol blanco, cristal de suelo a techo y un silencio que huele a dinero antiguo.

—¿Está recibiendo el señor Damon Wallace? —pregunta Kate en la recepción.

—Sí —Natalie, la recepcionista que parece escapada de una pasarela, sonríe—. Ahora mismo la anuncio.

¿Anunciarme a mí? ¿Cómo si fuera una embajadora y no una analista con el rímel a punto de rendirse? Natalie cuelga el teléfono

tras un breve murmullo.

—Pueden pasar.

Atravesamos una sala de juntas inmensa. Mis tacones resuenan contra el mármol como un caballo desbocado cruzando Central Park. ¿Cómo es que Kate camina sin hacer ruido? Mañana mismo me compro unos zapatos de suela de goma, aunque parezca una enfermera jubilada. No parezcas un poni con pánico, Melissa. Mantén la dignidad. Llegamos ante unas puertas dobles de color negro y el corazón me golpea las costillas con una fuerza salvaje.

—Adelante —responde una voz profunda.

Kate abre las puertas. El hombre está de espaldas, recortado contra el ventanal de Manhattan. Se gira despacio, con una elegancia que me resulta dolorosamente familiar. El mundo se detiene. El oxígeno desaparece de la habitación. El dueño de este imperio, el temido Damon Wallace, es Michael. Mi Michael de Denver. El hombre con el que me acosté hace seis meses y al que juré no volver a ver jamás. Muerde tu labio, Melissa. Siente el sabor metálico de la sangre para confirmar que no estás en una pesadilla.

—Melissa Ferrell, le presento al señor Damon Wallace —dice Kate.

La miro sin poder articular palabra. Tierra, trágame. Ahora mismo. Que se abra una trampilla bajo esta alfombra de seda y me escupa en Brooklyn.

Él levanta las cejas y se reclina en su sillón con una parsimonia insultante. Suelta un gruñido suave. Es el mismo sonido que hacía cuando...

No. No pienses en eso ahora. No pienses en sus manos.

—¡Hola, Melissa!

Su mirada no me suelta. Son los mismos ojos de depredador que me hipnotizaron en el avión. Maldito estratega. Me ha tenido engañada medio año mientras yo me moría de vergüenza recordando cada detalle de nuestra noche. El señor Damon Wallace es el dueño de mi vida profesional. El que puede mandarme de vuelta a Stamford con una sola llamada. Me observa como si fuera un experimento de laboratorio entretenido. Su mirada baja un segundo hacia mis labios, deteniéndose en el rojo intenso, y sé que está recordando el sabor de mi boca.

—Encantada de conocerle, señor Wallace —logro balbucear. Mi voz suena como si alguien me hubiera apretado la garganta con un lazo.

Él esboza una sonrisa lenta. La sonrisa del gato que ya se ha cenado al canario y está esperando el postre.

—El placer es mío, Melissa. Tenía muchas ganas de comprobar si los informes sobre su talento eran precisos.

¿Su talento? Se refiere a mi trabajo, ¿verdad? ¿O a lo que dijo en el bar sobre trabajar con la lengua?

Me voy a desmayar sobre su alfombra de un millón de dólares. Kate me mira con curiosidad mientras yo intento no parecer un ciervo frente a los faros de un camión. Él se levanta. Es incluso más alto de lo que recordaba. Camina hacia nosotras rodeando el escritorio de caoba que ahora parece un campo de batalla. Se detiene a un paso de mí. Puedo olerlo. El mismo aroma amaderado y cítrico que me persigue en sueños. Es mi jefe.

—Bienvenida a Wallace Invest —su voz vibra en mi pecho como un trueno—. Espero que su estancia aquí sea tan productiva como dicen sus estudios.

Me mira fijamente, desafiándome a revelar el secreto. Pero no puedo. Solo puedo quedarme ahí, respirando su perfume y rezando para que el corazón no se me salga por la boca.

¡Ay, Dios mío!

Es él. El Michael que me hizo olvidar mi nombre en una cama de Denver es ahora el dueño del rascacielos en el que pretendo trabajar. Me quedo ahí, clavada al mármol, mientras mi cerebro entra en huelga general.

¿Es una broma? ¿¡Él es uno de los malditos dueños?! Tierra, ábrete ahora mismo y escúpeme en el rincón más oscuro de Brooklyn.

—Melissa, cuéntele al señor Wallace algo sobre usted —me susurra Kate, dándome un empujoncito.

—¡Ah! —reacciono de golpe y estrecho la mano de mi verdugo—. Soy Melissa Ferrell.

Su mano es firme, cálida, y el contacto dispara un cortocircuito que me recorre la espalda. Mi cuerpo tiene memoria y acaba de recordar exactamente cómo me sujetaba contra el colchón. Retiro la

mano como si me hubiera quemado con ácido. Él no aparta sus ojos de mí. Hay una malicia inteligente en su mirada, una burla silenciosa que me dice que está disfrutando de mi colapso, aunque su rostro siga siendo una máscara de hielo.

—Kate, gracias. Nosotros nos encargamos a partir de aquí —sentencia él, despidiéndola sin mirarla.

—Es que yo quería enseñarle el resto de...

—Espere fuera.

Lo dice con una calma que hiela la sangre. Prácticamente la echa del despacho con la mirada. Cuando el clic de la cerradura resuena en el silencio, me obligo a respirar. Había olvidado lo alto que es. El traje azul oscuro parece esculpido sobre sus hombros.

Capítulo 6. Melissa

—Hola, Melissa.

Empiezo a juguetear con mis dedos. El aire entre nosotros está tan cargado que me sorprende que no hayan saltado los aspersores de incendios.

—Hola, Michael.

Que se vaya al infierno. Aquella noche no significa nada. Levanto la barbilla, buscando los restos de mi dignidad entre los escombros. Él se apoya en el borde de su escritorio de caoba y cruza las piernas con una elegancia que me resulta insultante. Bajo la mirada hacia sus zapatos y recuerdo cómo me burlé de ellos. Qué estúpida fui.

—Y bien, ¿ha aumentado la lista de viajeros aleatorios a los que les dejas marcas en el cuello?

Maldito seas. Siento que la cara me arde. No puedo creer que haya empezado por ahí. El recuerdo de mis dientes hundiéndose en su piel me golpea con la fuerza de un camión. Concéntrate, Melissa.

—Sí, precisamente anoche —miento descaradamente—. No pierdo el tiempo, señor Wallace.

Él aprieta la mandíbula y levanta las cejas. Su rostro vuelve a ser una tabla rasa, pero noto la tensión en sus hombros. Mi cerebro va siempre un paso por detrás de mi lengua cuando estoy al borde del infarto.

—¿No te llamas Michael? Sabía que ese nombre no te pegaba. Era demasiado... humano.

—Para algunas personas, soy Michael.

—¿Te refieres a las mujeres con las que tienes un revolcón de una noche para sentirte algo más que un gráfico de beneficios?

Él cruza los brazos sobre el pecho. La palabra revolcón le ha dado en todo el orgullo. El silencio se vuelve espeso, casi físico. Intento distraerme mirando su despacho, un santuario de lujo obsceno con vistas de infarto, pero su mirada me devuelve a la realidad. Damon tamborilea con los dedos sobre su labio inferior. Me estudia como si fuera un activo financiero que no sabe si comprar o destruir.

—He visto tu expediente, Melissa. Es impecable, salvo por un detalle. Capital te despidió. ¿Qué pasó? ¿Te quedaste atrapada en algún sitio?

Me quedo helada. Me está provocando. Imagino que él sabe por qué no llegué a ese trabajo. Sabe que mi carrera se descarriló en esa habitación de Denver mientras él se marchaba al amanecer.

—Decidí que Wallace Invest era un reto mayor —respondo, sosteniéndole la mirada con toda la rabia que puedo reunir—. Aunque ahora mismo estoy empezando a dudar de mi criterio.

Él esboza una sonrisa lenta, de esas que te calientan la sangre antes de congelarte el corazón. Se inclina un poco más hacia mí, invadiendo mi espacio hasta que el aroma de su perfume me nubla el juicio.

—Eres brillante, Melissa, pero no malgastes tu inteligencia intentando engañarme. En este edificio la información es poder, pero entre nosotros... lo único que me importa es la confianza.

Siento que el corazón se me encoge. No es una orden, es un desafío. Me está diciendo que sabe que miento y que espera que sea yo quien baje la guardia. Soy un peón en su tablero. Tengo que salir de aquí antes de que la tensión me haga hacer algo estúpido, como confesarle que no he dejado de pensar en él ni un solo día.

—Ha sido un placer volver a verte, señor Wallace.

Fingo una sonrisa fría y corporativa. Me doy la vuelta y salgo del despacho con los tacones repicando con furia sobre el mármol. Cierro la puerta tras de mí y solo entonces me permito soltar el aire

que me estaba quemando los pulmones. Esto no ha hecho más que empezar.

—¿Todo bien? —me sonríe Kate.

—Sí.

Asiento y bajamos en el ascensor hacia la sexta planta. El silencio es denso, cargado con el eco de la voz de Damon todavía vibrando en mis oídos.

—No se preocupe —dice Kate suavemente al notar mi rigidez—. Puede ser muy brusco y exigente, pero es un profesional brillante. Uno de los mejores de Nueva York.

Y como amante también.

—Ah, entiendo. Ahora lo comprendo todo.

—¿Han hablado de algo importante?

—No, para nada. Solo cortesía habitual.

Le miento a Kate sin parpadear. Debería darme un premio a la mejor actriz dramática.

—Debería sentirse halagada. Los hermanos Wallace no charlan con nadie por pura cortesía.

El rey de la inaccesibilidad. Pues a mí me dio un tour completo por su anatomía sin necesidad de cita previa. Las puertas se abren y salgo disparada del ascensor.

—Muchísimas gracias por enseñarme todo, Kate.

—De nada, Melissa. Si tiene cualquier duda, llámeme de inmediato.

Me despido con un apretón de manos y vuelo hacia mi escritorio. Saco el móvil del cajón con la agilidad de un ninja profesional.

—Vuelvo en un minuto —les digo a las chicas.

Me encierro en un cubículo del baño y echo el cerrojo. Las manos me tiemblan tanto que casi se me cae el teléfono al inodoro. Tecleo el nombre que me está quemando la garganta: Damon Wallace.

Cierro los ojos mientras carga la página. Durante seis meses me he convencido de que aquello fue solo un paréntesis, una apuesta que yo misma cerré con llave. Pero, seamos sinceras, mi estúpido ego esperaba que él rompiera el trato. Que me suplicara mi número. Que dijera que yo era demasiado especial para dejarme escapar. Como no lo hizo, mi cerebro inventó una salida digna: seguro que

tiene una esposa y tres hijos en Londres, Melissa. No te llamó porque es un hombre de familia. Era una mentira cómoda que me hacía sentir menos desechable.

La pantalla brilla con la cruda realidad. "Damon Wallace: veintiocho años. Heredero del imperio Wallace Invest. Figura en la lista de los hombres más ricos de América."

Maldita sea. He dormido con un gráfico de Forbes y ni siquiera me dieron una suscripción gratuita. Sigo bajando. Vida privada. Mi corazón se detiene.

"Mantiene su vida personal bajo un estricto secretismo. Sale con Gregory Sinclair, una abogada británica. La pareja ha aparecido junta en varios eventos sociales en Nueva York durante los últimos tres meses."

Siento un golpe seco en el estómago. No hay esposa, no hay hijos, no hay una moral inquebrantable que le impidiera llamarme. Simplemente tiene una novia perfecta y yo fui el entretenimiento de una noche de tormenta. Hago clic en el enlace. Gregory es una rubia espectacular, alta, con un peinado que grita Oxford y diamantes que podrían pagar mi alquiler de los próximos diez años. En las fotos, ella apoya la mano en su hombro con una propiedad insultante. Él parece aburrido, pero ahí está. Con ella.

Cierro la pestaña con asco. Por supuesto que sale con una socia de un bufete prestigioso.

¿Qué oportunidad tengo yo?

Una analista que tardó medio año en encontrar trabajo porque él me arruinó la vida en Denver. Todo esto es patético. Yo consumiéndome por un recuerdo mientras él posa en galas benéficas con la mujer perfecta.

Me lavo la cara con agua fría y me retoco el moño frente al espejo. No importa. No es nadie. Es solo un fundador de la empresa, un cero a la izquierda con un traje demasiado caro. Volveré con Grock. Él es seguro, es de mi nivel y no me hace sentir como un error de cálculo. No volveré a cruzarme con Damon en este edificio inmenso. Lo he decidido.

Regreso a mi mesa con un fuego abrasador en el estómago. Me dejo caer en la silla, lista para enterrarme en números.

—¿Qué tal la visita? —pregunta Liz de inmediato—. ¿Viste a alguien importante?

Intento que mi voz suene normal mientras abro una hoja de cálculo.

—Sí, bien. Conocí a Damon Wallace.

Y también follé con él hasta perder el sentido, pero eso no viene en el manual del empleado.

—¿Se portó como un cerdo? —Rachel se une a la charla con el ceño fruncido—. Todo el mundo le tiene pánico. Parece un encanto, pero los rumores dicen que es un tiburón sin escrúpulos.

—No, parece normal. Estuvo correcto.

Corto a Liz antes de que siga. No quiero oír su nombre. No quiero saber qué rumores hay. Por favor, dejad de hablar de él antes de que me explote la cabeza.

***

Empiezo a revisar el correo, pasando los ojos por las líneas de datos, cuando de repente el nombre de Damon Wallace salta a la vista.

¿Qué?

Miro a mi alrededor con aire de culpa, como si el monitor pudiera delatarme ante toda la oficina, y hago clic en abrir. Seguro que es el típico mensaje automático de bienvenida que le mandan a todos los nuevos para que se sientan parte de la gran familia Wallace antes de explotarlos.

"Srta. Ferrell: Mañana a las ocho de la mañana debe presentarse en mi despacho para una reunión personal. Pase por seguridad e indique que viene a verme. Ellos la subirán a mi planta.

Damon Wallace."

¿Pero qué demonios? ¿Reunión personal? ¿Me va a pedir un análisis de mercado o va a pedirme explicaciones por haberle dejado una marca en el cuello?

Respira, Melissa. A lo mejor solo quiere despedirte en privado para no montar un escándalo.

—¿Pasa algo? —pregunta Rachel, notando mi parálisis frente a la pantalla.

—Nada —respondo tartamudeando mientras minimizo la ventana —. Solo... mucha info.

Mierda. Qué es lo que quiere ahora. Muy bien, Melissa, juega a ser la empleada eficiente y un poco tonta. Escribo una respuesta intentando que no se note que me sudan las manos sobre el teclado.

"Estimado señor Wallace: Recibido.

¿Debo acudir acompañada de mis colegas o es necesario que prepare algún informe específico para el encuentro?

Atentamente, Melissa Ferrell".

Golpeo la mesa nerviosamente con el bolígrafo a la espera de una respuesta. El aviso llega casi al instante.

El corazón me da un vuelco.

"No. No quiero ver a sus colegas, y tampoco quiero que le comente a nadie que tenemos una reunión.

Se trata de un asunto de carácter estrictamente privado.

Damon Wallace."

Abro los ojos de par en par. Carácter estrictamente privado. Esas palabras juntas y escritas por él deberían ser ilegales. ¿Qué significa eso en el idioma de los millonarios que se hacen pasar por Michael? ¿Es una invitación o una amenaza?

Definitivamente, necesito pizza y una cantidad industrial de cerveza para sobrevivir a la noche.

***

El bar zumba como una colmena y no consigo quitarme la sonrisa nerviosa de la cara. Es lunes por la noche en Nueva York y me siento tan integrada, tan de película, sentada en este bar deportivo con Rachel y Liz...

Si no fuera porque mi jefe me ha citado a una cita clandestina a las ocho de la mañana, sería la mujer más feliz del Upper East Side. O de Brooklyn, que es donde realmente duermo.

—Lo que quiero decir —continúa Rachel mientras mastica su pizza — es que, si no os habéis visto en todo el fin de semana y a él le da igual, tienes un problema de los gordos.

—Quizás solo estaba ocupado —intenta justificarlo Liz.

—Quizás es solo un flojo y un calzonazos —suelta Rachel de golpe.

Estamos analizando al nuevo ligue de Liz, y me resulta fácil consolarla porque mi situación es un incendio forestal comparada con la suya. De repente, las miradas se vuelven hacia mí.

—Lo mío es... difícil —comienzo, tras tragar un trozo de pizza que me sabe a serrín—. Corté hace un año con un tipo que me puso los cuernos. Vive en Stamford, está en el paro y su mayor ambición es que no le molesten mientras ve la tele. No se mudó conmigo porque Nueva York le da miedo.

Doy un trago a mi cerveza. Son las diez menos veinte de la noche y Grock no se ha molestado en preguntar qué tal me ha ido mi primer día en el trabajo de mis sueños. Eso sí, me llama cada semana suplicando una oportunidad.

—¿Por qué demonios sigues hablando con él? —pregunta Liz haciendo una mueca de asco.

Pongo los ojos en blanco y me encojo de hombros. Quién sabe. Estuvimos tres años juntos; y antes estaba un buen jugador de futbol. Supongo que Grock es como ese jersey viejo que pica, pero te da pereza tirar.

Aunque, comparado con Michael-Damon, Grock es un dibujo animado en blanco y negro.

Escucho a Rachel hablar sobre su exmarido y la falta de deseo sexual, pero mis pensamientos son arrastrados como por un imán hacia esa noche en Denver. Me pregunto si Damon también tiene que trabajar el deseo o si le sale así de natural, como si fuera un superpoder.

Me despido de ellas alegando cansancio. Necesito llegar a casa. Mañana tengo que estar en el Olimpo con un Dios, Damon, a las ocho. .

***

Sostengo la percha con el vestido negro y estudio mi reflejo. Demasiado corto. No, demasiado ajustado. Dejo caer el vestido sobre la cama y agarro la falda gris. Parezco una bibliotecaria sexy. No, solo una bibliotecaria.

¡Maldita sea! ¿Cómo se supone que una debe vestirse cuando quiere parecer profesional, pero que él recuerde exactamente qué hay debajo de la ropa?

Son las once y sigo en plena crisis de vestuario. ¿Para qué querrá verme? Al final me decido por el vestido negro. Es elegante, es serio, y si me pongo la chaqueta encima, nadie sabrá que me siento como si fuera a una cita. No quiero que mi ropa grite que quiero que me vuelva a empotrar contra una pared, aunque mi cuerpo esté dando saltos de alegría.

Me lavaré el pelo por la mañana. Coleta alta. Sí, definitivamente alta. Le encantaba enrollar mi pelo en su puño mientras me follaba por detrás. ¡Basta ya, Melissa! ¡Eres una analista financiera, no una heroína de novela erótica!

Me siento en el borde de la cama. Mi habitación es tan pequeña que si estiro los brazos toco las dos paredes. Las tazas sucias de mi compañera de piso están por todas partes y la oigo gritar por teléfono en el salón. Tengo que mantener este trabajo. No puedo volver con mis padres. Así que nada de líos con el jefe. Cero.

Reviso los mensajes. Christina, mamá... Grock sigue en silencio. Mi primer día de trabajo ha ido genial, gracias por preguntar, pedazo de idiota.

Me meto en la cama y sonrío a la oscuridad. Mañana iré al encuentro de un hombre que es un sueño inalcanzable. No puede haber nada entre nosotros, es mi jefe, es rico y tiene una novia que parece salida de un anuncio de joyas. Pero las mariposas de mi estómago no entienden de jerarquías laborales. Solo entienden que mañana, a las ocho de la mañana, volveré a estar a solas con Michael-Damon.

Capítulo 7. Damon

Sentado a mi escritorio, paso las páginas del expediente de Melissa Ferrell. He estudiado cada detalle de su biografía: sus notas escolares, sus referencias y la carta de motivación que escribió cuando se postuló para la vacante.

Seis entrevistas. Seis malditas rondas con Recursos Humanos antes de que la contrataran. Y yo no tenía ni idea.

Durante seis meses me obligué a cumplir el trato que hicimos en aquel hotel de Denver. Una sola noche. Cero búsquedas. Me convencí a mí mismo de que el deseo desaparecería, haciendo honor a mi maldito control. Pero cuando el departamento de selección puso sobre mi mesa la carpeta de la finalista para el puesto de analista y vi su nombre impreso, pensé que estaba teniendo una puta alucinación. El destino me la había traído directamente a mi edificio. Ordené que la contrataran en el acto y la pusieran en la sexta planta, justo bajo mis cámaras.

Y ahora está aquí.

El intercomunicador emite un pitido seco. Brilla el número de seguridad de la planta baja. Me echo un vistazo en el espejo de la pared y activo el manos libres. La imagen del puesto de guardia aparece de inmediato en la pantalla grande.

—¿Diga?

—La señorita Melissa Ferrell está aquí para verle, señor.

Capto su figura en la cámara y suelto una media sonrisa. Ha venido.

—Hágala subir.

Observo la pantalla de seguridad. Camina hacia el ascensor escoltada por un guardia, como si fuera una prisionera de lujo o una reina a punto de entrar en su alcantarilla. Salgo a la recepción justo cuando las puertas se abren. Melissa aparece y el aire del pasillo parece cargarse de estática.

—Hola —digo, dejando que la sorna camufle el hecho de que mi corazón acaba de dar un vuelco estúpido—. Pasa, por favor.

—Hola —murmura ella.

Está nerviosa. Lo noto en la forma en que aprieta su bolso, como si fuera un escudo antibalas. Hago un gesto hacia mi despacho.

Camina por delante de mí y mi cerebro desconecta de cualquier ética empresarial. El vestido negro se ciñe a sus curvas con una precisión quirúrgica. Medias oscuras, tacones de aguja que resuenan contra el mármol y ese moño... Dios, ese moño. Me la imagino con una coleta alta, el pelo balanceándose mientras la sujeto por la nuca y la atraigo hacia mí. Basta, Wallace. Para ya. Eres un profesional, no un adolescente con las hormonas en llamas.

—Siéntate —le indico, recuperando mi trono tras el escritorio.

Ella mira la silla como si fuera una trampa para osos. Se sienta, apretando el bolso sobre las rodillas. Me balanceo en el sillón mientras la estudio. Está más increíble de lo que recordaba.

Desprende un aura sexual que debería estar prohibida por la Convención de Ginebra; es un arma de destrucción masiva con ojos castaños y unos labios diseñados para el pecado. He pasado seis meses intentando sacármela del sistema. He salido con modelos, con abogadas, con mujeres que saben perfectamente quién soy, y ninguna ha logrado que olvide el sabor de Melissa Ferrell.

Nadie ha cabalgado sobre mí como ella. Ni antes ni después. El chupetón en el cuello no fue la única marca que me dejó; me dejó una sed que no sé cómo apagar.

—¿Quería verme? —pregunta con esa voz dulce que me obliga a recordar las guarradas que me susurraba en aquel hotel.

—Sí —respondo, taladrándola con la mirada—. Quería verte.

Me reclino. Me saca de quicio su actitud. Normalmente, las mujeres se derriten ante los Wallace. Me adulan, me miran con adoración calculada. Ella no. Ella me mira como si fuera un estorbo en su carrera profesional.

—¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? ¿Estabas en Nueva York? —intento sonar cortés, como un ser humano normal.

—¿Esto tiene que ver con el trabajo? —dispara ella—. Vaya al grano, señor Wallace.

—Hoy pregunto yo. Y tutéame, al diablo con las formalidades. Se nos dan fatal, ya lo comprobamos en Denver.

Me inclino hacia delante, invadiendo su espacio personal hasta que puedo oler su perfume. Ese aroma que me persigue en mis peores noches.

—¿Hay algún problema? —pregunto con la voz más inocente que puedo fingir.

—¡Tú! —exclama, señalándome con un dedo que tiembla ligeramente—. ¡Tú eres mi problema!

Entrelazo las manos detrás de la nuca, disfrutando de su pérdida de control.

—¿Yo? ¿Y qué he hecho ahora? Aparte de darte el trabajo de tus sueños, claro.

—No quiero que me despidan, así de simple. ¿Tienes algún asunto de trabajo real conmigo o no, Michael?

Michael. El nombre suena como un latigazo. Me gusta y me jode a partes iguales. Me sigue llamando así porque, para ella, el tipo que tiene delante sigue siendo el desconocido del avión.

—¿Nos vemos esta noche para un revolcón, como tú dices? —suelto sin filtrar.

Ella sostiene mi mirada, firme.

—No.

—¿Por qué no? Sabes que soy tu jefe. Podría ser muy convincente.

—Precisamente por eso. Estoy aquí por trabajo y no tengo el más mínimo deseo de mezclar los negocios con el placer.

Aprieto los dientes para no reírme. Mi interés por ella escala posiciones hasta volverse peligroso.

—¿Y qué te hace pensar que sería un placer, y no dolor?

—La historia tiene la costumbre de repetirse —susurra ella, y sus ojos caen involuntariamente hacia mis labios.

La imagen me golpea: ella, desnuda, cabalgando sobre mí en este mismo sillón mientras Nueva York brilla al otro lado del cristal. Mi cuerpo reacciona de inmediato, recordándome que soy un animal antes que un ejecutivo.

—Exijo que cenes conmigo esta noche —sentencio.

Melissa sonríe y se levanta.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Tengo pensado lavarme el pelo.

—Podría ayudarte. Te aseguro que sé cómo ensuciarlo de nuevo para que valga la pena.

Ella se encoge de hombros con una indiferencia que me quema.

—Simplemente no me interesas, Damon. No eres mi tipo. El trato fue una noche y ya está. Además, tengo a otro hombre.

Me quedo estupefacto. El aire se congela en mis pulmones.

¿Qué? ¿Otro hombre? ¿En qué momento?

—¿Y si quieres encontrar a Michael?

—No… tampoco me interesa.

El silencio denso en el despacho me está matando. Aprieto los labios, sintiendo una punzada de celos que no tiene ningún sentido lógico. Es la primera vez que me rechazan así, a la cara, con una sonrisa. Me levanto y le abro la puerta con una brusquedad que delata mi rabia.

—Adiós, Melissa.

—Adiós —dice ella en voz baja—. Gracias por el trabajo. Me esforzaré al máximo.

Sale del despacho y el aroma de su perfume se queda aquí, burlándose de mí. Cierro la puerta de un golpe y vuelvo furioso a mi escritorio.

¿Que no soy su tipo? ¿Que tiene a otro?

Activo la pantalla de seguridad de la sexta planta con un ladrido al asistente de voz. La busco. Ahí está. Entra en el baño, sale, camina hacia su mesa. Me inclino hacia delante, observando cómo cruza las

piernas, dejando ver un centímetro de muslo que me hace maldecir en voz baja. Es una provocadora profesional.

Veo que teclea algo en su ordenador. Aumento la imagen.

Damon Wallace. Está buscándome en Google. De nuevo.

Me reclino en mi sillón y una sonrisa lenta empieza a dibujarse en mi cara. Así que no soy tu tipo y tienes a otro, ¿eh?

Mentirosa. Estás tan obsesionada conmigo como yo lo estoy contigo. Te pillé, nena.

Capítulo 8. Melissa

—Chicas, ¿qué vais a hacer el fin de semana? —pregunta Rachel sin apartar la vista de su pantalla.

Me encojo de hombros y murmuro algo incoherente. Intento concentrarme en la hoja de cálculo, pero mi cerebro está en bucle en la planta ejecutiva. Sus manos grandes sobre el escritorio de caoba. Sus labios en mi cuello. El peso de su cuerpo sobre el mío en Denver.

Mierda. Concéntrate, Melissa.

Mark, mi jefe directo, se inclina sobre mi hombro para explicarme un error en los datos de Hilton. Su aliento huele a café rancio y su cercanía me resulta irritante. Asiento, intentando seguir su explicación, cuando de repente noto un cambio en la atmósfera de la oficina. El zumbido habitual de teclados y conversaciones se detiene en seco. Es como si alguien hubiera cortado el oxígeno de la sexta planta.

Levanto la vista.

Oh. Dios. Mío.

Damon Wallace avanza por el pasillo central como una tormenta de categoría cinco con un traje gris a medida. No debería estar aquí. Los dioses del Olimpo no bajan a las trincheras a menos que vengan a ejecutar a alguien. Tiene la mandíbula tan apretada que podría

romper cristales y sus ojos, oscuros y letales, están clavados en un solo objetivo: Mark, que sigue inclinado sobre mí.

Los empleados se asoman por encima de las mamparas como suricatos aterrorizados y se vuelven a esconder al instante.

Como a cámara lenta, veo cómo se planta frente a mi escritorio. Mark finalmente nota la presencia de la parca a su espalda y se levanta de un salto, casi tirando su silla.

—Señor Wallace —balbucea, pálido como la cera—. Buenos días, señor. Qué sorpresa...

—¿Qué está haciendo?

La voz de Damon no es un grito; es un rugido bajo, gutural, que vibra en el suelo bajo mis pies. Es pura agresión territorial apenas disfrazada de gestión empresarial.

—Estaba... estaba formando a nuestra nueva analista —tartamudea Mark, señalándome con mano temblorosa—. Ella es Melissa Ferrell.

Los ojos de Damon se deslizan hacia mí un nanosegundo, cargados de un fuego que me quema la piel, antes de volver a clavar al pobre Mark en la pared.

—Sé perfectamente quién es la señorita Ferrell. Mi pregunta es: ¿con qué frecuencia necesita usted invadir su espacio personal para explicar un simple gráfico?

—Yo... no...

—Este es su primer y último aviso —gruñe Wallace, dando un paso hacia él que hace retroceder a Mark—. Mantenga la distancia profesional. Vuelva a su sitio. Ahora...

Mark prácticamente se teletransporta lejos de mi mesa.

Me quedo sola frente al huracán. Damon me mira desde arriba. Tiene la corbata ligeramente aflojada, el pelo un poco revuelto y una energía furiosa que me pone los pelos de punta. Está espectacularmente enfadado y, Dios, ayúdame, nunca me ha parecido más atractivo.

—A mi despacho —suelta. No es una invitación, es una orden judicial—. Ahora mismo.

Se da la vuelta sin esperar respuesta y se aleja a grandes zancadas hacia los ascensores, dejando una estela de testosterona y

pánico a su paso.

Trago saliva. Siento las miradas de toda la planta clavadas en mi nuca. Liz me agarra la mano por debajo de la mesa y me la aprieta con fuerza. Sus ojos están desorbitados.

—¿Pero qué cojones...? —sisea.

—Deséame suerte —murmuro, levantándome con las piernas temblando.

Arrastro los pies tras él, consciente de que estoy protagonizando el paseo de la vergüenza más público de la historia de la compañía. Llego al ascensor justo cuando las puertas se están cerrando. Damon mete la mano para detenerlas y entro.

El viaje hacia la cima es la experiencia más larga y sofocante de mi vida. Estamos encerrados en una caja de metal de dos metros cuadrados. Él no me mira; tiene la vista fija en los números que suben, con el perfil tenso como una estatua de granito. Pero yo puedo sentirlo. Su calor. Su olor a madera y cítricos satura el aire pequeño del ascensor y me marea. Mi corazón martillea contra mis costillas. La tensión sexual es tan espesa que casi se puede masticar.

¿Me va a despedir? ¿O me va a empotrar contra la pared de espejo entre el piso treinta y el cuarenta?

Las puertas se abren en la planta ejecutiva con un tintineo alegre que contrasta con mis nervios. Él sale disparado. Vacilo un segundo. No soy su perro faldero para ir corriendo detrás. Pero Natalie, la recepcionista, me mira con pura lástima, así que acelero el paso.

Él sujeta la pesada puerta de su despacho, esperándome con impaciencia. Tengo que deslizarme para entrar, y mi brazo roza contra su pecho firme. El contacto envía una descarga eléctrica directa a mi centro. Entro.

Damon cierra la puerta de golpe. El sonido resuena como un disparo.

Y entonces, escucho el *clic* inconfundible y deliberado del cerrojo al girar.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunta con una brusquedad que hace que me vibre hasta el esmalte de los dientes.

—¿Es una pregunta con trampa? —Abro los brazos, intentando que no se note que me tiemblan—. Respuesta A: estoy de pie en tu

despacho. Respuesta B: estoy deseando que un agujero negro me trague ahora mismo.

—Me refiero a por qué demonios estabas flirteando con ese idiota en la sexta planta —exige Damon. Da un paso hacia mí y el aire parece evaporarse.

—¡No estaba flirteando! Se llama trabajar, Damon. Deberías probarlo alguna vez en lugar de bajar a las plantas inferiores a sembrar el pánico.

—¡Maldita sea, Melissa, lo he visto con mis propios ojos! Estaba demasiado cerca de ti. En este edificio están estrictamente prohibidos los romances de oficina.

—¡Ja! Qué conveniente. Entonces, según tu lógica, deberías despedirte a ti mismo por traerme aquí a puerta cerrada. Escúchame bien. En primer lugar, me lío con quién quiero. Fuera de aquí, soy una mujer libre. Y aquí dentro, Mark solo me estaba explicando cómo no arruinar tu preciada empresa. Estaba siendo amable. No pienso ser una maleducada solo porque tú tengas un problema de gestión de ira.

Él entrecierra los ojos y me imita la postura, desafiante. Es una montaña de testosterona y trajes caros.

—Si tengo que despedir a alguien para marcar el límite, será a él —gruñe.

—¿De verdad me has traído aquí por un ataque de celos? ¿A tu planta? ¿A tu despacho de mármol? Es patético.

—¡No! —ladra, y por fin la máscara de frialdad se rompe—. Quiero saber por qué huyes de mí. ¿Por qué no quieres ni cenar conmigo?

La atmósfera cambia en un segundo. La ira se transforma en algo denso, pesado, que se me pega a la piel.

—Porque no quiero perder mi trabajo, Damon. Porque estas cosas nunca funcionan y yo he luchado demasiado por llegar a Nueva York.

Él me mira fijamente. Hay una chispa de algo parecido al respeto en sus ojos, pero desaparece rápido.

—¿De dónde has sacado que yo te despediría? Jamás he mezclado mis sábanas con mis negocios hasta que apareciste tú en aquel avión. Pero te aseguro que el edificio es lo bastante grande para que

ambos quepamos sin dramas. Solo quiero una cena, Melissa. Si temes por tu reputación, nadie lo sabrá. Te prometo que por la mañana seguirás teniendo tu puesto. No soy un monstruo.

—Entonces... ¿quieres que sea tu pequeño y sucio secreto?

Da un paso más. Ahora estamos tan cerca que puedo sentir el calor que desprende su cuerpo. Mi respiración se vuelve errática.

—Si tanto te gusté aquella noche, ¿por qué te fuiste antes? Sigo con mi defensa.

Me aparta un mechón de pelo con una delicadeza que me duele. Su pulgar roza mi labio inferior y mi cuerpo traidor se rinde al instante. Siento que me derrito. Es Michael. Es Damon. Es el desastre que estaba esperando.

—Esta noche —susurra contra mi boca—. Pasaré a buscarte.

Sonrío a medias, hipnotizada. Realmente es un hechizo. Me hace perder la cabeza. Pero entonces, la cara de Grock aparece en mi mente como un recordatorio de mi vida aburrida y segura.

—No puedo —digo, dando un paso atrás con un esfuerzo sobrehumano—. Tengo... tengo un… novio.

Damon se queda petrificado. Su rostro se contrae en una mueca de puro desprecio.

—Eso no significa nada.

—Significa todo para mí. Yo... yo trato de ser una buena persona, Damon.

—No me importa. Déjalo —suelta él con una frialdad aterradora—. No merece que pierdas el tiempo con él.

Me entrega una tarjeta de visita. Damon Wallace. El nombre brilla en letras doradas.

—Llámame. Vendré a buscarte a cualquier hora.

Sostengo la tarjeta como si fuera una granada activa. Es una droga. Él es una droga y yo soy una adicta en potencia. Tengo que salir de aquí.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunto antes de llegar a la puerta—. ¿Cómo sabías lo de Mark?

Damon levanta la barbilla. Camina hacia su escritorio y pulsa un botón. Una pantalla gigante se desliza desde el techo mostrando el

flujo en directo de la sexta planta. Mi mesa. Liz hablando por teléfono. Todo.

—¿Me estabas espiando? ¡¿Por qué?!

Sus ojos oscuros se clavan en los míos con una honestidad brutal.

—Porque me excita verte y no poder tocarte. Te deseo tanto que me duele, Melissa.

Me agarra la mano y, antes de que pueda protestar, la presiona contra su entrepierna. A través de la tela cara de su pantalón, siento su erección, dura y exigente. Se me corta el aire. Mi mano se cierra sobre él por puro instinto, reconociendo su tamaño, su fuerza. Dios, es una locura.

—Te deseo —repite él, con la voz rota.

—No siempre puedes tener lo que quieres —susurro, aunque mi cuerpo le está gritando que sí.

—Siempre lo consigo. Deshazte de él, Melissa. He decidido que no quiero compartirte con nadie. Quiero ser el único.

Me suelto y salgo del despacho casi corriendo. Entro en el ascensor y me apoyo contra la pared, temblando. Regreso a mi planta con el corazón a punto de explotar. Me desplomo en mi silla y Liz y Rachel se abalanzan sobre mí.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha pasado? —susurra Liz.

—No tengo ni idea —murmuro.

Busco la cámara en el techo. Ahora sé que está ahí. Sé que él está sentado más arriba, observándome, sabiendo que mi cuerpo todavía vibra por su culpa. Me siento desnuda bajo su mirada. Me imagino tumbada sobre esta misma mesa, abriendo las piernas para él, solo para darle algo que mirar de verdad.

—Hablamos luego —les digo a las chicas, agachando la cabeza.

Abro mi correo y trato de concentrarme en los números, pero solo puedo pensar en una cosa. Damon Wallace quiere volver a follarme. Y lo peor es que yo me muero de ganas de dejárselo hacer.

Capítulo 9. Melissa

Son las cinco y media. Mis colegas y yo acabamos de salir de trabajar y estamos en la acera, junto al edificio de Wallace Invest, decidiendo a dónde ir.

—¿Qué os apetece comer? —pregunta Rachel, deslizando el dedo por la pantalla del móvil.

—Algo grasiento y antidieta —suspira Liz.

La puerta principal de nuestro edificio se abre y un hombre de traje negro aparece; las tres nos giramos. Damon Wallace sale junto a otro hombre. Ambos conversan animadamente, sin notar nada de lo que ocurre a su alrededor.

—¿Quién es el que va con él? —les susurro a mis amigas.

—Uno de sus hermanos: Ethan Wallace —susurra Liz, con los ojos clavados en la pareja—. Se encarga de las fusiones y adquisiciones, y creo que también de la logística. Te lo juro, estos tíos son tan sexis que es increíble. Pero Ethan está con Valeria, la "descalza".

—¿Por qué "descalza"?

—Sentémonos en algún sitio ya —gime Liz, poniendo los ojos en blanco—. Me voy a morir. O me siento directamente en el suelo. No hay otra opción.

—Porque se presentó a la entrevista descalza —interviene Chloe rápidamente, sin dejarme procesar la idea—. Se le rompieron los

tacones. Fue épico.

Parpadeo.

—Espera... ¿entonces ella era empleada de Wallace Invest?

Miro desconcertada a Chloe, luego a Rachel y otra vez a Chloe, como si esperara que alguien dijera: «Es broma».

—Sí —confirma Rachel con calma—. Exactamente así.

—Pero... —levanto un dedo—, en el contrato está escrito en blanco y negro. El código de vestimenta. Las normas. Nada de...

—A veces —interrumpe Liz con aire soñador, mirando al cielo—, hay excepciones.

Sonríe como si supiera algo que nosotras aún no hemos captado.

—Excepciones para un amor de verdad, de los fuertes.

Chloe y yo nos giramos hacia ella al mismo tiempo.

—Liz —digo—, ¿hablas en serio?

—Totalmente —asiente—. Si el amor es de verdad, los tacones dan igual. Incluso en Wallace Invest.

—Bueno, ¿vamos? —Rachel me agarra del brazo.

—Sí —asiento, intentando sacar a Damon de mi cabeza—. Chicas, al final no voy. Estoy agotada. Me voy a casa.

—Pero si aún no nos has contado por qué te llamó el señor Damon —se queja Rachel.

—Sí, es verdad —añade Liz con decepción.

—Lo siento, de verdad. La próxima vez, sin falta. Además, habéis olvidado que no podemos discutirlo, está prohibido por contrato.

Las tres ponen los ojos en blanco y nos echamos a reír. Nos despedimos y emprendo el camino a casa.

***

Una hora después, estoy en mi habitación.

Mi compañera, Jessica, está viendo algún *reality show* en el salón a todo volumen. Sus platos sucios siguen sobre la mesa. Suspiro y me dirijo a mi cuarto, cerrando la puerta tras de mí.

Me dejo caer en la cama y saco el teléfono. Marco el número de Christina. Tono de llamada. Largo.

—¿Diga? —suena una voz familiar.

—Chris, soy yo.

—¡Melissa! —grita Christina con alegría—. ¿Cómo estás, cariño? ¿Qué tal Nueva York?

—Chris, tengo un problema —suelto el aire de golpe.

—Oh, Dios mío, ¿qué ha pasado?

Respiro hondo.

—¿Recuerdas que te hablé de aquel chico del avión? ¿Lo de Denver?

—¡Claro que me acuerdo! —se ríe Christina—. Llevas seis meses hablándome de él y diciendo que no puedes olvidarlo... el más... —hace una pausa—. El mejor sexo de tu vida, según decías.

—Sí —suspiro—. Pues verás...

—¿Qué?

—Es mi jefe.

Silencio.

—¡¿Qué?!

—Es uno de los dueños de Wallace Invest. Damon Wallace. El mismo tío con el que me acosté en Denver —suelto rápidamente—. Me lo encontré el primer día de trabajo. Me llamó a su despacho y me invitó a cenar.

—Oh, Dios mío —susurra Christina—. Eso es... eso es increíble.

—Le dije que no —continúo—. Pero hoy me ha vuelto a llamar a su oficina. Él... me besó el cuello, Chris. Allí mismo, en el despacho. Y dijo que me deseaba.

—Melissa —la voz de Christina se vuelve seria—. ¿Tú lo deseas?

—Sí —confieso en voz baja—. Pero es una locura. No puedo salir con mi jefe. Llevo mucho tiempo para conseguir este trabajo. No puedo perderlo por... por sexo. Ya perdí uno...

—¿Y quién dice que lo perderás?

—Chris, ya sabes cómo funciona esto. Cuando todo se acabe, me despedirá.

—¿Cómo sabes que se acabará?

—Porque siempre pasa —suspiro—. Él es rico, guapo, poderoso. Tiene novia, Chris. Gregory Sinclair. Es hija de un multimillonario. Inglesa, por cierto. Y yo... yo solo soy una chica de Stamford que alquila una habitación y aguanta a una compañera desordenada.

—Melissa —el tono de Christina se suaviza—. Olvidas algo importante.

—¿El qué?

—No invitó a cenar a Gregory Sinclair. Te invitó a ti.

Me quedo callada, digiriendo sus palabras.

—Escucha —continúa Christina—. No digo que tengas que meterte en la cama con el jefe. Pero quizás valga la pena averiguar, al menos, en serio te desea. Una cena. ¿Qué pierdes? Y, además, no te vendría mal divertirte un poco.

—¿Y qué hay de...? ¿Y si pierdo el trabajo? —digo, desconcertada.

—O encuentras algo más —replica Christina.

Sacudo la cabeza, aunque ella no pueda verme.

—No lo sé, Chris. Estoy hecha un lío. Por un lado, él es... es increíble. Aquella noche en Denver fue... —Me callo recordando—. Pero, por otro lado, no quiero ser su sucio secreto. No quiero ser la chica con la que se ve a escondidas mientras tiene a Gregory.

—Entonces díselo —dice Christina con sencillez—. Sé sincera. Dile que te gusta, pero que tienes miedo de perder el trabajo. Dile que no quieres ser un secreto. A ver qué responde.

—¿Y si dice que no puede prometérmelo?

—Entonces tendrás tu respuesta —responde Christina con suavidad—. Y podrás seguir adelante.

Suspiro.

—Tienes razón. Pero también le dije que tenía novio...

—Ay, eres un caso... y una mentirosa... —se ríe Christina.

Me río yo también.

—Gracias, Chris. De verdad necesitaba oír esto.

—Siempre encantada de ayudar, cariño. Y ahora ve y...

Mi teléfono vibra. Llamada entrante de WhatsApp. Miro la pantalla. **Número desconocido.** El corazón se me sube a la garganta.

—Chris, alguien me está llamando —digo—. Seguramente es él.

—¡Pues no lo cojas! —se ríe Christina—. Que sufra un poco.

Sonrío.

—Buena idea. Gracias, Chris. Te quiero.

—Y yo a ti. ¡Manténme informada!

Cuelgo y miro la pantalla del teléfono. La llamada se corta. Unos segundos después, llega un mensaje del mismo número desconocido.

«Hola, Melissa. Soy Damon Wallace. Espero que no te importe que haya sacado tu número de tu expediente personal. La invitación a cenar sigue en pie. DW».

Miro el mensaje, sin saber qué contestar. No contesto. Pero guardo el número como «Denver Michael» para no cogerlo. *No estoy obligada a responder fuera del horario laboral.*

¿Verdad?

Observo mi habitación. La televisión brama en el cuarto de al lado; echan otra mierda de programa de entretenimiento. Me invade una tristeza absoluta por toda la situación en el trabajo, por mi posición patética y por todas las emociones vividas durante el día.

Llama mamá; hablamos rápido sobre cómo ha ido mi día...

Si la cago con este trabajo, tendré que volver con mis padres. Y es lo único con lo que sueñan. Pero yo quiero demostrarles a todos que valgo para algo más... que puedo vivir sola sin la ayuda de mis padres...

Me levanto de la cama, me cambio de ropa y me preparo para salir. Decido ir al bar con las chicas al final. Necesito distraerme. Agarro el bolso y salgo de la habitación.

***

Una hora después, la pizza y la cerveza hacen su efecto. Me siento aliviada porque Liz y Rachel no mencionan a Damon. Les hablo de Grock, el ex que me engañaba mientras yo pagaba sus deudas. Por primera vez, me siento en casa en esta ciudad.

Pero la paz se rompe cuando el teléfono vibra. «Denver Michael»**.** Intento ignorarlo diciendo que es un admirador pesado, pero las llamadas no paran. Mis amigas, sin saber quién es, me presionan para que conteste. Creen que es una oportunidad que no debo dejar escapar.

Rachel me quita el móvil del bolso. Insiste en que debo probar algo nuevo y no repetir errores. Entro en pánico mientras ellas gritan

que responda. No imaginan que el hombre al otro lado es el jefe que hoy puso mi vida del revés.

—¡No contestes! —tartamudeo, intentando quitarle el teléfono de las manos.

Rachel se aferra al móvil y lo agita en el aire.

—¡Contesta ya, mujer! —exige mi amiga.

Finalmente, le arrebato el teléfono y me quedo paralizada mirando la pantalla; sigue sonando.

—No voy a contestar.

Pero entonces Liz me arranca el móvil y pulsa el botón de «Responder».

—¡Hola! —dice, imitando mi voz, e inmediatamente me pasa el aparato.

—¡Pero qué cojones...! —me indigno entre dientes.

—¡Hola, Melissa! —oigo la voz aterciopelada y ronca de Damon.

Con los ojos desorbitados, miro las caras de asombro de mis amigas. Liz se santigua, como si estuviera en la iglesia, y junta las manos en un gesto de oración.

—¿Dónde estás? —pregunta él.

—En un bar. —Echo un vistazo a mi alrededor y me tapo el otro oído con la mano para oír mejor.

Mierda, no tenía intención de decirle dónde estaba. ¡He vuelto a meter la pata como una tonta! Contengo la respiración, esperando a ver qué dice.

—Te quiero... —Pausa. Me aprieto el teléfono aún más contra la oreja— ...ver.

Me muerdo el labio inferior, mientras Rachel me da un manotazo en el brazo para sacarme del estupor nervioso.

—Te lo he dicho, tengo... es complicado —suelto de golpe—. Y no puedo salir contigo.

—Ya te lo he dicho: deshazte de él.

—¿Pero qué te has creído?

Rachel y Liz escuchan con tensión.

—Sal a la calle. No te oigo —manda él.

Me levanto y cruzo todo el bar hacia la salida; me paro en la acera. Por fin hay silencio a mi alrededor.

—Así mejor —comenta la voz al otro lado.

Observo la fila de coches aparcados.

—¿Qué quieres de mí, Damon?

—Ya te he dicho lo que tienes que hacer.

—No es tan sencillo. Tengo que ir a Stamford —invento sobre la marcha.

—No, es sencillo. Dame su número. Yo lo haré todo por ti.

Suelto un bufido. *¡Qué descaro!*

—No. Yo me encargaré. Y ¿sabes qué?, tu arrogancia me da náuseas.

Y eso ya es una mentira descarada: no me da náuseas en absoluto.

—¡Eres tremenda! La tengo la polla dura por tu culpa todo el día. Venga, ven aquí y líbrame de este tormento. Deja de hacerte la estrecha; sé que tú también me deseas. Lo noté en mi despacho.

La sangre me martillea en las sienes. *¡Así, sin rodeos! ¿Estoy soñando? ¡¿Esto está pasando de verdad?!*

Una pareja de borrachos camina tambaleándose directa hacia mí. Tengo que apartarme para que no se choquen conmigo.

—No puedo, Damon —digo con firmeza.

—¿Por qué no?

—Porque no está bien. Porque eres mi jefe. Porque tienes novia. Porque...

Por desgracia, me doy cuenta demasiado tarde de que estoy empezando a ponerme histérica. Mi respiración es nerviosa, casi me ahogo. Pero me detengo justo a tiempo antes de la última frase. Quería decirle: *«Porque yo también te deseo como una loca...»*.

¡Dios! ¡Dios! ¿Qué me está pasando?

Al otro lado se hace un silencio prolongado. Y lo que escucho después hace que me calme de golpe.

—Está bien. Pregúntale a su novio desgraciado: "si se moriría si no pudiera volver a tocarte nunca más", —dice Damon con voz muy suave.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué iba a preguntarle eso? —digo en voz baja.

—Porque hay un hombre que se siente exactamente así.

En el auricular suena un *clic*; ha colgado.

Me quedo de pie, mirando fijamente el móvil, temblando de pies a cabeza.

¡Pero qué demonios...!

Me tapo la boca con la mano. No puedo creer que todo esto me esté pasando a mí en la vida real. Primero es obsceno y luego...

Respiro hondo y vuelvo al bar. Liz y Rachel me miran con una pregunta muda.

—Todo bien —digo al sentarme—. Solo un tipo pesado.

Se miran entre ellas, pero no insisten. Tampoco volvieron a insistir sobre lo que pasó en el despacho de Damon Wallace. Seguimos bebiendo cerveza y comiendo pizza. Pero mis pensamientos están muy lejos.

«Se moriría si no volviera a tocarme».

Mierda. Solo de recordar cómo dijo esas palabras, siento un calor inmenso por todo el cuerpo.

Capítulo 10. Damon

La música retumba en Marquee. El bajo me golpea el pecho. Estoy en la zona VIP, bebiendo whisky y mirando la pista.

Caras vacías. Un inversor de Londres habla sin parar de un trato. Su hermano se ríe demasiado fuerte. Una rubia intenta llamar mi atención y me toca el hombro. Me aparto. No es ese pelo. No son esos ojos.

—¡Eh, Damon! ¿Me escuchas? —me grita el inversor.

—No —respondo, y apuro el vaso.

Cree que bromeo. No lo hago. Pido otro doble en la barra.

Hace tres meses intenté cambiar. Basta de clubes, alcohol y mujeres pasajeras. Tengo veintiocho años y dirijo una empresa de miles de millones. Tengo obligaciones con mi familia y conmigo mismo. Me gusta mi vida.

Al principio fue un infierno. Como hijo menor, todos esperaban mi fracaso. Mis hermanos me vigilaban. Cada decisión era un interrogatorio. Propuse una campaña para una *startup* y tardaron tres semanas en aprobar un presupuesto ridículo. Seguí adelante. Los resultados llegaron: un crecimiento del cuarenta por ciento en un trimestre. La confianza aumentó y el *marketing* quedó bajo mi mando.

Ethan fue mi único apoyo. Él se encarga de los contratos y la logística; yo de los riesgos y las *startups*. No me juzgaba. Si perdía el control, aparecía con una botella de whisky en mi despacho. Me ayudaba a corregir el rumbo sin humillarme. No quería que fallara.

Y no lo hice.

Entonces Gregoria se mudó a Nueva York. Dice que lo hizo por mí. Nuestros padres son amigos y todos esperan la boda. Nunca le pedí que viniera. Llevo tres meses intentando ser el hombre correcto. Complaciente. Siguiendo un guion ajeno.

Todo se rompió cuando apareció ella. Melissa es real. Ella vive. Y mi mundo, perfectamente construido, se fue al carajo.

Doy un sorbo al whisky y cierro los ojos. Su rostro aparece de inmediato. Ojos castaños, demasiado honestos para mi mundo. Recuerdo su mirada en la oficina y su cuerpo en Denver. Caliente. Receptivo.

Seis meses. Seis meses pensando en ella cada noche. Incluso con Gregoria al lado, solo veo a Melissa. Me odio por eso, pero la obsesión no desaparece.

Ahora ella está aquí. Trabaja en la sexta planta de mi edificio. Puedo verla por las cámaras.

Esta mañana encendí el monitor por puro instinto. Estaba concentrada, girando un bolígrafo entre los dedos. Serena. Entonces Mark se le acercó. Se sentó en su mesa y ella le sonrió.

Algo se rompió dentro de mí. Una presión que no aguantó más.

Bajé en el ascensor sin pensar. La gente se apartaba a mi paso. No me importaba. Necesitaba llegar a ella. Me acerqué y aspiré su aroma. Rocé su cuello con mis labios. Sentí su temblor. Su cuerpo buscó el mío. Por un segundo creí que se rendía.

Pero dijo que «no». Tiene novio.

Algún imbécil que no la merece. Estoy seguro.

Vuelvo al presente, al club. Aprieto el vaso con tanta fuerza que el cristal cruje. El camarero me mira con cautela.

—Señor, ¿todo bien?

—Trae otro —respondo sin mirarlo.

En la zona VIP nada cambia. El inversor sigue hablando. La rubia baila cerca. La gente ríe y se divierte. No me importan.

Saco el teléfono. Busco su número. *Melissa Ferrell.*

Mi dedo duda sobre la pantalla. ¿Qué debo decir? ¿Que la deseo hasta la locura? Suena patético. Débil. Inadmisible.

Llamo de todos modos. No responde.

La añado a WhatsApp. Escribo algo corto y oficial. Casi frío. Es lo que hago cuando tengo miedo de perder el control:

«Hola, Melissa. Soy Damon Wallace. Espero que no te importe que haya sacado tu número de tu expediente personal. La invitación a cenar sigue en pie. DW».

Envío el mensaje y espero. La pantalla sigue vacía. Doy otro trago. Me está ignorando. No es un descuido. Simplemente no responde. Duele más que un rechazo directo. Nadie me había ignorado así jamás.

El camarero trae un vaso nuevo. Lo bebo de un trago. El inversor de Londres me mira con sorpresa.

—Eh, con calma, amigo.

—Púdrete.

Él levanta las manos y se da la vuelta.

Poco después marco su número otra vez. Suena un tono. El segundo. El tercero. Al fin responde.

—¿Hola?

Su voz. Mierda.

Cierro los ojos. Siento una punzada en el pecho. Oigo música y risas al otro lado. Ella también está en un bar. Pienso en Mark. Pienso demasiado en ese idiota.

Le pido que salga a la calle, que hay demasiado ruido. Busco aislarla, tener un sitio tranquilo para los dos.

La quiero a ella. Quiero que esté conmigo. Que me mire como lo hizo en mi despacho. Que no haya nadie más.

Pero no puedo decirlo. Ella habla de errores y de trabajo. Habla de mi apellido y de mi novia. De Gregoria. Si supiera cuánto me importa una mierda Gregoria, todo sería más fácil.

Le digo lo más importante. Corto. Sin explicaciones. Y cuelgo.

Dejo el móvil en la mesa. Sé que no vendrá. Pero necesitaba decirlo. Al menos una vez.

Pido más alcohol. El inversor balbucea algo sobre la reunión de mañana. Lo mando al infierno. La rubia se acerca de nuevo y la aparto de un empujón.

Me levanto y camino hacia el pasillo oscuro que conecta los baños con el VIP. Mi cabeza es un hervidero. De pronto, un idiota que viene tambaleándose choca contra mi hombro de forma brusca, derramando parte de su copa sobre mi traje.

—Perdona, tío —dice el tipo, levantando las manos con una sonrisa insolente que me enciende la sangre.

Solo veo rojo. Mi puño vuela antes que el pensamiento. El impacto es seco. El tipo cae hacia atrás y se estrella contra una mesa de cristal del pasillo. El mueble se rompe en mil pedazos. Las botellas vuelan. Sus amigos saltan gritando, pero antes de que la multitud pueda sacar los teléfonos, los trajes negros aparecen de la nada.

Golpeo de nuevo. Y otra vez. Descargando la furia de seis meses.

Me agarran. Me sujetan por los brazos con una firmeza respetuosa. Es la seguridad del club, la misma que está en la nómina no oficial de mi familia.

—¡Señor Wallace, por favor, ya basta! —susurra el jefe de seguridad en mi oído, mientras sus hombres bloquean la vista de los curiosos y levantan al tipo del suelo—. Cerramos el perímetro. Nadie ha grabado nada, señor.

Me sueltan. Me quedo de pie, jadeando. Miro mis manos. Hay sangre en mis nudillos. Si no fuera por el apellido que llevo, mañana estaría en la portada de *Forbes* con unas esposas puestas.

Me sacan a la calle por la puerta trasera. El aire frío me quema la cara. Me apoyo en la pared del callejón y enciendo un cigarrillo. Mis manos tiemblan de pura adrenalina.

El teléfono suena. Gregoria. Claro.

No lo cojo. Llama de nuevo. Otra vez. Cierro los ojos y exhalo el humo. Solo entonces acepto la llamada.

—Dime.

—Damon, ¿dónde estás? —su voz es afilada. Casi metálica—. Me han llamado de Marquee. ¿Te has vuelto loco? Has montado un escándalo en el pasillo. Has destrozado una mesa. Has pegado a un tipo. ¿Sabes lo que podría pasar?

Lo sé.

¡Melissa! Eso es lo que me ha pasado.

—Voy a buscarte —continúa ella sin esperar respuesta—. Quédate ahí. No te muevas.

Corta la comunicación. Me quedo apoyado en la pared fría, fumando y mirando a la nada.

Unos quince minutos después, un Mercedes negro se detiene junto a la acera. Gregoria baja del coche: alta, impecable. Lleva un abrigo de diseño y tacones de aguja. Parece salida de una portada de revista. Se detiene ante mí y me mira las manos ensangrentadas.

—Dios mío, Damon… ¿qué has hecho?

—Nada —respondo, y apago el cigarrillo con la punta del zapato.

—¡¿Nada?! —su voz se quiebra de la histeria—. ¡Estás fumando, has pegado a un hombre a la vista de los guardias! ¡Podrían haberte arrestado!

—Pero no lo han hecho. La seguridad de este sitio sabe perfectamente quién les paga los bonos a fin de año —replico con frialdad.

Me mira como si intentara encontrar al hombre de antes.

—¿Qué te está pasando? —pregunta en voz baja, cambiando el tono—. Eras normal. Contenido. Y ahora esto otra vez. Clubes. Bebida. Peleas.

Tres meses intentando ser quien ella quería. Tres meses de una vida ajena.

—Sube al coche —dice tras una pausa—. Te llevaré a casa.

La observo con atención. Es guapa. Inteligente. Exitosa. Perfecta en todo. Todo correcto, sobre el papel. Pero no es ella quien me hace perder la cabeza. No es su voz la que oigo por la noche, y no es su cuerpo el que necesito aplastar contra una pared.

Me subo al coche en silencio. Gregoria se acomoda a mi lado. El chofer arranca. Ella no dice nada en todo el camino. Es casi un alivio.

Miro por la ventana y pienso en Melissa.

En cómo estaba en mi despacho.

En cómo reaccionó su cuerpo a mi tacto.

En cómo dijo «no»: tranquila, firme. Y en cómo sus ojos castaños decían algo muy, muy distinto.

El coche se detiene ante mi edificio. Gregoria se gira hacia mí.

—¿Subo contigo? —dice suavemente.

Niego con la cabeza.

—No.

—Damon…

—No —repito, más brusco—. Quiero estar solo.

Aprieta los labios y asiente.

Bajo del coche. El guarda me saluda. El ascensor me sube directamente al apartamento. Vale decenas de millones. Fue un regalo de mi padre de bienvenida por mudarme. Ventanales panorámicos, vistas a Central Park, diseño ideal. Y un vacío absoluto.

Me sirvo un whisky y me hundo en el sofá sin quitarme los zapatos. Las luces de la ciudad me irritan. Central Park es una mancha oscura. Un agujero en el que me gustaría caer para no pensar.

No funciona. Sigue en mi cabeza.

Pensé que sería una buena noche en Denver y nada más. Me equivoqué. Ahora la tengo a unos pisos de distancia y no puedo tocarla. Eso me saca de quicio.

Bebo, y el alcohol me quema la garganta. Mañana estará ahí. Veré cómo aprieta los labios al concentrarse y cómo esa falda se ajusta a sus curvas. Las cifras del balance corporativo me importarán una mierda.

Mi cuerpo me traiciona. Reacciona como si tuviera veinte años, no veintiocho, y un apellido que pesa mil millones de dólares.

Me meto en la ducha. El agua fría golpea, pero no borra las imágenes. Veo su espalda arqueada. Su nuca. Ese cuello fino donde hundí la cara en Denver. Sigo sintiendo su respiración caliente.

Recuerdo sus manos contra la pared y el temblor de sus muslos bajo mis dedos. Se me ha metido bajo la piel. Es una tensión asfixiante que me da ganas de destrozar algo. La imagino contra los azulejos mojados, gimiendo mi nombre, rindiéndose. Me masturbo con rabia y me corro pensando única y exclusivamente en ella.

Caigo en la cama sin secarme del todo. Miro al techo, furioso. Conmigo, por no saber apagar el puto cerebro. Con ella, por robarme el control. Ha convertido mis pensamientos en fotos sucias y mi cuerpo en una necesidad irracional.

Si no hubiera aparecido en mi oficina, la habría olvidado. Pero está aquí. Ya no es una elección. Es un problema.

Capítulo 11. Melissa

Lunes por la mañana

Miro el túnel oscuro por la ventana del metro y trato de convencerme de que no soy una heroína de tragedia griega, aunque mi estómago insista en lo contrario. El fin de semana fue un borrón de confusión absoluta. El viernes: el bar, las risas con las chicas y la voz de Damon grabada a fuego en mi cerebro.

—Pregúntale si se moriría si no pudiera volver a tocarte nunca más. Porque hay un hombre que se siente exactamente así.

Cierro los ojos con fuerza. No. No puedo ser esa chica. No voy a ser el cliché de la empleada que se acuesta con el jefe para que la echen a la calle en un mes con una indemnización y una palmadita en la espalda. Soy una analista financiera, por el amor de Dios. O eso intento ser.

El metro se detiene con un chirrido que parece imitar mis nervios. Camino hacia el edificio de Wallace Invest sintiendo que el aire de Nueva York es demasiado denso para mis pulmones. Al entrar en el ascensor, la duda me golpea: ¿y si ya me han despedido? Siento que no voy a mi puesto, sino a recoger los restos de un naufragio anunciado.

Llego a mi planta, cruzo el muro de cristal y me quedo paralizada. Hay otra chica sentada en mi sitio. Usa mi monitor, mi silla y hasta

mi taza. Mi carpeta con la pegatina de la suerte sigue ahí, bajo sus manos, como si yo nunca hubiera existido. Me detengo en seco y finjo que miro el móvil para no parecer una intrusa en mi propia vida.

Vale. Calma. Respira. Al final lo ha hecho. Me ha echado. Repaso nuestra última conversación y no encaja con un despido, pero en este imperio las reglas las pone él y yo solo soy una nota al pie de página. He durado una semana. Récord personal de fracaso.

La chica levanta la vista y me mira con una curiosidad que me hace sentir diminuta.

—¿Eres Melissa? —pregunta.

Asiento. Tengo un nudo en la garganta que me impide hasta tragar saliva.

—Me han dicho que ya no estás aquí —añade con una sonrisa neutral—. Te han trasladado.

¿Trasladado? ¿Al sótano? ¿A la sección de objetos perdidos y empleados molestos? Antes de que pueda hiperventilar, aparece Kate. Camina hacia mí con su tableta y una sonrisa que desprende ese optimismo corporativo tan irritante.

—Melissa, hola —dice, tomándome suavemente del brazo—. Por favor, no te asustes.

Demasiado tarde, Kate. El pánico ya me está recorriendo la columna como una descarga eléctrica. Me lleva hacia una sala de reuniones pequeña y baja la voz, como si estuviéramos conspirando contra el Estado.

—No es un despido —dice con suavidad—. Todo lo contrario.

Me detengo y la miro, confundida.

—¿Entonces por qué hay una desconocida en mi mesa usando mi taza?

Kate sonríe con un punto de timidez.

—Porque te hemos trasladado de departamento. Ahora formas parte del equipo de Marketing Estratégico y Relaciones Públicas. Formalmente, es un ascenso y un trabajo mucho más dinámico.

¿Marketing? ¿Relaciones públicas? Pero si yo soy de números, de hojas de cálculo, de cosas que no hablan.

—¿Marketing?

—Sí. Seguirás trabajando con datos; el departamento es enorme. Proyectos complejos, presupuestos serios. Necesitan un becario junior urgente y han visto tu potencial. El sueldo tiene pluses y comisiones. Con los bonos, podrías ganar el doble. ¿Aceptas?

Asiento por puro instinto de supervivencia. Tres pensamientos chocan en mi cabeza como coches de choque. Primero: Es él. Damon Wallace ha movido sus hilos. Segundo: Es una jugada maestra. Si rechazo el ascenso, parezco una estúpida orgullosa; si lo acepto, le debo el favor. Tercero: ¿Y si de verdad es mi oportunidad para salir de la miseria?

Pienso en el dinero. En mi compañera de piso que deja tazas con moho por toda la casa. En mi paciencia agotada. Quiero mudarme, vivir sola, decorar mi propio espacio sin tener que esquivar calcetines ajenos. No es momento de ser orgullosa si eso significa volver a casa de mis padres. Eso no es una opción.

—Está bien —digo tras una pausa larga—. Enséñame mi nuevo sitio, por favor.

Kate se relaja visiblemente. Entro en la nueva oficina y dejo el bolso sobre la mesa. Por fuera soy la viva imagen de la eficiencia y la educación. Por dentro, todo me hierve. Damon ha cambiado de táctica. Cree que puede comprar mi silencio, o mi presencia, con un ascenso brillante. Y lo peor es que una parte de mí, esa parte traidora que aún siente el calor de su mano, quiere que me doblegue. Aunque sea una noche más.

Se me acerca un hombre de pelo canoso que se presenta como Dylan. Empiezo a asimilar mis nuevas tareas y me sumerjo en el trabajo. Es lo único que me mantiene en equilibrio. Al final del día, me doy cuenta de que el sitio no está mal, pero aquí todos mantienen las distancias. Son puramente profesionales. Echo de menos a Liz y a Chloe. Aquí no hay risas, solo el sonido de teclados y ambición.

Me pregunto en qué momento aparecerá él para cobrar su inversión. Porque en Wallace Invest nada es gratis, y mucho menos un ascenso inesperado.

***

Son las diez de la mañana y estoy en mi mesa, con la vista clavada en la pantalla hasta que los píxeles empiezan a bailar. Llevo tres semanas en el nuevo departamento. Irónicamente, sigo en la misma planta, a solo un despacho de distancia de mis amigas, pero el aire aquí se siente diferente. Más denso.

Durante todo este tiempo, ni una llamada. Ni un encuentro fortuito en el ascensor. Ni un mensaje críptico que me haga saltar el corazón. Por un lado, es perfecto. Puedo concentrarme. Puedo ser la profesional impecable que Nueva York exige que sea. Tengo un archivo abierto que es pura adrenalina para una mente analítica: Auditoría de Costes y Optimización.

Reviso las cuentas y los gastos operativos. Los números no encajan, y eso es algo que me hace hervir la sangre. Hay fugas de dinero en reparaciones y logística que parecen haber pasado desapercibidas para ojos menos entrenados. Los hoteles de la cadena están perdiendo rentabilidad porque alguien está gastando una fortuna en cosas totalmente innecesarias.

Mi misión es encontrar dónde meter la tijera sin que el lujo se resienta. Dylan, mi nuevo jefe, me dijo que esta era mi oportunidad de oro. Y lo entiendo perfectamente: si le ahorro unos cuantos millones a la empresa, me convertiré en alguien a quien no pueden permitirse perder. Ni siquiera por un capricho del destino.

Para el almuerzo, el informe está listo. Guardo el archivo, imprimo el análisis financiero y me encamino al despacho de Dylan. Es un hombre estricto, de los que te miran por encima de las gafas, pero es justo.

Dylan coge la carpeta y la abre con lentitud. Recorre las tablas de Excel. Se detiene en mis gráficos de ahorro proyectado y lee mis conclusiones sobre la reducción de gastos. Yo espero de pie, intentando que mis manos no delaten mi nerviosismo. Al fin, levanta la vista y me dedica una media sonrisa.

—Esto es brillante, Melissa. Realmente preciso. Has encontrado puntos muertos que llevábamos meses pasando por alto.

Suelto el aire que no sabía que estaba reteniendo. Suspiro con un alivio casi doloroso.

—Gracias, Dylan.

—Es un trabajo muy inteligente. Le pasaré este informe al señor Wallace hoy mismo. Le diré que tu análisis es impecable. Estoy seguro de que le impresionará el ahorro que propones.

¿Al señor Wallace? ¿A Damon?

Mi corazón da un vuelco y decide hacer una voltereta hacia atrás. He intentado por todos los medios no pensar en él. Esperaba que apareciera de alguna forma, pero es como si se hubiera esfumado en el aire gélido de Manhattan. Me trasladó aquí a propósito, lejos de hombres jóvenes como Mark, marcando su territorio con un ascenso que me dejó sin argumentos.

Sé por las chicas que Damon llamó a Mark a su despacho. Nadie sabe qué se dijeron, pero ahora Mark es un bloque de hielo profesional que apenas me saluda de lejos. No importa. Lo importante es que nadie perdió su empleo por mi culpa. O eso quiero creer.

Pero, en el fondo de mi mente neurótica, debo admitir que esperaba una señal. Una mínima prueba de que no soy solo una empleada más en su pantalla de vigilancia. Si Damon hubiera vuelto a preguntar por esa cena, habría aceptado. Me habría dado esa oportunidad de la que hablaba Cristina. Pero él ni siquiera se ha interesado por mi adaptación. O quizá lo ve todo por las cámaras y cree que no necesita preguntar nada. Quizá se limita a observarme como a un activo que empieza a dar beneficios.

Da igual. Lo importante son los números. Salgo del despacho y vuelvo a mi sitio con la cabeza alta. Me siento poderosa. He creado algo valioso. He demostrado que mi cerebro es tan afilado como mi voluntad. Y pronto, Damon tendrá mis cálculos sobre su escritorio. Veremos si es capaz de ignorar eso también.

***

Por la tarde, el andén del metro es lo más parecido a una zona de guerra. La gente empuja, el aire es denso y todo el mundo tiene

una prisa desesperada por llegar a una casa que probablemente es demasiado pequeña. Miro la pantalla del móvil por centésima vez.

Ni un mensaje. Ni una llamada. Ni siquiera un emoji de un gráfico financiero. Nada de Damon Wallace.

Guardo el teléfono en el bolso con un suspiro que me quema los pulmones. Quizás sea lo mejor. Quizás el ascenso fue su forma de decir adiós con un lazo de oro. El tren llega y me arrastra hacia dentro. Me siento junto a la ventana y miro mi reflejo borroso en el cristal, tratando de encontrar a la Melissa que sabía lo que hacía con su vida.

Porque la verdad, la cruda y vergonzosa verdad, es que lo deseo. Deseo a Damon. Deseo volver a sentir sus manos reclamando cada centímetro de mi piel y sus labios dictando leyes en mi cuello. Quiero Denver de nuevo. Quiero esa electricidad que te hace olvidar que el mundo existe.

Pero no puedo. La lista de obstáculos es más larga que el propio metro. Es mi jefe. Tiene a esa Gregory Sinclair, la abogada perfecta. Y, sobre todo, no quiero ser la chica que cambia su carrera por un par de noches memorables. Apoyo la cabeza contra el cristal frío.

"Pregúntale si se moriría si no pudiera volver a tocarte nunca más."

Mierda. Esa frase es un virus en mi sistema.

El tren se detiene en mi parada. Salgo a la superficie y camino hacia mi apartamento cuando el teléfono vibra en mi mano. Mi corazón da un salto patético, pero la pantalla me devuelve a la realidad de un bofetón: **Grock.**

Me quedo paralizada en mitad de la acera. Me había olvidado por completo de que él seguía existiendo en algún lugar de Connecticut. Acepto la llamada por pura inercia.

—¿Grock?

—¿Cómo que Grock? Soy tu amor. —Su voz suena brusca, con ese tono de propiedad que antes me parecía familiar y ahora me resulta irritante—. Ya te dije que quiero que lo intentemos de nuevo. Sabes que te quiero, Melissa.

Me detengo bajo una farola. Lo escucho y, de repente, lo veo todo con una claridad que me asusta. No siento nada. Ni una chispa de

cariño, ni una pizca de culpa. Nada. El vacío absoluto es casi refrescante.

—Grock, ¿por qué llamas exactamente?

—¿Cómo que por qué? Porque te echo de menos.

Me quiere, pero no me llamó en mi primer día de trabajo.

Me quiere, pero nunca hizo el más mínimo esfuerzo por entender por qué Nueva York era importante para mí.

Me quería, pero se fundía el dinero en el póker por internet mientras yo contaba los centavos para el alquiler.

Me quiere porque soy la única persona que le pagaba las deudas y le aguantaba los desplantes.

—No, Grock. Ya. Se acabó.

—¿Cómo que se acabó? No digas tonterías. Mañana me paso por allí y...

—No —lo corto con una firmeza que me sorprende hasta a mí—. No vamos a intentarlo de nuevo. Esto se terminó hace un año, solo que tú te has negado a leer el aviso de desahucio. Deja de llamarme y, sobre todo, deja de molestar a mis padres.

—Melissa, no seas así. Estás sola en esa ciudad de locos, por eso estás así. Me necesitas.

—Lo que he pensado es que quiero mi vida, Grock. No la tuya. No quiero volver a Stamford a pagar tus facturas y a fingir que no sé que me engañas. Mi decisión es definitiva.

Aprieto el teléfono, sintiendo cómo un peso invisible se levanta de mis hombros.

—¿Has conocido a alguien? —pregunta él, y noto el veneno en su voz.

¿Que si he conocido a alguien? He conocido a un hombre que me mira como si fuera el centro de su universo privado, aunque sea un secreto. Pero no dejo a Grock por Damon. Dejo a Grock por mí.

—Eso no importa —digo con una calma glacial—. Lo que importa es que ya no te quiero en mi futuro. Adiós, Grock.

Cuelgo antes de que pueda empezar con sus amenazas de siempre. Me doy cuenta de que he estado caminando en la dirección contraria a mi casa, perdida en la discusión. Me detengo, respiro hondo y el aire frío de la noche neoyorquina me sabe a gloria.

¿Cómo pude perder tres años con él? ¿Dónde tenía la cabeza? Me enderezo, ajusto mi bolso y empiezo a caminar hacia adelante. En la dirección correcta. Hacia mi nueva vida.

***

En casa, estoy sentada en la cama mirando al techo.

Jessica, mi compañera de piso, está gritándole a alguien por teléfono en el salón. La música retumba. Gracias al nuevo trabajo y al ascenso, podré mudarme pronto. De hecho, ya he buscado un apartamentito acogedor, pero no podré mudarme hasta la semana que viene. Y no será con mis padres.

Saco el teléfono y miro la pantalla. Ni un mensaje.

Abro WhatsApp. Busco su nombre: **Damon Wallace**. Miro el último mensaje que me envió y lo releo varias veces:

«Hola, Melissa. Soy Damon Wallace. Espero que no te importe que haya sacado tu número de tu expediente personal. La invitación a cenar sigue en pie. DW».

Mis dedos dudan sobre el teclado. ¿Qué se supone que debo escribir?

«Hola. Estoy libre. ¿Quieres que nos veamos?».

No. Suena demasiado patético.

Guardo el teléfono y me tumbo en la cama, observando el techo, amarillento del tiempo.

Mañana. Mañana decidiré qué hacer.

***

Estoy en la cafetería de enfrente, justo frente al edificio de Wallace Invest. Me he convencido de que he entrado a comprar comida para llevar. Pero es mentira. En realidad, quiero ver a Damon salir del trabajo. Quiero ver su cara. Quiero saber si él también arde por dentro. Ayer decidí que lo intentaría.

Ya no tiene gracia. ¿Cómo es posible que el roce de un solo dedo sobre la ropa me excite tanto? Este hombre me convierte en algo

húmedo y sumiso. Simplemente no puedo resistirme cuando me toca.

Llevo seis meses soñando con él. Con aquel hombre atento de Denver. Ahora parece que he conocido a una versión distinta. Pero estoy segura de que este Damon 2.0 también me gusta. Es sexy. Diabólicamente sexy.

Miro hacia la entrada de Wallace Invest. Una limusina se detiene en el aparcamiento. Me pongo recta de inmediato. Damon está cerca. El estómago se me revuelve y apenas respiro. La puerta se abre. Sale él, como a cámara lenta. Es como el desfile de una estrella de rock. Todas las miradas se posan en él.

Oh, Dios. El señor Orgasmo.

Observo cómo se acomoda en el asiento trasero, junto a la ventana. Mira hacia este lado de la calle. Hacia las ventanas de mi cafetería. ¿Me estará mirando a mí? El chófer cierra la puerta y el coche arranca despacio. No le quito la vista de encima hasta que desaparece al final de la calle. De repente, me invade una ola de decepción.

Me pregunto qué hará esta noche. Son casi las seis y media. Ya no queda nadie en el edificio hasta mañana. No puedo creerlo. Me he quedado aquí hasta tarde solo para verlo un segundo...

¡Qué idiota! Ni siquiera he pedido nada de comer. Me iré ahora y cenaré sola en casa.

Cierro la carta con asco. *«¡Basta ya!»* Maldita sea. Tengo que controlarme. Pero... ¿realmente voy a hacer lo que me ordenó?

Capítulo 12. Melissa

Ha pasado una semana desde mi informe y otra desde que enterré a Grock en el pasado. Mi madre llama a diario, pero el silencio de mi ex es el mejor regalo que me ha hecho Nueva York. Estoy en mi mesa, fingiendo que los gráficos no son solo líneas de colores, cuando el teléfono rompe mi burbuja.

—¿Diga?

—Hola, Melissa. Soy Natalie. El señor Wallace quiere que subas. Ahora mismo.

Mi corazón decide que es buen momento para intentar salirse de mi pecho. ¿Es por el informe o es por lo de «carácter privado»? Me arreglo la blusa, compruebo que mi moño no haya decidido independizarse y subo al Olimpo. Diez minutos después, llamo a su puerta.

—Adelante.

Entro y el aire se vuelve más caro de repente. Damon está ahí, impecable con un traje azul marino que resalta ese aire de autoridad que me pone los pelos de punta. Sus ojos castaños me taladran.

—Hola, Melissa —susurra. Su voz es como terciopelo rozándome la piel—. Siéntate, por favor.

—Hola.

Me siento y él se reclina en su sillón, observándome como si fuera un activo financiero que no sabe si comprar o liquidar. El aire entre nosotros quema, y no es precisamente por la calefacción.

—He visto tu informe sobre la optimización de costes —dice al fin.

—¿Y bien?

Él sonríe despacio. Esas pausas me van a matar algún día.

—Dylan tiene razón. Has encontrado puntos muertos que llevábamos meses pasando por alto. Es un trabajo brillante.

Siento una oleada de orgullo. No soy solo una cara bonita en su pantalla de vigilancia; soy buena en lo mío. Pero entonces, su mirada se oscurece.

—Pero tenemos un problema.

Se levanta y va al mueble bar. Se sirve un whisky como quien se prepara para una guerra. Me mira de reojo.

—¿Quieres?

—No, gracias. Estoy trabajando.

Él sonríe y da un sorbo.

—Varios de nuestros proyectos se han filtrado a la competencia. Cláusulas exactas de contratos que solo conocía el personal de esta planta aparecen en manos de rivales. Alguien está vendiendo nuestra información.

Siento un frío repentino. ¿Me está acusando?

—Y crees que...

—Creo que necesito a alguien de confianza para descubrir al infiltrado —me corta, clavándome la mirada—. He hablado con Ethan. Hemos decidido encargarte un proyecto especial.

—¿A mí?

—Sí. Queremos que crees datos falsos. Propuestas de inversión ficticias. Una trampa de miel financiera. Observaremos quién muerde el anzuelo. Eres nueva, Melissa. No tienes vínculos con nadie aquí. Eres perfecta para esto.

Ideas falsas. Una misión de espionaje. Mi cerebro intenta procesar que acabo de pasar de analista junior a agente secreta de Wallace Invest.

—¿Y si me niego?

—Entonces el traidor seguirá aquí y perderemos millones. Él siempre va un paso por delante, pero no cuenta contigo. Me impresionó tu trabajo de reducir costes. Está haciendo como si fuera tu propio negocio.

Respiro hondo. Me gusta el reto, pero me asusta la cercanía que esto implica.

—Está bien. Lo haré.

Damon sonríe. Es una sonrisa de victoria que me revuelve el estómago.

—Sabía que aceptarías. Ethan llegará en unos minutos para darte los detalles.

Él se acerca tanto que puedo oler su perfume: madera, especias y peligro. Se lame el labio inferior y yo me olvido de cómo se respira.

—¿Cómo van tus días, Melissa? —pregunta en voz baja.

—Bien.

—¿Solo bien? —se inclina más, sus labios rozan mi oreja—. Es una pena. Mi día sería magnífico si hubieras aceptado una cena. No puedo dejar de pensar en ti.

Siento escalofríos. Estoy a punto de decir algo estúpido cuando la puerta se abre de golpe.

—Siento interrumpir.

Ethan entra con una sonrisa radiante y un vaso de whisky en la mano. Es el contraste perfecto a la intensidad de Damon.

—Hola, Melissa. ¿Ya te ha contado mi hermano el lío en el que te estamos metiendo?

—Un poco —asiento, agradeciendo el oxígeno que ha entrado con él.

—Perfecto. Aquí tienes —Ethan deja un cuaderno sobre la mesa—. Inventa cambios, recomendaciones absurdas, contratos inflados. Todo pasará por mí. Nadie más debe saberlo. Serás nuestra pequeña arma secreta.

Asiento, sintiendo el peso de la responsabilidad. Ethan termina su copa y se despide con un guiño, dejándonos a solas otra vez. El silencio vuelve a ser denso. Damon me mira sin pestañear.

—Ahora eres mía, Melissa. Profesionalmente hablando, claro.

Se muerde el labio y yo sé que, de profesional, este juego no tiene absolutamente nada.

—Lo harás bien —dice en voz baja.

—Eso espero —respondo, intentando que mis pulmones no colapsen.

Él se levanta y se acerca a mí con esa elegancia depredadora que hace que el despacho parezca demasiado pequeño. Me siento como una gacela que acaba de invitar al león a cenar.

—Melissa —su voz baja de tono, volviéndose una vibración peligrosa—. Tengo otra petición privada.

Lo miro desde abajo, atrapada en su campo de gravedad.

—¿Cuál?

Se inclina hasta que su rostro está a pocos centímetros del mío. Puedo oler el whisky y ese perfume que debería estar clasificado como sustancia adictiva.

—Quiero que te recojas el pelo en una coleta. Mañana. Para poder enredarlo en mi mano cuando te llame.

Me quedo inmóvil. El aire se espesa tanto que casi puedo tocarlo. Sus labios rozan mi oreja y un escalofrío me recorre la columna, recordándome exactamente cómo se siente su boca en otros lugares.

—Esta noche —susurra— quiero que cojas un vibrador.

Dios. Esto no está en mi descripción de puesto. No recuerdo haber firmado una cláusula sobre juguetes sexuales en el contrato de Wallace Invest.

—Y quiero que te corras con él. Largo. Profundo. Muy despacio, imaginando que soy yo quien te sostiene.

Mi corazón martillea con tal fuerza que estoy segura de que el sonido rebota en las paredes de mármol.

¿Por qué iba a hacer eso? ¿Por qué mi cuerpo está gritando que sí mientras mi cerebro intenta buscar el manual de ética de la empresa?

—¿Por qué iba a hacer eso? —logro susurrar.

Él se aparta apenas unos milímetros para clavarme la mirada.

—Porque sé perfectamente que verás mi cara cuando te corras.

Su dedo toca mis labios, separándolos con una suavidad que duele. Lo introduce en mi boca y, por un segundo, pierdo el control. Siento cómo empiezo a succionarlo, un instinto primario que me nubla el juicio. Melissa, detente. Eres una analista, no una... Pero sus ojos se oscurecen al ver mi reacción y sé que he perdido esta batalla antes de empezar.

—Haz los deberes, Melissa. Has olvidado: siempre consigo lo que quiero.

Se inclina y me lame el cuello, justo donde la piel es más sensible, antes de morderme ligeramente el lóbulo de la oreja. Mis piernas flaquean. El recuerdo de Denver choca contra la realidad de este despacho y la explosión me deja sin aliento.

Damon retrocede de golpe y regresa a su mesa, recuperando su máscara de ejecutivo gélido como si no acabara de incendiar mi mundo. Se sienta, coge el vaso de whisky y da un trago largo. Saca una tarjeta de acceso de un cajón y la lanza sobre la madera oscura.

—Te permitirá entrar en esta planta siempre que lo necesites. Avisaré a Natalie.

Agarro el pase con la mano temblorosa, sintiendo el plástico frío contra mi piel ardiente.

—Tengo que irme —susurro.

Él me mira y me dedica esa sonrisa despacio, la que promete cosas que arruinarán mi carrera.

—Hasta mañana, Melissa.

Salgo del despacho casi tropezando con mis propios pies. Entro en el ascensor y me apoyo contra el espejo, mirando a la mujer de mejillas encendidas que me devuelve la mirada. ¿Qué demonios acabo de aceptar? Me han dado un ascenso, una misión de espionaje y deberes eróticos.

Mañana voy a necesitar una coleta muy alta y una voluntad de acero. O quizás, simplemente, voy a necesitar que se haga de noche muy pronto.

Capítulo 13. Melissa

Examino el vestido negro sobre la colcha. Mañana habrá coleta, tal como él ordenó.

Maldita sea. Intento aferrarme a mi dignidad profesional, decirme que no voy a obedecer como una sumisa cualquiera, pero mi cuerpo tiene su propia agenda. Desde que salí de su despacho, siento un palpitar constante entre las piernas. El recuerdo de su dedo en mi boca, de su olor a madera y peligro, me está volviendo loca.

Quiero que hoy te corras tú sola. Largo, profundo y muy despacio.

Su voz resuena en el silencio de mi habitación, autoritaria y obscenamente íntima. Es una orden arrogante que debería indignarme, pero lo único que logra es echar gasolina al fuego que ya me quema por dentro. La resistencia se disuelve, reemplazada por una necesidad urgente y dolorosa.

Apago la luz, temblando. Saco el vibrador de la mesilla. Ya no pienso en qué es; solo sé que necesito alivio desesperadamente. Me deslizo bajo las sábanas y el roce de la tela contra mis pezones endurecidos me arranca un gemido.

Abro las piernas y cierro los ojos con fuerza. En el momento en que la vibración toca mi centro, mi espalda se arquea. No estoy sola en esta cama. En mi mente, Damon está al pie, observándome con

esa mirada depredadora, disfrutando de cómo me deshago solo porque él lo exigió.

Mis caderas buscan el ritmo frenéticamente, imaginando que son sus manos las que me guían, que es su boca la que me hace jadear. El placer sube rápido, intenso, alimentado por la vergüenza y el deseo de complacerlo. Me muerdo el labio para no gritar su nombre cuando el orgasmo me golpea con una fuerza que me deja sin aliento.

Hago mis deberes, señor Wallace. Y juro que mañana me cobraré cada segundo de esto.

***

"¿Os apetece ir a cenar juntas hoy después del trabajo?", propongo a Rachel y a Liz en nuestro chat grupal.

Necesito ruido, pizza y gente normal. Necesito sacar a Damon Wallace de mi sistema, aunque mi propio reflejo me delate. Me he recogido el pelo en una coleta alta, exactamente como él pidió, y el vestido negro se ajusta a mi cuerpo como una segunda piel. Por la mañana, bajo el vapor de la ducha, me convencí de que no pasaría nada por tener una noche más con el dios del sexo. Hay que admitirlo: es lo que es. Pero ahora, bajo los fluorescentes de la oficina, me siento como una idiota que ha caído en su propia trampa.

Rachel: Por mí vale. Pero pidamos algo sano. Nunca me acostaré con nadie si no hago algo con mi gordo trasero. Tendré que irme antes de las ocho por los niños.

Liz: ¡Sí, me apunto! Buena idea.

Chloe: Chicas, ¿os habéis enterado de la noticia?

Liz: ¿Cuál?

Chloe: Ayer despidieron a Sophia Clark. En mitad de la jornada. Seguridad la acompañó a su mesa, le dieron diez minutos para recoger y la escoltaron fuera del edificio como si hubiera robado los planos de la Estrella de la Muerte.

Odio los cotilleos, pero desde que sé que hay un infiltrado, mis oídos se han vuelto radares de alta precisión.

Rachel: ¿En serio? ¿Por qué?

Chloe: Dicen que tenía un lío con alguien de la directiva.

Siento un frío interno que me hiela la sangre. Miro mi ropa. Miro mi coleta. Soy una diana andante.

Yo: ¿Con quién?

Chloe: No lo sé seguro. Trabajaba en nuestra planta. La veía mucho con Damon Wallace.

Se me cae el alma a los pies. El corazón me da un vuelco tan violento que me marea.

Liz: ¿Damon?

Chloe: Ajá. Las chicas de Recursos Humanos dicen que la echaron por saltarse la ética corporativa. Las relaciones con jefes y compañeros están prohibidas.

Rachel: Pobre chica. Seguro que pensaba que él iba en serio.

Chloe: Despertad. Los jefes no se casan con empleadas. Se divierte y te larga. Negocio es su único pacto real; el resto somos juguetes desechables.

Me quedo paralizada, con los dedos suspendidos sobre el teclado. Sophia Clark. Despedida. Escoltada. Humillada. Y yo... yo casi acepto lo mismo anoche bajo mis sábanas. Me imagino en su lugar, con seguridad llevándome a mi mesa mientras todos miran y cuchichean a mi espalda. Se acostó con el jefe. Qué tonta. Ella pensaba que sería especial.

No. No puedo. No seré la siguiente Sophia Clark.

Yo: Perdona, tengo que trabajar, lo hablamos luego;

Escribo con las manos temblorosas.

Voy al baño y me encierro en un cubículo. Apoyo la frente en la pared fría, intentando que el cerebro me deje de dar vueltas. Damon Wallace es mi jefe. Rico, poderoso y con una lista de bajas que llega hasta el sótano. Yo solo soy el sabor del mes. La novedad de Denver. Pero no seré su próximo despido disciplinario.

Salgo del cubículo y me echo agua fría en la cara. Miro mi reflejo en el espejo. Contrólate, Melissa. No seas otra muesca en su escritorio de caoba.

Respiro hondo, me deshago de la coleta con un gesto brusco y dejo que el pelo caiga libremente sobre mis hombros. Acto seguido,

lo recojo de forma profesional. Regreso a mi sitio con la cabeza alta. El juego ha terminado antes de empezar.

***

El teléfono interno suena y la voz de Natalie me saca de mi trance. El señor Wallace me espera. Subo al último piso con el pulso desbocado y una decisión firme: no voy a ser su marioneta. Me miro en el espejo del ascensor. Mi pelo cae libre sobre los hombros, rebelde, ignorando deliberadamente su orden de la coleta. Si quiere control, que se compre un mando a distancia.

Entro en el despacho y el aire se vuelve eléctrico. Damon está ahí, con la camisa abierta lo justo para resultar un insulto a mi concentración. No hay saludos. Solo su mirada recorriéndome con una lentitud que me quema la piel. Se detiene en mi pelo suelto y sus ojos se oscurecen de puro deseo y fastidio.

—Te di una instrucción, Melissa —dice con esa voz profunda que me hace vibrar hasta los huesos.

—Y yo te di una respuesta anoche —suelto, dejando la carpeta sobre la caoba con un golpe seco—. Soy tu analista, no tu juguete. Aquí tienes los datos del cebo.

Me doy la vuelta para irme, pero es más rápido. En dos zancadas corta mi huida y me atrapa entre su cuerpo y la puerta cerrada. Su calor me envuelve, ese aroma a whisky y poder que me nubla el juicio. Me pone las manos a ambos lados de la cabeza, acorralándome.

—Mírame —ordena.

Me obligo a sostenerle la mirada, aunque el corazón me martillea contra las costillas. Él baja una mano y, con una lentitud tortuosa, desliza los dedos por mi cuello, apartando un mechón de pelo. Su tacto me provoca un escalofrío que me traiciona. Su pulgar roza mi mandíbula y se detiene en mi labio inferior, presionando con suavidad.

—No juegues conmigo —susurra, inclinándose hasta que su aliento me acaricia la boca—. Sabes que solo tengo que tocarte para que olvides todas tus reglas.

Por un segundo, estoy a punto de cerrar los ojos y rendirme. Mi cuerpo grita que sí, que lo bese, que me pierda en él. Pero el recuerdo de lo que leí en el chat me golpea como un jarro de agua fría. Le aparto la mano con un gesto brusco, recuperando mi espacio.

—¿Eso mismo le dijiste a Sophia Clark? —suelto, y el nombre cae entre nosotros como una granada.

Damon se queda rígido. Su rostro, que hace un segundo era puro fuego, se transforma en una máscara de hielo. Retrocede un paso, recuperando la distancia profesional con una frialdad que me hiela la sangre. El hombre de Denver ha muerto; ahora solo queda el CEO implacable.

—No vuelvas a mencionar ese nombre —sentencia.

—¿Por qué? ¿Te duele el recordatorio o es que la seguridad se encargó de borrar también tu mala conciencia? —me cruzo de brazos, intentando que no me tiemblen—. Dicen que ayer la escoltaron fuera del edificio como si fuera basura. ¿Ese es mi futuro, Damon? ¿Un ascenso hoy y un guardia en mi espalda mañana cuando te canses de mi pelo suelto?

Él aprieta la mandíbula con tanta fuerza que se le marcan los músculos del rostro. Se sirve un whisky sin mirarme, el hielo golpeando el cristal con furia contenida.

—Las reglas de esta empresa no son negociables. Los rumores están prohibidos en mi empresa. Ella sabía lo que arriesgaba.

—Las reglas solo se aplican a las empleadas, ¿verdad? —río con amargura—. No voy a ser tu próxima baja disciplinaria. Quédate con tu proyecto y con tus cámaras. Me voy a trabajar.

Abro la puerta de golpe, ignorando el nudo que tengo en la garganta. Salgo de allí sin mirar atrás, sintiendo su mirada clavada en mi nuca y la terrible certeza de que, aunque lo odie por lo de Sophia, sigo deseando que me hubiera vuelto a atrapar contra esa puerta.

***

Paso el resto del día trabajando en modo autómata. Respondo correos y preparo informes, pero mi mente es un campo de batalla. Sophia Clark. Damon Wallace. El rastro de cenizas que él deja a su paso mientras yo intento no quemarme.

Cerca de las cinco de la tarde, mi móvil vibra sobre la mesa. El nombre en la pantalla me corta la respiración.

Denver Michael: Responde a la llamada.

Miro el texto y lo borro al instante. Un minuto después, el teléfono vuelve a cobrar vida. Su nombre parpadea, exigente, como si su sola presencia fuera una orden. Lo rechazo. Llama de nuevo. Lo rechazo otra vez, sintiendo el corazón martillear contra mis costillas.

Llega otro mensaje.

Denver Michael: Necesito hablar contigo.

Escribo la respuesta con los dedos temblando de rabia.

Yo: No hay nada de qué hablar. He cumplido con el trabajo y tienes los datos en tu mesa. Buenas tardes, señor Wallace.

Su contestación es inmediata, como si estuviera esperando con el pulgar sobre la pantalla.

Denver Michael: No es sobre el trabajo.

Siento una opresión en el pecho, una urgencia física por subir a ese despacho y exigirle que me diga que todo es mentira. Pero la razón es más fuerte hoy. *Huye, Melissa*. Huye antes de que termines siendo otra historia de terror en el chat de las chicas.

Yo: Búscate a otra chica con coleta. Ya no me interesa esa vacante.

Envío el mensaje y bloqueo el teléfono. Me sobresalto porque el teléfono vuelve a vibrar. ¡Uf!

Rachel: Melli? ¿Aún vienes a cenar con nosotras?

Me fuerzo a sonreír y guardo mis cosas a toda prisa.

Yo: Sí. Claro.

***

Son las cinco y media. Me fundo con la marea de empleados que abandonan el edificio, usándolos como escudo humano para pasar desapercibida. Liz y Rachel caminan a mi lado, charlando

sobre planes que apenas escucho. Solo quiero llegar al metro y desaparecer entre la multitud de Manhattan.

—¡Señorita Ferrell!

La voz del guardia de seguridad retumba en el vestíbulo y me clava al suelo. Me detengo en seco, sintiendo que el aire se escapa de mis pulmones.

—¿Dígame?

—He recibido instrucciones precisas: debe esperar aquí.

Mierda. No me ha dejado ni cruzar el umbral. Damon sigue ahí arriba, moviendo los hilos y vigilando cada uno de mis pasos a través de sus malditas cámaras.

—Lo siento, pero tengo una cita médica —miento, apretando el bolso contra mi costado con fuerza—. Dígale al señor Wallace que ya me he marchado.

Salgo al exterior casi al trote. Mis tacones repican contra el suelo con una urgencia que Liz y Rachel no tardan en notar.

—Melissa, ¿qué ha sido eso? —pregunta Liz, intentando seguirme el ritmo.

—Nada. Un error administrativo, supongo.

Doblamos la esquina y no puedo evitarlo. Giro la cabeza solo un segundo. Las puertas de cristal de Wallace Invest se abren de golpe y Damon irrumpe en la acera.

Nunca lo había visto así; parece un huracán contenido en un traje de mil dólares. Tiene la mandíbula tensa y una furia gélida en la mirada mientras escanea la calle como un cazador que acaba de perder su presa. Saca el teléfono del bolsillo con un movimiento brusco.

Me sobresalto porque el teléfono vuelve a vibrar dentro de mi bolso. ¡Uf! Es él. No respondo. Veo a lo lejos cómo marca de nuevo con un gesto impaciente. Otra vibración me recorre la cadera. Saco el aparato, lo apago por completo y siento una pequeña victoria cargada de pánico.

—¿Melissa? —Rachel me observa con una preocupación evidente —. ¿Seguro que estás bien?

—Sí —fuerzo una sonrisa que espero que no parezca una mueca de terror—. Todo perfecto. Vámonos de una vez. Necesito una copa

doble; el nuevo proyecto me está matando.

***

Una hora después estamos en el bar. Pizza, cerveza fría y una conversación banal que flota a mi alrededor sin que consiga atraparla. No puedo sacármelo de la cabeza. Damon. El eco de su voz asegurando que aquello no pasaría sigue ahí, pero no me dio una garantía real. No soy especial. Solo soy la versión renovada de Sophia Clark. Tarde o temprano, la seguridad también me acompañará a mí a la puerta con mis cosas en una caja de cartón.

Enciendo la pantalla solo para ver la hora y el teléfono explota con notificaciones. Siete llamadas perdidas. Cuatro mensajes.

Denver Michael: ¿Dónde estás?

Denver Michael: Melissa, responde.

Denver Michael: Necesitamos hablar.

Denver Michael: Por favor.

Esa última palabra me deja helada. ¿Damon Wallace pidiendo, por favor? Es una grieta en su armadura de acero que no me esperaba. Mis dedos tiemblan sobre el cristal mientras releo ese ruego.

¿Qué se supone que debo hacer con esto?

Rachel y Liz siguen parloteando, pero para mí el mundo se ha reducido a una pantalla de cinco pulgadas. Mi cuerpo lo reclama a gritos, pero mi instinto de supervivencia me ordena que corra en dirección opuesta.

Yo: No quiero ser tu secreto sucio. Y no quiero ser la próxima a la que despiden.

Envío el mensaje y dejo el móvil boca abajo contra la mesa, como si eso pudiera detener la tormenta. Un minuto después, la vibración me recorre el brazo. Le doy la vuelta con el corazón en la garganta.

Denver Michael: Entonces, hagamos que no seas un secreto.

Denver Michael: Hablemos. Solo hablemos.

El aire se queda atrapado en mis pulmones. Releo la frase una y otra vez, buscando el truco, la trampa o la letra pequeña.

¿Qué significa eso en su mundo de rascacielos y pactos de negocios?

—¿Melissa? —Liz agita la mano frente a mis ojos—. ¡Tierra llamando a Melissa!

Levanto la vista, desorientada, sintiendo cómo el calor sube por mi cuello.

—¿Qué? —¿Estás bien? Estás palidísima, parece que acabas de ver a un fantasma.

Miro el teléfono. Luego a mis amigas, que representan la seguridad de lo normal, de lo que no duele. Luego vuelvo a él. Solo hablemos. Mentira. Los dos sabemos que entre nosotros nunca es solo hablar.

Pero necesito saber si ese no secreto es una promesa real o simplemente otra de sus tácticas de manipulación brillante.

Yo: Está bien.

Capítulo 14. Damon

Miro el teléfono. Melissa es una fuerza de la naturaleza que me tiene fuera de control. Apoyo la espalda en el respaldo del sillón y cierro los ojos. Mi lógica ha muerto. Esto va mucho más allá del simple deseo; ella es la única pieza que no logro encajar en mi tablero. Con ella todo fue distinto desde el primer segundo en Denver.

He perdido el mando. Yo, que siempre muevo los hilos, ahora me dejo arrastrar. La he vigilado por las cámaras como un maníaco, analizando cada uno de sus movimientos, buscando en sus gestos una respuesta que no encuentro. Pensé que darle espacio y el ascenso calmaría esta sed, que mi cabeza volvería a su sitio. Qué error. Es la primera vez que una mujer me hace perder el norte y no voy a recuperar la calma hasta tenerla frente a mí.

Sophia Clark no era nada. Una idiota ambiciosa que se me insinuó en un momento de debilidad. Crucé una línea, me aproveché de la situación y me arrepentí al instante; tuve que echarla a la calle en cuanto empezó a creerse con derechos que no tenía. Pero ella no es el problema.

El problema es Gregory Sinclair. Aprieto los puños al recordar lo que pasó hace tres semanas.

Estaba en una reunión crucial con los inversores de Londres. Discutíamos la expansión en Asia, un acuerdo de millones que estaba casi cerrado bajo la tutela de Ethan. Todo iba sobre ruedas hasta que la puerta de la sala de juntas se abrió de golpe. Natalie entró con cara de pánico, pero no pudo detenerla. Gregory apareció en el umbral, impecable, envuelta en un vestido de diseñador y con esa arrogancia que solo da el dinero de cuna. Pasó por delante de mi secretaria como si fuera invisible.

—Damon, tenemos que hablar. Ahora mismo.

Los inversores se quedaron mudos. Vi sus caras: sorpresa, curiosidad y un juicio silencioso que me hizo hervir la sangre. Ethan se tensó a mi lado. Me levanté, agarré a Gregory del brazo con una fuerza que no dejaba lugar a dudas y la saqué al pasillo. Cerré la puerta tras nosotros, aislándonos del escrutinio de los socios.

—¿Qué demonios estás haciendo? —siseé entre dientes.

—¡Llevas tres días ignorando mis llamadas! —gritó ella, sin importarle quién escuchara—. ¡Prometiste ir conmigo a la gala! Mi padre ha venido de Londres exclusivamente para eso.

—No prometí nada. Tú decidiste por tu cuenta que yo iría. Vuelve a casa, Gregory. Hablaremos de esto más tarde.

Ella lanzó su bolso sobre una silla y empezó a berrear como si estuviéramos en un escenario de mal teatro. Gritó que se había mudado a Nueva York por mí, que lo había dejado todo.

—Yo no te pedí que te mudaras —dije con una frialdad que habría congelado el aire—. Tú lo decidiste sola.

Su rostro se puso rojo de furia. Sentí que el control se me escapaba de las manos por su culpa.

—¡Llevamos saliendo dos años! ¡Dos años, Damon!

—No estamos saliendo —la corté, elevando la voz lo justo para que el silencio en la sala de juntas se volviera sepulcral—. Solo follamos de vez en cuando.

La bofetada verbal la dejó paralizada. Los inversores se asomaron desde la sala, atraídos por el escándalo. Gregory me gritó que era la hija de Robert Sinclair, que podría estar con quien quisiera. Me dio igual.

—Sal de mi oficina —gruñí—. Ahora mismo. Lárgate y no vuelvas a irrumpir aquí nunca más.

Gregory se quedó en medio del pasillo, con las lágrimas arruinando su maquillaje perfecto. La humillación se reflejaba en sus ojos mientras miraba a Ethan y a Natalie.

—Te arrepentirás de esto, Damon —susurró con puro veneno—. Te lo juro.

Se dio la vuelta y se marchó. El repiqueteo de sus tacones sobre el mármol fue lo último que escuché antes del portazo del ascensor. Regresé a la sala de juntas como si no hubiera pasado nada, pero sabía que la guerra acababa de empezar. Y ahora, con Melissa en el centro de mi diana, el riesgo es mucho mayor.

***

Miro la pantalla del ordenador. Han pasado tres semanas desde la última vez que Gregory irrumpió aquí, y su silencio es la peor de las señales. El trato con los asiáticos se hundió ayer porque alguien les ofreció un uno por ciento más. Lo sé, tenemos una filtración y el olor a traición me está volviendo loco.

Activo el mando de seguridad.

—Sexta planta —ordeno.

Melissa aparece en el monitor. Lleva el pelo recogido en una coleta, tal como le exigí. Se muerde el labio inferior mientras teclea, concentrada en los datos falsos que le entregué. Verla ahí, tan ajena a la tormenta que estoy provocando, hace que mi cuerpo responda al instante. Esa mujer no es una empleada; es una obsesión que se me está escapando de las manos.

La puerta de mi despacho se abre de golpe. Apago la pantalla con un movimiento instintivo y levanto la vista, preparado para despedir a quien sea que se haya atrevido a entrar sin llamar.

Gregory está en el umbral. Otra vez.

Lleva un abrigo de diseño y los ojos inyectados en sangre. ¿Ha estado llorando? Me da igual. Su sola presencia me irrita.

—¿Quién te ha dejado entrar? —pregunto sin mover un músculo.

—Natalie —responde, cerrando la puerta tras de sí con un estruendo—. Le dije que era urgente.

—Estoy trabajando.

Ella camina hacia el mueble bar y se sirve una copa de vino con manos temblorosas.

—Siempre estás trabajando, Damon.

Me levanto, sintiendo cómo la paciencia se me agota. Cuanto más histérica se pone ella, más frío y letal me vuelvo yo. Es mi mecanismo de defensa.

—Dime a qué has venido y lárgate.

Bebe un sorbo largo, observándome con un odio que empieza a ser divertido. Tres semanas sin noticias y ahora vuelve reclamando un espacio que nunca tuvo. Se queja de la gala, de su padre, de mi falta de interés. Yo solo escucho el ruido de fondo mientras mis ojos se desvían un segundo a la pantalla; he olvidado cerrar la pestaña del monitor privado.

—Es ella, ¿verdad? Tu nueva conquista —susurra, acercándose a la mesa.

Me quedo gélido. El aire en el despacho se vuelve irrespirable.

—¿De qué hablas?

—De la chica a la que mirabas cuando entré. ¡He visto cómo apagabas la pantalla! Sé que andas con jueguecitos. Me llamó una tal Sophia Clark para advertirme de lo que eres.

—No sé de qué me hablas —miento con una calma que la enfurece aún más.

—¡No me mientas! ¡Lo sé todo!

Agarra la copa y la estampa contra la pared. El cristal estalla en mil pedazos y el vino tinto chorrea por el papel tapiz como una herida abierta. Grita sobre Londres, sobre su carrera sacrificada, sobre lo que supuestamente "tenemos". Me acerco a ella y la sujeto del brazo, apretando lo justo para que entienda que he llegado a mi límite.

—Sal de aquí. Ahora mismo.

—¡No! No me iré hasta que admitas la verdad.

—¿Qué verdad, Gregory? —rujo, perdiendo por fin los estribos—. ¡¿Que nunca hemos estado juntos?! ¿¡Que esto solo fue un acuerdo

de conveniencia?!

Se queda petrificada. Sus ojos se agrandan y toda la rabia desaparece para dar paso a una palidez mortal.

—Tu padre quería invertir. Tú querías estatus en Nueva York. Yo quería el capital de los Sinclair. Eso es todo —sentencio con una dureza que sé que la va a destruir—. Se acabó. Nuestra relación, si es que alguna vez existió, termina aquí.

—Eres un monstruo, Damon.

La puerta se abre de nuevo. Ethan está en el umbral, atraído por el estallido del cristal. Gregory lo mira a él, me mira a mí, y las lágrimas terminan de arruinar su máscara de perfección. Se da la vuelta y camina hacia la salida, tropezando con sus propios pasos.

—Te arrepentirás de esto —dice sin volverse—. Te juro que te arrepentirás.

El sonido de sus tacones se pierde en el pasillo hasta que el ascensor se la lleva. Ethan entra y cierra la puerta, observando la mancha de vino en la pared.

—¿Qué ha sido eso?

—El final —respondo, volviendo a sentarme—. Las rupturas siempre son un desastre.

Ethan se sienta en el borde de mi escritorio y me clava la mirada. Sabe leer mis silencios mejor que nadie.

—¿Sabes que habrá consecuencias? Robert Sinclair no se va a tomar esto bien. ¿Realmente vale la pena por la chica de la sexta planta?

No respondo. No hace falta. He tomado una decisión y no hay vuelta atrás. Por primera vez en mi vida, le cuento a mi hermano toda la historia. Denver. El hotel. La forma en que Melissa me mira, como si fuera el único hombre en la tierra y no el dueño de su contrato. Cuando termino, Ethan asiente, serio.

—Haz lo que te dicte el corazón, Damon. Todo lo demás terminará por destruirte de todas formas.

Se marcha y me deja solo con los cristales rotos. Vuelvo a encender el monitor. Ahí está ella. Melissa. Todavía no eres mía, pero ya me estás costando una fortuna y la guerra con los Sinclair. No me importa. Necesito verla. No importa cuánto dure este incendio, me

aseguraré de que seas lo único que quede en pie cuando todo se queme.

Tomo el teléfono. Es hora de que deje de ser un secreto.

***

Estoy de pie frente al ventanal de mi apartamento. Las luces de Central Park se extienden bajo mis pies, un recordatorio de que en esta ciudad todo tiene un precio. Menos ella. Melissa Ferrell se ha convertido en la única variable que no puedo despejar de mi ecuación.

Bebo un trago de whisky, dejando que el alcohol me raspe la garganta. Hoy ha huido de mí. Me ha arrojado el nombre de Clark a la cara con una rabia que no me esperaba. Cree que sabe quién soy, cree que conoce el final de esta historia. Pero no tiene la más remota idea.

Dejo el vaso sobre la mesa de mármol. Necesito encontrarla. Necesito que me escuche antes de que mi propia lógica termine por morir asfixiada. Si no consigo entrar en su cabeza esta noche, voy a perder el control. Y yo nunca pierdo el control.

De repente, la pantalla del teléfono se ilumina. La luz hiende la penumbra del salón. Es ella.

"Está bien".

Dos palabras. Es todo lo que necesito para volver a la carga.

Capítulo 15. Melissa

Esta mañana me he despertado con un solo pensamiento tatuado en la mente: lo deseo. No importa qué pase después, ni el fantasma de Sophia Clark, ni las advertencias de mi propio sentido común. Necesito descubrir la verdad por mí misma. Cristina tenía razón al aconsejarme: voy a dejar que se explique una sola vez antes de decidir si huyo o me quedo.

Salgo en la planta sexta. La oficina es un desierto de escritorios vacíos y luces a media intensidad. Es demasiado temprano para Nueva York, pero perfecto para lo que estoy a punto de hacer. Camino hacia mi sitio, dejo el bolso y enciendo el ordenador por pura inercia. Finjo que trabajo, pero solo miro el brillo de la pantalla mientras espero que el aire vuelva a mis pulmones.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de *Denver Michael*.

—Sé que has llegado. Te espero.

Dos frases. Suficientes para que mi mundo se incline. Me levanto, me aliso la falda y compruebo la coleta, asegurándome de que esté tan alta y tirante como él ordenó. Camino hacia el ascensor, pulso el botón de la planta superior y deslizo mi tarjeta de acceso. Las puertas se cierran y me quedo a solas con mi reflejo: rostro pálido, pupilas dilatadas y los labios entreabiertos.

Pareces asustada, Melissa. Y excitada. Como una víctima que camina por voluntad propia hacia el sacrificio.

El ascensor se detiene con un suspiro metálico. Las puertas se abren al vestíbulo de mármol. Natalie no está en su puesto; el silencio me confirma que estamos solos en la cima del mundo. Camino por el pasillo casi de puntillas, recordándome que debo comprar zapatos con suela de goma. El repiqueteo de mis tacones contra las paredes es una traición ruidosa que anuncia mi llegada.

Llego a la puerta al final del pasillo. El despacho de Damon. Me detengo y observo la madera oscura, sintiendo el peso del aire. *Aún puedes marcharte*, me digo. *Darte la vuelta, bajar y fingir que este encuentro nunca ocurrió.*

Pero no lo hago. Levanto la mano y golpeo suavemente.

—Adelante —responde su voz, cargada de una vibración que me recorre la columna como una descarga eléctrica.

Respiro hondo, abro la puerta y entro.

Damon está junto al ventanal, de espaldas a mí. Solo lleva una camisa blanca con las mangas remangadas y tiene las manos en los bolsillos mientras observa la ciudad a sus pies como si le perteneciera. Cierro la puerta tras de mí y escucho el clic del seguro.

¿Se ha cerrado automáticamente o lo he hecho yo?

No lo sé. Mi mente está nublada. Su aura llena cada rincón del despacho y mis rodillas empiezan a temblar antes de que siquiera me dirija la palabra.

Damon se da la vuelta con una lentitud tortuosa y nuestros ojos se encuentran. Me observa durante un siglo, recorriéndome de arriba abajo. Su mirada es física; la siento deslizarse por mis piernas, la falda, la blusa y el cuello, hasta detenerse en mi coleta. Sus ojos se oscurecen, devorando cualquier rastro de luz.

—Has venido —dice en un susurro cargado de una intención que me eriza la piel.

—Sí, para hablar —respondo. Mi voz me traiciona, temblando tanto como mis piernas.

Él da un paso hacia mí. Luego otro. Despacio, como un depredador que sabe que su presa no tiene a dónde ir. Se detiene a escasos centímetros y el aroma de su perfume, ese cóctel de madera

y especias que me persigue desde Denver, me golpea. Estoy bajo su hipnosis otra vez, igual que en aquel avión.

—Dejemos de jugar, Melissa —sentencia. Su voz vibra en el aire, densa—. Voy a ser sincero: te deseo tanto que duele. ¿Y tú? ¿Me deseas tú a mí?

Se pega a mí, eliminando cualquier rastro de espacio personal. Mis manos tiemblan cuando las levanto para intentar detenerlo, pero él las ignora como si fueran humo. Con dedos expertos, empieza a desabrochar el primer botón de mi blusa. Luego el segundo. El tercero. Aparta la tela con una lentitud que es pura agonía.

Encaje blanco. Mis pezones están duros, marcándose a través del tejido sin pudor alguno. Damon me observa, pero no me toca. Solo mira.

—Buena chica —susurra.

Mi cuerpo se incendia. Todo lo que ocurrió hace seis meses regresa como una ráfaga de calor. Su respiración se vuelve más pesada, rompiendo su fachada de hielo.

—Entonces... ¿de qué querías hablar? —logro articular, aunque apenas me queda aire. Suena ridículo.

—De nosotros. ¿Hiciste los deberes? —pregunta, sin apartar la vista de mi pecho.

Lo miro a los ojos, sintiéndome drogada por su cercanía.

—Sí.

—Cuéntame —ordena. Mi rostro arde bajo su escrutinio.

—Damon… ¿es de esto de lo que querías hablar?

—Cuéntamelo, por favor —me pide en un susurro, casi como un ruego hipnótico. Parece tan hechizado como yo; no quiere explicaciones, solo mi confesión.

Trago saliva, buscando una voz que me ha abandonado. No sé qué me pasa, pero quiero que escuche esto. Mi mente es una nube.

—Yo... usé el vibrador. Como me dijiste.

—¿Y?

—Y me follé a mí misma. Durante mucho tiempo. Profundo. Lento.

Sus mandíbulas se tensan hasta que los músculos parecen a punto de romperse.

—¿En qué pensabas?

—En ti.

—¿En qué exactamente?

—En tus manos. En tu lengua. En tu... —la vergüenza me amordaza.

—¿En mi polla? —termina él por mí, con una crudeza que me hace vibrar.

Asiento en silencio, incapaz de apartar la vista.

—Dilo —exige, acercándose hasta que nuestras respiraciones se mezclan.

—En tu polla —susurro. Mi aliento es un caos.

—¿Te corriste?

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Dos.

Sus ojos brillan con una chispa peligrosa, casi salvaje. En un movimiento rápido, Damon me agarra de la coleta y la enreda en su mano, tirando de mi cabeza hacia atrás para obligarme a mirarlo. Su rostro queda a milímetros del mío.

—No te atrevas a esconderte de mí —susurra, antes de lamer mis labios con una lentitud tortuosa que me hace gemir.

Mi cuerpo se derrite.

—No seas el diablo —susurro.

Él desliza la lengua por mi cuello, reclamando territorio. Su mano libre me sujeta las muñecas tras la espalda. Estoy indefensa, bajo su dominio absoluto.

—Pero soy Damon. Di que él ya no existe —me susurra al oído antes de darme un beso suave que me desarma.

¿Se refiere a Michael? ¿Al hombre del avión? Todo es distinto a como lo había imaginado. Debería resistirme. Debería empujarlo y salir corriendo hacia la seguridad de mi mesa en la sexta planta. Pero en lugar de eso, llevo conmigo el informe que preparé para Dylan, la prueba de que soy más que una distracción.

—Él ya no existe —susurro, entregándome.

Los labios de Damon se estrellan contra los míos. Su lengua invade mi boca sin esfuerzo y una tormenta de sensaciones

despierta en mi interior. Me besa como si quisiera devorarme: ávido, rudo, exigente.

Gimo contra su boca y él me presiona contra su erección, dura como el mármol de su oficina. Nuestros besos se vuelven una locura. Me suelta las manos y me estampa contra la pared. De un tirón, me sube la falda. Sus dedos se deslizan dentro de mis bragas. Estoy empapada; tanto que sus dedos resbalan sin encontrar resistencia alguna.

Damon se separa de mis labios y me clava la mirada. Sus ojos están negros, las pupilas dilatadas por el hambre. Siento que me desconecto de la realidad, como si el resto del mundo hubiera dejado de existir. Exhalo, tratando de regresar al presente mientras él retira la mano.

—Damon… —susurro mientras intento bajarme la falda con manos torpes.

Siento cómo sonríe contra mi cuello. Me aprieta más contra la pared y toma mi rostro entre sus manos. Esta vez, su beso es lento, largo, minucioso. Casi tierno.

—¿Cenamos? —pregunta en voz baja.

—Mmm… —sonrío, todavía aturdida por el torbellino.

—¿A qué hora paso a buscarte? —me regala una sonrisa que hace que mi corazón se detenga por un segundo—. Perdona —susurra, besándome de nuevo—. ¡Eres fascinante!

Sus labios bajan por mi cuello, descendiendo más y más, como si no pudieran detenerse nunca.

—Quiero follarte hasta el amanecer.

—¿Es necesario que seas tan rudo conmigo? —susurro mientras sus labios recorren mi mandíbula.

—Tú me dirás exactamente cómo te gusta más: si rudo o con ternura.

Damon sonríe y me aparta con delicadeza un mechón de la frente.

—Nuestro encuentro en el avión fue un lujo, un placer que nunca antes me había permitido. Tú no sabías quién era yo en realidad… pero fuiste tan sincera…

Nuestras miradas se funden. Nuestros labios se rozan. Deslizo mis dedos por su barba, sintiendo la textura de su piel.

—Damon Wallace, el CEO de Wallace Invest, no me interesa. Y me interesan aún menos tu dinero y tu poder.

Él me observa fijamente, procesando mis palabras como si fuera la primera vez que alguien le dice algo así. Me acerco y le doy un beso suave, casi casto.

—Dile a ese chico del avión que pase a por mí a las siete —susurro, deslizando mi lengua entre sus labios—. Me muero de ganas de volver a verlo.

Una mueca casi dolorosa cruza su rostro, un destello de algo que no sé identificar.

—Intentaré inventar algo —responde.

Capítulo 16. Melissa

Me llevo la mano al pecho, intentando aplacar los latidos desbocados. Miro el reloj de la pared: las siete menos cinco. Damon aparecerá en cualquier momento.

Camino de un lado a otro por el salón, quemando la ansiedad. Mantén la calma, Melissa. No te vayas a la cama con él esta noche. Haz lo que quieras, pero no seas una chica fácil. Me lo digo en voz alta para convencerme, pero mi propio cuerpo me traiciona. Lo deseo tanto que me duele.

Vuelvo al espejo del baño y retoco el carmín. Suelto un bufido. En el reflejo veo a una mujer desesperada, con los ojos brillantes por un hambre que me avergüenza. Si su polla no fuera tan increíble, ni siquiera pensaría en él... ¿O sí?

Suena el móvil.

—Diga —respondo, el pulso me martillea en los oídos.

—Estoy abajo —su voz profunda es un ronroneo puramente sexual que me recorre la columna.

—Bajo ahora mismo. ¡Dame un minuto!

Corro al espejo grande para una última inspección. El vestido negro se ajusta a mis curvas como una segunda piel; seda pura, espalda al aire y un largo que termina justo bajo las rodillas. Tacones de aguja, un bolso pequeño y el pelo oscuro cayendo en ondas estilo

Hollywood. Llevo un maquillaje de guerra: smokey eyes y unos labios rojos que son una invitación directa al pecado.

Me he depilado cada centímetro. Me siento impecable, como si acabara de salir de manos de mi estilista personal.

Subo al ascensor y, al salir a la calle, lo veo. Lleva una americana azul marino, camiseta blanca y vaqueros. Parece un modelo recién bajado de una valla publicitaria. Me quedo sin aliento y fuerzo una sonrisa.

—¡Hola!

Él me devuelve la sonrisa, pero sus ojos no se detienen en mi cara. Su mirada me recorre de arriba abajo, despacio, antes de atrapar mis manos.

—Estás preciosa.

—Gracias —murmuro, sintiéndome como una adolescente ante su primer amor prohibido.

Nos miramos fijamente. Ahí está de nuevo. Esa chispa invisible que electrifica el aire, borrando el ruido de la ciudad. El mundo se reduce a nosotros dos.

—¿Qué te apetece hacer? —pregunta Damon, y sus ojos se clavan en mi boca con una fijeza peligrosa.

—¿No habías mencionado algo sobre comida italiana?

Damon se inclina y me besa. No es un beso de saludo; es un reclamo profundo que me hace volar. Mis manos se enredan en su nuca, tirando de él. Nos besamos en mitad de la acera, ignorando a la gente que nos esquiva.

—Realmente me pones, Melissa Ferrell —dice contra mis labios, con la voz rota.

Sonrío, acariciando su cabello oscuro.

—¿Has cruzado media ciudad solo para tener sexo de reconciliación en plena calle? —pregunto con la inocencia más fingida del mundo.

—No —suelta una carcajada oscura—. Pero ahora que te tengo delante, es lo único que puedo procesar. Y te aseguro que no será algo rápido.

Siento cómo mi excitación despega a toda velocidad. Su miembro está rígido, presionando con fuerza contra mi vientre a través de la

tela de su pantalón. Sonrío de oreja a oreja y bajo la mirada hacia su entrepierna con descaro.

—¿Él también viene a cenar con nosotros?

Damon suelta un gruñido divertido.

—Bueno, él parece estar siempre listo para seguirte en cuanto apareces.

—Seguirme. Yo no usaría esas palabras para describir lo que intenta hacerme.

Los ojos de Damon brillan. Me toma de la mano con fuerza.

—He despedido al chófer. Ahora cogeremos un taxi e iremos al restaurante como personas normales. Aunque nada de esto me parezca normal.

Damos la vuelta a la esquina. Con un solo gesto, un taxi se detiene ante él. Ya en el asiento trasero, no puedo apartar los ojos de su perfil. Es tan perfecto, tan insultantemente seguro de sí mismo. Somos de mundos tan distintos que me pregunto qué clase de infancia forja a un hombre así.

—¿Qué significa esa mirada? —pregunta, intrigado.

Sus ojos se clavan en los míos y vuelvo a arder. No respondo.

Minutos después, entramos al restaurante. Por fuera parece un bar italiano acogedor, pero el interior es inmenso y lujoso. Penumbra, lámparas doradas y el aroma embriagador de flores frescas. Es peligrosamente romántico.

—Bienvenido, señor Wallace —el recepcionista nos guía hacia una esquina apartada.

El camarero retira mi silla con presteza.

—Gracias.

—¿Desean algún aperitivo?

—Sí. —Damon lee la carta de vinos con atención—. ¿Tinto?

—Pide lo que te parezca —respondo, dejando que él tome el mando. Me encanta cuando lo hace.

Él nos sirve agua mientras nos quedamos a solas. Nuestras miradas se cruzan, intensas.

—¡Somos de mundos tan distintos! —exclamo, casi sorprendida por estar allí con él.

Damon no dice nada. Toma mi mano sobre la mesa y la besa con una ternura que me desarma. El camarero regresa, sirve el vino y Damon lo prueba con gesto experto.

—Excelente.

El hombre llena las copas y desaparece. Damon levanta la suya. Choco mi copa suavemente contra la suya. El vino es aterciopelado, exquisito.

—Mmm... Impresionante.

—Tengo un gusto impecable —sonríe de forma pícara antes de ponerse serio—. En todo.

Le devuelvo la sonrisa. Está claro que habla de mí.

—Háblame de tu exnovio —pide, remarcando con veneno la palabra «ex».

—No hay mucho que contar.

—¿Rompiste tú con él?

—No quiero hablar de él contigo —le corto con brusquedad—. ¿Para qué quieres saberlo?

Damon bebe un sorbo mientras me observa, analizando cada uno de mis gestos. Sé que está tramando algo.

—¿Te has acordado de mí alguna vez?

—Sí —sonrío con suavidad—. ¿Y tú?

—La verdad es que sí. A todas horas.

—¿Y en qué pensabas exactamente?

Esa sonrisa lenta y cargada de una lujuria cruda vuelve a su rostro.

—¿En qué? No querrás saberlo aquí fuera.

—Sí, quiero. Cuéntamelo.

—Pensaba en que tienes el coño más sexy con el que mi polla ha tenido el placer de encontrarse.

Sus ojos bajan a mis labios. El aire entre nosotros empieza a quemar.

—Incluso ahora, cada vez que comparto el mismo espacio contigo, mi cuerpo y mi miembro declaran sus intenciones de inmediato. Es insoportable.

El tiempo se detiene. Nos devoramos con la mirada, ignorando la comida.

—Cuando te miro, solo tengo una cosa en la cabeza. No puedo evitarlo. Es instinto básico. Y cada vez es más difícil controlarlo —susurra con un tono que suena a advertencia.

Maldita sea. Mi cerebro me grita que huya, pero mi sangre hierve. Ya no quiero fingir que soy una puritana. Damon tiene lo que yo necesito y voy a conseguirlo.

Al llegar el postre, él ni siquiera mira la carta.

—Tiramisú. Dos. Y dos cafés solos, muy cortos.

—¿Te gusta tanto el dulce? —pregunto cuando el camarero se aleja.

Damon se inclina sobre la mesa. La luz dorada crea sombras peligrosas en su rostro, resaltando su mandíbula.

—Me gusta el tiramisú porque se parece a ti, Melissa. Tiramisú significa literalmente «levántame». Parece algo suave y dulce por fuera, pero cuando profundizas, te encuentras con el café cargado y el golpe del licor. Eres igual. Tienes esa superficie angelical, pero debajo escondes algo que me acelera el pulso. Eres una adicción deliciosa.

Sus palabras me hacen humedecer al instante. Lo observo beber su café. Al moverse, me fijo en un detalle que antes se me había pasado: una marca pálida cerca de su oreja. Una cicatriz fina.

Sin pensar, extiendo la mano y la acaricio con la yema del dedo. Damon se tensa de inmediato. Su mandíbula se marca bajo mi piel.

—¿Esto qué es? —susurro.

Damon me atrapa la mano y la baja hacia la mesa, pero no me suelta. Su agarre es firme, posesivo.

—Un recordatorio de que no siempre fui un chico malo, Melissa —su voz es fría, erizándome el vello de los brazos.

—¿Sigues siendo ese chico malo?

Damon esboza una sonrisa depredadora y aprieta mis dedos, dominándome.

—Solo he aprendido a ocultar mis cicatrices bajo trajes caros. Pero el instinto sigue siendo el mismo. Y mi instinto ahora mismo solo quiere sacarte de aquí.

***

Una hora después caminamos por la acera. El aire nocturno no basta para enfriar el incendio que llevo dentro.

—Mi coche está aparcado cerca.

Damon me toma de la mano y me estrecha contra él. Me besa con una fuerza casi ruda y yo le sonrío contra los labios, perdiéndome en su sabor. Su comportamiento durante la cena me ha devuelto al hombre que conocí en aquel avión. Aquel que quería despojarme de cada secreto. Siento que él experimenta lo mismo. Estamos a punto de estallar en plena calle. Nuestra atracción no es normal, es una locura febril.

No puedo contenerme más. Lo deseo tanto que me duele. Una cosa es cenar con un hombre guapo y otra muy distinta es haber pasado toda la velada imaginándome debajo de esa mesa, devorándolo. Me muero por verlo desnudo. Deseo volver a ser esa mujer salvaje de Denver. La echaba de menos.

Doblamos la esquina y veo una enorme limusina negra aparcada junto al bordillo. Me detengo en seco.

—¿Qué pasa? —Damon frunce el ceño.

—¿Ese es tu coche?

—Sí. ¿Y qué?

Lo miro en silencio. A él y a su tanque blindado. Damon pone los ojos en blanco y abre la puerta trasera.

—Sube.

Me meto dentro y en cuestión de segundos Damon está sobre mí. Me sienta en sus rodillas con el vestido subido por encima de la cintura. El panel que nos separa del conductor está cerrado; estamos completamente solos en nuestra burbuja de cuero y deseo.

Su dureza se marca bajo mi peso. Damon me agarra de las caderas, clavándome en él mientras me balancea de un lado a otro. No dejamos de besarnos, un intercambio de aliento y hambre. Sus manos expertas me sujetan la espalda, empujándome para que siga el ritmo. Sus ojos se oscurecen, volviéndose dos pozos de obsidiana

mientras sus dedos se hunden en mis bragas, tocándome con una urgencia que me hace gemir.

—¡Joder! —jadea él—. Me correría ahora mismo solo con tocar este coño caliente y maravilloso.

Empiezo a enroscarme en él con más fuerza. Damon se queda boquiabierto, incapaz de apartar la vista de mí. No sé qué me echaron en el vino, pero me comporto como una auténtica ninfómana.

Un momento después me encuentro en el suelo, entre sus piernas. Bajo la cremallera de sus vaqueros con una urgencia que hace que mis manos tiemblen. Él sisea cuando lo empujo contra el respaldo y le separo las piernas con brusquedad.

Nuestras miradas se encadenan mientras lamo su glande, viendo cómo asoman las primeras gotas de su deseo. Damon me acaricia el rostro y yo hundo su miembro en mi boca hasta la garganta. Él gruñe y maldice en susurros. Su abdomen se contrae con espasmos violentos.

—¡Maldita sea, Melissa!

Aprieto su miembro con el puño mientras Damon tiembla; está a punto de venirse. Quiero que se corra con fuerza, de forma salvaje. Mientras le doy placer, siento que nace una nueva versión de mí misma. Me gusta. Y voy a conservarla.

—¡Melissa! —ruge Damon, agarrándome del pelo para apartarme —. Ya casi hemos llegado.

Vuelvo a trepar al asiento. Damon se abrocha los vaqueros y ambos intentamos recuperar el aliento, jadeando en la penumbra. Vaya tela. Este hombre saca mi lado más animal. Damon se gira y con una sonrisa burlona empieza a arreglarme el pelo.

—Lleguemos al apartamento primero, ¿vale?

Me besa con ternura, rozando mis labios. Siento que podría desaparecer bajo el asiento de pura vergüenza por mi impulsividad, pero no me arrepiento de nada.

—Qué alegría volver a verte, Melissa Ferrell. No has cambiado nada —susurra.

Me lamo los labios, saboreándolo todavía. Sé que esto es una locura total.

—Qué alegría volver a sentir tu sabor, Damon Michael Wallace —le susurro al oído mientras le muerdo el lóbulo—. Quiero chupártela tan bien que inundes todo el coche. Fóllame como Dios manda.

—¡Basta! —ordena él—. Para ahora mismo. ¡Te has vuelto loca, Melissa!

Me aparta de un empujón justo cuando la puerta de la limusina se abre. El chófer asoma la cabeza fingiendo una indiferencia absoluta. Damon me saca del coche y me guía hacia el edificio con paso firme.

Entramos en el ascensor. El ascensorista mira al frente como si fuéramos invisibles. Mi respiración es sonora, pesada; mi vagina está empapada y pulsa con una urgencia dolorosa. Me siento como una bomba sexual a punto de estallar. Los ojos de Damon son más negros que la noche mientras clava la vista en las puertas cerradas. Joder, cómo lo quiero.

Las puertas se abren. Damon me agarra de la muñeca y me saca a rastras. Nos besamos de nuevo, con una desesperación que hace que nos choquemos contra la pared. Sin separar nuestros labios, entro de espaldas en su casa.

—¿Entramos así la última vez? —sonrío mientras él me levanta en vilo.

—Exactamente así.

Me deja en el suelo y observo a mi alrededor. El corazón me late a mil por hora.

—¿Qué ocurre? —Damon frunce el ceño.

—¿Esta es tu casa?

Sus labios bajan por mi cuello, buscando mi clavícula. Su enorme apartamento es de un estilo moderno radical, con ventanales de suelo a techo que parecen devorar el horizonte. Las luces de Nueva York centellean ante nosotros como diamantes. La iluminación es cálida, pero el lujo me abruma. El suelo es de un parqué claro y los muebles están tapizados en terciopelo y cuero, gritando poder.

—¡Deja de mirar el apartamento y mírame a mí! —Damon me sujeta la cabeza con firmeza.

—Vives en un universo paralelo al mío —respondo con la voz quebrada.

—¿Qué más da? —Me taladra con la mirada—. Yo te deseo a ti y tú me deseas a mí. ¿Qué más puede importar ahora?

Nuestros besos se vuelven más apasionados cuando Damon me estampa contra la pared. En un abrir y cerrar de ojos, la seda de mi vestido cede ante su impaciencia. Me arranca la ropa con una eficacia que me deja sin aliento. Yo le quito la americana y bajo su cremallera con los dedos temblando por la adrenalina. Él se deshace de los vaqueros y lanza la ropa a un lado.

Nos devoramos con la mirada, ambos en ropa interior, ardiendo de ganas de fundirnos en uno solo. Se siente como la mañana de Navidad, pero más oscuro y prohibido.

Damon me lleva en vilo hasta el dormitorio y me tumba en la cama. Me quita las bragas y el sujetador, devorando mi cuerpo desnudo con una mirada hambrienta. El calor que desprende este hombre podría incendiar el mundo entero.

Damon se detiene un segundo, me observa con esa sonrisa de depredador y saca un preservativo.

—Cada detalle de aquella noche se quedó grabado a fuego en mi cerebro —me lo tiende—. Pónmelo.

Mis labios rozan su piel; lo beso con ternura antes de obedecer. Mis manos apenas pueden sostenerlo mientras el deseo me nubla la vista. Termino de ponérselo y él no espera más.

Se desliza dentro de mí y siento un vuelco en el corazón. Nos miramos sin descanso, piel contra piel. Damon está dentro de mí, llenándome por completo, reclamando un territorio que siempre fue suyo. Aunque sé que esto es solo sexo, sus palabras y su mirada tienen demasiada intimidad.

Basta. Deja de comerte la cabeza.

—¿Vas a quedarte ahí mirando o vas a follarme de una vez? —le provoco para romper la intensidad, para protegerme de lo que empiezo a sentir.

Damon suelta una risotada ruda, sale casi por completo y luego embiste con tal fuerza que me saca todo el aire de los pulmones. Suelto un grito que se pierde en la habitación.

Oh, Dios mío. He despertado a la bestia.

Con las rodillas bien separadas, me golpea con embestidas cada vez más potentes, elevando mis piernas más y más. Se queda inmóvil un segundo para después atornillarse aún más profundo, buscando el límite de mi resistencia. Mi cabeza cae hacia atrás, vacía de cualquier pensamiento coherente que no sea su nombre.

—¡Oh, Dios! —aúllo cuando sus dientes rozan mi cuello—. ¡Es increíble!

Damon continúa con ese ritmo delicioso mientras su pulgar describe círculos sobre mi clítoris con una precisión quirúrgica. Me sacudo en espasmos de puro placer. Él me agarra de la cabeza y me atrae hacia sí, obligándome a ver el fuego que arde en su rostro.

—Mírame cuando te corras —me ordena con voz ronca.

Estira los brazos y apoya mis piernas sobre sus hombros. En esta posición, entra hasta el fondo, golpeando mi cuello uterino con una insistencia salvaje. Mis convulsiones aumentan con cada golpe.

—¡Fóllame, sí! —gruñe él—. ¡Más!

Echa la cabeza hacia atrás y ruge con fuerza, un sonido primario que reverbera en mis huesos. Siento cómo se estremece y se corre profundamente dentro de mí, llenándome de su calor.

Nos quedamos tumbados, empapados en sudor y con los pulmones ardiendo. Damon se inclina y me besa con una ternura que me asusta más que su agresividad previa. Mi corazón está desbocado. Miro al techo, intentando recuperar algo de oxígeno.

Maldita sea, ¿qué ha sido eso? No ha sido sexo, ha sido un apocalipsis.

Estoy perdida. Y lo peor es que no quiero que nadie me encuentre.

***

Me despierto en la penumbra. El resplandor de Nueva York se cuela por los ventanales sin filtros, hiriendo mis ojos. Es demasiado temprano para estar viva, quizá las cuatro de la mañana, pero no corrimos las cortinas antes de desplomarnos. Qué noche. Nos devoramos hasta consumirnos, sin dejar ni las cenizas.

Miro a Damon. Duerme profundamente boca arriba, con un agotamiento total que me arranca una media sonrisa. No sé qué

demonios somos fuera de estas sábanas, pero tengo una certeza: en el sexo, somos la pareja perfecta.

La pregunta me asalta en el silencio. ¿Tiene sentido esto? En la cama encajamos de una forma violenta, fundiendo la piel hasta que no sé dónde empiezo yo y dónde termina él. Es una sed que no se apacigua nunca. Si despertara ahora mismo y me pusiera una mano encima, me excitaría al instante. Es así de simple y de complicado: puro instinto.

Tengo la garganta seca. Me deslizo fuera de la cama con cuidado y me pongo su camisa. Me queda enorme y el tejido es tan suave que parece una segunda piel; huele a él. Camino hacia la cocina. Dejamos la luz del vestíbulo encendida, iluminando el rastro de nuestra urgencia: ropa esparcida, zapatos volcados. No recuerdo ni cómo llegamos al dormitorio.

Al entrar en la cocina, se me cae el alma a los pies. Esto no es una cocina, es un escenario de revista de alta gama. Regreso al salón y me quedo observando la ciudad allá abajo, sintiéndome como una intrusa en el Olimpo.

Maldito dinero. Toda mi habitación de Denver cabría en su nevera. El corazón se me encoge. Mi mundo y el suyo no solo son distintos; están en galaxias opuestas.

Empiezo a recoger las prendas para apilarlas sobre la mesa de centro, tratando de ordenar mi cabeza mientras ordeno el caos. De repente, algo brilla en el suelo. Me agacho y recojo el teléfono de Damon; debió caerse de su bolsillo cuando le arranqué los vaqueros.

La pantalla se ilumina con una notificación. El nombre del remitente me corta la respiración.

Sophia: ¿Dónde estás? ¿Tanto se ha alargado la reunión?

Siento un frío súbito que nada tiene que ver con el aire acondicionado. Clavo la mirada en el cristal. ¿Sophia? ¿La mismísima Sophia Clark?

Chloe tenía razón con los rumores. Damon la despidió montando un escándalo solo para guardar las apariencias en la empresa, pero en realidad sigue viéndose con ella por las noches. Y ella le espera.

Una reunión.

Así que eso es lo que soy para el resto de su mundo. Una simple reunión de negocios que se ha alargado más de la cuenta para mantener entretenido al jefe antes de volver a su vida real.

Capítulo 17. Damon

Me despierto con el sonido de la alarma y me estiro en la cama. Una sonrisa de satisfacción me tensa los labios; me siento extrañamente relajado, algo que no recordaba desde hacía años. Vaya noche. Qué mujer. Alargo el brazo buscando el calor de su cuerpo, pero mis dedos solo encuentran sábanas frías. El lado de Melissa está vacío. Frunzo el ceño de inmediato. Supongo que estará en el baño. Espero unos minutos, escuchando el silencio absoluto de mi ático, pero no aparece. Me levanto con un movimiento brusco.

—¿Melissa?

Entro al baño. Está vacío. Me dirijo al salón con el pulso empezando a acelerarse.

—¿Melissa?

Solo me responde el eco de mis propias palabras. ¿Dónde diablos se ha metido? Miro a mi alrededor y descubro mi ropa perfectamente doblada sobre la mesa de centro. En ese instante me doy cuenta de que sus cosas no están por ninguna parte.

—¡¿Melissa?!

Sigo llamándola mientras registro cada rincón de la casa como un animal enjaulado. Ella se ha ido. Aprieto las mandíbulas hasta que me crujen los dientes. La situación empieza a cabrearme de verdad. Tomo el teléfono y marco su número con la ira nublándome la vista.

La sangre me golpea en las sienes y el corazón me retumba en los oídos; es una descarga de adrenalina pura.

—¿Diga?

—¿Adónde demonios te has ido?

Intento que mi voz suene sarcástica, pero la rabia se filtra en cada sílaba.

—Tenía que irme —responde ella, y noto cómo tropieza con las palabras.

—¿Por qué?

—Tengo que trabajar temprano.

—¿No podías haberme despertado? ¡No me toques las narices, Melissa!

—¡No empieces con esa mierda conmigo! ¡Deja de darme órdenes! ¡Me voy cuando me da la gana!

Y cuelga. Tomo aire de forma violenta, sintiendo que los pulmones me arden. Nadie me cuelga el teléfono. Absolutamente nadie. Aprieto los dientes con una furia sorda y estrello el móvil contra el sofá. Maldita mujer, me saca de mis casillas con una facilidad pasmosa.

Voy al despacho, abro el portátil y cargo las grabaciones de las cámaras de seguridad. Me quedo esperando mientras la pantalla parpadea. Finalmente aparece la imagen de la puerta principal y empiezo a rebobinar a cámara rápida. Ahí está el momento exacto en que se marcha. Detengo la grabación con un golpe seco en la tecla.

¿Qué hora marca el vídeo?

Las cinco menos cinco de la mañana.

¿Acaso entra a trabajar a esa hora? Mentiras. Solo son mentiras. Simplemente esperó a que me quedara profundamente dormido para largarse como una ladrona. Me recuesto en la silla y la rabia crece con una fuerza aterradora, una marea negra que lo inunda todo. No sé a qué juegas conmigo, Melissa Ferrell, pero no pienso participar en tus estúpidos juegos. Si estás conmigo, estás conmigo. Y eso significa que haces lo que yo te digo, joder.

Ninguna mujer ha cruzado jamás el umbral de este dormitorio. Ni siquiera Gregory ha puesto un pie ahí dentro. Cierro la tapa del

portátil de un golpe y subo las escaleras con paso firme, cada pisada cargada de una determinación peligrosa. Muy bien, Melissa. Tú misma lo has querido.

***

Una hora después, atravieso el vestíbulo de la planta baja de mi edificio y me dirijo al coche.

—¡Buenos días, señor Wallace! —El chófer me sonríe mientras abre la puerta de la limusina.

—Buenos días —respondo, instalándome en el asiento trasero.

Hay café esperándome. Empiezo mi ritual matutino. El trayecto hasta el edificio de Wallace Invest dura cuarenta minutos, un tiempo que suelo emplear en estudiar los movimientos de la competencia. Navego por internet, entrando en las webs principales de nuestros rivales más directos. Estas páginas son patéticas; por supuesto que no van a publicar nada interesante, refunfuño para mis adentros.

De pronto, un titular me golpea como un puñetazo: NUEVA OLA DE LUJO: CAPITAL SE ADJUDICA LA LICITACIÓN PARA EL GRAN PARQUE COMERCIAL.

Me quedo petrificado. Leo el titular de nuevo. Y otra vez. La rabia empieza a subirme por el cuello.

—¡Joder!

Agarro el móvil y llamo a Ethan. La sangre me hierve.

—¿Diga? —responde Ethan al primer tono.

—Te he enviado un enlace, míralo —le ladro. Espero en silencio mientras él lo abre—. ¿Es una broma? —pregunta al fin.

—En absoluto.

—¡No puede ser! —suspira Ethan—. Estaré en tu despacho enseguida. Se supone que la subasta era mañana.

Cuelgo y el móvil empieza a vibrar de inmediato. En la pantalla brilla el nombre de Gregory. Rechazo la llamada. No estoy de humor para sus tonterías. Doy un sorbo al café y clavo la vista en la ventanilla con desprecio. Tiemblo de puro asco. Una cosa es que te engañen, pero otra muy distinta es que alguien se venda rompiendo

la ley. Eso ya es otro nivel de audacia. Sea quien sea, va a pagar muy caro por esta jugada sucia.

Media hora después, entro en la oficina y me encuentro con Ethan, que ya me está esperando. Nos sentamos alrededor de la mesa de juntas. Ethan sacude la cabeza, atónito.

—No me puedo creer toda esta mierda —suelta—. ¿Qué está pasando realmente?

Respiro hondo y nos quedamos en silencio unos segundos. El ambiente en el despacho es denso, cargado de sospechas.

—Bien, volvamos al lío —digo al fin—. Es totalmente ilegal que la licitación se celebrara ayer. Primero lo de los asiáticos, que nos ganaron por un uno por ciento con un documento que calcaba nuestras condiciones y cláusulas punto por punto... hasta la redacción era idéntica.

—¡Es que no tiene ningún sentido! —se indigna él.

—Los beneficios de la compañía están cayendo porque alguien nos lleva siempre un paso de ventaja.

Ethan niega con la cabeza, asqueado. Tamborileo con los nudillos sobre la mesa. El sonido rítmico me ayuda a pensar.

—¿Crees que alguien está operando específicamente contra nosotros? —pregunta él.

Asiento. Tenemos enemigos y competidores de sobra; podríamos sospechar de cualquier exempleado resentido. Ethan se queda pensativo, clavando la vista en el artículo.

—Entonces... ¿qué vamos a hacer?

—Por mí, los despedía a todos ahora mismo —suelto, incapaz de contenerme.

—No. Tenemos que hacer las cosas bien, sin excesos. Primero descubramos por qué el concurso fue ayer.

—Es posible. Los de IT tienen acceso a todo. Hay que volver a comprobarlos, pero necesito a alguien independiente.

En ese momento entra Graham, mi hermano mayor. Ethan le pone al corriente de la situación.

—Bueno... —suspira Graham, pensativo—. Tenéis que contratar a una firma especializada en investigación de delitos corporativos.

—¿Y qué hacen exactamente? —pregunta él.

—Es una compañía B2B; trabajan para empresas. Comprueban la legalidad de los acuerdos, investigan el robo o la filtración de información confidencial y detectan riesgos para la reputación.

—No —digo, levantándome de la mesa—. No quiero a extraños metiendo las narices en mis asuntos. ¿Y si la historia sale de Wallace Invest? Eso dañaría nuestra reputación mucho más que las pérdidas.

—Con todo el respeto, Damon, no veo otra opción —rebate Graham.

—¿Tienes alguna propuesta mejor? —me pregunta Ethan.

—No. Pero pensaré a quién podemos recurrir.

No soporto la idea de tener espías en mis pasillos, pero Graham tiene razón en que estamos perdiendo el control.

—No me gusta el plan, Damon. Esos hombres son profesionales. Lidian con esto a diario. Ni siquiera notaréis que están en el edificio —insiste Graham.

—¿Cómo funcionan?

—Suelen trabajar bajo infiltración, como si fueran empleados normales. Mientras tanto, vigilan y rastrean todo lo que ocurre.

Pongo los ojos en blanco, asqueado. Qué sarta de estupideces. ¡Esto no es un episodio de una serie de espías!

—Me escama que todos estos fracasos estén ligados a tu nombre o a tu departamento —dice Ethan lentamente—. Alguien quiere hundirte, Damon.

Miro a Ethan y me doy cuenta de que estoy acorralado. No hay otra forma de dar caza a esas ratas. Tendré que tragar saliva.

—Está bien. Hagámoslo así.

Capítulo 18. Melissa

Me abro paso entre la multitud, esquivando a los peatones. Nunca me acostumbraré a las aceras abarrotadas de Nueva York. Estoy agotada. No he pegado ojo desde que salí de casa de Damon a las cinco de la mañana.

Toda esta historia es una pesadilla. ¿Sophia? Entonces, Chloe tenía razón con los rumores. Damon despidió a Sophia Clark montando un escándalo para fingir, pero sigue viéndose con ella.

Con el corazón encogido, mi mente vuelve a él. Maldita sea. ¿Por qué siempre me sale todo del revés con los hombres que me gustan? Ojalá fuera un tipo normal, con un apartamento cutre y un trabajo corriente. Y sin mujeres enviándole mensajitos de madrugada.

Las imágenes de la noche anterior me asaltan. Nosotros haciendo el amor, besándonos durante horas. Me hundo en la melancolía. Odio que estemos tan conectados físicamente. Es solo sexo. Un sexo increíble y desvergonzado.

Me imagino a Damon teniendo ese mismo sexo con sus otras conquistas. Es ese tipo de hombre. Qué asco.

Pillo un café y camino hacia la oficina. Hoy no pensaré más en él. Y mucho menos le diré que sé lo de Sophia Clark. Está claro que hay algo entre ellos y yo no soy de las que roban novios.

Siento el sabor amargo de la traición. Puedo fingir que soy valiente, pero en el fondo estoy destrozada. Anoche fue perfecto.

Llego al edificio exhausta y me dejo caer en mi silla. Abro el chat grupal.

—¿Alguien sabe qué está pasando en la oficina? —pregunta Liz.

—¿A qué te refieres? —responde Rachel.

Estoy a punto de cerrar el chat. Debería buscar un nuevo trabajo. Pero un mensaje me detiene.

—He visto a Graham entrar diez veces en nuestro departamento hoy. Y Damon también ha estado por aquí —escribe Chloe.

—Melissa, he visto un correo con el proyecto de las diapositivas que tenías tú. ¿Sabes algo de eso? —pregunta Liz.

Me quedo helada frente a la pantalla. ¿Yo?

—No. ¿Qué pasa con eso? —respondo en el chat.

—La verdad, no lo sé. Lo he cerrado y se lo he reenviado a Damon.

—Quedemos después del trabajo y hablamos. Mark no para de mirarme mal —dice Rachel.

Todas aceptan, pero yo he perdido la calma. Estoy metida en este proyecto y Damon me mantiene a oscuras. Observo a la gente en la oficina. Todos trabajan con semblante imperturbable. ¿Quién es el traidor?

—Vuelvo en un minuto —le digo a Dylan.

El ascensor me deja en la planta ejecutiva con el corazón en la garganta. Camino como una exhalación.

—Lo siento, Melissa —Natalie se levanta de un salto para cortarme el paso—, el señor Wallace no recibe a nadie.

—Me da igual.

La esquivo y cruzo el vestíbulo de mármol directa a la boca del lobo. Abro la puerta de su despacho de par en par. Damon está tras su enorme escritorio, inmaculado, como si no hubiera pasado la noche devorándome. Levanta la vista. Sus ojos marrones se clavan en los míos con un aburrimiento que me hiela la sangre.

—¿Qué ocurre? —pregunta con frialdad.

Entro y cierro la puerta de un golpe.

—Pensé que tú me lo dirías.

—¿El qué? —su voz destila impaciencia mientras vuelve a mirar la pantalla de su portátil.

—Bueno, podrías decirme qué está pasando. Me pediste que vigilara la oficina.

—Señorita Ferrell, con todo el respeto, usted no me sirve de nada ahora mismo.

Siento que me falta el aire. ¿Señorita Ferrell? ¿Después de tener mis piernas sobre sus hombros hace unas horas?

—No tengo tiempo para sus juegos juveniles —añade sin mirarme —. Cierre la puerta al salir.

Qué cerdo. Me mete en su cama, se ve con la exempleada y luego me trata como a un trapo. La rabia me quema la garganta.

—¡Pero qué demonios te pasa!

—Ya estamos otra vez —masca Damon entre dientes, tecleando con fuerza.

—¡¿Qué?! —exploto—. ¡¿Cómo que ya estamos otra vez?!

Él deja de teclear. Apoya la barbilla en su mano y me observa como a un insecto molesto.

—¡¿Y qué pasa con lo de anoche?! ¡¿Estás saliendo con otra tía?! ¡¿Vuelves a acostarte con Sophia Clark, Damon?!

El silencio que sigue es sepulcral. Damon arquea una ceja, se levanta despacio y camina hacia la puerta. La abre y señala el pasillo.

—Sal, por favor.

—¿Qué? —pregunto, sin dar crédito—. ¿Me estás echando?

—Estoy haciendo lo necesario en el marco de una relación profesional. Y te recomiendo que tú también te comportes como tal.

Damon se planta frente a mí, impasible, convertido en una muralla de hielo.

—¿Sabes qué? —susurro con lágrimas de rabia picándome los ojos —. ¡Vete a la mierda! Fóllate a ti mismo. No me interesan tus mensajitos de madrugada con Sophia Clark.

La expresión de Damon cambia en una fracción de segundo. Sus fosas nasales se dilatan. Se acerca a mí de un salto, acorralándome contra el escritorio.

—¿Sophia? Ah, ya entiendo. No es que sea de tu incumbencia, pero ella es mi estilista.

Me quedo paralizada. El corazón me late a mil por hora contra las costillas. Lo miro con los ojos como platos.

—Tenía una cita programada, no me presenté y sus mensajes llegaron con retraso —su voz es un látigo—. Y no se apellida Clark.

Me siento como una idiota integral. El suelo debería abrirse y tragarme ahora mismo. ¿Estilista? Por supuesto. Damon es un hombre que cuida su imagen al milímetro. Claro que tiene a alguien que le elige la ropa.

Él se da la vuelta, dándome la espalda con una indiferencia que duele más que un grito.

—Es muy buena. Puedo presentártela si quieres. Aunque preferiría que nadie más lo supiera. Es algo personal.

El rubor me quema las mejillas. He montado un escándalo de celos por un malentendido patético.

—Y no te atrevas a volver a tocar mi teléfono. Jamás —sentencia con una voz gélida.

Camina de vuelta a su mesa y se sienta con la elegancia de un depredador que ha recuperado el control. Siento las lágrimas amenazando con caer, pero me niego a parpadear. No voy a llorar delante de él.

—Pensé que había surgido algo entre nosotros —susurro, derrotada.

—Yo también lo pensaba —me espeta, clavándome la mirada—. ¡Pero esta mañana lo mandaste todo a la mierda cuando huiste como una cría! Podrías habérmelo preguntado al despertar, pero preferiste la fuga.

Su acusación me golpea. Tiene razón. Huí porque tenía miedo, y ahora él ha levantado sus muros de nuevo. Vuelve a sumergirse en la pantalla, borrándome de su campo de visión como si fuera un error en una hoja de cálculo.

—¿También te acuestas con tu estilista? —la pregunta sale de mi boca antes de que pueda frenarla.

Él vuelve a buscarme con la mirada. Nuestros ojos se encuentran en un duelo silencioso. El aire vuelve a cargarse de esa electricidad

estática, pesada y sucia, que siempre nos rodea.

—No es asunto tuyo —dice, pero su voz ha cambiado. Es más suave, casi ronca—. Ahora, vete a trabajar; yo también tengo que hacerlo.

Me doy la vuelta, temblando, y pongo la mano en el pomo de la puerta.

—Melissa.

Me detengo.

—Si quieres, podemos hablar por la noche.

Pronuncia las palabras con una calma peligrosa que me deja totalmente descolocada. ¿Quiere hablar? ¿Después de esto?

Salgo del despacho intentando que mis piernas no fallen, con el sabor de su rechazo y su oscura invitación mezclándose en mi boca.

Capítulo 19. Melissa

Salgo del despacho como si me persiguiera el diablo. Ignoro los ascensores y me refugio en el baño de mujeres, irrumpiendo en el primer cubículo libre. Cierro el pestillo con manos temblorosas y me cubro la cara.

La vergüenza me desborda, ácida y caliente. Acabo de perder el control por completo. Me he comportado como una estúpida celosa frente al hombre que, hace unas horas, me tenía en su cama.

Maldita idiota integral.

El corazón me retumba con tanta fuerza que temo que se oiga fuera. Estoy furiosa, incapaz de pensar con claridad. Sus palabras se repiten en bucle, taladrándome el cerebro: *«Esta mañana lo mandaste todo a la mierda cuando huiste como una cría»*.

Maldita sea. Tiene razón. Y eso es lo que más duele.

Las lágrimas de rabia brotan sin permiso. Me las limpio con las palmas de las manos, agresiva, pero siguen cayendo. Deja de llorar, niña tonta. No solo estoy disgustada, estoy furiosa. Merezco un trato mejor. Merezco algo más que ser una "reunión que se ha alargado".

Me obligo a respirar. Cuanto más tiempo pase encerrada aquí, más patética me sentiré. Salgo del cubículo y voy al lavabo. Me echo agua fría en la cara, intentando borrar el rastro del llanto y del

desastre. Me miro al espejo: ojeras, labios hinchados y una dignidad hecha trizas.

Estoy bien. Estoy perfectamente. Damon Wallace no tiene ninguna influencia sobre mí. Quería otra noche loca y ya la he tenido. Fin de la historia.

Abro la puerta del baño y salgo al pasillo con la cabeza baja, preparada para huir. Pero el destino tiene otros planes. Casi choco con alguien al doblar la esquina.

Ethan.

Su rostro amable se desencaja en cuanto me ve. Sus ojos recorren mi cara húmeda y mi postura defensiva.

—¿Melissa? —Ethan frunce el ceño, alarmado—. ¿Estás bien? Tienes mala cara.

—Sí, claro, estoy bien —miento, intentando pasar junto a él como una bala—. Solo es cansancio.

—Melissa, espera...

—Tengo prisa, Ethan.

Lo dejo atrás sin mirar atrás, frotándome el puente de la nariz para contener un sollozo nuevo. Cierro los ojos un segundo mientras camino. Ojalá este maldito día termine pronto.

***

Damon me llamó. Una, dos, cinco veces. No contesté. Solo le envié un mensaje escueto diciendo que, si el asunto era laboral, usara los canales oficiales. Tengo que seguir adelante; estoy segura de que dentro de un año me reiré de toda esta historia absurda. O eso espero.

La semana pasa entre una calma tensa y el miedo a que me despidan. Pero Damon no aparece. Mis pensamientos regresan a él y a nuestra noche en bucle, claro, pero intento contenerme. *Solo es trabajo, Melissa. No te hagas películas.*

Por eso, el sábado por la noche decido que necesito un exorcismo en forma de alcohol y baile.

Estamos toda la pandilla haciendo cola en el Sky Bar. Chloe, Liz y yo. Es casi medianoche y la ciudad vibra.

—¿Por qué estamos haciendo cola otra vez? —protesto—. ¿Qué tenía de malo el último bar?

—Todo —responde Chloe con la seguridad de una generala de la noche—. El ambiente de verdad no empieza hasta pasadas las once, y este sitio es la cima de la cadena alimenticia.

El portero retira la cinta de terciopelo rojo y nos deja pasar. Al entrar, el aire se me escapa de los pulmones. El bar está en la planta quince, con un balcón que ofrece una vista obscena de Nueva York iluminada. La ciudad está a mis pies, brillando como un mar de diamantes eléctricos.

Las chicas tenían razón: esto es otra liga. Aquí huele a dinero antiguo y perfumes caros.

Me reviso en el reflejo de un cristal. Llevo el pelo suelto en ondas oscuras y un vestido color crema nuevo que me costó medio sueldo. Se ajusta a mí como una segunda piel, con manga larga y un escote generoso que grita «mírame y sufre». Quería sentirme guapa. Quería olvidar el desprecio de Damon.

Y funciona. Nunca en mi vida había sentido tantas miradas clavadas en mi nuca. Es asombroso lo que un vestido ceñido puede hacer por la autoestima.

—Esto es una locura —les grito a las chicas sobre la música.

—¡A que sí! —responde Chloe—. ¡El ganado aquí es de primera calidad!

—E impresionantemente rico —añade Liz con un guiño.

—¡Al cuerno el dinero! —suelto, dando un trago largo a mi copa para borrar la imagen del ático de Damon.

—A nosotras no nos da igual —replican al unísono.

—Mira, Mel —dice Chloe—, si vas a salir con un tío, más vale que tenga patrimonio. Paso de salir con muertos de hambre. Yo ya soy pobre, ¡y los opuestos se atraen!

Suelto una carcajada real. Esta ligereza es justo lo que necesitaba.

—Veamos, ¿qué tenemos por aquí? —Chloe escanea el local con visión de rayos X—. Este lugar es un nido de tiburones.

Frunzo el ceño y observo. Trajes a medida, relojes que cuestan más que mi educación... Sí, hay poder aquí. Pero ninguno tiene ese

aura de peligro oscuro que me hacía arder la sangre con Damon. Comparados con él, estos hombres parecen inofensivos.

De repente, alguien se abre paso entre la multitud y me planta las manos en las caderas con una confianza que no le pertenece. Me giro esperando a un desconocido, pero me quedo de piedra.

—¿Grock?

Está frente a mí. Sin afeitar, con unos vaqueros gastados y una chaqueta que desentona violentamente con el entorno. Parece que acaba de bajarse de un autobús de larga distancia. ¿Cómo demonios ha pasado el filtro del portero?

—Vamos a bailar.

—Grock, yo no...

Pero ya me está arrastrando a la pista. Miro a Chloe con ojos de espanto; ella nos observa boquiabierta, sin entender qué hace este tipo aquí.

—¿Qué haces aquí? —repito cuando nos detenemos, rodeados de gente impecable.

—Trabajar. Hablemos.

—Grock, cortamos. ¿Te acuerdas? Y tú odias esta ciudad.

—Sí, tienes razón. Odio esta ciudad —escupe, mirando a su alrededor con asco—. Demasiado ruido y demasiados idiotas. Pero por ti...

Me tenso. Su voz me resulta plana, monótona, comparada con la gravedad de la voz de Damon. No quiero que me toque. Sus manos en mi cintura, que antes me parecían dulces, ahora se sienten invasivas, pegajosas. Me dan ganas de ducharme.

—Melissa, vuelve conmigo. Por favor.

Le quito las manos de mi cintura y las empujo hacia arriba, poniendo distancia.

—No, Grock. Es imposible —sentencio.

—Aún te quiero.

Niego con la cabeza.

—No me quieres. Quieres la comodidad de lo que teníamos, pero yo ya no soy esa chica.

—Grock, no sigas. Ya hemos hablado de esto.

Se inclina hacia mi oído, invadiendo mi espacio personal, y susurra con una urgencia que me revuelve el estómago:

—Quiero recuperarte.

Capítulo 20. Damon

Mmm, nada mal —murmura Eric, siguiendo con la mirada a una pelirroja de vestido negro que pasa por nuestro lado. Tiene un culo perfecto y lo sabe.

Ella camina hacia la barra. Por pura inercia, levanto la vista de mi copa.

—Del montón —sentencio, aburrido.

—¿Del montón? —Eric se ríe, escandalizado—. Tienes el radar estropeado, hermano.

—No para mí.

Aprieto el vaso y recorro el club abarrotado con un suspiro de tedio absoluto. Últimamente, nada me impresiona. Bueno, a excepción de esa pequeña espía que se dedica a hurgar en teléfonos ajenos.

Esa cría desobediente.

Esta semana está castigada: le he retirado toda mi atención, esperando que viniera arrastrándose a pedir perdón. Pero no lo ha hecho. Sigue con su vida como si nada, como si esas dos noches de locura no hubieran significado nada.

Zorra.

Me quema la sangre pensar que pueda ser así de fría con cualquiera. Exhalo con fuerza. Es jodidamente difícil ignorarla.

Debería mantener la distancia, pero en cuanto la veo, mi cerebro se apaga y solo quiero agarrarla del pelo y recordarle a quién pertenece.

Eric no aparta la vista de la pelirroja.

—Me voy —anuncia, lamiéndose los labios—. Deséame suerte.

Se aleja hacia la barra. Ethan se acerca a ocupar su lugar, observando el panorama con una sonrisa tranquila. Él solo está aquí de acompañante; en casa lo espera la incomparable Valeria.

Doy un trago largo a mi bebida, buscando algo que me quite este mal humor.

—¡Eh! —Ethan me da un codazo—. Mira a las tres.

—¿Quién? —respondo sin interés.

—Vestido crema, pelo suelto. Está espectacular.

Frunzo el ceño y miro en la dirección que señala, perezoso.

El mundo se detiene.

Melissa.

—Vaya, vaya… —Esbozo una sonrisa lenta, depredadora—. Parece que la noche acaba de arreglarse.

—Solo no os matéis el uno al otro —Ethan se ríe—. Voy a pedir otra ronda.

Melissa está con dos amigas. Lleva un vestido crema tan ceñido que es prácticamente ilegal, de manga larga y con un escote profundo que ofrece una vista privilegiada de esas curvas que me sé de memoria. Se ríe, echando la cabeza hacia atrás, y mi cuerpo reacciona con una violencia dolorosa. Mi polla se endurece al instante, golpeando la tela del pantalón.

Está jodidamente buena.

Nunca había reaccionado de forma tan visceral ante nadie. Debería alejarme de ella. Es mi empleada, es un problema y es tan explosiva como la nitroglicerina. Pero qué demonios. Esa chica es capaz de sacarme de mis casillas y de ponerme duro al mismo tiempo.

Empieza una nueva canción. Melissa se mueve en el sitio, balanceando las caderas con un ritmo lento y sensual. Me quedo hipnotizado. Ahora mismo parece una diosa pagana, ajena al caos que provoca.

—Un New York Sour —Ethan vuelve y me tiende el vaso.

—Gracias.

—Sabes, en algunos países, la forma en la que la miras te costaría la cárcel.

No aparto los ojos de ella; me la imagino moviéndose así encima de mí y exhalo con brusquedad.

—¿Alguna vez te has sentido tan atraído por alguien que has perdido la capacidad de pensar con claridad? —pregunto sin mirarlo.

—Joder, sí. Conozco esa sensación —responde Eric, que acaba de volver (con las manos vacías, al parecer) y se une a la contemplación—. Aunque con ese culo, me lo puedo imaginar perfectamente…

Mi cabeza gira hacia él tan rápido que casi me cruje el cuello.

—¡Deja de mirarle el culo si quieres conservar los dientes! —le corto con una agresividad que me sorprende incluso a mí.

Eric levanta las manos en señal de paz, pero sonríe.

—Vaya, ya has marcado el territorio. Entendido.

—Es intocable —sentencio con frialdad—. Acércate a ella y eres hombre muerto.

Él se echa a reír, pero mi atención vuelve a ella. Y entonces lo veo.

Un tipo mal afeitado, con vaqueros gastados y una sudadera que parece sacada de un contenedor, se abre paso hacia ella. ¿Cómo demonios ha entrado ese indigente en el Sky Bar?

—Oh, cuidado —se burla Ethan—. Han aparecido competidores.

La inquietud se convierte en ira pura en mi pecho. El tipo le pone las manos en las caderas con una confianza asquerosa. Aprieto las mandíbulas hasta que me duelen. Él le susurra algo y el rostro de Melissa cambia: la sonrisa se borra, reemplazada por sorpresa y... ¿miedo?

Luego, el tipo tira de ella hacia la pista.

¿Qué demonios es esto?

Dejo el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

—Sujétame la copa —le digo a Ethan.

—Esto se pone interesante —le oigo decir a mi espalda mientras avanzo hacia ellos.

Ella intenta apartarlo, niega con la cabeza, pero él no la suelta. La rodea por la cintura con una familiaridad asquerosa que hace que

me hierva la sangre.

Quítale las manos de encima, imbécil.

La vista se me nubla en rojo. La rabia se apodera de cada uno de mis músculos, tensándome como un arco a punto de disparar. Veo cómo Melissa le empuja las manos, incómoda, pero el tipo insiste, pegándose a ella.

Eso es todo. Se acabó.

—Parece que alguien va a mear en tu territorio —se mofa Eric a mi lado.

—Cierra la boca —gruño sin dejar de mirar a mi presa.

El tipo se inclina y le susurra algo al oído. El rostro de Melissa se tensa; es evidente que no quiere estar ahí. Algo hace clic dentro de mi cerebro. La poca paciencia que me quedaba se evapora y, un segundo después, ya estoy cruzando la pista como un misil teledirigido.

Llego hasta ellos y me planto en medio, emanando violencia.

—¡Suéltala! —le rujo.

Melissa se gira de golpe, pálida, con la respiración entrecortada.

—D-Damon —tartamudea.

La agarro por la cintura con una posesividad que no admite réplicas y la arranco de los brazos de ese desgraciado, pegando su espalda contra mi pecho. Es mía. Que lo vea todo el mundo.

—Ella está conmigo —le informo con una voz que podría cortar el acero.

El desconocido me mira con asombro, escaneando mi traje a medida y mi actitud agresiva. Retrocede un paso, intimidado, pero intenta mantener la dignidad.

—¿Y tú quién eres?

—Su novio —miento sin pestañear—. Ahora, piérdete antes de que pierda los modales.

Melissa se queda rígida en mis brazos, pero no me contradice. Siento la vibración de su cuerpo contra el mío, una mezcla deliciosa de miedo y alivio. El tipo la mira a ella, buscando una señal de auxilio que no llega.

—¿Melissa?

Ella guarda silencio, mirándome con los ojos muy abiertos, perdida en mi escrutinio.

—¿Estás sordo? —doy un paso hacia él, invadiendo su espacio—. He dicho que te largues.

El tipo nos mira un segundo más, evalúa sus opciones y se da cuenta de que va a perder. Da media vuelta y desaparece entre la multitud como la rata que es.

Atraigo a Melissa más cerca, eliminando cualquier distancia. La música retumba en las paredes, las luces giran, pero para mí el mundo se ha reducido a este pequeño espacio y a su olor.

—¿Quién coño era ese? —pregunto en voz baja, clavando mis ojos en los suyos.

—Grock —susurra ella—. Mi ex.

¿Grock? Joder, con ese nombre no me extraña que sea su ex.

—¿Qué hace aquí?

—Quería que volviera con él.

Aprieto más su cintura, marcando mi propiedad. La bestia celosa que me ha estado royendo las entrañas toda la semana se relaja un poco al saber que ella lo ha rechazado. Me inclino y rozo su oreja con los labios, inhalando su perfume. Es mi droga.

—Recuerda: eres mía, Melissa. Solo mía.

Ella se estremece bajo mi toque y suelta un jadeo roto.

—Damon…

—Baila conmigo —le ordeno, sin dejar que termine.

No espero respuesta. La guío al ritmo de la melodía lenta que acaba de empezar. Su cuerpo se mueve pegado al mío con una lentitud pecaminosa. La sujeto con firmeza, sintiendo cada movimiento de sus caderas, cada roce. Mi miembro se endurece de inmediato, doloroso y urgente, y sé que ella lo nota por la forma en que sus pupilas se dilatan.

Sus manos rodean mi cuello, enredándose en mi cabello. Estamos tan cerca que compartimos el mismo aire.

—¿No podías dejarme en paz? —susurra ella contra mi cuello, aunque no se aparta.

—No —respondo con sinceridad brutal—. No podía.

—¿Por qué?

—Porque te deseo. Cada maldito segundo de cada maldito día. No he podido pensar en otra cosa desde que te fuiste de mi apartamento.

Su respiración se acelera, golpeando mi piel.

—Me trataste como a una mierda en la oficina.

—Lo sé —admito, bajando la voz—. Me comporté como un imbécil porque estaba celoso. Verte huir me volvió loco.

—Debería mandarte al carajo ahora mismo —dice ella, aunque sus dedos se aprietan más en mi nuca, traicionándola.

—Deberías —deslizo mi mano hacia la curva de su trasero, apretando la carne suave a través del vestido—. Pero no lo harás.

—¿Cómo lo sabes, Wallace?

Me inclino más, rozando su lóbulo con los dientes, provocándole un escalofrío que siento recorrer toda su columna.

—Porque me deseas tanto como yo a ti. Y no te atrevas a negarlo. Puedo sentirlo en tu piel, puedo olerlo.

Ella cierra los ojos y apoya la frente contra mi hombro, derrotada por la química que nos consume.

—Damon… estoy con mis amigas, todos van a vernos. Esto es una locura.

—Vámonos de aquí —le susurro al oído, con una urgencia que ya no puedo ni quiero ocultar—. Ahora mismo.

Abre los ojos y me mira fijamente, buscando una excusa para decir que no. No la encuentra. Asiente despacio.

La tomo de la mano y la arrastro entre la multitud hacia la salida, abriéndome paso con autoridad. Veo a Ethan levantando su copa con una mueca burlona desde la barra, pero lo ignoro. Solo importa una cosa: sacar a Melissa de aquí. Llevarla a mi cama. Terminar lo que empezamos.

En cuanto cruzamos el umbral hacia el pasillo exterior, lejos de las miradas curiosas, no aguanto más. La estampo contra la pared y nos besamos como si nos fuera la vida en ello, con una desesperación salvaje que amenaza con destruirnos a ambos.

Capítulo 21. Melissa

Tiene toda la razón. Lo necesito de una forma casi dolorosa.

El beso se vuelve temerario. Hundo mis manos en su cabello sin importarme quién nos mire. Sé que es una locura, pero lo quiero por completo. No es solo el sexo; es esta gravedad que me arrastra hacia su centro, una fuerza que no puedo combatir.

—Te necesito —susurra contra mis labios antes de trazar un camino de fuego por mi cuello.

Me falta el aire. Dios, me toca de una forma que me deshace por dentro.

—Damon —jadeo.

—Vámonos. Ahora —responde él, apretándome contra la pared de tal forma que puedo sentir el pulso de su erección contra mi vientre.

Me separo un poco, buscando sus ojos con determinación.

—Vamos a mi casa. No me siento cómoda en la tuya. Además, quiero que veas mi mundo.

Damon aprieta las mandíbulas. Sé que odia perder el control de la situación, salir de su fortaleza, pero al final asiente.

—Está bien. Tu casa.

Le hago una seña rápida a Chloe desde lejos. Ella me guiña un ojo; mañana tendré que dar muchas explicaciones, pero ahora me da igual. Damon me toma de la mano y caminamos hacia el

ascensor. Me lanza una mirada que promete problemas y placer a partes iguales. Sonrío; la atracción entre nosotros roza la demencia. Las puertas se cierran y el corazón me late con tal fuerza que temo que pueda oírlo. Me pongo terriblemente nerviosa con él, como si fuera la primera vez.

Cálmate, Melissa... solo cálmate.

Me da un beso tierno, muy distinto a los habituales. Es un beso cargado de una dulzura inesperada que me remueve algo en el pecho.

Salimos a la calle y paramos un taxi. Durante el trayecto se pega a mí, entrelazando sus dedos con los míos. Su pulgar acaricia mi dorso, posesivo. Diez minutos después, el taxi frena frente a mi edificio de ladrillo visto.

—Hemos llegado.

Entramos en el portal cogidos de la mano. Damon mira a su alrededor con el ceño fruncido, escaneando el vestíbulo vacío.

—¿Y el portero? —pregunta con desconfianza.

—Aquí no hay portero, Damon.

—¿El edificio no tiene seguridad? —se detiene en seco, genuinamente sorprendido.

—Bueno, tiene una puerta con llave. Y mira —señalo una cámara vieja en la esquina—, hay cámaras. Nadie entra sin permiso.

Él arruga la frente, procesando mi respuesta como si le estuviera hablando en un idioma alienal.

—Cualquier idiota podría entrar aquí fácilmente.

—Como has hecho tú esta noche —me burlo, tirando de su mano hacia el ascensor.

—Exacto. Y yo soy peligroso.

Suelta un gruñido divertido y me rodea con sus brazos, pegándome a su pecho mientras subimos. Mi corazón es un tambor. Normalmente la pasión nos ciega tanto que ni recordamos cómo entramos. Esta vez es diferente. Hay una anticipación eléctrica, más lenta.

Abro la puerta de mi apartamento y lo invito a pasar. Contengo el aliento mientras él observa el lugar. Mi piso es diminuto; literalmente, cabría entero dentro de su vestidor.

—Es... acogedor —suelta al fin.

—No sabes mentir —me río, cerrando la puerta.

Damon esboza una mueca y me abraza por la cintura, atrayéndome hacia él en medio de mi pequeño salón.

—Contigo estoy bien en cualquier parte.

Nuestras miradas se cruzan y el aire se vuelve denso. De repente, mi estómago ruge, rompiendo el momento romántico. Me tapo la cara con las manos.

—Tengo hambre —admito—. ¿Pedimos algo por Uber Eats?

Damon me mira como si acabara de sugerir que bebamos lejía.

—¿Qué? —pregunta horrorizado—. No usarás eso normalmente, ¿verdad?

—Pues sí, todo el tiempo —me encojo de hombros—. Es barato y rápido.

—¿En serio? ¿Dejas que unos desconocidos toquen tu comida así como así?

—¿Y por qué no? Es su trabajo, Damon.

—Imagina esto: ven que el pedido es para una sola mujer. Podrían echarte algo en la comida. Somníferos, por ejemplo. Esperan media hora para asegurarse de que estás inconsciente, entran en tu casa usando la llave que le robaron al casero y se aprovechan de ti. ¡Bum! El crimen perfecto.

Me quedo boquiabierta. Qué mente tan retorcida tiene.

—Es una posibilidad real —me informa mientras camina por el piso, inspeccionando el cierre de las ventanas como un guardaespaldas paranoico—. Si yo fuera un criminal y vivieras en un sitio sin seguridad como este, actuaría exactamente así.

—¿Qué clase de pensamientos son esos? ¿Intentas impresionarme o asustarme para que me mude a una fortaleza?

Damon se gira hacia mí. Su expresión de alerta se suaviza de golpe, reemplazada por esa oscuridad sensual que tanto me gusta.

—Impresionarte... para empezar. Quiero que sepas que pienso en tu seguridad.

Suelto una risita y él me envuelve en sus brazos de nuevo, atrapándome en su calor. Me siento segura.

—Vale —asiento, apoyando la cabeza en su pecho—. Me has impresionado. Pero ahora dime la verdad. ¿Por qué has estado enfadado conmigo toda la semana?

Enredo mis dedos en su pelo oscuro, esperando una excusa laboral. Damon me agarra la barbilla y me obliga a mirarlo.

—Porque me llevas la contraria —susurra sobre mis labios—. Y no me gusta que me desobedezcas.

Se pega a mis labios, recorriéndolos con la punta de la lengua mientras acuna mi rostro con sus manos. El beso se vuelve profundo, sucio. Me muero de ganas de ver a Damon sin ropa en mi propia cama, de manchar mis sábanas baratas con su olor.

Le quito la camiseta por la cabeza y bajo la cremallera de sus vaqueros con urgencia. Él no deja de besarme, como si quisiera devorar mi alma a través de mi boca. Ante mis ojos aparece ese pecho ancho, el abdomen de acero y esa dureza magnífica que parece no conocer el descanso.

¿Alguna vez baja la guardia? La verdad es que nunca lo he visto flácido.

—Quiero que te tumbes en mi cama —le susurro, recorriendo con la mirada su cuerpo desnudo.

—Las mejores palabras que me has dicho en mucho tiempo.

Con una sonrisa lobuna me toma de la mano y me guía por el pasillo hasta el dormitorio. Allí, con un movimiento rápido, desabrocha mi vestido crema y lo desliza lentamente hacia el suelo. Salgo del círculo de tela que queda a mis pies, desnuda ante él. Damon me devora con una mirada cargada de un hambre animal que me hace temblar las rodillas.

—Estás jodidamente preciosa, Melissa.

Me tumba en la cama y se coloca entre mis piernas. Sin quitarme los ojos de encima, se acaricia a sí mismo con una lentitud que es pura tortura psicológica. Me retuerzo, incapaz de quedarme quieta.

—Damon, por favor...

Se inclina y atrapa mi pezón entre sus labios. Me arqueo sobre el colchón, perdiendo el control. Sus dedos bajan y rozan mi centro; al sentir lo empapada que estoy, suelta un gruñido de aprobación masculina que vibra en mi pecho.

—Estás lista para mí.

Se desliza hacia abajo, besando el valle entre mis pechos, mi ombligo, la cara interna de mis muslos. Apoyo las manos en su nuca, enredando mis dedos en su pelo oscuro. Damon me abre las piernas aún más y recorre mis pliegues con la lengua, con una precisión letal.

Echo la cabeza hacia atrás, clavando los talones en el colchón.

—¡Joder! —se me escapa en un susurro quebrado.

Me lame primero con lentitud, saboreándome, y después se entrega con avidez. Su barba me roza la piel sensible, creando un contraste eléctrico que me hace ver estrellas. Me levanta las piernas y las apoya sobre sus hombros, dejándome totalmente expuesta a su boca.

—Maldita sea... —jadeo, tirando de su cabello.

—Quiero saborearte —anuncia él con esa voz ronca que me pone de rodillas—. Quiero que sepas a quién perteneces.

Vuelve a atacar mi clítoris, devorándome como si fuera su última cena. Me aferro a sus hombros, ciega de placer. Justo cuando estoy a punto de caer por el precipicio, se aparta.

Suelto un gemido de protesta, pero él ya está sacando un preservativo de su pantalón tirado en el suelo. Me lo tiende. Con las manos temblando, deslizo el látex sobre su firmeza y deposito un beso en la punta.

—Ahora —le ordeno.

Sin romper el contacto visual, Damon entra en mí de una sola embestida. Es firme, profunda, una invasión necesaria que me llena por completo. Enredo mis piernas alrededor de su cintura y jadeamos al unísono, sosteniéndonos la mirada en un duelo de deseo absoluto.

—Increíble —susurra con los dientes apretados.

Sale casi por completo y vuelve a hundirse lentamente, estirando el placer hasta que me obligo a arañarle la espalda. Damon Wallace folla con una intensidad que asusta. Se puede negar una conexión emocional todo lo que uno quiera, pero esta química física es un incendio imposible de apagar.

Me embiste una y otra vez. El ritmo se acelera. Se lanza hacia delante y hacia atrás, penetrándome con una profundidad que hace que la cabecera de mi cama golpee contra la pared con cada impacto. Pum, pum, pum. El sonido rítmico se acompasa con mis latidos desbocados.

—Mírame —jadea él, agarrándome la cara—. Mírame mientras te corres.

Damon me sube una pierna todavía más arriba y yo, incapaz de contenerme ni un segundo más, estallo. Mi cuerpo se sacude en espasmos violentos mientras el placer me desborda. Él suelta un rugido gutural y se corre al mismo tiempo que yo, hundiéndose hasta el fondo una última vez, marcándome por dentro.

Nos quedamos aferrados el uno al otro, sudorosos, intentando recuperar el aliento en la penumbra de mi pequeño dormitorio. El silencio solo lo rompe nuestra respiración agitada.

Envuelta en la euforia, presiono mi rostro contra su mejilla con una sonrisa involuntaria. Damon Wallace es mi droga. Y yo soy una adicta sin remedio.

***

Al despertar, siento la respiración ligera de Damon a mi lado. Duerme profundamente, estirado de espaldas, ocupando casi toda mi cama. Me giro hacia él con una sonrisa tonta. Hemos pasado una noche increíble.

Apoyada en un codo, observo al hombre que duerme. Sus labios están entreabiertos, las pestañas largas descansan sobre sus pómulos y un mechón de cabello oscuro le cae por la frente. Es innegable: Damon es perfecto físicamente. Anoche, en la oscuridad, llegué a pensar que tal vez también tuviera algo bueno por dentro.

Basta. Frena, Melissa. Te estás encariñando demasiado. Y Damon Wallace no es el tipo de hombre con el que una deba encariñarse. Es peligroso para la salud mental.

Finalmente, respira hondo y abre los ojos despacio, enfocándome.

—Hola, preciosa —susurra con esa voz ronca de recién levantado que me hace vibrar. Toma mi rostro entre sus manos grandes.

Sonrío y me inclino para besarlo.

—Buenos días, Damon.

—¿Qué planes hay para hoy? —pregunta contra mi boca.

—Ninguno. Solo pereza.

Él frunce el ceño, se frota el puente de la nariz y se incorpora de golpe, rompiendo el momento.

—Llamaré al chófer. Iremos a mi casa a desayunar en condiciones. Tengo hambre y necesito espacio.

La sonrisa se me congela. Me incorporo y lo miro desde arriba.

—¿Por qué no aquí? Yo también puedo preparar el desayuno. Tengo café y...

—En mi casa me siento más cómodo —me corta, buscando su ropa con la mirada—. Pasaremos el día allí. Además, este sitio no me gusta. Es inseguro.

—Pues a mí me resulta muy cómodo, Damon —respondo, sintiendo el primer pinchazo de irritación. Es mi casa, maldita sea—. Significa que estoy harta de que impongas tu voluntad. ¿Es obligatorio discutir por absolutamente todo? ¿No puedes simplemente relajarte y comer una tostada aquí?

—No estoy discutiendo, solo aclaro que hoy quiero quedarme en mi territorio. Puede que esto sea acogedor, pero a mí no me impresiona —dice mientras se pone la ropa interior—. Prefiero mi seguridad. Y mi café.

Lo miro, incrédula. Su arrogancia acaba de llenar la habitación.

—Por cierto —continúa él—, no discuto por todo. Eres tú la que siempre está a la defensiva.

—Simplemente me cabrea tu actitud —le espeto—. Y me cabrea que tu estilista te envíe mensajes a mitad de la noche y tú actúes como si nada.

—Ya empezamos... —Damon pone los ojos en blanco y suspira con fastidio—. ¿Podrías parar? Acabamos de despertar.

—¿Parar yo? —Salgo de la cama de un salto y me pongo el camisón, furiosa—. Estaba aquí tumbada pensando en lo magnífico que eres, y en cuanto has abierto la boca, lo has estropeado todo. ¡Eres un snob!

—Totalmente de acuerdo —gruñe él, poniéndose los vaqueros—. Y deja de hablar de Sophia. No tenemos una relación.

Me quedo helada. ¿Qué demonios quiere decir con esa frase tan ambigua?

—¿Qué significa eso de que no hay relación? ¿Os acostáis o no?

Él me ignora, abrochándose el cinturón con calma exasperante.

—¡Damon! —grito.

Me planto delante de él, manos en las caderas. Él me mira con esa expresión de superioridad que odio.

—A veces —suelta con una media sonrisa provocadora.

Siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—¿Duermes con ella? —jadeo, dolida.

—No. La semana pasada no pasó nada —responde encogiéndose de hombros.

Me doy cuenta de que está fanfarroneando; lo veo en sus ojos. Lo dice solo para hacerme daño, para mantener el control.

—¿Y solo te hace tratamientos?

—Sí. Deja de buscar pelea, Melissa. No tientes a mi paciencia.

—Como tú a la mía. Mejor lárgate a tu apartamento ideal. ¡Vete con ella!

—¡Ya me voy, joder! —ruge, buscando su camiseta.

—¡Y hazte un tratamiento hoy mismo, cabrón, que te hace falta! —le grito—. ¡O duermes conmigo, y solo conmigo, o te largas de mi vida!

Damon se detiene en seco y se gira.

—¡Yo no busco una relación! —brama, indignado—. ¡No me pongas ultimátums!

—Vale. ¡Entonces lárgate! —señalo la puerta con dedo tembloroso —. Vete en tu coche de lujo a tu casa de millonario y acuéstate con quien te dé la gana. De todas formas, soy demasiado buena para ti.

—¿Por qué tienes que ser tan zorra? —me lanza una mirada cargada de veneno.

—¡Porque eres un imbécil egocéntrico! ¡Vete al infierno! —le grito y le lanzo la primera almohada que encuentro.

Él la esquiva y sale al pasillo.

—¡Nadie me había tratado nunca así, Melissa! —ladra mientras abre la puerta de la entrada.

La rabia me ciega. Quiero hacerle daño. Quiero que le duela tanto como a mí.

—¡Porque a las demás les pagas! —le grito desde el umbral del dormitorio—. ¡Alégrate de tener dinero, Damon! ¡Nadie te aguantaría gratis!

Se gira en el marco de la puerta. Su rostro pierde el color de golpe. Me lanza una mirada llena de odio puro y frío.

—Eso ha sido un golpe bajo —susurra—. Has conseguido lo que querías. Felicidades.

Da un portazo que hace temblar las paredes.

—¡Que tengas una vida feliz, idiota! —le grito a la puerta cerrada, fingiendo una sonrisa perfecta aunque nadie me ve.

Me doy la vuelta, entro en el baño y cierro con llave. Me apoyo contra el lavabo y respiro hondo, negándome a llorar. Que se pudra. Que se pudran él y su dinero.

Capítulo 22. Melissa

Me meto una cucharada colmada en la boca y, con la vista fija en la televisión apagada, dejo que el helado de chocolate se derrita en mi lengua. Sigo en pijama a las cuatro de la tarde del domingo.

Patético.

Ha sido un día de mierda. Y pensar que me desperté en la misma cama que el hombre más increíble del planeta. A decir verdad, no debí rechazar el desayuno en su casa, pero si me hubiera quedado, no me habría enterado de la verdad sobre la estilista. Sophia.

¿Se acuestan o no?

Me saca de quicio que esto me preocupe tanto. Siento que me estoy encariñando con Damon, mientras que él claramente ve esto como un deporte de riesgo. Somos diferentes. Después de lo de Grock, me hice una promesa: nadie volvería a mandar en mi vida. Ningún idiota, ni siquiera el mismísimo Damon Wallace.

Vuelvo a atacar el bote de helado. El azúcar ayuda, pero no cura el vacío. Es un imbécil. Damon es un egocéntrico que se acuesta con quien quiere y cuando quiere, y yo no voy a ser la nota al pie de página en su agenda.

Miro mi modesto apartamento y siento una punzada de orgullo mezclada con tristeza. Si le gustara de verdad, querría estar conmigo

sin importar el código postal. Repaso mentalmente la bronca de la mañana.

«¡Alégrate de tener dinero, Damon! ¡Nadie te aguantaría gratis!».

Se lo grité con ganas de hacerle daño. De recordarle que, sin sus millones, solo es un hombre difícil y solitario al que nadie tiene por qué rendir pleitesía. Probablemente le di donde más duele, en su ego de oro. ¿Pero qué esperaba? Esas cuatro palabras —«no busco una relación»— me hicieron sentir barata, un objeto de usar y tirar.

El lunes llega y no cambia nada. Me llaman a la planta ejecutiva y el corazón me da un vuelco estúpido, pensando que no ha aguantado sin verme. Pero la realidad me golpea en la cara: él no está allí.

Solo está Ethan.

Me hace un par de preguntas sobre unos datos, con una profesionalidad que me hiela la sangre, y ya está. Salgo de la oficina pisoteando con mis tacones de aguja los pedazos de mi propio orgullo. Bien. Este es el final. Se acabó nuestro juego.

La semana pasa lenta y dolorosa. Me mantengo alejada de su órbita y él de la mía. Silencio de radio total.

Hasta el viernes.

El móvil vibra sobre la mesa. Lo cojo con desgana y veo una notificación suya. Es una foto. Una captura de pantalla de la app de Uber Eats con un pedido de comida basura.

Vaya... ha dado el primer paso usando nuestra broma privada sobre los peligros del reparto a domicilio. Siento una punzada involuntaria de diversión que me molesta sentir. Saco el móvil y escribo antes de que mi cerebro pueda detenerme.

Yo: Gracias por el consejo de seguridad, Sr. Paranoico. Pero no me apetece.

La respuesta llega volando.

Damon: No lo dudo. ¿Cenamos en algún sitio hoy?

Me recuesto en la silla, sorprendida. ¿Cenar? ¿Después de cómo nos gritamos el domingo? Es una situación sin salida. Él quiere otro juguete sexual para su colección y yo quiero algo que él no sabe dar. Actúa como si nada hubiera pasado.

Yo: Creo que el domingo por la mañana lo dejamos todo claro.

Escribo con los dedos temblorosos. Dios, ¿por qué no puede ser un tipo normal?

Damon: Tengo una propuesta.

¿Una propuesta? ¿Acaso quieres presentarme a tu estilista para un trío? Solo de pensarlo me hierve la sangre. Estoy a punto de bloquearlo cuando llega otro mensaje. Dos palabras que nunca pensé leer viniendo de un Wallace.

Damon: Por favor, escúchame.

¿«Por favor»? ¿El gran Damon Wallace ha escrito «por favor»?

Me quedo mirando la pantalla. La curiosidad y el rencor luchan en mi interior, pero el rencor está ganando terreno. Está bien. Si quiere jugar, jugaremos bajo mis reglas.

Yo: Vale.

Damon: Pasaré a por ti a las siete.

Buena jugada, Sr. Wallace. Ven. Te voy a mandar a la mierda en un restaurante de cinco estrellas para que sientas lo que es que te humillen en tu propio terreno.

Capítulo 23. Melissa

A veces las entrañas te gritan que te detengas. Debería ser capaz de decir que no, de encontrar la fuerza en alguna parte de mi orgullo herido. ¿Pero y si no puedo?

Soy físicamente incapaz de rechazar este encuentro. La masoquista que vive en mi interior se muere por verlo, por sentir su olor y por terminar en esa cama de lujo para follar hasta que olvide mi propio nombre. He pasado una semana larga y solitaria; esta noche necesito mantenerme firme. Si cedo ahora, el sufrimiento de estos días no habrá servido para nada. Mi opinión no ha cambiado desde el domingo: no estoy hecha para compartir. Eso acabaría destruyéndome.

Suena el portero automático y siento un vuelco violento en el estómago.

—Hola —digo al interfono, intentando que mi voz no tiemble.

—Reparto de flores a domicilio —responde esa voz terciopelada que conozco tan bien.

Esbozo una sonrisa radiante a pesar de mis intenciones.

—¿Y qué me ha traído?

—Una rosa. Roja, como tus labios.

—Mmm. Soy alérgica —suelto con tono burlón—. ¿Seguro que no le ha puesto algún narcótico para aprovecharse de mi cuerpo

indefenso?

—Sin duda. Es el plan estándar.

Suelto una risita y pulso el botón. Mientras espero a que Damon suba, camino nerviosa por la habitación. Tranquila, Melissa. Compórtate de forma natural. Mantén la sangre fría.

Llaman a la puerta. La abro y lo veo allí, con una camisa gris arremangada y vaqueros negros que le quedan como un guante. Sus ojos marrones brillan con una intensidad que me marea y una sonrisa pecaminosa se extiende lentamente por su rostro. Dios mío.

—Hola —susurro, escaneando al hombre espectacular que tengo delante. Siento una atracción casi magnética; me dan ganas de pegarme a su cuerpo hasta que no quede aire entre nosotros.

—Estás preciosa —dice, recorriendo con la mirada mi vestido negro.

Me tiende la mano y yo la acepto, dejando que sus dedos se entrelacen con los míos. Entramos en el ascensor en un silencio cargado de electricidad. Damon parece sumido en sus pensamientos y yo estoy al borde de un colapso. Al salir, la limusina nos espera. Damon abre la puerta y me deslizo dentro. Por mi mente cruzan los recuerdos de nuestro primer viaje en este asiento trasero. Me acomodo en el cuero; él se sienta a mi lado y, atrapando mi mano, la coloca sobre su rodilla. El calor de su tacto me tranquiliza a pesar de que intento mantener mi fachada de indiferencia.

La limusina atraviesa la ciudad. Esta noche es crucial. O encontramos un lenguaje común o terminamos con este vínculo de una vez por todas. El coche se detiene frente a un restaurante griego de moda.

—Reserva a nombre de Wallace —anuncia Damon en la entrada.

Un camarero nos guía hasta una mesa pequeña y acogedora en un rincón. El restaurante está en penumbra, con velas parpadeando. Puro romanticismo. No te hagas ilusiones, Melissa.

—¿Desean algo de beber? —pregunta el camarero.

—Sí, una botella de Moët, por favor —pide Damon, cerrando el menú sin consultarme.

Vuelta a las andadas. El camarero desaparece y Damon me busca la mirada. Es estúpido discutir por la bebida, pero su arrogancia me

recuerda que él siempre asume que tiene el mando.

—¿Cómo estás? —pregunta, acariciando el dorso de mi mano con el pulgar.

—Bien.

Siento que me debilito bajo su tacto. Me muero por soltarle que la semana ha sido una mierda sin él, pero me contengo.

—¿Cuál es esa propuesta, Damon? —pregunta finalmente, rompiendo el hielo.

Él se reclina en la silla. El camarero regresa con la botella, sirve y nos deja solos. Damon da un sorbo, ganando tiempo.

—He llevado una vida... complicada —comienza, mirándome a los ojos—. Dijiste que no querías una relación casual, pero tampoco buscabas un novio.

—Exacto.

—Nunca he sido fiel en mis relaciones pasadas. La engañé siempre. Ella lo sabía y lo permitía. Era más una sociedad de negocios.

Trago saliva pensando en Gregoria. Ella es la sociedad, el contrato.

—Damon, no me importa lo que tuvieras con ella. Pero no quiero ser una más en tu agenda.

—¿A qué te refieres? —frunce el ceño.

—No quiero rollos de una noche. Y no pienso compartirte.

—Baja el tono —me advierte tensando la mandíbula.

—¿Ves a lo que me refiero? Tú quieres el control total. Incluso has vuelto a pedir la bebida sin preguntarme.

—Es la costumbre, Melissa —se defiende, aunque parece avergonzado—. Intento cambiar.

—No te estoy pidiendo que seas mi novio y me traigas flores todos los días —susurro, inclinándome sobre la mesa—. Encajamos perfectamente en la cama, eso me basta. Pero no podré acostarme contigo sabiendo que te tiras a otras. Tengo que ser la única. Exclusividad sexual. Es mi única condición.

Damon me mira fijamente, evaluando mis términos como si fuera el contrato más arriesgado de su carrera.

—Perfecto —suelta al fin—. No habrá otras.

—¿Y? —lo animo a seguir.

Él pone los ojos en blanco, rendido.

—Y... puedes pedirte tu propia maldita bebida la próxima vez si quieres.

Sonrío. Es un comienzo.

—Entonces, ¿trato hecho? ¿Sexo exclusivo, sin etiquetas románticas, pero sin otras personas?

—Sí. Trato hecho.

Damon me mira como hechizado.

—¿Tienes idea de cuántas veces al día me entran ganas de follarte? Me siento como un adolescente de dieciocho años. Es... molesto.

—Lo dudo mucho. Toda la semana te has portado como si me odiaras.

—No me gusta que me desafíen, Melissa. Me llevaste la contraria el domingo y perdí los estribos. Pero dejemos de pelear por eso. ¿Qué tal si olvidamos la semana pasada?

—Me parece bien —sonrío—. Basta de discusiones.

Tomo su mano entre las mías y la acerco a mi rostro, rozando mis labios con sus nudillos.

—Cenaremos, luego iremos a tu casa... y allí cabalgaré sobre ti hasta que no puedas más —susurro.

Damon inhala aire bruscamente. El deseo estalla en sus ojos, oscuro y peligroso.

—Me pones jodidamente caliente, Melissa.

Me meto su dedo pulgar en la boca y lo succiono lentamente, sin apartar la mirada de la suya. La cena ha terminado antes de empezar.

Estoy ardiendo. Mi piel está pegajosa de sudor, mis músculos tiemblan y lo único que queda del mundo son sus manos sobre mí. Damon está sentado, con la espalda apoyada contra el cabecero de terciopelo, reinando en medio del caos de las sábanas. Yo estoy sobre él, a horcajadas, totalmente expuesta. Una de sus palmas sujeta mi muslo con tanta fuerza que sus dedos se hunden en mi carne, dejándome claro que no tengo escapatoria.

Él marca el ritmo. Él decide cuándo me muevo y cuándo me detengo. Veo nuestro reflejo en el espejo del armario y no aparto la

mirada. Debería sentir vergüenza al ver lo desesperada que parezco, pero no hay vergüenza. Solo hay calor.

Damon me balancea a su ritmo. Arriba y abajo. Despacio. Luego un poco más fuerte, clavándose en mí, como si comprobara cuánto puedo aguantar antes de quebrarme. Sus dedos se enredan en mi cabello y tira suavemente, obligándome a echar la cabeza hacia atrás.

—Mírame —ordena.

Me besa con hambre. Yo le devuelvo el beso arañando sus hombros.

—Sube más las rodillas —susurra contra mis labios, ronco.

Obedezco. La postura se vuelve casi indecente, permitiéndole entrar aún más profundo.

—Joder... Damon —jadeo—. Es demasiado...

Él me mira con esa clase de intensidad que deja a la gente sin argumentos.

—Sabes que no te haré daño. Nunca.

Lo dice tranquilo, con seguridad, y realmente le creo. Me besa de nuevo, saboreando mi rendición. Sus manos en mis caderas se aprietan, marcando el compás.

—No te atrevas a esconder eso —gruñe en voz baja—. Quiero oírte.

Intento tomar aire, pero él embiste hacia arriba, buscando ese punto exacto que me hace ver estrellas.

—¡Ah! —grito—. Sí... así...

Por un segundo cierra los ojos, perdiendo su máscara de control. Me aferro a sus hombros, sintiendo la tensión de sus músculos. Me abruma percibir cómo se contiene. No por cortesía. Por poder. Para prolongar mi tortura. Me atrae más hacia él y el mundo de repente se vuelve demasiado brillante. Una ola sube desde mi interior, inundándome. Ya no me importa verme bonita. No soy bonita. Soy real. Soy suya.

Él exhala bruscamente, tensándose debajo de mí.

—Maldita sea... Melissa...

Me sujeta con fuerza. Siento cómo se rompe su último rastro de autocontrol dentro de mí; sus espasmos resuenan en mi propio

cuerpo, detonando mi clímax. Grito su nombre y me desplomo sobre su pecho, temblando.

Damon me envuelve en sus brazos de inmediato. Nos besamos despacio. Con una ternura que parece no encajar con la salvajada que acaba de pasar.

—Estás jodidamente preciosa —murmura contra mi boca.

Me aprieto contra su pecho, escuchando cómo su corazón late desbocado junto al mío. De repente me siento protegida. Deseada. Demasiado deseada para que esto sea solo un acuerdo de negocios. Sé que esto es solo sexo. Se supone que es solo sexo. Pero esa palabra, «solo», empieza a sonar peligrosamente a autoengaño.

***

___ Vamos, arriba.

Siento una palmada firme en el trasero y abro los ojos. No es un despertar dulce; es una orden.

—¿Qué? —pregunto con voz ronca, enterrando la cara en la almohada.

Damon está de pie junto a la cama con una toalla blanca enrollada a la cintura. Tiene el pelo mojado y su piel huele a gel de ducha caro y a algo más... algo de anoche que hace que se me seque la boca al instante.

—Levántate.

—¿Qué hora es? —entorno los ojos, cegada por la luz que entra por las rendijas.

—Las ocho. Vamos a salir a correr por Central Park.

Parpadeo, confundida. Mi cerebro tarda en arrancar.

—¿Quiénes vamos?

Él sonríe. Esta vez no es su mueca de tiburón, es una sonrisa casi humana. Y eso hace que me resulte mucho más difícil resistirme.

—Tú y yo.

—¿Te has duchado antes de ir a correr? —pregunto, intentando entender su lógica.

—Olía a sexo —dice con una mueca burlona mientras se inclina para robarme un beso rápido—. Y tengo reuniones más tarde.

Me aferro a su cuello porque mi cuerpo reacciona más rápido que mi cerebro. Él me permite el contacto apenas un segundo, luego se aparta con suavidad. Sabe que si no paramos ahora, no saldremos de esta habitación en todo el día.

—Vámonos. Arriba.

—No tengo ropa —protesto, haciéndome un ovillo—. Ni zapatillas. Si corro con tacones me romperé el cuello, Wallace.

Me mira con aire evaluador, como si yo no fuera una mujer desnuda en su cama, sino un problema logístico a resolver. Suspira, dándose cuenta de que tengo razón y de que no tengo ningunas ganas de moverme.

—Está bien. Tienes razón.

—¿La tengo? —pregunto esperanzada.

—Sí. Tú quédate.

Se sienta en el borde de la cama para calzarse unas deportivas que saca del vestidor. Lo observo en silencio. Su espalda ancha, sus músculos moviéndose bajo la piel... Siento cómo surge esa pregunta que me ha estado rondando. La que me hace vulnerable.

—Damon —empiezo con cautela—. Nunca antes había tenido este tipo de relación... exclusiva. ¿Cómo va a funcionar? ¿Cuándo nos veremos?

Se ata los cordones sin prisa. Demasiado tranquilo para alguien que acaba de poner mi mundo del revés.

—Según las circunstancias.

Esa frase me irrita al instante. Suena a cuando yo tenga un hueco.

—No. Necesito saberlo. Pongamos días fijos.

—¿Días fijos? —Se gira y frunce el ceño—. ¿Cómo en un horario de oficina?

—Como en una agenda —insisto, sentándome y cubriéndome con la sábana—. Odio esperar. Y quiero saber que no tengo que planear nada más en nuestros días.

Me mira fijamente. No hay burla en sus ojos, solo comprensión.

—De acuerdo. ¿Cuándo quieres verme?

—Dos veces entre semana y un día el fin de semana —propongo, intentando parecer razonable—. Y no más de unas pocas horas cada vez.

Él suelta una risa corta y seca.

—No.

Se me cae el alma a los pies, pero él continúa antes de que pueda protestar. Se acerca a mí, invadiendo mi espacio personal.

—Quiero verte más a menudo que eso. Dos noches completas a mitad de semana. Y los fines de semana... el fin de semana es mío. Entero.

El corazón me da un vuelco. Sonrío, intentando ocultar lo mucho que me gusta su contraoferta.

—Trato hecho.

—Bien. Empezamos hoy —dice él, levantándose—. Yo iré a correr para quemar el exceso de energía. Tú dormirás una hora más. Cuando vuelva, nos ducharemos juntos. Luego te prepararé el desayuno y volveremos a la cama.

—¿Volveremos a la cama? —arqueo una ceja.

Se inclina sobre mí, apoyando las manos en el colchón, acorralándome.

—Sí. Porque voy a necesitarlo para sobrevivir a la semana sin ti.

Me besa en la sien, me arropa con un gesto posesivo y sale de la habitación. Cierro los ojos y sonrío contra la almohada. Mi primer pensamiento es terriblemente simple: este hombre es un peligro mortal.

Me despierto una hora después. Damon entra en el dormitorio jadeando, empapado de sudor. Tiene el pelo pegado a las sienes y huele a aire fresco, a esfuerzo y a testosterona. Me incorporo sobre los codos, parpadeando.

—¿Has corrido hasta África o qué?

Él intenta recuperar el aliento y sonríe.

—Cuanto más rápido corro, más clara tengo la mente. —Se quita la camiseta empapada y la lanza al cesto—. Y ahora mismo mi mente solo piensa en una cosa.

Vaya. Él también sabe ser directo.

—¿Te unes? —grita ya desde el baño.

—Sí —respondo demasiado rápido.

Me levanto y voy hacia él. Damon está bajo el chorro de agua caliente. El vapor llena la estancia. Me acerco y, sin decir nada, él

me rodea con sus brazos mojados y resbaladizos. Me pega a su cuerpo duro y me besa con una necesidad que me descoloca.

—Buenos días, Mel —susurra contra mi boca.

Sonrío. Me gusta cuando me llama así. Me gusta demasiado.

—Deja que te lave yo —digo.

Tomo el jabón y recorro su pecho, sus hombros anchos, bajando por su abdomen. Él cierra los ojos, echando la cabeza hacia atrás, disfrutando de mi tacto más de lo que pretendía mostrar.

—Me estás volviendo adicto —gruñe, abriendo los ojos. Están oscuros, dilatados.

—Creo que tú lo hiciste primero.

—No —me sostiene la mirada, atrapando mis manos y deteniéndolas—. Tú activas algo en mí que no puedo controlar.

Me arrepiento de haber sido tan sincera; intento retroceder, pero él hace lo que mejor se le da: me toma el rostro entre las manos y me besa bajo el agua hasta que mis pensamientos desaparecen y solo queda la sensación de su piel contra la mía.

—A la cama —ordena con voz ronca—. Ahora.

Y mi sí llega mucho antes de que mi boca pueda pronunciarlo.

Me despierto con el olor inconfundible del café recién hecho y el bacon frito. Me quedo un rato tumbada, sonriendo al techo alto. Sea cual sea este extraño universo paralelo en el que he aterrizado, me gusta. Busco mi bata, me envuelvo en ella como si fuera una armadura y salgo al salón.

Y me quedo paralizada.

Una pared de cristal de suelo a techo se alza ante mí. Abajo, Central Park se extiende como un mapa verde interminable. La luz del sol corta el espacio en pedazos uniformes, iluminando el polvo de oro que flota en el aire. Recorro la estancia con la mirada: los suelos de madera noble, las alfombras de diseño, el enorme espejo que refleja mi figura pequeña y desaliñada. Todo aquí vale más que mi propia vida.

De repente, la sensación de calidez desaparece. Me siento como una intrusa, una extraña que se ha colado en la película equivocada y está a punto de ser descubierta por seguridad.

—Aquí estás.

Damon aparece por la esquina con una sonrisa relajada, pero al ver mi cara, frunce el ceño de inmediato. Deja el trapo de cocina sobre una silla.

—¿Pasa algo?

Aprieto las manos con nerviosismo, ajustándome el cinturón de la bata.

—Tu apartamento... me saca de quicio.

—¿Por qué? —Da un paso hacia mí, preocupado.

—Es demasiado. Es lujoso, perfecto, frío. Siento que no encajo aquí, Damon. Parezco una mancha en un cuadro inmaculado.

Se acerca y me rodea con sus brazos, anclándome a la realidad, a su calor corporal.

—¿Es por eso por lo que no quisiste venir el fin de semana pasado?

—Sí.

—¿Pero por qué? —Me mira con atención, intentando comprender de verdad.

—Porque cuando estoy aquí, recuerdo lo poco que tenemos en común —confieso, apoyando la frente en su pecho—. Y no me gusta esa sensación.

Se queda callado un segundo, acariciando mi espalda.

—¿Te asusta mi dinero?

—No me hace feliz —respondo con sinceridad brutal.

Él se ríe entre dientes, una vibración que siento en las costillas.

—Parece que eres la única mujer en Nueva York que dice eso.

Suspiro e intento suavizarlo con una sonrisa a medias.

—A veces pienso que todo sería más fácil si fueras pobre. O al menos, normal.

—¿Más fácil para quién?

—Para mi cabeza.

Me da un beso en la coronilla y me lleva a la cocina. En la isla de mármol ya está el desayuno servido. Todo parece de revista.

—Soy un experto en desayunos —anuncia con voz satisfecha mientras retira una silla para mí.

Sonrío y cojo el tenedor, pero un pensamiento traicionero se me cuela en la mente: ¿cuántas mujeres se habrán sentado en este

mismo taburete antes que yo? Me obligo a sacudir esa idea. No voy a arruinar la mañana.

—¿Qué planes tienes para hoy? —pregunta para no hundirme en mis propias conjeturas.

—Al mediodía juego al golf con mis hermanos. Negocios y familia. Luego, probablemente, cena en casa de mi padre —responde mientras le da un sorbo a su café negro—. ¿Y tú?

—Recados aburridos, un paseo y algo de trabajo —digo—. Me gusta dejar la semana organizada.

Él asiente.

—¿Saldrás a algún sitio esta noche? —pregunta como quien no quiere la cosa, pero noto cómo se tensa su postura.

En realidad, no pensaba hacerlo, pero no quiero que crea que me quedaré sentada en casa esperándolo como una Penélope moderna.

—Sí. Quizás.

Me clava la mirada. Su mandíbula se aprieta.

—¿A dónde?

Hago como si no notara su tono territorial.

—Cena con Liz, Chloe y Rachel. Noche de chicas.

Damon exhala, como si liberara una tensión interna, y vuelve a su tostada. Lo observo unos segundos, disfrutando de tener el control por un momento.

—¿Y si fuera a un club después? —pregunta, provocándolo—. ¿No te gustaría?

Deja el tenedor sobre el plato con un tintineo agudo. Me mira directamente a los ojos, oscuros y serios.

—Después de ver cómo ese imbécil te puso las manos encima la última vez... no, no me haría ninguna gracia.

—Sabes que sé defenderme.

—Lo sé. Pero no soporto la idea de que otros te toquen. —Su voz baja una octava, volviéndose peligrosa—. No tengo intención de compartirte, Melissa. Con nadie.

El aire se carga de electricidad. En lugar de indignarme y hablar de mi libertad, siento un escalofrío de placer recorrer mi columna. Deslizo mi mano por su muslo bajo la mesa, subiendo hacia su

entrepierna. Él deja de respirar. Me inclino y le beso la comisura de los labios.

—Está bien. No bailaré con nadie. —Aprieto su pierna con fuerza —. Pero eso te incluye a ti también, Wallace. Tú tampoco te compartes.

Una hora después, la limusina se detiene frente a mi edificio. Salgo con la sensación de que me han bajado con cuidado de una nube para ponerme, por fin, en tierra firme. Damon no baja, pero baja la ventanilla. Me acerco. Él me toma la mano y deposita un beso en mis nudillos. Lo hace con elegancia, con esa seguridad excesiva que me desarma.

—Descansa —ordena suavemente—. Has tenido un fin de semana intenso.

—Tú también.

La limusina arranca y se pierde en el tráfico. Subo a casa, me arranco los tacones y me desplomo en el sofá. Solo quiero silencio, una manta y dejar de pensar en lo mucho que me gusta ese hombre. El móvil vibra en mi regazo. Sonrío, pensando que es él. Pero no. Es Liz.

Liz: Ni se te ocurra decirme que ya estás durmiendo.

Yo: Estoy en modo no molestar, Liz. Mañana hay trabajo.

Liz: Tarde. Chloe está en pánico. Crisis existencial nivel 10. Nos vamos a un club. Ahora.

Yo: ¿Nosotras? ¿Ahora?

Liz: Sí. Te recojo en veinte minutos. Es código rojo, Mel.

Suelto un gemido de frustración. Código rojo significa alcohol y drama. Intento protestar, pero ella ya no contesta. Miro el chat de Damon. El cursor parpadea. Debería decirle que voy a salir. *Oye, mis amigas tienen una crisis, voy al club X*. Pero recuerdo su cara esta mañana, su posesividad, su advertencia sobre bailar con otros. Si se lo digo, se presentará allí o me montará una escena. Y solo voy a consolar a Chloe, no a ligar.

Bloqueo el teléfono sin escribir nada. No es una mentira si simplemente no lo menciono, ¿verdad?

Media hora después, estoy frente al espejo del baño, intentando comprender cómo alguien que solo deseaba dormir ha terminado

otra vez embutida en un vestido negro y con los labios repintados de rojo.

En el club, la oscuridad es densa y la música me golpea las costillas con cada bajo. El aire resulta dulce y pegajoso, saturado de sudor y perfumes caros. Liz nos arrastra a una mesa al fondo, lejos de la pista. Chloe está sentada, rígida, con los ojos llorosos, bebiendo como si fuera el fin del mundo. Rachel está bombardeando el grupo de WhatsApp con consejos desde su casa.

—Voy a por las bebidas —anuncio, gritando sobre la música.

Es mi papel de siempre: la proveedora de alcohol mientras las demás gestionan sus catárofes. La cola en la barra avanza con una lentitud desesperante. Estoy allí de pie, contando los segundos e intentando ignorar que los tacones me están matando. Me siento vulnerable sin Damon. Es estúpido, pero me había acostumbrado a su protección.

Y entonces, a mis espaldas, una voz grave me roza la nuca.

—¿Huyendo de la escena del crimen, Ferrell?

Me giro de golpe. Mark. El mismo Mark de nuestra planta, el de las reuniones interminables y el café de máquina.

—Por supuesto —digo con una sonrisa cansada—. Donde hay un desastre, está nuestra planta al completo. Solo falta que aparezca el jefe para ponernos a trabajar.

Él se ríe, mostrando una dentadura perfecta. Lleva una camisa desabrochada en el cuello, mucho más informal que en la oficina.

—Liz puso la ubicación en el grupo general por error y luego la borró —grita para hacerse oír—. Decidí venir a comprobar si de verdad sabéis divertiros o si es solo otra leyenda urbana.

—No nos estamos divirtiendo —respondo, señalando la mesa donde Chloe parece estar sollozando—. Estamos gestionando una crisis bajo luces estroboscópicas.

Mark da un paso más, invadiendo mi espacio personal. Debido al estruendo de los altoces, no tiene opción: tiene que pegarse a mí para hablar. Se inclina hacia mi oído y siento su aliento en mi cuello. Una cercanía inocente para cualquiera, pero peligrosa para alguien con un novio celoso.

—Ahora mismo tienes la cara de alguien que pagaría por estar en pijama, pero que se quedará aquí por lealtad.

Suelto un resoplido que sale más fuerte de lo que planeaba.

—Me lees como si fuera un informe trimestral, ¿verdad?

—Te leo porque eres transparente —susurra, sonriendo—. Me gustas, Melissa. Eres la única persona sensata de ese edificio de locos.

Me quedo bloqueada un segundo. Luego me echo a reír, porque el comentario es inofensivo, amable. Justo lo que necesitaba para relajarme.

—Mark, eres imposible.

—Lo sé. Es mi encanto.

Se aparta lo justo para dejarme respirar y señala mi vaso vacío.

—¿Qué vas a pedir? Invito yo.

—Algo fuerte. Algo que me ayude a no asesinar a nadie antes del lunes.

—Tequila será.

Se gira hacia el camarero con la misma naturalidad con la que se mueve por los pasillos de Wallace Invest. Lo miro apenas un segundo antes de recordar las bebidas, el pánico de Chloe y el hecho de que Damon cree que estoy durmiendo en mi cama. Pero Mark me pasa el chupito, brindamos entre risas y, por un momento, la culpa desaparece bajo el ardor del alcohol. Solo es una copa con un compañero. No estoy haciendo nada malo. ¿Verdad?

Capítulo 24. Melissa

Lunes. Diez de la mañana.

El teléfono suena sobre mi escritorio como un disparo. Sé que es de arriba antes incluso de contestar.

—Buenos días, Melissa. —La voz de Natalie es un muro de hielo, plana y profesional—. El señor Wallace requiere su presencia en el despacho. Ahora mismo.

—De acuerdo, subo enseguida.

Cuelgo y siento cómo el estómago se me cierra en un puño. Me retoco el pelo mecánicamente y me pinto los labios, intentando usar mi apariencia como escudo. Tranquila. Es solo una reunión de trabajo. Pero mi mente traicionera ya está repasando cada segundo del fin de semana.

El ascensor me deja en la planta ejecutiva. El vestíbulo de mármol parece más frío que de costumbre, casi estéril. Mis tacones resuenan demasiado fuerte en el silencio mientras camino hacia las puertas dobles. Natalie ni siquiera me mira al asentir para que pase.

Abro la puerta y me quedo clavada en el umbral. El aire se me escapa de los pulmones.

No estamos solos.

Sentado frente al escritorio de Damon, con una calma profesional y la espalda recta, está Mark.

—Buenos días —digo, forzando una tranquilidad que no siento.

Mark levanta la vista y me dedica un asentimiento educado. Es el compañero de trabajo perfecto, sin rastro del tipo desenfadado que me invitó a un tequila el viernes. Su actitud es tan neutral que me resulta impenetrable.

Damon, por su parte, no se mueve. Está de pie junto a la ventana, dándonos la espalda. Se gira lentamente y me clava una mirada rápida, afilada. En esa fracción de segundo, lo leo perfectamente: sabe que le mentí. Sabe que estuve en el club. Lo anota mentalmente, lo archiva en su fría cabeza, pero lo aparta a un lado. Hoy hay problemas mayores que mi escapada nocturna. Su rostro es una máscara de piedra, puramente corporativa y aterradora.

—Siéntese.

La orden es un latigazo. Me acomodo en la silla libre junto a Mark, apoyando el cuaderno sobre las rodillas. Noto cómo cada músculo de mi cuerpo se tensa. Damon vuelve su atención a Mark con una frialdad absoluta.

—¿Qué hay sobre el asunto?

—Estoy revisando varias líneas —responde Mark. Su voz es monocorde, sin delatar ni una gota de nerviosismo—. No hay nada concreto todavía.

El silencio que sigue se vuelve tan denso que cuesta respirar. Damon camina hacia su silla y se reclina hacia delante, apoyando los codos en la mesa.

—¿No? —Su voz cae suave, letal—. Hoy los activos han caído cuatro millones de dólares.

Trago saliva. Cuatro millones.

—Y no son solo números en una pantalla —continúa Damon sin parpadear—. Es tiempo. Es reputación. Necesito una solución, Mark. Y la necesito ya.

Mark guarda silencio. Yo también. Me siento minúscula en medio de este duelo. Damon nos mira a los dos. Su rabia es puramente empresarial, fría y calculadora, pero la tensión en la sala es asfixiante.

De pronto, golpea la mesa con la palma abierta.

¡PAM!

El estruendo resuena en las paredes como un trueno. Doy un respingo violento, pero Mark apenas parpadea, manteniendo su fachada inquebrantable.

—¡Eso es todo! —ruge Damon—. ¡Fuera de mi vista!

Me levanto la primera con el corazón desbocado, deseando escapar de esa atmósfera viciada. Mark lo hace justo después, recogiendo sus notas con una parsimonia que me saca de quicio.

—Que tengan un buen día —susurro a duras penas mientras alcanzo el pomo.

Damon no se molesta en responder. Ya ha vuelto a mirar por la ventana, concentrado en su imperio que se desangra.

Salgo al pasillo y apenas doy un par de pasos antes de que la puerta se abra de nuevo. Mark sale detrás de mí. Su expresión sigue siendo pacífica. Camina a mi lado y me lanza una mirada de soslayo, evaluadora, como si estuviera intentando leer mis pensamientos y medir mi reacción antes de dirigirse a los ascensores.

Me quedo sola abrazando mi cuaderno contra el pecho. Es entonces cuando lo comprendo. Damon sabe lo de mi salida del viernes, pero eso no es lo que lo tiene al borde del abismo. Son los cuatro millones. Hay una fuga de verdad en Wallace Invest. Y Mark... Mark está demasiado tranquilo e interesado en mis reacciones para estar sentado en el epicentro de un huracán de cuatro millones de dólares.

Capítulo 25. Damon

Inhalo profundamente por la nariz, intentando que el oxígeno enfríe la lava que me corre por las venas. Me quema la garganta y siento el pulso martilleando en mis sienes con una violencia peligrosa.

—Por el amor de Dios, Damon —aconseja Ethan, observándome con preocupación—. Baja el tono. Mark hace todo lo que puede.

—¡Y una mierda! —rujo—. No sirve de nada. Lleva aquí una semana y no tiene ni idea de lo que está pasando.

Me paso una mano por el pelo, frustrado.

—Tiene más interés en irse de fiesta que en su propio trabajo.

Me acerco al mueble bar. Mis dedos rozan el cristal de la botella de whisky. Nueva York se extiende tras el ventanal, gris y ajena a mi desastre. Hoy la ciudad parece un tablero de ajedrez donde alguien está moviendo mis piezas sin permiso. Y voy perdiendo.

—Solo son las diez de la mañana —comenta Ethan secamente a mi espalda, adivinando mis intenciones.

—Ni empieces.

Aparto la mano de la botella. Me enfurece saber que Melissa se vio con Mark el fin de semana. Mis agentes de seguridad me pasaron el reporte a primera hora: *Club nocturno. Zona VIP. Contacto cercano*. La imagen de ellos dos juntos me revuelve las tripas más que la

caída de las acciones. ¿Qué demonios buscaba él allí? ¿Y por qué ella no me lo dijo?

—¿Qué tenemos sobre la fuga de información? —pregunto para cambiar de tema antes de destrozar el mueble.

—Seguridad está revisando los servidores. Yo no encuentro nada sospechoso en los registros. —Ethan suspira—. Iré a presionar al equipo de IT. Vuelvo en diez minutos.

Escucho la puerta cerrarse. Me quedo solo, mirando al horizonte, intentando descifrar quién me está traicionando desde dentro.

—Hola.

Esa voz. Suave. Inconfundible.

Cierro los ojos un segundo, luchando contra el alivio instantáneo que me provoca escucharla. Mantengo mi máscara de frialdad y no me giro.

—Ya lo he dicho antes, señorita Ferrell. Vuelva al trabajo. No estoy de humor.

—¿Estás bien? —pregunta ella, ignorando el tono profesional y acortando la distancia.

—Estoy perfectamente.

Aprieto las mandíbulas. La desconfianza y el deseo son una mezcla tóxica. Siento su presencia a mi lado, su perfume floral invadiendo mi espacio de seguridad. De repente, siento sus dedos rozar mi brazo.

—Estás a punto de explotar, Damon.

Me giro y la miro desde mi altura. Está preciosa, joder. Y parece completamente ajena al caos que provoca en mi cabeza.

—¿Te divertiste el viernes por la noche? —La pregunta sale de mi boca como un disparo, fría y directa.

Melissa no retrocede. Me sostiene la mirada con una firmeza que me irrita y me excita a partes iguales.

—Fui a consolar a Chloe. Mark apareció por casualidad. No hubo nada más, Damon. No rompí nuestro trato.

La miro con dureza, buscando cualquier rastro de mentira en sus ojos claros. No lo encuentro. Solo veo honestidad y una chispa de desafío.

—Te dije que no soporto la idea de que otros te toquen —gruño, dando un paso hacia ella, acorralándola contra el borde del bar—. Especialmente él.

—Nadie me tocó. —Se pone de puntillas y desliza las manos bajo mi chaqueta abierta, rodeando mi cintura—. Te eché de menos todo el fin de semana.

Maldita sea. Por primera vez desde el viernes, siento que la tensión abandona mis hombros. Su calor me atraviesa la camisa, directo a la piel.

—No tienes que echarme de menos, Melissa. Soy un cabrón. Y ahora mismo, un cabrón al que le están robando desde su propia casa.

—No puedo evitarlo.

Vuelve a capturar mis labios con una urgencia que me desarma. Nos besamos con hambre, devorando el espacio entre nosotros. La rabia se desvanece, sustituida por un instinto mucho más antiguo y voraz.

—Si tienes estrés, baja al gimnasio —murmura ella entre besos, acariciando mi nuca—. O búscame.

Incapaz de contenerme más, la levanto por la cintura y la siento sobre el borde del escritorio, abriéndole las piernas para meterme en medio.

—Eres mi único hombre —susurra mirando mis labios, como si leyera mis dudas—. Solo pienso en ti.

Esa confesión es mi ruina.

—Te necesito —gruño, hundiendo la cara en su cuello—. Aquí. Ahora.

Ella se separa un milímetro, respirando con dificultad, pero con una sonrisa traviesa.

—Hoy es lunes, Damon. Mantén las reglas de la agenda.

—Al carajo la agenda. —Aprieto mis caderas contra las suyas, dejando que sienta mi erección a través de la tela—. ¿Es obligatorio llevarme la contraria en todo?

—La anticipación lo hace mejor —exhala ella, mordiéndose el labio —. Espera a la noche y verás lo desobediente que puedo llegar a ser.

La atraigo más, posesivo, dispuesto a romper su estúpido horario y follarla sobre los informes trimestrales.

La puerta se abre de golpe.

Me tenso. Melissa se aparta de mí de un salto, bajándose del escritorio a la velocidad de la luz. Está roja como un tomate y se alisa la falda con manos temblorosas.

Ethan entra con una carpeta en la mano. Se detiene en seco. Su mirada va de Melissa a mí, evaluando la distancia (inexistente) y el desorden de mi corbata. Levanta una ceja con severidad.

—Siento interrumpir la... evaluación de riesgos.

—Ethan —murmura Melissa, mirando al suelo—. Yo solo... le traía unos papeles.

—Por supuesto. —Ethan ni siquiera intenta ocultar el sarcasmo—. ¿Prefieres que vuelva a IT y te dé otros diez minutos, Damon?

—No —intervengo, ajustándome la chaqueta y recuperando mi máscara de hielo—. La señorita Ferrell ya se iba.

Casi corre hacia la salida, evitando mirarnos.

—Eh... adiós.

Esbozo una media sonrisa al ver su reacción, sintiéndome extrañamente vivo en medio del desastre.

—Adiós, señorita Ferrell —la detengo antes de que cruce el umbral —. Enviaré un coche a por usted a las siete. No llegue tarde. Y lleve ese vestido negro.

Ella asiente, totalmente abochornada, y sale disparada. Me quedo mirando la puerta cerrada, saboreando el rastro de su perfume.

—Te conviene centrarte —comenta Ethan, lanzando la carpeta sobre la mesa con dureza—. Nos estamos desangrando, hermano.

Suspiro, volviendo a la realidad, a los números rojos y a la traición.

—Lo sé, Ethan. Esa mujer es un problema.

—Sí —concede mi hermano, cruzándose de brazos—. Pero es el único problema que te hace sonreír cuando estás perdiendo millones. Más te vale no perder la cabeza por ella.

Capítulo 26. Melissa

Cuando las puertas del ascensor se cierran tras de mí, separándome de su despacho, no puedo evitar que una sonrisa estúpida me invada la cara.

Ha funcionado.

Quería calmar a la bestia y lo he logrado. No sé de dónde saco tanta valentía cuando estoy con él; supongo que es porque, en el fondo, ya no me importa si me despiden. Lo único que quiero es disfrutar de cada segundo de esta locura.

Cuando confesé que lo echaba de menos, no vi irritación en sus ojos. Juraría que vi... alivio.

¿O son solo ilusiones mías? Tal vez, si soy honesta con él, Damon también deje de mentir y baje sus defensas.

Regreso a mi mesa flotando en una nube, pero la realidad me golpea al ver a mis compañeros tecleando frenéticamente.

Alguno de ellos es un ladrón.

Alguien está robando a la familia Wallace desde dentro. Las acciones caen y mi Damon está bajo una presión que aplastaría a cualquiera. Me encantaría discutir esto con Rachel y Liz; un buen "brainstorming" con vino traería mejores resultados que los intentos torpes de seguridad, pero no puedo. Le prometí a Wallace discreción absoluta.

Suspiro y miro la hora. Las siete.

El móvil vibra.

Iván Chófer: *Señorita Ferrell, la espero abajo.*

Cojo el bolso con la ropa que preparé por si acaso —un vestido de recambio, lencería, lo básico— y bajo a la calle. El aire fresco de la noche me golpea la cara. Junto a la acera, la inmensa limusina negra parece un tiburón descansando en aguas tranquilas. Iván, con su traje impecable, me espera de pie junto a la puerta trasera.

—Buenas noches, señorita Ferrell.

—Hola, Iván. —Le sonrío, nerviosa—. Soy Melissa, por cierto. No hace falta tanta formalidad.

Él me devuelve una sonrisa profesional pero amable.

—El señor Wallace me ha pedido que la lleve a su ático. Él se ha retrasado en una última reunión, pero llegará pronto.

Iván abre la puerta y me deslizo en el asiento de cuero. Atravesamos el Nueva York nocturno en un silencio elegante. Me siento como Cenicienta, solo que mi príncipe no es azul, sino un tirano corporativo increíblemente sexy.

Al llegar al edificio, Iván aparca y me abre la puerta. Alarga la mano hacia mi bolsa de viaje.

—Permítame. La acompañaré arriba.

—Está bien, no pesa. Puedo yo sola —digo por instinto, aferrando el asa.

Iván se detiene y me mira con una ceja alzada, divertido.

—Señorita Ferrell, si el señor Wallace se entera de que la he dejado cargar con su equipaje, me despedirá antes de que llegue el ascensor. Por favor.

Suelto una risita y le entrego la bolsa.

—Vale. No queremos eso.

—Gracias.

Subimos en el ascensor privado. Estoy nerviosa. Intento nivelar mi respiración mientras los números de las plantas suben vertiginosamente. Al llegar al ático, Iván me abre la puerta, deja la bolsa en la entrada y se despide con una inclinación de cabeza.

—Que tenga una buena velada.

La puerta se cierra y me quedo sola en el silencio del Olimpo.

Al mirar hacia el salón, veo que alguien ha dejado las luces en una intensidad baja, estratégica. Las vistas de Nueva York son un espectáculo hipnotizante desde aquí arriba, un mar de luces parpadeando solo para mí.

Voy al dormitorio principal. Es enorme, masculino, con esa cama king size donde hemos hecho cosas que harían sonrojar al diablo. Cojo mi bolsa y entro en el vestidor.

Me reciben hileras perfectas de trajes italianos, camisas ordenadas por gama cromática y zapatos que brillan bajo los focos. Huele a él: a madera, a limpio, a poder. Dejo mis cosas en un rincón, sintiéndome una intrusa en este templo del orden.

La curiosidad me puede. Acaricio la manga de una americana y mis ojos se posan en una cómoda de madera oscura con tapa de cristal.

Relojes.

Al menos diez relojes de lujo descansan sobre almohadillas de terciopelo. Patek Philippe, Rolex, marcas que ni sé pronunciar. Todos alineados con precisión militar.

Y entonces, justo al lado de un reloj que cuesta más que mi educación universitaria, veo algo que desentona. Algo pequeño, dorado y delicado.

El corazón me da un vuelco violento.

Abro el cajón con dedos temblorosos y lo cojo.

Es mi brazalete.

El brazalete barato que llevé a la boda de Christina en Denver. Creí que lo había perdido en el hotel aquella noche, entre las sábanas revueltas y la prisa de la huida. Lo di por perdido para siempre.

Pero está aquí.

Damon lo guardó. No lo tiró a la basura, no se lo dio a la limpieza. Lo trajo a Nueva York y lo puso aquí, junto a sus posesiones más valiosas.

Cierro los ojos e inhalo profundamente, apretando el metal frío contra mi pecho. Una ola de calor me recorre el cuerpo. Esto significa algo. Significa que aquella noche no fui solo un cuerpo caliente para él. Significa que, a su manera retorcida y silenciosa, yo también le importo.

Sonriendo de oreja a oreja, como una idiota enamorada, devuelvo el brazalete a su sitio, junto a los diamantes y el oro blanco.

Salgo del vestidor con una energía nueva. Recorro el pasillo hasta la cocina. La encimera de mármol negro brilla impoluta. Abro el frigorífico gigante y hago una mueca: botellas de agua, un limón solitario y una vinoteca llena hasta los topes de botellas carísimas.

Típico. Seguro que el señor Wallace cena alcohol y estrés demasiado a menudo.

—Eso se va a acabar —murmuro para mí misma.

Busco en el congelador y encuentro pechugas de pollo. Hay verduras en el cajón de abajo y pasta en la despensa. Es suficiente.

Me sirvo una copa de vino tinto, conecto mi móvil a los altavoces de la casa y pongo una lista de jazz suave. El silencio se llena de música.

Saco un cuchillo y empiezo a cortar el pollo con una sonrisa que no me cabe en la cara. Damon va a llegar cansado, furioso y hambriento. Y yo voy a estar aquí, con comida real y una verdad que acabo de descubrir en su cajón.

Ha guardado mi brazalete. Ese pensamiento es lo único que necesito para sentirme, por primera vez, como en casa.

***

Cuarenta y cinco minutos después, el sonido de la cerradura rompe el silencio.

—¿Melissa? —La voz de Damon resuena en el recibidor, grave y cansada.

—Estoy en la cocina.

Siento sus pasos acercándose, firmes, sobre el parqué. En cuanto entra, el espacio parece encogerse. Se afloja la corbata y me mira como si fuera un espejismo.

—Mmm, huele a gloria.

Se acerca y me abraza por la espalda, hundiendo el rostro en la curva de mi cuello. Su cuerpo irradia calor. Me estremezco.

—¿Qué estás cocinando?

—Ragu a la Melissa.

Él suelta una carcajada ronca contra mi piel. Ese sonido es música para mis oídos; me encanta cuando se ríe así, sin filtros, dejando caer la máscara de CEO.

—¿«A la Melissa»? —bromea, mordisqueando mi hombro—. ¿Debo preocuparme? Suena a canibalismo.

Suelto un bufido mientras remuevo el contenido de la olla, tratando de ocultar la sonrisa que me delata.

—Es un secreto familiar. Calla y busca el vino.

—No debiste molestarte en cocinar. Te habría invitado a cenar a algún sitio —dice, separándose para servirse una copa con esa elegancia innata que tiene hasta para respirar.

—Hoy es lunes, Damon —frunzo el ceño, dándome la vuelta para mirarlo, apoyando la cadera en la encimera.

—¿Y?

—No vas a ir a un restaurante un día laborable.

—Voy todas las noches.

—¿Qué? —Parpadeo, incrédula—. ¿Cenas fuera cada noche?

—Claro. ¿Qué tiene de raro?

Me quedo boquiabierta. Es increíble.

—Damon Wallace, tienes más dinero que sentido común. ¿Cómo puedes relajarte si cada noche tienes que estar rodeado de gente, camareros y ruido?

—Me siento, como y me voy. No busco relajarme, busco alimentarme —se encoge de hombros, restándole importancia—. En casa solo hay silencio.

Esa frase me golpea. *En casa solo hay silencio.* Pobre hombre rico que no conoce el placer de cenar en pijama. Siento una punzada de ternura que intento disimular volviendo a la olla.

—¿Tienes hambre?

—Me muero de hambre. —Vuelve a pegarse a mi espalda, sus manos bajando hacia mi cintura con posesividad—. Pero no solo de comida.

Resoplo, divertida, y me safo de su abrazo con un esfuerzo de voluntad sobrehumano.

—Atrás, fiera. ¿Podrías salir de la cocina un momento? Necesito echarle la droga a la comida —bromeo, recordando su paranoia—.

Quiero desvalijar tu apartamento y huir con tus relojes.

—Solo si prometes aprovecharte de mi cuerpo inconsciente antes de robarme —se burla él, dando un trago largo al vino.

—Trato hecho.

Diez minutos después, nos sentamos a la mesa de la cocina. El ambiente es íntimo, casi doméstico, algo que resulta extrañamente reconfortante en este ático de cristal.

Damon se mete el primer bocado en la boca. Casi dejo de respirar esperando su veredicto. Cierra los ojos y gime.

—Joder... esto es magnífico —anuncia.

Sonrío con orgullo estúpido.

—Así que sabes cocinar, no solo manejar Uber Eats.

—No me gusta cocinar. Pero hoy me ha dado por ahí. Tómalo como un hobby puntual, no te acostumbres.

Damon me observa en silencio durante un rato, masticando despacio, con el ceño ligeramente fruncido, como si estuviera tratando de resolver un rompecabezas complicado.

—Nunca he conocido a nadie como tú, Melissa —confiesa de repente.

—¿Cómo quién?

—No lo sé, me cuesta explicarlo. Eres tan... real. —Hace un gesto vago con la mano—. No estás corrompida.

—¿Corrompida por qué? —Me río, pinchando un trozo de carne.

—Por Nueva York. Por todo este ambiente de plástico y apariencias. Tú eres verdad.

Me quedo quieta. Me muero por hacerle mil preguntas sobre su vida, sobre las mujeres "de plástico" que han pasado por aquí, pero me muerdo la lengua.

Damon alarga la mano hacia su copa, pero de repente hace una mueca de dolor y se detiene a mitad de camino, llevándose la mano al cuello.

—¿Te pasa algo?

Se deja caer de nuevo en el respaldo, cerrando los ojos.

—Estrés. Cuando estoy bajo mucha presión, los músculos se me tensan como piedras. Sobre todo los trapecios.

—¿O sea que todo este tiempo he pensado que eras un capullo integral y resulta que solo estabas contracturado?

Abre un ojo y me mira.

—¿Siempre encuentras un hueco para soltar tu veneno, Ferrell?

—Es mi mecanismo de defensa —admito—. Me hice una promesa hace un año: nadie va a decidir por mí. Ni siquiera tú con tus exigencias de millonario.

Damon levanta su copa y brinda suavemente con la mía. Un brillo vulnerable aparece en sus ojos por un instante.

—Gracias. La cena está deliciosa. —Se inclina sobre la mesa y me besa—. Igual que tú.

De pronto, recuerdo algo.

—Por cierto, alégrate: he traído ropa de deporte en mi bolso. Mañana saldré a correr contigo.

—¿Ah, sí? —arquea una ceja, sorprendido—. ¿A las seis de la mañana?

—Ajá. Y no quiero que uses tu ropa de Nike como excusa para lucirte solo.

—Corro rápido, Melissa. Muy rápido.

—No te preocupes, Wallace. Te alcanzaré. Siempre lo hago.

Varias horas después, la risa muere en la penumbra del dormitorio.

Es muy tarde. Tras haber hecho el amor de una forma pausada, casi exploratoria, yacemos en la cama frente a frente, enredados en las sábanas de hilo egipcio. El silencio de la noche neoyorquina se filtra por los ventanales, pero ya no me siento una intrusa.

Acaricio su pecho desnudo, sintiendo los latidos tranquilos de su corazón bajo mi palma.

—Damon... —susurro.

—¿Mmm?

—¿Has cometido alguna estupidez de la que te arrepientas de verdad?

Él abre los ojos. En la oscuridad, el marrón de sus iris parece casi negro. Se queda callado un momento, pensando.

—Sí. Alguna que otra.

—¿Y cuáles son? —insisto, curiosa.

Él toma mi rostro con la palma de la mano, con una delicadeza que no encaja con su imagen de hombre de hierro, y me acaricia el labio inferior con el pulgar.

—De no haberte pedido tu número de teléfono en aquel hotel de Denver.

El aire se me atasca en la garganta. Siento que el corazón me da un vuelco doloroso.

No dice nada más. No hace falta.

Me atrae hacia su pecho y me besa en la frente. Él se acuerda de todo. Le importó tanto como a mí. Y esa certeza es más peligrosa que cualquier contrato.

Capítulo 27. Melissa

Rachel gira el monitor hacia mí sin decir una palabra. No hace falta. El gráfico habla por sí solo.

Mis ojos se clavan en la línea roja que desciende en picado, cortando la pantalla como una herida abierta. Leo el titular del artículo financiero:

«Wallace Invest se tambalea: ¿Fuga de confianza o fallo estructural?»

—Dios santo... —murmuro, sintiendo un nudo en el estómago.

—Es una carnicería —susurra Rachel, mirando a los lados para asegurarse de que nadie nos escucha—. Han perdido un 4% en la apertura.

Apoyo la cara en la mano, abrumada.

Levanto la vista y escaneo la oficina. Risas junto a la máquina de café, el sonido frenético de los teclados, teléfonos sonando. Todo parece normal, una mañana cualquiera de lunes. Pero es mentira.

Alguien en esta sala es un traidor.

Miro las nucas de mis compañeros, intentando descifrar quién es capaz de tanta bajeza. Alguien está vendiendo información, apuñalando a la familia Wallace por la espalda. O mejor dicho, están apuñalando a Damon.

Ahora entiendo esa tensión en sus hombros, esa necesidad de beber whisky a las diez de la mañana. Mi Damon está cargando con el peso de un imperio que se agrieta, y lo peor es que el enemigo duerme en su propia casa.

***

A las tres de la tarde subo a la planta superior y llamo a la puerta del despacho de Ethan. Entro con una sonrisa forzada.

—Hola, Melissa —me señala una silla—. Pasa, siéntate.

—Solo quería contarte algo —comienzo dejándome caer en el asiento—. Ayer pasó algo que me puso sobre aviso.

—Vale. —Ethan juguetea con un bolígrafo, observándome con atención—. ¿El qué?

—Dylan se me acercó y me pidió que entregara los proyectos antes de tiempo, junto con los informes de métricas de publicidad.

Veo cómo Ethan frunce el ceño al instante.

—Me pareció extraño que los necesitara tan pronto, así que mentí. Le dije que aún no estaban listos. Pero cuando se los entregué más tarde, lo vi con Mark; hablaban en tono muy alto, parecía una discusión.

—Muy interesante. ¡Buen trabajo! —Se queda pensativo un instante—. Hoy tampoco te des prisa con el proyecto, así podremos poner a prueba tu teoría. Yo empezaré a investigar a Dylan. Has hecho un buen trabajo, Melissa.

Me levanto de la silla sintiendo un poco de alivio por ser útil.

—¿Todo bien? —pregunta él de repente, notando mi tensión.

—Nos vemos luego.

Fingo indiferencia y salgo del despacho.

***

Miércoles por la mañana.

El aire dentro del ascensor es tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Sin girar la cabeza, miro fijamente hacia el frente,

sintiendo en mi propia piel cómo Damon irradia una hostilidad gélida.

En parte me sabe mal; sé que está bajo una presión brutal por la empresa. Pero, por otro lado, ¿por qué tengo que pagar yo los platos rotos? No puedo estar siempre caminando de puntillas a su alrededor para que su majestad no se altere.

Cruzamos el vestíbulo sin decir una palabra. La limusina ya está esperando.

—Buenos días, Iván. —Le dedico al chófer una sonrisa amplia y deliberadamente cálida.

—Buenos días, señorita Ferrell.

Damon ni siquiera saluda. Me indica con un movimiento seco que suba. Me acomodo en un extremo del asiento de cuero y él se sienta al otro lado, dejando un espacio entre nosotros que parece un abismo insalvable.

El coche arranca. Pasamos diez minutos en un silencio sepulcral. Yo miro por la ventana, él revisa su teléfono con furia.

—¿Qué planes tienes para esta noche? —pregunta de repente. Su voz suena tensa, controlada.

—No pensar en ti —respondo sin mirarlo—. Y aparte, he quedado para cenar con Chloe y Liz.

—Te pedí que no volvieras a ir a un club con ellas.

Giro la cabeza despacio. Menuda audacia.

—Lo que yo haga cuando no estoy en tu cama no es asunto tuyo, Damon. —Le sostengo la mirada—. Y es solo una cena. No un club. Por si te interesa la verdad.

Él aprieta las mandíbulas, hirviendo.

—Todo esto es demasiado complicado.

—Búscate a una sumisa que no tenga vida propia —me encojo de hombros—. Con eso te bastaría.

—¿Ah, sí? —susurra con veneno, inclinándose hacia mí—. ¿Y si yo salgo esta noche y me follo a otra? ¿Tampoco será asunto tuyo?

Siento un pinchazo de dolor, pero no dejo que se note.

—¡Damon, por Dios! —Me paso la mano por la cara, exasperada—. ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Por qué intentas hacerme daño?

—¡Si yo lo supiera! —estalla él, perdiendo la compostura por un segundo.

—Perfecto. —Respiro hondo—. Entonces dejémoslo aquí. Estás estresado y estás pagándolo conmigo.

—No me cargues todas las culpas a mí. Tú me provocas. Me desafías.

—Porque eres un hombre adulto y listo, pero te comportas como un crío inseguro.

Damon se recuesta en el asiento, tratando de recuperar su máscara de indiferencia.

—Necesito una compañera de sexo. Eso acordamos. Sin dramas. Pero eres tú la que rompe las reglas con tus juegos emocionales.

—¿Yo? —Suelto una risa incrédula—. Vale. Juguemos a la verdad, Wallace. Mírame a los ojos y dime que no sientes nada por mí. ¿Puedes?

—Claro que puedo —sacude la cabeza con fastidio, evitando mis ojos.

—Pues adelante. Dímelo.

Se gira hacia mí, desafiante.

—No siento nada. Esto es solo sexo.

Sonrío. Ha caído en la trampa.

—Bien. Entonces dime que no has pensado en mí ni una sola vez en los últimos seis meses... y explícame por qué guardaste mi brazalete en tu cajón de los relojes.

El silencio que sigue es ensordecedor.

Damon se queda petrificado. Entorna los ojos con una mezcla de sorpresa y pánico. Lo sabe. Sabe que lo sé. Sabe que lo he pillado.

—¡Ajá! ¡Lo que pensaba! —exclamo triunfal, dándole la espalda para volver a mirar por la ventana.

—Y yo que me preguntaba —murmura entre dientes, recuperándose del golpe— cuándo iba a enseñar los dientes la zorra sarcástica. Habías estado demasiado dócil estos últimos días.

—Al menos esta zorra sabe lo que quiere —me río sin pizca de gracia—. Y no tiene miedo de admitirlo.

—¿Y qué es lo que quieres? —bufa él.

—Un hombre que no sea un cobarde emocional.

—¡Vete al diablo! —sisea—. Cállate de una vez. Me sacas de mis casillas.

—No salimos juntos, Damon. Solo follamos. No distorsiones los hechos —le recuerdo sus propias palabras con dulzura envenenada.

—Esta noche vas a salir con tus amigas de caza...

—¿Perdón? —le corto en seco, ardiendo por dentro—. No tienes derecho a decirme qué hacer. Mientras me acueste contigo, no lo haré con otros. Esa fue mi promesa y yo sí cumplo mi palabra. Pero no te permitiría decidir por mí a dónde voy o con quién ceno. Me hice una promesa hace un año: nadie me controla.

El coche gira en la esquina y se detiene frente a mi oficina. Abro la puerta a toda prisa, deseando salir de ese espacio confinado antes de que explote.

—Nos vemos a la noche —ordena él a mis espaldas mientras bajo a la acera.

Me giro antes de cerrar.

—Hoy es miércoles, Damon. Noche de chicas.

Él abre la boca para replicar, pero yo soy más rápida.

—Nos vemos el viernes.

Cierro la puerta con un golpe seco. La limusina arranca y se aleja hacia Wallace Invest. Inspiro hondo el aire contaminado de Nueva York, intentando calmar mi corazón desbocado que late con una mezcla de furia y deseo.

¡Estúpido idiota! ¿Por qué tiene que gustarme tanto?

***

Es viernes por la noche. La televisión emite un ruido de fondo que no escucho; mi mente parece envuelta en una niebla espesa.

Desde que discutimos el miércoles, no he sabido nada de Damon. Silencio absoluto. Quizá este sea el final. Quizá se cansó de mis desafíos.

Miro mi pijama viejo con una mancha de chocolate y suspiro. Patético. He estado mirando nuestra relación a través de unas gafas de color rosa.

Zumba el interfono.

Doy un respingo. Me acerco a la puerta y pulso el botón con desgana.

—¿Sí?

—Soy yo —suena una voz distorsionada, grave y sin aliento.

El corazón se me para.

—¿Damon?

—¿Esperas a alguien más? —pregunta, jadeando—. Ábreme.

Pulso el botón para dejarlo entrar y, en cuanto suelto el interfono, el pánico me invade.

—¡Mierda! —exclamo al ver mi reflejo en el espejo.

Corro al dormitorio como si me persiguiera el diablo. Me arranco el camisón sucio, lo lanzo al fondo del armario y agarro una toalla limpia. Me envuelvo rápidamente en ella, me alboroto el pelo para que parezca húmedo y regreso a la puerta justo cuando suenan los golpes.

Respiro hondo. *Actúa natural. Acabas de salir de la ducha.*

Abro la puerta.

Damon está allí, llenando el marco con su presencia. Pero no es el Damon impecable de siempre. Lleva ropa de deporte, está empapado de sudor, el pelo se le pega a la frente y su pecho sube y baja con violencia, buscando aire.

Me quedo boquiabierta.

—¿Has venido corriendo hasta aquí? —pregunto en voz baja—. ¿Desde el Upper East Side?

Él asiente, incapaz de hablar todavía, y entra en mi apartamento cerrando la puerta tras de sí con un golpe sordo.

—¿Te perseguía un psicópata con un hacha? —intento bromear, aunque la preocupación me atenaza la garganta.

Él se apoya contra la pared, recuperando el aliento, y me clava esos ojos marrones que me desarman.

—No. Yo corría hacia algo.

—¿Está todo bien? —Me acerco, olvidando mi papel de "mujer fatal".

Se encoge de hombros, un gesto vulnerable que no le pega nada.

—Damon... —susurro. El corazón se me derrite.

Lo abrazo sin pensarlo, sin importarme el sudor. Él se tensa un segundo y luego se aferra a mi cuerpo cubierto por la toalla como si fuera un náufrago. Me aprieta tan fuerte que casi duele. Nos quedamos así un largo rato, en silencio. Ahora mismo, no es el gran CEO; solo es un hombre que necesita un refugio.

—He pasado los peores días de mi vida —murmura contra mi pelo húmedo.

—Lo sé —le acaricio la nuca—. La pesadilla del trabajo acabará pronto.

—El trabajo me importa una mierda ahora mismo.

Me separo un poco para mirarlo a la cara.

—¿Entonces de qué se trata?

Él me sostiene la mirada y traga saliva. Veo la lucha interna en sus ojos.

—De ti. De no saber dónde estabas. De pensar que te habías cansado de mí.

Siento que el suelo desaparece bajo mis pies. Damon Wallace admitiendo que tiene miedo. Le tomo la cara entre las manos.

—Yo también te he echado de menos, idiota —confieso antes de besarlo suavemente.

—Pero dijiste... dijiste que te daba igual —me reprocha, aunque se inclina hacia mi tacto.

—No escuches a esa zorra sarcástica del miércoles. A veces pierde el juicio cuando tiene miedo.

Él suelta un bufido que es casi una risa y hunde la nariz en mi cuello, aspirando mi aroma.

—¿Miedo? ¿Tú?

—Sí. Miedo de que te dieras cuenta de que soy un desastre —admito—. Pero ya es tarde para eso.

—No sé qué está pasando entre nosotros, Melissa —dice con voz ronca—. Pero estoy perdiendo el control. Y odio perder el control.

—No tengas miedo. —Le muerdo suavemente el labio inferior—. Déjame cuidarte. Solo por hoy.

Su expresión se suaviza. Me acaricia el hombro desnudo y su mano baja hasta el borde de la toalla.

—Apestas, Wallace —susurro con una sonrisa.

—Y tú hueles a gloria.

—Vamos a la ducha. Quítate esta semana de encima.

Lo tomo de la mano y lo guío al baño. Abro el agua caliente y el vapor empieza a llenar la pequeña estancia. Le quito la camiseta empapada por la cabeza y le bajo los pantalones de deporte. Sus ojos se oscurecen al verme dejar caer la toalla.

—Damon —digo, parándome frente a él, desnuda y honesta—. Estoy aquí. No voy a irme a ninguna parte.

Él me atrae hacia sí bajo el chorro de agua.

—Más te vale —gruñe antes de devorarme la boca.

Siento su erección presionando contra mi vientre y sé que acabamos de superar un obstáculo invisible. Un muro que él ha saltado a la carrera, cruzando media ciudad solo para asegurarse de que sigo siendo suya.

***

Despierto antes de abrir los ojos. Siento unas manos fuertes sujetando mis muslos, separándolos con firmeza, impidiendo que se cierren.

Damon.

Está inclinado sobre mí, con la cabeza entre mis piernas, dedicando toda su atención a mi centro. Su lengua traza círculos húmedos y precisos que me hacen arquear la espalda al instante.

—Dios... —exhalo, enredando mis dedos en su cabello oscuro.

—Buenos días —murmura él contra mi piel, vibrando, antes de volver a morderme el clítoris con suavidad.

Cierro los ojos, ciega por las ondas de placer que me recorren. Señor, ahora que ha dormido bien, Damon Wallace se presenta en todo su esplendor.

Me acaricia con los labios, succiona y lame, y de repente desliza sus dedos dentro de mí. Me sobresalto. Solo él es capaz de llenarme así, con esa mezcla de propiedad y destreza. Se mueve en mi interior, curvando los dedos, buscando ese punto exacto que me hace ver estrellas.

—Joder... qué bien se siente —jadeo, clavando los talones en el colchón.

Mis gemidos resuenan en la habitación silenciosa, rompiendo la calma de la mañana. Damon acelera el ritmo de su lengua y yo siento que el mundo se estrecha. Alcanzo el clímax de golpe, estremeciéndome entera, intentando impulsarme hacia él, pero sus manos en mis muslos me mantienen clavada.

—Shhh —susurra, levantando la vista. Sus ojos brillan con triunfo —. Aún no hemos terminado.

Me sostiene la mirada, depredador.

—Tienes razón.

Me incorporo rápido, tirando de él por los hombros. Necesito sentir su peso, su piel. Lo atraigo hacia mí y nos besamos con desesperación, cayendo de nuevo sobre las almohadas. Enredo mi pierna alrededor de su cintura, buscando fricción. ¡Vaya forma de despertar!

Siento su erección dura como una roca contra mi vientre. Él se detiene un segundo para buscar en la mesilla.

—Tomo la pastilla —jadeo contra su boca, dándole luz verde para todo.

Damon se detiene. Cierra los ojos un instante, como si luchara contra su propio control, pero al final su instinto de protección (o de paranoico) gana. Rompe el envoltorio, se pone el látex con un movimiento fluido y regresa a mí.

Se coloca entre mis piernas y entra de una sola embestida, profunda y brutal.

—Ah... —Grito, arqueándome.

—No te muevas —ordena con voz ronca—. Siénteme.

Damon me recorre con la mirada. La luz de la mañana ilumina su piel bronceada, el brillo del sudor en sus hombros, la tensión de sus bíceps. Aquí está, el hombre ideal, justo frente a mí y... dentro de mí.

Empieza a moverse. Es un ritmo rudo, casi primitivo. Entreabre la boca mientras mira justo donde nuestros cuerpos se unen, fascinado por la conexión. Con cada embestida, veo cómo se contraen los

músculos de su abdomen. Maldita sea, Damon Wallace follando es el mejor espectáculo del mundo.

Acelera gradualmente. Me aferro a las sábanas, sintiendo que vuelvo a estar al límite. El sonido de nuestra piel chocando hace eco en el cuarto.

—Estoy cerca... —advierto.

—No te lances todavía —gruñe él.

—Damon, por favor...

De repente, cambia la táctica. Me sujeta las piernas, las junta y las apoya planas sobre la cama. Se tumba sobre mí, atrapándome con su peso. En esta posición, todo es más estrecho, más intenso, más íntimo. La fricción es insoportable.

Sus ojos brillan. Parece que a mi hombre le gusta sentirme apretada.

Contraigo mis músculos internos y él echa la cabeza hacia atrás, perdiendo el compás.

—Joder, Melissa...

Vuelvo a apretarlo por dentro. Damon, incapaz de contenerse más, se hunde hasta el fondo y se queda ahí, temblando. Siento sus espasmos, la descarga violenta de su placer dentro de mí.

Se deja caer sobre sus codos para no aplastarme, pero no sale. Se queda ahí, llenándome, y empieza a besarme. No es un beso de lujuria; es tierno, lento, profundo.

Lo miro directo a los ojos y siento cómo algo salta entre nosotros. Algo hermoso y aterrador. Su mirada toca una fibra que tengo guardada muy en el fondo.

Esto ya no es sexo casual. Ni siquiera es solo "buen sexo". Estamos haciendo el amor. Y creo que los dos nos acabamos de dar cuenta.

—Damon —susurro, acariciando su nuca húmeda.

—Lo sé, nena —responde él, rozando mis labios—. Lo sé.

Sin salir de mí, empieza a moverse de nuevo, muy despacio, buscando mi placer con una paciencia infinita. Me guía poco a poco, beso a beso, hasta un segundo orgasmo que me deja flotando en una sensación de cercanía absoluta.

***

El fin de semana se desliza entre mis dedos como arena fina, rápido e irrepetible. El mundo parece haber dejado de girar solo para nosotros durante cuarenta y ocho horas.

Damon me recoge en mi apartamento y nos encerramos en su fortaleza de cristal. Pero esta vez no hay grandes gestos ni restaurantes caros. Hacemos lo más sencillo, lo más peligroso: cocinamos juntos, vemos películas en el sofá con las piernas entrelazadas, simplemente... estamos.

Ya no es el gran Damon Wallace, el tiburón de las finanzas. Solo es un hombre que se ríe de mis chistes malos y me roba palomitas. Es... mi hombre.

Y eso es precisamente lo que más me aterra.

Siento cómo, de forma lenta e inevitable, me estoy enamorando. Ya presiento el dolor que vendrá después, agazapado en la oscuridad. Somos de mundos distintos, galaxias opuestas, y estas historias rara vez terminan sin cicatrices.

El lunes por la mañana, la realidad vuelve de golpe. Damon se marcha a Londres para una ronda de reuniones vitales.

Estamos en la puerta. El coche ya espera abajo. Lo abrazo con fuerza, hundiendo la cara en su abrigo, como si pudiera retenerlo con ese gesto, como si pudiera impregnarme de su olor para que me dure toda la semana.

—Nada de hablar con chicas en el avión —susurro contra su solapa, intentando que suene a broma, aunque la garganta me arde.

Él sonríe, esa sonrisa torcida que me desarma, y me atrae más hacia sí, envolviéndome.

—Basta. Sabes que no tengo ojos para nadie más.

Trago saliva. Intento mantener la ligereza, pero por dentro todo es demasiado serio, demasiado frágil.

—Dime algo —le pido en voz baja, levantando la vista—. Cualquier cosa. Una tontería para que me sienta mejor y no te eche tanto de menos.

Damon se queda serio. Toma mi rostro entre sus manos grandes y cálidas, obligándome a mirarlo directamente a esos ojos marrones que ahora son mi perdición.

—Recogí tu brazalete —dice con voz ronca—. Aquella mañana en Denver. Lo encontré en las sábanas.

El corazón se me para un segundo.

—Y desde entonces —continúa, acariciando mi pómulo con el pulgar—, lo he llevado conmigo a todas partes. Ha viajado más que yo.

Se me corta la respiración. Una cosa es haberlo encontrado en su cajón y otra muy distinta es escucharlo de sus labios. Saber que, durante seis meses de silencio, él llevó una parte de mí en su bolsillo.

Los ojos se me llenan de lágrimas estúpidas y parpadeo rápido para que no se dé cuenta.

—¿De verdad? —mi voz es un hilo roto.

Él asiente y, sin decir nada más, me besa. Es un beso tierno, pausado, con sabor a despedida y a promesa.

—Te veo a la vuelta, Melissa.

Se marcha.

Me quedo apoyada en la puerta cerrada, temblando. Me dan ganas de abrirla y gritarle que ya estoy perdida. Que ya me he enamorado hasta los huesos.

Pero me callo. Porque no sé qué es exactamente este "nosotros". Y tengo un miedo atroz a destruirlo con una sola palabra equivocada.

***

Estoy tumbada en la cama, haciendo *scroll* infinito en Instagram sin ver nada realmente. Las fotos de desayunos perfectos y viajes soñados pasan ante mis ojos sin registrarse; mis pensamientos están a miles de kilómetros, en una sala de juntas de Londres.

Pienso en Damon.

A pesar de las reuniones constantes y del estrés de salvar su imperio, se mantiene en contacto conmigo. Cada mensaje es un

salvavidas. ¡Cómo lo echo de menos! Y lo mejor es saber que él también a mí.

El móvil cobra vida en mi mano. Su nombre ilumina la pantalla y mi corazón da un vuelco ridículo.

—Hola —contesto con una sonrisa que no me cabe en la cara.

—Hola —su voz llega profunda, aterciopelada, ronroneando directamente en mi oído a través del altavoz.

Me estremezco. Dios, ese tono debería ser ilegal.

—¿Cómo está mi hombre?

—Ocupado. Agotado —admite con un suspiro—. ¿Y tú?

—Sufriendo de soledad —dramatizo, enrollando un mechón de pelo en mi dedo.

—Curioso... —se burla él con ese tono oscuro que me encanta—. Anoche, durante nuestra videollamada por Skype, no parecías estar sufriendo demasiado.

El calor me sube a las mejillas de golpe.

Todas las noches, la distancia nos ha obligado a ser creativos. Ayer le monté un espectáculo privado. Vibrador incluido. Debería haber visto su cara... bueno, la vi. Fue inolvidable. Solo de recordar cómo se tocaba mientras me miraba, con los ojos negros de deseo y la respiración rota, siento un pinchazo de humedad entre las piernas.

Dios, estamos enfermos. Y me encanta.

—Te echo de menos, Damon —exhalo, y la broma se acaba. La voz me sale pequeña.

—Yo también, Mel —dice, y siento el peso de su sinceridad—. Más de lo que debería.

—Hablamos a la noche.

—Vale. Pórtate mal.

—Adiós.

Cuelgo y abrazo el teléfono contra mi pecho, cerrando los ojos. Solo unos días más. Solo unos días más y será real de nuevo.

Capítulo 28. Damon

De pie frente a la junta directiva, golpeo la pizarra con el rotulador para enfatizar el gráfico de proyección.

—Este pronóstico se basa en la volatilidad actual del mercado —explico con mi voz de mando, esa que no admite réplicas—. Sin embargo, tras las elecciones, el escenario cambiará drásticamente.

Un zumbido rompe la atmósfera estéril de la sala.

Mi móvil vibra sobre la mesa de caoba con una insistencia irritante. Lanzo una mirada gélida a los directivos, buscando al idiota que no ha silenciado su teléfono, hasta que me doy cuenta de que es el mío.

Ethan estira el cuello y observa la pantalla con una mezcla de curiosidad y burla. Yo bajo la vista.

Melissa.

El nombre brilla en la pantalla y, de repente, la estrategia fiscal y los millones en juego me importan una mierda. Cómo deseo escuchar su voz. Necesito su caos para ordenar mi cabeza.

—Tengo que atender esto —anuncio sin dar explicaciones.

—Pero, señor Wallace... —empieza uno de los socios.

—Ethan, continúa tú con la estrategia para el próximo trimestre —ordeno, ignorando la protesta.

Mi hermano se levanta para tomar el relevo, ocultando una sonrisa, mientras yo pulso el botón de aceptar y salgo de la sala de juntas a zancadas. Me refugio en el despacho contiguo, el antiguo santuario de mi padre, y cierro la puerta, bloqueando el ruido del mundo corporativo.

—¿Diga?

—Hola.

La voz de Melissa llega cargada de una alegría vibrante que me golpea el pecho.

—Hola —respondo.

Me descubro sonriendo como un estúpido frente a mi propio reflejo en el cristal, con el cielo plomizo de Londres como telón de fondo.

—¿Te pillo en mal momento? —pregunta ella con inocencia.

—No, en absoluto.

Solo he interrumpido una reunión crucial con doce tiburones financieros para hablar contigo. Pero no te lo diré.

—Solo quería decirte que me he comprado unas zapatillas nuevas.

Parpadeo, desconcertado.

—¿Ah, sí?

—Sí. Deberías tener miedo, Wallace. Prepárate, porque ahora voy a patearte el culo cuando salgamos a correr por el parque. Solo quería avisarte para que vayas asumiendo tu derrota.

Cierro los ojos, disfrutando de su naturalidad como si fuera oxígeno puro. Por fin alguien normal. Alguien real. ¿Cuándo fue la última vez que una mujer me llamó para amenazarme con una carrera en lugar de pedirme joyas o quejarse por mi ausencia?

—Lo dudo mucho, señorita Ferrell —replico con suficiencia, aflojándome el nudo de la corbata—. Todavía te falta mucho entrenamiento para alcanzarme.

—Ya veremos.

—Tres días —murmuro, y la voz se me rompe un poco por la necesidad.

—Tres días —repite ella con un tono suave que me hace desear tener el poder de teletransportarme.

Miro por la ventana. Londres es mi ciudad natal; aquí están mi madre, mi historia, mis viejos amigos. Pero al escuchar su respiración al otro lado de la línea, me doy cuenta de una verdad aplastante: mi verdadera casa ya no es un lugar. Mi casa es donde esté ella.

—¿Qué haces ahora? —pregunto, negándome a colgar.

—Voy a ponerme una mascarilla facial y a darme un baño con rodajas de pepino en los ojos. Te estás perdiendo un gran espectáculo.

—No me cabe duda. Pagaría por verlo.

Melissa es auténtica. No finge, no intenta ser la "novia perfecta del millonario". Y eso me tiene completamente jodido.

—¿Así que ahora usas pepinos para cuidarte?

—Dicen que bajan la hinchazón de las ojeras. Lucho contra la gravedad, Damon.

—Pues guárdalos —esbozo una sonrisa cargada de intención—. Quizá se me ocurra un uso más interesante para ellos cuando vuelva.

—¡Es usted un pervertido, señor Wallace! —se ríe a carcajadas.

Su risa me recorre la columna vertebral, borrando el estrés de la semana.

—Adiós, Melissa. Cuídate.

—Hasta pronto, Damon —susurra ella antes de colgar.

Guardo el teléfono en el bolsillo interior de la americana y respiro hondo. La sonrisa no se me borra. Regreso a la sala de juntas y recupero mi sitio en la cabecera de la mesa. Ahora es mi padre quien está junto a la pizarra, explicando tecnicismos.

Me siento junto a Ethan.

—¿Qué es tan gracioso? —me susurra mi hermano, dándome un codazo discreto—. Tienes cara de haber ganado la lotería.

—Se ha comprado unas zapatillas para ganarme corriendo.

Ethan pone los ojos en blanco, pero hay una chispa de aprobación genuina en su mirada.

—No me extraña que te rías. —Niega con la cabeza—. Esa chica te tiene agarrado por las pelotas, hermano. Y me alegro por ti.

***

El taxi se desliza por las calles grises de Londres bajo una lluvia fina. En mi cabeza se cruzan mil pensamientos, calculando probabilidades como si fuera una partida de ajedrez que ya he perdido.

Voy de camino a ver a Gregory.

Es una de las condiciones implícitas de su padre para cerrar el trato y uno de los motivos principales de este viaje. Tengo que hablar con ella. Lord Hamilton es sumamente influyente; va a invertir millones en la compañía y su nombre hará que las acciones de Wallace Invest despeguen de nuevo.

Pero el precio es alto.

Creí que Gregory y yo nos habíamos entendido aquel día en la oficina, cuando le dije que lo nuestro se había enfriado. Pero ayer, durante la cena, su padre me insinuó de forma nada sutil que le debía una explicación a su hija. Nadie en mi familia quiere arruinar la relación con un hombre tan poderoso, y ahora me toca a mí limpiar el desastre.

Las enormes puertas de hierro de la mansión se abren sin preguntas. Seguridad me estaba esperando.

Tras un suspiro pesado, bajo del coche y llamo a la puerta de roble. Tengo los nervios a flor de piel, una sensación que detesto.

Se abre y aparece su rostro perfecto, pálido y elegante. Ella misma me recibe, sin servicio de por medio.

—Damon... —susurra.

Con una sonrisa frágil, se me cuelga del cuello. Su perfume es caro, floral, pero no me despierta nada.

—Gracias a Dios que estás aquí —dice contra mi hombro—. Te he echado de menos...

—Hola, Greg.

Fuerzo una sonrisa y dejo que me guíe de la mano hacia el salón principal. Su tacto es frío y terriblemente familiar. Demasiado correcto.

—¿Cómo estás? —pregunta ella, abrazándome de nuevo—. Ahora que estás aquí, mejor.

Me safo de sus brazos con suavidad pero con firmeza y doy un paso atrás. Gregory frunce el ceño, confundida, pero recupera su máscara de control rápido. Me observa en silencio, escaneando mi rostro, hasta que la comprensión asoma a sus ojos.

—¿Qué ocurre? Estás... distante.

—He conocido a alguien.

Su rostro se congela.

—No sigas.

Se da la vuelta bruscamente, caminando hacia el ventanal. Su espalda está rígida.

—Ha sido algo superior a mis fuerzas, Gregory —explico, hablando a su espalda—. No lo busqué. Simplemente sucedió.

Amago con acercarme para consolarla, pero me detengo. No sería justo.

—¡No me vengas con cuentos románticos! —se gira de golpe, con los ojos llenos de furia—. Ambos sabemos perfectamente que tú controlas todo. Tus inversiones, tu tiempo, tus mujeres.

—Siento una atracción por ella que no puedo controlar. Es... diferente.

—¿Atracción física? —pregunta con desdén—. ¿Es solo sexo, Damon? Porque eso puedo perdonarlo. Siempre lo he hecho.

Aprieto los labios. Gregory está acostumbrada a mirar hacia otro lado.

—Al principio sí, solo me atraía en el plano físico. Pero ahora es más.

—¿Es la chica nueva de la oficina? —dispara, mirándome fijo—. ¿La asistente?

—Sí. Lleva dos meses en la compañía.

—¿Llevas dos meses follándotela mientras mi padre negocia salvar tu culo? —gruñe. Su rostro perfecto se deforma por la rabia.

—No —suelto tajante—. La conocí en un avión hace siete meses, el día que volé a Denver.

—¿Y qué? Menuda importancia. Te acuestas con montones de mujeres, Damon, pero eso nunca nos había separado. Somos un

equipo.

—Esta vez es diferente, Greg.

—¿Por qué? —grita, perdiendo los papeles—. ¿Qué tiene ella que no tenga yo?

—Que ella no sabía quién era yo —confieso en voz baja.

Gregory se queda callada, parpadeando.

—¿Qué?

—Cuando nos conocimos en ese avión, me presenté con un nombre falso. Ella se fijó en mí, en el hombre, no en el apellido Wallace ni en la cuenta bancaria. —Trago saliva—. Nadie me había mirado así nunca. Tú tampoco.

—¿Entonces a qué has venido? —exige saber con la voz temblorosa—. ¿A humillarme?

—A terminar nuestra relación definitivamente. —Me obligo a sostenerle la mirada—. No puedo seguir fingiendo, ni por tu padre ni por la empresa. No sería honesto contigo.

—¡Ni lo pienses! —Me señala con un dedo acusador, con lágrimas de rabia asomando—. Hemos pasado por mucho. ¡No te atrevas a tirar por la borda años de alianza por un capricho de oficina! Mi padre te destruirá.

Siento el peso de la amenaza, pero extrañamente, ya no me importa. Pienso en Melissa, en su risa, en cómo me desafía.

—Gregory —suspiro con cautela, acercándome un paso—. No encajamos. Tú quieres un socio. Yo necesito algo real. Mi lugar está al lado de ella.

—¿Y si vuelvo a los Estados Unidos? —propone, cambiando la táctica a la desesperada—. Puedo cambiar.

Le tomo las manos frías entre las mías. No siento nada. Solo pena.

—Tienes que enamorarte de alguien que te quiera con locura y te dé todo lo que necesitas. Yo no soy ese hombre. Y nunca lo seré.

—Por favor, Damon —susurra, intentando pegarse a mí.

Cierro los ojos un segundo y le beso la sien, un beso de despedida.

—Lo siento, Greg. De verdad.

La suelto y camino hacia la puerta sin mirar atrás. Sé que esto puede desatar una guerra con su padre, pero por primera vez en mi

vida, estoy dispuesto a perder dinero para ganar algo mucho más valioso.

Capítulo 29. Melissa

Paso por delante de seguridad con un aplomo que ni yo misma me creo. Damon volvió a casa anoche y hoy, por fin, voy a verlo. Me he levantado al alba, me he peleado con las tenacillas hasta conseguir unos rizos dignos de un anuncio de champú y me he puesto la falda lápiz gris que mejor me sienta.

Jamás una semana me había parecido tan eterna. Ha sido como vivir en un año bisiesto constante, donde cada minuto tenía ciento veinte segundos.

—Hola —saluda Liz en el ascensor, aferrada a su café XL como si fuera su elixir de supervivencia.

—Hola —sonrío con una alegría que probablemente resulte sospechosa a estas horas de la mañana.

Liz me escanea de arriba abajo y arquea una ceja.

—¿A qué viene ese aspecto de haber ganado la lotería? ¿Te ha tocado un premio o es que has follado?

—Damon ha vuelto.

—¿Cómo lo sabes?

—Me llamó desde el aeropuerto. Bastante borracho, por cierto.

Salimos en la sexta planta. Al levantar la vista, veo a Mark junto a la fotocopiadora, charlando animadamente con un grupo de empleados. Parece tan normal, tan integrado, tan... inofensivo.

—¿Conoces bien a Mark? —pregunto a Liz, bajando la voz mientras dejo el bolso en mi escritorio.

—Mmm. No demasiado —Liz se queda pensativa un instante—. Pero sé que Rachel trabajó con él en su antiguo empleo.

Me detengo con la mano en el botón de encendido del ordenador.

—¿Dónde? —Siento una punzada de curiosidad gélida en el estómago.

—En Capital. Estuvieron juntos allí un buen tiempo antes de venir aquí.

Giro la cabeza hacia ella tan rápido que casi me da un latigazo cervical. *Capital.* La competencia directa. El enemigo.

—¿Rachel estaba en el departamento financiero de Capital?

—Sí. Los de Wallace Invest la ficharon directamente de allí. ¿Por qué?

—Curiosidad.

Mierda.

Un pensamiento siniestro me cruza la mente como una nube negra. Me obligo a sacudírmelo. *No, Melissa, no seas paranoica.* Rachel es tu amiga, la chica que te manda memes de gatos. No puede ser una espía industrial con una doble vida de película. Ni lo pienses.

Pero la semilla de la duda ya está plantada. Toda la semana pasada estuve hablando en secreto con Ethan, probando mi teoría del topo. Ethan es un gran tipo; serio, inteligente y mucho más táctico que su hermano. Acordamos no decirle nada a Damon hasta tener pruebas para no estresarlo más.

Suena mi teléfono fijo, sacándome de mis oscuras conjeturas.

—¿Diga?

—Buenos días, Melissa. Soy Natalie. —Su tono es el de siempre, eficiente y frío—. El señor Wallace quiere verla en su despacho. Ahora mismo.

Siento cómo el pulso se me dispara de cero a cien en un segundo.

—Voy para allá.

Cuelgo y casi salgo volando de la silla. Subo en el ascensor a la planta ejecutiva y, cuando las puertas se abren, me cuesta horrores no echar a correr por el pasillo.

Está aquí. Realmente ha vuelto.

Cruzo la recepción bajo la mirada inquisitiva de Natalie y llamo a la puerta con el corazón martilleando contra las costillas.

—Adelante —responde desde el interior esa voz profunda, aterciopelada y pecaminosa que me ha faltado tanto.

Entro y cierro la puerta tras de mí.

Damon está junto a la ventana, de espaldas. Se gira lentamente. Es la personificación del éxito envuelta en un traje azul oscuro a medida y una camisa blanca inmaculada. Había olvidado lo increíblemente guapo que es en persona. Su presencia llena la habitación, asfixiante y magnética.

Nuestras miradas chocan y el aliento se me escapa de los pulmones.

—Hola —esboza lentamente una sonrisa depredadora.

—Hola —exhalo.

El aire entre nosotros chisporrotea tanto que me extraña que no salten los aspersores de incendios.

Damon cruza el despacho en tres zancadas largas. No me da tiempo ni a respirar. Toma mi rostro entre sus manos grandes y me besa. No es un beso suave; es una reclamación. Hambriento, profundo, desesperado. Siento que las rodillas se me vuelven de gelatina y me aferro a sus solapas para no caer.

—He echado de menos a mi chica —gruñe contra mis labios.

Enreda su mano en mi pelo, echándome la cabeza hacia atrás con un movimiento posesivo, y desliza la lengua por mi cuello, buscando mi pulso.

—¿Tú me has echado de menos? —pregunta mientras me muerde la piel con suavidad.

Me estremezco. Una oleada de deseo líquido me recorre el cuerpo entero.

—Claro que sí, idiota —jadeo.

Damon vuelve a besarme con urgencia, empujándome contra la puerta.

De repente, la puerta se abre, golpeándonos.

—¡Hola, hermano! —dice Ethan alegremente desde el umbral.

Damon gruñe y se separa de mí un milímetro, protegiéndome con su cuerpo. Ethan se queda petrificado, con la mano en el pomo y los ojos como platos al vernos despeinados y jadeantes.

—Oh... —Ethan se pone rojo—. Perdonad. Mala hora. Muy mala hora.

Sale cerrando la puerta a toda prisa.

Damon ni siquiera se inmuta. Vuelve a mirarme con una intensidad que quema.

—Quiero que esto funcione, Melissa.

—¿A qué te refieres? —susurro, todavía aturdida por el beso.

—A nosotros.

—Ya estamos juntos, ¿no? —frunzo el ceño, tratando de recuperar algo de coherencia.

—No. Antes solo follábamos. Ahora te quiero a ti. —Besa mi mandíbula y se me escapa un gemido involuntario—. Te quiero toda. Sin reservas. Sin secretos.

Me atrae hacia él por la cintura. Puedo sentir su erección firme y dura contra mi vientre.

Dios, bienvenido a casa.

—De acuerdo —lo beso con ganas.

—Esta noche cenarás conmigo. Y dormirás conmigo —decreta.

—Sí —sonrío, temblando de anticipación—. ¿Cenamos fuera?

—No. Quiero quedarme en casa. Le pediré a Iván que compre algo.

—Ni hablar. Quiero cocinar yo. Prefiero ir al supermercado y elegir los ingredientes. Tu nevera da pena, Damon.

Él desliza sus manos por mi cuerpo, bajando desde mi cintura hasta mis caderas, como si estuviera memorizando mis curvas de nuevo.

—Iván te llevará.

—No voy a ir a por cebollas en una limusina, Damon. Me moriría de vergüenza. La gente mirará.

Él agarra mi mano y la guía hasta su bragueta, donde su deseo late con fuerza bajo la tela. Sus ojos arden con una promesa oscura.

—Te necesito en mi cama esta noche. No quiero que pierdas tiempo en el metro. Te daré uno de mis coches —exhala rozando mi

labio inferior—. Coge las llaves del que quieras del garaje.

—¿Un coche? —Me río nerviosa—. Señor Wallace, sería mucho más fácil si simplemente me folla aquí y ahora.

—Le diré a Iván que te prepare el deportivo. A partir de ahora conducirás tú. Haz como si fuera tuyo.

—Solo lo necesito hoy...

—No, Melissa —me corta, y su tono se vuelve serio—. De nuestro garaje. Te mudas conmigo.

—¿Qué?

Me safo de su abrazo, rompiendo el hechizo de la excitación. Retrocedo un paso, parpadeando.

—¿Qué has dicho? ¿He oído bien o el jet lag de Londres te ha frito las neuronas?

—Si hago algo, lo hago bien. —Sus ojos oscuros brillan con una determinación inquebrantable—. No hago nada a medias. Si estás conmigo, estás a mi lado. Siempre. Duermes en mi cama, conduces mis coches y vives en mi casa.

—Damon —susurro, en shock—. ¿Te has vuelto loco? Hace una semana no querías saber nada de relaciones y ahora... ¿quieres que vivamos juntos?

—Si no tuviera el día programado al minuto, te pondría ahora mismo sobre mi escritorio y te demostraría lo cuerdo que estoy. —Me da la vuelta y me da una nalgada sonora en el trasero que me hace saltar—. Ahora vuelve al trabajo antes de que cambie de opinión y te arranque la falda aquí mismo.

Miro la puerta intentando controlar mi pulso. Tengo una visión instantánea de mí con las piernas abiertas sobre su escritorio de caoba y casi me mareo.

—Sí, señor —camino hacia la salida con las piernas temblorosas.

—Por cierto, Melissa.

Su tono se vuelve autoritario y me giro en el umbral, con la mano en el pomo.

—Voy a anunciar nuestra relación.

—¿Para qué? —pregunto totalmente confundida. ¿De verdad quiere que toda la oficina lo sepa?

—Porque odio los cotilleos y las conjeturas. Y porque quiero dejar una cosa clara a todo el mundo, incluido Mark.

Damon me clava la mirada, posesiva y letal.

—Que todos sepan que eres mía.

¿Suya?

Me quedo anonadada, sin palabras. He perdido por completo la capacidad de articular una frase coherente. El corazón me late tan fuerte que me duele.

—Oh. Vale... hasta luego —balbuceo como una idiota y salgo a la recepción.

Cierro la puerta y me apoyo en ella, respirando hondo. ¿Se ha vuelto loco Damon Wallace o he aterrizado en un universo paralelo donde los multimillonarios fríos se convierten en novios posesivos de la noche a la mañana?

Sea como sea, me gusta. Me gusta demasiado.

***

Dos horas más tarde, sigo mirando la pantalla del ordenador sin procesar una sola cifra.

Estoy en shock.

Al volver a mi puesto, estaba demasiado alterada para contarle nada a Liz o a Rachel. Solo ahora empiezo a asimilar sus palabras. Me inclino a pensar que Damon simplemente está agotado por el desfase horario y que de ahí vienen sus ideas delirantes.

No es posible que yo sea, de verdad, la novia oficial de Damon Wallace. Esa palabra me suena a ciencia ficción, como si de repente me hubieran dado un papel protagonista en una película para la que ni siquiera hice el casting.

A la hora del almuerzo, el móvil vibra sobre la mesa. El nombre en la pantalla hace que se me seque la boca: **Damon**.

—Hola, señor Wallace —sonrío al contestar, tratando de sonar profesional, aunque el corazón me baile un zapateado en el pecho.

—¿Cómo está mi chica? —ronronea esa voz grave que me derrite las rodillas.

—¿Te encuentras bien? —frunzo el ceño, preocupada por su salud mental.

—De maravilla. ¿Por qué?

—Bueno, estás actuando de forma muy... impulsiva. Extraña.

Escucho su risa profunda, una vibración que se cuela en cada célula de mi cuerpo y me deja sin defensas.

—Solo llamo para decirte que mañana por la noche tenemos una gala.

—¿Qué gala? —pregunto, paralizándome.

—La entrega de los *Global Investment Awards* —explica con una calma exasperante—. Es importante.

—La entrega de premios a la inversión —repito mecánicamente. Genial. Suena apasionante. Casi tanto como leer la letra pequeña de un contrato de seguros en arameo.

—Exacto.

Miro de reojo a mis amigas, absortas en sus ensaladas; no tienen ni idea de que mi vida acaba de dar un giro de ciento ochenta grados.

—¿Dónde es?

—Aquí, en Nueva York. Vendrá mi familia al completo: mis padres, mis hermanos. Podrás conocer a todos formalmente.

Siento que me falta el aire. ¿Conocer a los padres? ¿A toda la dinastía Wallace?

—¿Yo? Eh... ¿Etiqueta? —pregunto horrorizada.

—Vestido de noche. Largo.

La sangre me abandona el rostro. Mi armario es un desierto de prendas básicas de Zara y vestidos de rebajas que gritan «clase media» a kilómetros de distancia.

—Damon, no tengo nada adecuado —murmuro, tapándome la cara con una mano—. En serio. Pareceré la pariente pobre.

—No te preocupes. Esta tarde enviarán varios modelos de diseñador al ático. Elige el que más te guste. O quédatelos todos.

Me paso la mano por el pelo, abrumada por la logística de ser una «novia de millonario». Es demasiado.

—¿Y si voy contigo la próxima vez? Mañana puedo esperarte en casa, en la cama, con lencería bonita... ¿Qué pinto yo en una

entrega de premios financieros?

—Melissa —me corta él con esa voz tranquila pero firme que usa en las negociaciones—. Vas a venir conmigo. Punto.

—Damon, ¿no estamos yendo demasiado rápido? —susurro.

—Nos vemos luego. Tengo una reunión. A las cinco, Iván te esperará en la entrada lateral con las llaves.

—Está bien. —Respiro hondo, rendida—. Hablamos esta noche.

Cuelgo y dejo caer la cabeza sobre el escritorio. Mi vida se ha convertido en un episodio de *Gossip Girl* y yo ni siquiera tengo el carné de socia.

—¿Qué pasa? —pregunta Rachel con la boca llena.

—Damon ha perdido el juicio —exhalo.

—¿Por qué dices eso?

—Quiere que mañana por la noche vaya con él y con toda su familia a una gala de premios. Y me va a enviar vestidos de alta costura.

—¡¿Qué?! —sueltan Rachel y Liz al unísono, mirándome con los ojos como platos.

—Y ahora me va a dejar su coche. Y yo ni siquiera sé dónde hay un supermercado cerca de Central Park que no venda el agua a diez dólares la botella.

—Vamos —dice Rachel, tomándome del brazo y levantándome de la silla—. Necesitas aire. Y yo necesito ver ese coche.

Bajamos a la calle. Doblamos la esquina hacia la entrada lateral y nos quedamos petrificadas en la acera.

—¿Qué demonios...? —exhalo.

Junto a Iván, aparcado en doble fila, hay algo que parece una nave espacial negra. O el Batmóvil en versión elegante.

Observo el vehículo horrorizada. Es negro mate, bajísimo, con líneas agresivas y futuristas. Tan caro que me da miedo hasta mirarlo de cerca por si lo rayo con la mirada.

—Hola, Melissa —sonríe Iván con su calidez habitual, ajeno a mi infarto inminente.

—Buenas tardes, Iván.

No puedo apartar la vista de la bestia mecánica.

Iván me entrega un juego de llaves y una tarjeta magnética.

—La llave del coche —explica, señalando el mando futurista—. Y esta es su nueva llave del ático.

Siento el peso del metal en mi mano. La llave del ático. *Su casa.*

—¿De este coche? —Palidezco—. Iván, yo pedí un coche para ir a por cebollas, no un transbordador espacial de la NASA.

Iván suelta una risita discreta. Rachel, a mi lado, se cubre la boca para no gritar.

—Es Rachel, mi amiga —la presento mecánicamente.

—Un placer. —Iván asiente y luego suelta la bomba—. Por cierto, señorita Ferrell, el señor Wallace me pidió que coordinara con usted la hora para la mudanza.

—¿Qué? —Siento que los ojos se me van a salir de las órbitas.

—¿Le parece bien el sábado por la mañana? He organizado el servicio de embalaje profesional. Ellos se encargarán de todo: ropa, libros, muebles si desea traer alguno...

Miro a Rachel, que me observa totalmente atónita. ¿Qué está pasando aquí? ¿Desde cuándo nos mudamos? ¿He firmado algún contrato con el diablo mientras dormía?

—Ya... ya hablaremos de eso —balbuceo, tratando de procesar la invasión de mi vida—. No tengo tantas cosas, no hace falta ningún servicio...

—El señor Wallace insiste —sonríe Iván con esa amabilidad que no admite réplicas. Se gira y pulsa un botón en la llave.

Las puertas traseras del coche se elevan majestuosamente hacia el cielo, como las alas de un halcón.

—¡Madre mía! —grita Rachel.

—Espere un momento —pido, levantando un dedo tembloroso—. Esto es demasiado.

Me doy la vuelta y marco el número de Damon. Tiemblo de pura indignación (y pánico).

—Hola —ronronea esa voz al otro lado al primer tono.

—¿Qué coche es este, Damon? —susurro, intentando no gritar en plena calle.

—Un Tesla Model X Plaid —explica como si me estuviera hablando del clima—. Es el más seguro del mercado. Y tiene piloto automático por si te estresas.

—¡No puedo conducir esto! ¡Tiene alas, Damon! ¡Alas!

—Te quedan bien las alas —responde él con una sonrisa audible—. Sube al coche, Melissa. Ve al súper. Y luego vete a casa. A *nuestra* casa. Te veo en la cena.

Cuelga.

Miro el teléfono, miro el coche futurista con las puertas abiertas hacia el cielo de Nueva York, y luego miro a Rachel.

—Creo que me voy a desmayar —anuncio.

—Si te desmayas, yo conduzco —responde ella, fascinada—. Sube al maldito coche, Cenicienta. Tu carruaje espera.

***

Entro en el garaje subterráneo del edificio de Damon con el corazón en la garganta. Conducir el Tesla ha sido como pilotar una nave espacial.

Ahora entiendo por qué siempre va en limusina; aparcar en esta ciudad es una pesadilla logística. Cuando por fin logré dejar el coche (o mejor dicho, cuando el coche se aparcó solo), suspiré aliviada. Dejé a Rachel en su casa antes de venir; me aterrorizaba la idea de que alguien rayara esta joya de seis cifras.

Iván ya me espera junto al ascensor privado.

—Buenas tardes, señorita Ferrell. —Me indica el camino con una sonrisa profesional.

Subimos en silencio. Iván mantiene la vista al frente, discreto como una tumba.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando para Damon? —pregunto para romper el hielo.

—Diez años.

—¡Vaya! Es mucho tiempo. ¿Desde Inglaterra?

—Sí. El señor Wallace valora la lealtad por encima de todo —dice con un brillo de orgullo en los ojos—. Es un hombre generoso con los suyos.

Al llegar al ático, Iván deja las bolsas de la compra sobre la encimera de mármol.

—¿Necesita algo más? El señor Wallace sigue en una videollamada; terminará en veinte minutos.

—No, gracias, Iván. —Me muero por sacarle información sobre el enigmático Damon, pero me contengo.

—Que tenga buena noche.

Iván desaparece y me quedo sola. Empiezo a colocar la comida en la nevera vacía, tarareando. De pronto, siento un cambio en la presión del aire. Me giro.

Damon está en el umbral de la cocina. Todavía lleva el pantalón del traje, pero se ha quitado la chaqueta y la corbata, y la camisa blanca está desabrochada en el cuello. Se ve agotado, poderoso y peligrosamente sexy.

—Hola. —Cruza la cocina y me rodea la cintura con sus brazos, pegándome a él.

—Hola. —Le rozo los labios y me derrito—. Tienes un coche curioso. Casi despego.

Él suelta un bufido de risa, me toma la cara entre las manos y me besa de verdad. Con lengua, con hambre, borrando el resto del mundo.

El interfono suena, rompiendo el momento.

—Dios, esto parece Grand Central Station —murmuro contra su boca, irritada.

—Son los estilistas con tus vestidos —explica él, dándome un último beso rápido—. Mientras eliges la ropa, me daré una ducha y un masaje rápido. Tengo los hombros destrozados.

Desaparece por el pasillo. Abro la puerta principal y me quedo de piedra.

Dos mujeres espectaculares entran empujando un perchero rodante repleto de fundas de portatrajes.

—Buenas noches. Traemos la selección para el señor Wallace —dice una rubia despampanante.

—Sí, pasen... —balbuceo, sintiéndome pequeña con mis vaqueros y mi camiseta—. Soy Melissa.

—Encantada. Soy Evie y ella es Sofía.

Me quedo helada. *Sofía*. La miro de reojo: alta, morena, perfecta. Demasiado perfecta. ¿Será ella?

—Poneos cómodas en el salón —les digo con una sonrisa forzada —. Vuelvo en un minuto.

Corro al dormitorio principal. Damon está bajo la ducha, con la puerta de cristal empañada.

—¿Qué demonios está pasando? —susurro, entrando en el baño lleno de vapor.

Él asoma la cabeza, con el pelo lleno de espuma.

—¿Qué pasa?

—Dos modelos de Victoria's Secret han invadido tu salón con un armario entero. Además, voy por la ciudad en un coche espacial y ahora resulta que me mudo aquí. ¡Me va a dar un infarto, Damon!

Él sonríe, esa sonrisa de tiburón relajado.

—No pienses tanto, Melissa. Solo baja, pruébate los vestidos y quédate con lo que te guste. Con todo, si quieres.

—Es demasiado...

—Para mí nada es demasiado si es para ti. —Cierra la mampara—. Ahora déjame terminar o bajaré mojado y asustaré a las visitas.

Regreso al salón. Las estilistas han desplegado un arsenal de seda, lentejuelas y terciopelo.

—Cuéntanos cuál es tu estilo —pide Evie—. ¿Qué te hace sentir poderosa?

Miro los vestidos. Son obras de arte.

—Mmm... —repaso las perchas—. No lo sé.

Empiezo a probarme cosas. Un vestido rojo. Uno negro. Uno dorado.

—¿Has elegido algo, cariño? —suena la voz grave de Damon a mis espaldas.

Me giro de golpe.

Damon está en mitad del salón. Y lleva *solo* una toalla blanca enrollada precariamente a la cintura. Tiene el pelo mojado, gotas de agua bajando por su pecho bronceado y sus abdominales marcados.

Las estilistas dejan de respirar. Literalmente. Veo cómo sus ojos se abren de par en par, recorriendo cada centímetro de su anatomía.

—Hola, señor Wallace —murmuran a coro, casi reverenciales.

—Hola —responde él con naturalidad, ignorando su efecto devastador. Se acerca a mí, me pone una mano posesiva en la

cadera desnuda (llevo un vestido con la espalda al aire) y señala el perchero—. Nos llevaremos este rojo, el negro y el azul. Y todos los zapatos.

—Sí, señor.

—También la lencería. —Me mira a los ojos, se inclina y me besa. Un beso de marcaje—. Trato hecho.

Me da una palmada en el trasero que resuena en el salón silencioso y camina hacia el dormitorio como un rey en su castillo.

Me giro hacia las estilistas. Me miran con una mezcla de envidia pura y respeto absoluto.

Una hora después, la cena está lista.

Damon baja de nuevo, vestido con ropa cómoda (gracias a Dios). Al verme en la cocina, sonríe.

—Por favor, la próxima vez no te pasees en toalla delante de las visitas —le regaño mientras sirvo el vino—. Esas pobres chicas se han ido hiperventilando.

—¿Celosa? —Me abraza por la espalda.

—Pues sí. No me gusta que otras mujeres te miren como si fueras el postre. —Me giro y le apunto con la cuchara de madera—. Eres mi postre.

Él se ríe y me besa el cuello.

—Vamos a la cama.

—No. Primero cenamos. Siéntate.

Se sienta, obediente por primera vez en su vida. Le sirvo el filete con salsa de champiñones.

—Mmm, magnífico —admite tras el primer bocado.

Me siento frente a él.

—Damon, ¿por qué le has pedido a Iván que traiga mis cosas el sábado?

—Porque quiero que vivas aquí —dice con la boca llena.

—¿Desde cuándo? Ni siquiera me lo has preguntado.

—Lo decidí en Londres.

—Damon, para mí "intentarlo" es tener citas, ir al cine... no fusionar nuestras vidas en 24 horas.

Él deja el tenedor y me mira serio.

—Melissa, no tengo tiempo para juegos. En Londres vi a Gregory.

El nombre cae como una bomba. Se me hiela la sangre.

—¿A tu ex? —pregunto con un hilo de voz—. ¿Seguíais juntos?

—No. Pero había... cabos sueltos. Fui a verla para cortarlos definitivamente. Le dije que se había acabado.

—¿Por qué?

—Porque le hablé de ti.

Parpadeo, sorprendida.

—Le dije que me había enamorado de una mujer en un avión hace seis meses y que no había podido olvidarla. Le dije que quería construir un futuro contigo.

El corazón me da un vuelco violento.

—¿De verdad le dijiste eso?

—Sí. Y se lo dije a mi familia. Y mañana se lo diré a todo Nueva York en la gala.

Se levanta, rodea la mesa y me levanta de la silla para sentarme sobre la encimera, quedando entre mis piernas.

—Te quiero, Melissa Ferrell. Te he querido desde que me miraste con descaro en aquel asiento de primera clase. He guardado tu brazalete como un amuleto. Intenté alejarme, intenté ser "profesional", pero fue una pérdida de tiempo.

Me acaricia la cara con los pulgares.

—Soy un hombre de todo o nada. Y te quiero a ti. En mi casa. En mi cama. En mi vida. Ahora que he aceptado que he perdido el control, no voy a desperdiciar ni un segundo más durmiendo solo.

Lo miro, con los ojos llenos de lágrimas. Es arrogante, mandón y está loco. Y es el amor de mi vida.

—Eres imposible, Wallace.

—Soy tuyo —corrige él—. ¿Trato hecho?

Sonrío, rodeándole el cuello con los brazos.

—Trato hecho.

Me besa, y esta vez sé que no es un contrato temporal. Es para siempre.

***

Me giro en la cama, buscando instintivamente su calor, pero mi mano solo encuentra sábanas frías. El vacío a mi lado me despierta de golpe.

Damon no está.

Miro el reloj digital: las 3:33. La hora del diablo o de los insomnes.

Me levanto y salgo al pasillo, dejando que el frío del suelo de madera me despabile. Veo luz en la cocina, pero está vacía. Sigo caminando hacia el otro extremo del ático; un resplandor azulado y gélido sale de la puerta entreabierta de su despacho.

Me acerco de puntillas y me asomo.

Damon está allí, sentado tras el escritorio de caoba, todavía en bóxers. Se frota el labio inferior con el pulgar con un gesto obsesivo mientras clava una mirada oscura en la pantalla del ordenador. Está tan absorto, tan perdido en su propia tormenta, que ni siquiera nota mi presencia.

Me quedo quieta en el umbral, observándolo. Casi puedo palpar la ansiedad que emana de sus hombros tensos, cargados con el peso de un apellido y un imperio. Tras cinco minutos de verlo luchar contra lo invisible, decido que ya es suficiente.

—Hola —susurro.

Damon gira la cabeza bruscamente, como si lo hubiera sacado de un trance. Sus ojos están inyectados en sangre, cansados.

—Hola, nena —dice, y me regala una sonrisa suave que no llega a iluminar su mirada.

Me acerco descalza, miro por encima de su hombro y lo veo. Un gráfico con una línea roja que cae en picado, cortando la pantalla como una herida abierta. El valor de las acciones de Wallace Invest desangrándose en tiempo real.

Mierda.

Sin pedir permiso, me siento en su regazo, rodeando su cuello con mis brazos, bloqueando su visión de la pantalla. Le doy un beso tierno en la sien, donde le late una vena.

—¿No puedes dormir?

—Todo está bien —miente. Desliza su mano por mi espalda desnuda, pero el gesto es mecánico, distraído.

No, no lo está. Siento que se está rompiendo por dentro. Es un nudo de nervios andante. Necesito que desconecte, que su cerebro deje de calcular pérdidas. Necesito traerlo de vuelta a la tierra. A mí.

Le beso el cuello, mordiendo suavemente su clavícula hasta sacarle un pequeño gemido de sorpresa. Luego, me deslizo al suelo, arrodillándome entre sus piernas abiertas.

El aire de la habitación cambia al instante. Se vuelve espeso, eléctrico.

Damon baja la mirada, confundido al principio, pero luego sus pupilas se dilatan.

—Te he echado de menos —susurro mientras mis manos viajan a la cinturilla de sus bóxers—. Echaba de menos a mi hombre. Y mi hombre me necesita ahora.

Lo libero y lo tomo en mi boca con una urgencia nueva. No es solo sexo; es una terapia de choque. Tengo que ser la mujer que lo volvió loco hace siete meses; actuar de forma espontánea y volarle la cabeza. Hacer que olvide los millones, los traidores y los gráficos.

Él suelta un gruñido gutural, echa la cabeza hacia atrás y abre más las piernas, entregándose. Sus manos se aferran al borde del escritorio, los nudillos blancos.

Sosteniéndole la mirada desde abajo, paso la lengua por él y siento cómo su excitación estalla, dura y palpitante, ganándole la batalla a la preocupación.

—Fóllame la boca —le ordeno en un susurro, mirándolo a los ojos. El marrón de sus iris se vuelve negro abismo—. Enrédate las manos en mi pelo y úsame, Damon. Olvida todo lo demás.

Una llamarada prende en su mirada. Me agarra del pelo con ambas manos. No es delicado. Es posesivo. Es el gesto de quien necesita reafirmar que todavía tiene el control sobre algo en su vida.

Se desliza profundamente en mi garganta. Cierro los ojos y dejo escapar un gemido sordo, aceptándolo todo. Me pregunto qué aspecto tendré así, desnuda y arrodillada bajo el escritorio de un multimillonario mientras su imperio se tambalea.

La respuesta es simple: soy su ancla.

Damon gime y acelera el ritmo, marcando una cadencia violenta y desesperada. Envuelvo su miembro con mi mano, acompañando el

movimiento, succionando con fuerza. Veo cómo se contraen los músculos de su abdomen, cómo la tensión del trabajo se convierte en pura tensión sexual.

—Joder, Melissa... —gruñe, apretando los dientes—. No pares.

—Vamos —le pido entre embestidas, sintiendo su sabor—. Dámelo todo. Quiero beberte hasta la última gota.

Sus caderas se mueven con fuerza, buscando la liberación como quien busca oxígeno. Noto que sus músculos se tensan al máximo, un espasmo recorre su cuerpo grande y una ráfaga caliente me golpea la garganta.

Lo trago todo. Cuando Damon abre los ojos, brillantes y nublados por el placer, sé que he ganado. La línea roja ha desaparecido de su mente.

Me levanta del suelo como si no pesara nada y me sienta en su regazo. Me devora los labios, gimiendo al sentir su propio sabor en mi lengua. Me separo un poco para mirarlo; el aire vuelve a chisporrotear, pero esta vez la ansiedad se ha ido. Solo queda la paz después de la tormenta.

—Te quiero —le susurro al oído, dejando que las palabras floten en el silencio del despacho.

Él me besa con un hambre desesperada, aferrándose a mí como si yo fuera el único activo que nunca perderá valor.

—Te quiero —responde ronco.

Se levanta y me lleva en brazos de vuelta a la cama. Me aferro a sus hombros anchos, sintiendo su corazón martillear contra mi pecho, ya a un ritmo más humano.

Nos tumbamos y él me abraza por la espalda, cuchareando, enterrando la cara en mi pelo. Y así, hasta el amanecer, la pantalla del ordenador se queda encendida en la otra habitación, ignorada, mientras nosotros nos sumergimos en el único mundo que importa: el nuestro.

Capítulo 30. Melissa

Estamos las tres sentadas a la mesa de la cafetería, en nuestro rincón favorito junto a la ventana. El bullicio del almuerzo llena el local, pero yo estoy concentrada en el exterior.

Veo a Mark cruzar la calle. Camina rápido, con un maletín de cuero en la mano.

Frunzo el ceño. *¿Para qué narices carga con un maletín a la hora del almuerzo?* Nadie lleva trabajo a casa un miércoles a la una.

Ese tipo me despierta muchísimas sospechas. No puedo evitar pensar que ahí dentro guarda los secretos que le está birlando a Damon. Siento un escalofrío, no de frío, sino de puro instinto de supervivencia.

—¿Hace mucho que conoces a Mark, Rach? —pregunto, intentando que mi tono parezca casual, mientras pincho mi ensalada.

Liz, que ha seguido mi mirada, sorbe su bebida con la pajita haciendo un ruido irritante que rompe el silencio de la mesa.

—Creo que unos ocho años —responde Rachel con los labios apretados, sin mirar a la calle.

—Liz me ha dicho que ya trabajasteis juntos antes.

—Sí —asiente ella, hincándole el diente a su sándwich tostado con rabia—. En finanzas. En *Capital*.

Capital. La competencia directa. Mi estómago da un vuelco.

—Vaya. ¿Y por qué se fue? —insisto.

Vuelvo a observar a Mark mientras su figura desaparece entre la multitud de trajes grises. Tengo la sensación de que trama algo sucio.

—No se fue. Lo echaron —dice Rachel en voz baja, limpiándose la boca con una servilleta de papel—. Hubo sospechas de fraude financiero. Pero él siempre dijo que le tendieron una trampa.

—¿Qué tipo de fraude? —pregunta Liz, dejando el refresco.

—No lo sé exactamente, pero se rumoreaba que estuvo implicado en un escándalo de escuchas ilegales. Pinchaba teléfonos para obtener información privilegiada.

Me quedo helada. El tenedor se me resbala de los dedos y cae al plato con un tintineo agudo.

¿Escuchas telefónicas?

Mierda. Eso explicaría muchas cosas. Explicaría cómo saben nuestros movimientos antes de que los hagamos.

—¿Se demostró? —pregunto con un hilo de voz.

—Son solo conjeturas. Nunca hubo pruebas físicas. —Rachel pone los ojos en blanco—. Pero cuando el río suena...

Necesito confirmar si Mark es capaz de traicionar a un compañero. Decido lanzar un cebo.

—El otro día le di unos datos confidenciales de un informe y se los pasó a Dylan como si fueran suyos —miento con fluidez.

—¡Maldita serpiente! —Rachel entorna los ojos con asco—. Eso es típico de él.

—No tengo pruebas, claro. Solo intento entender con quién trabajamos.

—Teniendo en cuenta todo lo que sé de él —dice mi amiga con sequedad—, preferiría mandarlo al infierno antes que confiarle mi espalda. Aquí se comporta de forma muy correcta, pero un lobo siempre es un lobo, Melissa.

Trago saliva. Tengo que hablar con Ethan. Ya no es una sospecha; es una certeza. Pero no puedo hacerlo aquí, rodeada de gente.

Cambio de tema antes de que mi cara me delate. Hablamos de trivialidades, aunque mi mente sigue procesando la información:

Capital. Escuchas. Fraude.

Diez minutos después, salgo a la calle para tomar el aire. Necesito escuchar una voz que no pertenezca a este nido de víboras corporativo.

Siento el teléfono caliente en la mano, como si él también estuviera nervioso. Marco el número de Christina.

—¿Melli? —Su voz suena clara y familiar—. ¿Sigues viva o te ha comido la Gran Manzana?

—Formalmente, sí —exhalo, apoyándome en la pared de ladrillo—. Pero moralmente me siento como una maleta después de un transbordo en tres aeropuertos. Por fuera parezco entera, pero por dentro todo está revuelto y a punto de desparramarse.

—Oh, Dios. Cuéntamelo todo. Ahora.

Respiro hondo y suelto la bomba antes de arrepentirme.

—Damon ha vuelto. Y me ha pedido que me mude con él. Y quiere presentarme a su familia entera esta noche en una gala.

Silencio absoluto al otro lado de la línea.

—Espera. ¿Qué? —pregunta Christina atónita—. ¿Vivir con él? ¿En su ático de millonario? ¿Ya?

—Sí. Con sus toallas de hilo egipcio y su vida perfecta. Suena como si alguien hubiera pulsado el botón de avance rápido en mi vida y yo no tuviera el mando a distancia.

—¿Y tú qué has dicho?

—Él ni siquiera ha preguntado, Chris. Él informa. Y yo... yo estoy fingiendo ser una mujer adulta y decidida, pero por dentro estoy gritando.

—Y eso no es todo, ¿verdad? —insiste ella—. Conozco ese tono, Melissa. Hay algo más.

Trago saliva. El nudo en mi garganta se aprieta.

—Dijo que me quiere.

—Melissa...

—Lo sé —me apresuro a decir, sintiendo el pánico—. Demasiado rápido. Demasiado bonito. Demasiado intenso. Me da miedo que sea una de esas cosas que brillan mucho, como los fuegos artificiales, y luego explotan y te dejan a oscuras.

—¿No le crees?

—Yo... tengo miedo de creer. Él está acostumbrado a conseguir lo que quiere en los negocios. Damon Wallace no duda; él decide y adquiere. Y yo no quiero ser otra de sus fusiones empresariales exitosas. No quiero ser un activo más.

Christina calla un segundo, respetando mi miedo.

—¿Y cuando estáis los dos solos, sin trajes ni dinero... cómo es?

Cierro los ojos, recordando la noche anterior, su cabeza en mi pecho, su vulnerabilidad.

—Real —respondo sin dudar—. No es frío. No es calculador. Recuerda los detalles, Chris. Guardó mi brazalete durante seis meses. Está presente de una forma que... asusta.

—¿Por qué asusta que sea real?

—Porque si esto es real, no podré dar marcha atrás. Ya no tengo defensas. Y si sale mal, tendré que recogerme a mí misma con una pala. No estoy segura de tener pegamento suficiente para otra ruptura así.

Christina suspira con esa sabiduría de hermana mayor que a veces odio y otras necesito desesperadamente.

—Melli, ya es tarde para tener miedo. Ya te estás enamorando.

Quiero rebatirlo, quiero decir que solo es atracción física y hormonas, pero guardo silencio. Ella tiene razón.

—Te lo mereces, nena —dice ella con suavidad—. Te mereces que te quieran así, con esa intensidad. Deja de analizar el mercado y disfruta de la inversión.

Me río, y el sonido me recompone un poco.

—Gracias, Chris. Eres la mejor.

—Llama en cualquier momento. Aunque solo sea para que te confirme que no estás loca.

—¿Seguro que no estoy loca?

—Estás enamorada —sentencia ella—. Es casi lo mismo, pero suena más bonito y tiene mejores vistas.

Capítulo 31. Melissa

Exhalo un suspiro pesado mientras estudio mi reflejo en el espejo de cuerpo entero. Giro para observarme por detrás.

El vestido dorado de Chanel que Damon rescató ayer de la montaña de ropa cae sobre mi cuerpo como una segunda piel, elegante y atrevido al mismo tiempo. Mi melena oscura cae en ondas amplias, prendida tras una oreja para dejar ver el cuello, y el maquillaje de noche destaca por un labial rojo intenso, casi desafiante.

Estoy terriblemente nerviosa. Es mi primera aparición pública oficial como pareja de Damon, y su familia será testigo de ello. He hablado con mi madre hoy, pero no me he atrevido a mencionar nuestra relación. No quería gafarlo. No me sorprendería que la velada terminara siendo una pesadilla.

«No derrames nada sobre el vestido y no bebas demasiado champán para no meter la pata», me repito mentalmente como un mantra.

¡Dios, no voy a ser capaz! Estoy tan tensa que me vendría bien un trago de tequila ahora mismo.

—¿Casi lista? —pregunta Damon desde el umbral.

Me giro. Su mirada recorre mi cuerpo de abajo arriba, lenta y apreciativamente, mientras una sonrisa sexy se dibuja en sus labios.

—Dios, estás preciosa.

Me aliso el vestido sobre las caderas con manos temblorosas.

—¿Estoy bien? ¿No es demasiado?

—Estás perfecta —asegura. Se acerca, me rodea con sus brazos y me besa en la mejilla, aspirando mi perfume—. Aunque no me gustan los labios rojos.

—¿Por qué? —hago un gesto confuso.

—Porque no podré besarte sin dejar rastro, y tengo la intención de besarte toda la noche.

Cuando me estrecha contra él, ya estoy sonriendo. Hoy algo ha vuelto a cambiar entre nosotros. Siento una cercanía especial; su honestidad de ayer terminó de derribar mis defensas internas. Rachel tenía razón: siempre busco la trampa en todo.

¿Pero cómo evitarlo si temo por mi propio corazón? Si Damon me deja, ¿cómo voy a recomponerme? Sé que esto no se parece en nada a mi romance anterior, pero el futuro sigue dándome vértigo. Conozco el dolor de una ruptura y presiento que esta vez la herida sería mortal.

Observo su figura: el esmoquin negro a medida, la pajarita impecable, sus ojos marrones brillantes y ese cabello oscuro que le da un aire de príncipe rebelde. Nunca un hombre me había impresionado tanto como Damon Wallace. Tiene todo lo que necesito, aunque antes ni siquiera sabía que lo estaba buscando.

—Cuanto antes lleguemos, antes podremos irnos —exhala él, leyendo mi ansiedad. Desliza su mano por mi trasero y me da un ligero cachete—. Vamos.

Media hora después, la limusina entra suavemente en el acceso del hotel. Observo por la ventana a los invitados con sus trajes de gala, los flashes de las cámaras, el brillo de las joyas.

Los nervios empiezan a traicionarme. El estómago se me cierra. Ignorando mi agitación interna, Damon me toma de la mano y me besa el dorso con calma.

—Estoy contigo —susurra.

¿Qué le diré a su madre? ¿Y a su padre? Maldita sea, ¿por qué he aceptado venir?

Iván nos abre la puerta. Damon baja primero y me tiende la mano para ayudarme. El aire frío de la noche me golpea la cara. Me guía hacia las grandes puertas principales con paso firme. Al vernos pasar, siento el peso de las miradas ajenas. Algunos invitados se giran disimuladamente, otros nos siguen con los ojos sin pudor.

Apenas puedo respirar mientras nos abrimos paso entre la multitud. Hay reporteros, pero Damon los esquiva con la destreza de quien lleva años bajo los focos.

—Buenas noches, Damon —suena una voz desde un lateral.

Damon asiente cortésmente, pero ni siquiera reduce el paso. Su objetivo es la mesa.

Cruzamos las puertas dobles del salón de baile y me lleva directo a una de las mesas redondas de la primera fila, cubierta con un mantel de lino blanco inmaculado. La cristalería brilla bajo las arañas de luces y el centro luce velas y hermosas flores blancas.

Mierda. Miro los cubiertos. ¿En qué orden se usan estos cuchillos y tenedores? Tengo que ir al baño urgente y buscarlo en Google antes de que sirvan el primer plato.

En la mesa ya está sentado un hombre imponente: el padre de Damon. A su lado, una mujer elegante con el cabello oscuro perfectamente peinado y un vestido negro de manga larga que grita clase alta.

—Padre, Elizabeth —nos presenta Damon con orgullo, poniéndome una mano en la espalda baja—. Esta es Melissa.

—Hola, cariño. —La esposa de Donald se levanta de inmediato y me besa en ambas mejillas. Retrocede un paso para estudiarme con ojos curiosos pero amables—. Es un placer. Es obvio que tienes algo especial para haber traído a Damon aquí.

¡Qué mujer más encantadora! Esbozo una sonrisa tímida, sintiéndome un poco menos intrusa.

—Hola, Melissa —me saluda su padre, Donald, extendiéndome la mano—. La última vez fue breve. Es un placer tenerte con nosotros.

—Sí, lo mismo digo, señor Wallace —susurro.

Damon retira mi silla y me siento; el corazón me golpea el pecho con fuerza. Siento que el rubor me sube a las mejillas. *No te pongas*

roja, idiota, me regaño. Me imagino mi cara color remolacha en contraste con el aspecto gélido e impecable de los Wallace.

Damon se sienta a mi lado y me ofrece una copa de champán que un camarero acaba de servir.

—Gracias —susurro.

Lo miro a los ojos y le pido mentalmente: ¡Ayúdame! Él se limita a guiñarme un ojo y apoya la mano en el respaldo de mi silla, marcando territorio.

—¿Dónde está Ethan? —pregunta Damon con aire despreocupado, recorriendo la sala.

—De camino —responde su padre.

Aprovecho para observar a la gente. Reconozco a dos directivos de nuestra planta. Saludan a los Wallace con reverencia y luego, al verme sentada en la mesa principal, fruncen el ceño, confundidos.

—¿Conocen a mi novia, Melissa? —pregunta Damon en voz alta, disfrutando del momento.

—Sí, sí... claro... —Los directivos fuerzan una sonrisa exagerada, casi cómica—. Buenas noches, Melissa —murmuran a coro, me dan la mano con un respeto nuevo y se alejan rápidamente.

Damon suelta una risita por lo bajo.

—Buenas noches —dice una voz alegre a mis espaldas.

Al girarme, veo a Ethan. Viene acompañado de una rubia despampanante.

—Buenas noches —saludamos todos.

—Melissa, esta es Valeria —la presenta Ethan.

—Hola —le doy la mano.

—¡Hola! —sonríe ella. Se acomoda a mi lado envuelta en una nube de perfume dulce y recorre la mesa con la mirada—. Me ha costado horrores elegir qué ponerme hoy. ¿Cómo va todo?

Valeria es hermosa y rebosa una confianza arrolladora. Parece más una modelo de Instagram que una pareja corporativa.

Ethan empieza a charlar con un hombre de la mesa de al lado. Valeria saca su móvil de última generación, se hace un *selfie* poniendo morritos y luego se inclina hacia mí.

—Anda, ven. Deja que te saque en una *story*.

—No, gracias —me aparto rápido, instintivamente—. No tengo redes sociales —explico con una sonrisa de disculpa.

—¿Qué? —Baja el móvil y me mira como si fuera un alienígena—. ¿No tienes Instagram?

—Simplemente no me gustan —me encojo de hombros.

—¿Y qué hay que no te guste? —pregunta extrañada—. Es visibilidad, es marca personal.

—No me gusta la representación de la sociedad bajo una luz irreal, la creación de una vida falsa con ideales inalcanzables —respondo impasible mientras doy un sorbo al vino.

Valeria parpadea. Damon, a mi lado, suelta una carcajada y dibuja círculos con el dedo sobre mi hombro desnudo, claramente divertido por mi respuesta.

—Oh, Dios, qué profunda —Valeria pone los ojos en blanco, pero sin maldad, y se hace otro *selfie*—. Perdonad, es que estamos lanzando un proyecto con influencers. Luego vuestro departamento se encargará de los números —añade dirigiéndose a Damon.

Al levantar la vista, noto que Elizabeth, la madrastra de Damon, me guiña un ojo con una media sonrisa de complicidad. El corazón se me acelera, pero de alivio. Les caigo bien.

Un camarero se acerca para rellenar mi copa.

—No, gracias —rechazo amablemente. Tengo que mantener la cabeza despejada.

—Melissa, tienes que venir a visitarnos a los Hamptons —dice Elizabeth de repente.

—Gracias, me encantaría —sonrío. Mantén la conversación, Melissa—. ¿Se van allí los fines de semana?

—Ahora vivimos allí, prácticamente. Donald quiere alejarse del ruido.

—Ah —exhalo—. Qué bien.

—¿Damon dijo que eras de California? —pregunta Elizabeth.

—¿Ah, sí? —Miro a Damon de reojo—. No, soy de Stamford. —Sonrío nerviosa—. Esta es la segunda vez que pruebo suerte en Nueva York.

—¿Y qué tal la ciudad?

—Me encanta. Es fascinante, aunque a veces te mastica un poco.

Damon, sin dejar de hablar con su padre sobre negocios, me pone la mano en el muslo bajo la mesa. Un apoyo silencioso.

—Damon dijo que se conocen desde hace más de medio año —continúa Elizabeth, curiosa.

—Sí, pero nos reencontramos hace poco... —fuerzo una sonrisa.

Cielo santo, ¿les habrá contado los detalles? Espero que no sepan que en el avión íbamos en asientos contiguos bebiendo champán y que nuestro "encuentro" fue un maratón sexual en un hotel de Denver.

Bebo un trago de agua para pasar el nudo en la garganta. De repente, noto que Damon se tensa a mi lado. Su mano en mi pierna se aprieta. Aprieta las mandíbulas y se le marcan los músculos de la cara como si algo le enfureciera.

Sigo su mirada gélida.

Un grupo de hombres y mujeres acaba de entrar. Caminan como si fueran los dueños del hotel.

—¿Quiénes son? —susurro.

—La familia Rosales —responde Damon con veneno—. Los dueños de *Capital Invest*.

—Oh. —Abro mucho los ojos. La competencia. Los de las escuchas.

Parecen ser de origen mediterráneo: muy atractivos, de piel bronceada y pelo oscuro. El hijo mayor, impecablemente vestido, recorre la sala con la mirada. Al vernos, esboza una sonrisa depredadora y alza la barbilla a modo de saludo. Damon inclina la cabeza con una cortesía tan fría que podría congelar el infierno.

—¿Quién es él? —pregunto en voz baja.

—Alessandro Rosales —explica Damon y da un trago a su whisky con desprecio—. El heredero. Aspira al trono. Salíamos de fiesta cuando yo acababa de llegar a la ciudad. Es un tipo repugnante —susurra—. Una serpiente.

Me quedo boquiabierta. Ahora entiendo la tensión en el ambiente.

Me presentan a unos cuantos invitados más que se acercan a saludar, y siento que mi cerebro va a estallar. Necesito un respiro.

—Voy al baño un momento —le susurro a Damon.

—¿Te acompaño?

—No, estoy bien. Vuelvo enseguida.

Me levanto y cruzo el salón hacia la zona del bar y los aseos. Al salir de la multitud, respiro hondo.

De repente, alguien me agarra del codo por detrás. Me giro bruscamente y me quedo helada.

Es él. El de *Capital*.

—Buenas noches —dice con una sonrisa seductora que no llega a sus ojos oscuros—. ¿Cómo se llama usted?

Frunzo el ceño y miro instintivamente hacia mi mesa. Damon está de espaldas, absorto hablando con Ethan.

—Melissa —respondo luchando contra los nervios. Intento soltar mi brazo, pero él lo retiene con suavidad.

Me coge la mano libre y me besa el dorso, demasiado lento, demasiado húmedo.

—Alessandro Rosales —se presenta—. Encantado.

—Ah... —exhalo, sintiendo una alarma en mi cabeza—. Perdone. Suéltame la mano, por favor.

Él no la suelta. Da un paso más, invadiendo mi espacio vital. Huele a colonia cara y a peligro.

—Me encanta adueñarme de todo lo que cree que le pertenece a Damon Wallace —susurra, recorriendo mis labios con la mirada—. Incluidas sus mujeres.

Abro los ojos de par en par. Por fin siento que me suelta la mano, como si hubiera quemado.

—¿Perdón? —frunzo el ceño, indignada—. ¿Qué ha dicho?

—Solo comentaba que está usted espectacular —Alessandro sonríe con una confianza excesiva, cambiando de tono—. No tiene por qué asustarse.

—Ni se me ha pasado por la cabeza asustarme —suelto con desdén—. Me da asco, que es distinto.

Da un sorbo a su copa, divertido por mi reacción.

—¿Quién es usted para hablarme así? —pregunta, arrogante.

—Una mujer que encuentra su audacia insultante. Adiós, señor Rosales.

Me doy la vuelta y camino hacia la barra del bar para pedir un agua y calmarme, pero él me sigue. No entiende la palabra «no».

—Un placer conocerte, Melissa —me susurra directamente al oído desde atrás.

Su aliento me roza la piel del cuello y un escalofrío traicionero me recorre la espalda.

—Te aseguro que volveremos a vernos. Yo mismo me encargaré de ello.

Me enfurece casi tanto como él mismo.

—No se moleste —suelto sin mirarlo.

El corazón me late a mil por hora. No me extraña que Damon esté siempre en tensión; trabaja rodeado de tiburones que sonríen mientras te enseñan los dientes. Alessandro no estaba ligando; estaba marcando territorio. Estaba enviando un mensaje a Damon a través de mí.

Me muero por volver a la mesa y contárselo todo a Damon, pero me contengo. Es obvio que Alessandro busca una reacción, una escena pública. No le daré ese gusto.

Regreso a la mesa y me siento junto a Damon, pegándome a su costado. Él me aprieta la mano de inmediato y la apoya sobre su muslo duro. El gesto me reconforta y, al mismo tiempo, me hace sentir protegida.

—¿Estás bien? —pregunta, notando mi pulso acelerado.

—Sí —miento a medias—. Solo... hay mucha gente.

—Dos horas más y nos largamos a casa —promete.

Sonrío, aunque por dentro tengo ganas de gritar.

Sirven el postre y las luces se atenúan. Comienza la entrega de premios. El foco ilumina el escenario. Las categorías se suceden una tras otra entre aplausos monótonos.

Damon mira al escenario sin expresión, manteniendo mis dedos presos contra su muslo. Ethan comenta las nominaciones. Yo aplaudo mecánicamente, pero mi mente sigue en el encuentro con Alessandro.

El presentador hace una pausa dramática.

—Y ahora, el galardón principal de la noche. El Premio Diamante por los logros excepcionales en inversión es para…

Redoble de tambores. Damon se tensa a mi lado. Sé que Wallace Invest lo ha ganado durante años. Es *su* premio.

—¡Capital Invest!

El anuncio cae como una bomba.

La sala estalla en aplausos y murmullos de sorpresa. En la mesa de los Rosales se oyen gritos de victoria exagerados.

Damon no se mueve, pero da un trago largo a su whisky hasta vaciar el vaso. Tiene la mandíbula de piedra.

—Joder —exhala Ethan, pálido.

Veo a Alessandro subir al escenario. Sostiene el trofeo como si fuera su corona y agarra el micrófono con prepotencia.

—Esto significa mucho para mí —dice, recorriendo el salón con la mirada hasta detenerse en nuestra mesa—. Mis condolencias a la familia Wallace, que se ha llevado este premio los últimos dieciséis años. El reinado ha terminado.

Saluda con la mano hacia nuestra mesa y, sin cortarse un pelo, le lanza un beso al aire a Damon. Y luego me mira a mí y sonríe.

Siento un escalofrío helado. Si en aquel entonces lo hubiera logrado, podría estar trabajando para esa gente. Damon me salvó de caer en sus garras.

Damon lo mira con ferocidad, inmóvil, pero noto que está a punto de explotar.

En nuestra mesa reina un silencio sepulcral. La tensión flota como el aire pesado antes de un huracán. Miro a Alessandro besando el trofeo y siento cómo me invade una rabia pura y lúcida.

Esto es la guerra. Y yo estoy en el bando de los Wallace.

Capítulo 32. Melissa

A las seis de la mañana, el sol apenas es una línea pálida en el horizonte de Manhattan.

Mis pulmones arden. Intento recuperar el aliento mientras observo la espalda de Damon, que corre diez metros por delante de mí en Central Park. Hoy lleva un ritmo brutal, casi castigador.

No me extraña. Está corriendo para dejar atrás la rabia de anoche. Ahora entiendo que la responsabilidad de un imperio no es una chaqueta que puedas colgar en el perchero al llegar a casa; lo aplasta las veinticuatro horas.

Damon llega a una bifurcación, da media vuelta y trota de regreso hacia mí sin bajar la guardia. Su camiseta técnica está empapada, marcando cada músculo de su torso. Se detiene a mi lado, respirando con dificultad pero con control.

—Hoy vas lenta, Ferrell —me provoca, trotando en el sitio.

—No es que yo vaya lenta —jadeo, apoyando las manos en mis rodillas—. Es que tú vas a toda mecha. Se ve que el psicópata de tu cabeza ha cogido un hacha más grande hoy.

Él suelta un bufido que es casi una risa y me inclina la cabeza para darme un beso salado y rápido.

—Jodidamente enorme —coincide—. Vamos, no te pares o te enfriarás.

Damos la vuelta y empezamos a trotar a un ritmo más humano hacia el ático.

—Por cierto —dice Damon, mirando al frente—, le he dicho a Iván que coordine la mudanza para el sábado por la mañana. ¿Te viene bien?

—Sobre eso...

—¿Qué? —Se tensa al instante.

—Tengo una contraoferta.

—¿Una contraoferta? —Me mira de reojo—. ¿Desde cuándo negociamos mi vida doméstica?

—Desde que quieres que yo forme parte de ella. —Le sostengo la mirada—. Me mudaré contigo, pero con una condición.

—¿Otra vez? —Pone los ojos en blanco, aunque veo una sonrisa asomar—. ¿Qué quieres ahora? ¿Un coche que vuele?

—No. Quiero fines de semana libres de Nueva York.

Damon frunce el ceño, confundido.

—¿Cómo?

—Viviré contigo si prometes que escaparemos de la ciudad los fines de semana. No todos, claro —aclaro rápido al ver su cara de pánico—, pero sí los suficientes para desconectar. Sin estrés, sin corbatas.

—Eso es imposible, Melissa. Tengo que estar operativo. El mercado no duerme.

—Pero tú sí. Si te quemas, pierdes. —Le toco el brazo mientras corremos—. Necesitas recargar las pilas. Estando agotado y al límite, no le sirves de nada a la empresa. Ni a mí.

Él guarda silencio, procesando mis palabras. Sabe que tengo razón, pero su obsesión por el control se rebela.

—Por ejemplo —lanzo mi órdago—, para este fin de semana ya he reservado un viaje sorpresa.

—¿Cuándo has tenido tiempo? —pregunta escéptico.

—Ayer —miento con descaro; no he reservado nada, pero improvisaré—. Piénsalo. Desconexión total: sin teléfonos, sin internet, sin noticias de *Capital*. Solo nosotros.

—¿Sin teléfono? —Su cara es un poema—. Eso es...

—¿Necesario? Sí.

Llegamos al cruce de la Quinta Avenida y el semáforo se pone en rojo. Nos detenemos jadeando. De repente, Damon me agarra del brazo y me atrae hacia su cuerpo sudoroso. Me toma la cara entre las manos y sella mis labios con los suyos, deslizando su lengua con ansia, sin importarle quién nos mire.

Es un beso de posesión, de hambre, de "estás loca, pero me encantas". Apoyo mis manos en sus muslos duros como rocas.

—¿Entonces hay trato? —susurro contra su boca cuando nos separamos un milímetro—. ¿Me mudo contigo bajo mis condiciones?

Él me acaricia el pómulo con el pulgar, resignado y excitado a partes iguales.

—Supongo que tendré que aprender a desconectar —concede—. Pero si el mundo se acaba mientras estoy fuera de cobertura, será culpa tuya.

Sonrío victoriosa.

—Asumo el riesgo.

Me agarra por las caderas y me pega más a su entrepierna.

—Eres una manipuladora, Wallace —le digo en voz baja, escondiendo la cara en su hombro húmedo.

—Y tú eres mía —responde con un apretón firme en mi trasero.

—¡Eh! ¡Buscados una habitación! —grita un taxista que pasa a nuestro lado tocando el claxon.

Nos echamos a reír, rompiendo la burbuja de intensidad. El semáforo cambia a verde.

—¿Qué pasa? —pregunta Damon al verme sonreír con malicia.

—Nada. —Le doy un cachete sonoro en la nalga—. ¡El último en llegar a casa cocina el desayuno! —le reto, saliendo disparada.

—¡Tramposa! —grita él, arrancando detrás de mí—. ¡Te ganaría hasta con las piernas atadas!

—¡Inténtalo!

—¡Es más! —Su voz se acerca peligrosamente a mi espalda—. ¡Si te alcanzo, te ataré yo a ti!

—¡O yo a ti! —le grito sin dejar de correr, sintiendo la adrenalina y la risa burbujear en mi pecho.

Bueno, ahora tengo un motivo excelente para dejar que me alcance. Pero no se lo pondré fácil.

***

Dos toques secos en la puerta de caoba.

—Adelante —responde la voz de Ethan, tranquila y profunda.

Abro y me asomo. Ethan está sentado tras su escritorio, rodeado de pantallas, pero al verme su expresión seria se ilumina al instante.

—Pasa, Melissa —dice, señalando la silla frente a él—. Si vienes a pedir un aumento por aguantar a mi hermano, te lo concedo ya.

Sonrío y cierro la puerta con cuidado. Me siento, alisando mi falda. Necesito aliados, y Ethan es el mejor estratega de esta familia. Él quiere a Damon tanto como yo, y sabrá diferenciar entre lo que su hermano *necesita* saber y lo que es mejor callar para evitar una guerra nuclear.

—Anoche te metiste a mis padres en el bolsillo —me cuenta, reclinándose en su silla—. Mamá no ha dejado de hablar de lo "auténtica" que eres. Y Valeria dice que eres su nueva mejor amiga porque odias Instagram.

—Me alegro de haber pasado la prueba —admito, relajándome un poco—. Pero no he venido a hablar de la gala. Al menos, no de la parte divertida.

La sonrisa de Ethan se desvanece, reemplazada por la atención del director financiero.

—Te escucho.

—Ya te mencioné mis sospechas sobre Mark.

—Sí. El tipo del maletín.

—He estado indagando. Según Rachel, mi amiga de contabilidad, corren rumores muy específicos sobre su despido anterior.

—¿De dónde lo echaron?

—De una revista financiera filial de *Capital*. —Suelto la bomba—. Y el motivo oficial fue "reestructuración", pero el rumor de pasillo es que lo pillaron en un escándalo de escuchas telefónicas ilegales. Grababa a sus superiores para vender información.

Ethan se inclina hacia delante, los codos sobre la mesa. Su mirada se afila.

—¿Escuchas? ¿En serio?

—Si creemos a Rachel, sí. Y considerando que *Capital* parece saber nuestros movimientos antes que nosotros... —Dejo la frase en el aire.

—Blanco y en botella —murmura Ethan, tamborileando con un bolígrafo sobre la mesa—. Si Alessandro Rosales lo plantó aquí, tenemos un micrófono con patas en la oficina.

—Exacto.

—Buen trabajo, Melissa. —Anota algo furiosamente en su bloc—. Voy a ordenar un barrido electrónico de seguridad esta misma noche. Pero dijiste que había más.

Dudo un segundo. Aquí viene la parte difícil. La parte que me hace sentir culpable.

—No le he dicho nada a Damon —empiezo, bajando la voz—, y necesito que tú decidas si debemos hacerlo. Pero anoche, Alessandro Rosales me acorraló cerca del bar cuando fui al baño.

—¿Qué hizo qué? —La voz de Ethan baja una octava, volviéndose peligrosa.

—Se acercó. Fue educado al principio, pero luego... —Trago saliva, recordando la sensación de su piel contra la mía—. Me agarró la mano y no me dejó soltarme. Me besó el dorso y me dijo, palabra por palabra: *«Me encanta adueñarme de todo lo que le pertenece a Damon Wallace. Incluidas sus mujeres»*.

—¡Hijo de puta! —exclama Ethan. El bolígrafo se parte en dos en sus manos con un chasquido seco.

Se levanta bruscamente y camina hacia la ventana, mirando hacia el horizonte de Manhattan como si buscara el edificio de Rosales para prenderle fuego.

—No quería montar un drama —me explico rápido—, pero su tono... no era un coqueteo, Ethan. Era una amenaza.

—Claro que era una amenaza. —Se gira, con los ojos llenos de una furia fría—. Alessandro es un depredador. Está intentando provocar a Damon. Sabe que Damon tiene la mecha muy corta cuando se trata de lo que es suyo.

—Por eso no se lo dije.

Ethan me mira, evaluando mi decisión.

—Si Damon supiera que ese imbécil te puso una mano encima y te amenazó, habría ido a su mesa a romperle la cara en medio de la gala. Y eso es exactamente lo que Rosales quería. Una foto de Damon Wallace perdiendo los papeles por una mujer.

—La prensa se lo habría comido vivo —asiento, sintiendo un peso en el pecho—. Las acciones habrían caído aún más.

—Hiciste bien en callarte, Melissa. —Ethan suspira, pasándose la mano por el pelo—. Joder, hiciste muy bien. Damon está al límite. Una chispa más y explota.

—Me siento mal ocultándoselo —confieso—. Odio mentirle.

—No es mentir, es gestión de crisis. —Vuelve a sentarse—. Yo me encargaré de Rosales. Mantendremos esto en secreto hasta que Damon esté más estable o hasta que tengamos la cabeza de Mark en una bandeja.

—Me lo llevo fuera de la ciudad este fin de semana —anuncio—. He conseguido convencerlo. Desconexión total.

—¿Has conseguido que Damon apague el móvil? —Ethan arquea una ceja, impresionado—. Definitivamente, eres mágica. Llévatelo. Que se calme, que folle, que duerma. Necesitamos que vuelva el lunes con la cabeza fría.

—Lo haré.

—Y Melissa... —Ethan me detiene cuando me levanto—. Una cosa más. Necesito que sigas tirando del hilo con Mark. Si tu amiga Rachel sabe cosas, averigua más. Con quién sale, dónde bebe, si tiene deudas de juego. Necesitamos algo sólido para destruirlo legalmente.

—Cuenta conmigo. Soy una espía excelente.

—Lo sé. —Me guiña un ojo, aunque la preocupación no abandona su rostro—. Cuida de mi hermano.

—Con mi vida.

Capítulo 33. Melissa

El viernes por la tarde, el sol empieza a caer sobre los rascacielos de Manhattan, tiñendo el cielo de un naranja sucio.

Estoy plantada junto a la entrada lateral de Wallace Invest, consultando el reloj con una mezcla de nervios y anticipación. A mi lado, en el suelo, descansa un pequeño bolso de viaje con lo mínimo indispensable. No necesito mucho: vaqueros, jerséis gordos y su atención indivisa.

Un todoterreno negro, robusto y agresivo, se detiene frente a mí con un rugido de motor. Al volante está Damon. Lleva unas gafas de sol de aviador que ocultan sus ojos cansados y una camisa blanca arremangada hasta los codos, dejando a la vista los tendones de sus antebrazos.

El corazón me da un vuelco estúpido. Es injusto que alguien se vea tan bien simplemente conduciendo.

Damon baja del coche, rodea el capó con paso firme y coge mi bolso sin decir nada.

—Hola, nena —dice con esa voz grave que me recorre la columna. Me besa en los labios con una posesividad hambrienta, como si llevara años sin verme.

—Hola —exhalo cuando me suelta, un poco mareada—. ¿Listo para la fuga?

—Más que listo —gruñe mientras me abre la puerta del copiloto—. Si paso un minuto más en esa oficina, acabaré estrangulando a alguien con su propia corbata. Y probablemente sería a mi padre.

Me río y subo al coche, sintiendo que el peso del mundo se queda atrás en la acera neoyorquina. Damon guarda el equipaje, se pone al volante y arranca. Abandonamos el asfalto de la ciudad como si estuviéramos huyendo de un incendio forestal.

—¿A dónde vamos exactamente? He revisado mentalmente todos los spas de lujo de los alrededores y ninguno encaja con tu descripción de "aventura" —pregunta mientras maniobra para salir al tráfico con una destreza casi agresiva.

—No es un spa, Wallace. Vamos a las montañas. A una cabaña de verdad.

—¿Una cabaña? —Arquea una ceja por encima de las gafas, escéptico—. ¿Con osos y leñadores?

—Con chimenea, olor a pino y silencio. Y absolutamente nada de cobertura.

Damon se queda callado un segundo, procesando la idea. Sus dedos tamborilean sobre el volante. Me pregunto si estará sufriendo una crisis de abstinencia digital preventiva.

—¿Nada de teléfonos?

—Podemos dejarlos encendidos por si hay una emergencia de vida o muerte, pero nada de revisar el correo, ni Bloomberg, ni contestar llamadas de la oficina —explico, apoyando la cabeza en el respaldo —. Solo tú y yo. Dos días enteros. Sin mundo exterior.

Se queda pensativo, mirando la carretera que empieza a despejarse de edificios y a llenarse de árboles. Luego asiente lentamente, como si estuviera firmando el contrato más arriesgado de su vida.

—Está bien. Probemos tu terapia de choque, doctora Ferrell.

Sonrío y pongo mi mano sobre su muslo tenso. Damon la cubre de inmediato con la suya y me da un apretón firme. Siento que, por fin, la tensión empieza a drenarse de su cuerpo.

Dos horas después, subimos por un camino de tierra sinuosa que huele a lluvia y libertad.

Finalmente, aparece ante nosotros una pequeña construcción de madera y piedra en un claro, rodeada de pinos centenarios que parecen vigilar nuestra llegada. Es rústica, solitaria y perfecta. Un porche amplio rodea la casa con un par de mecedoras que invitan a no hacer nada.

Damon aparca y apaga el motor. El silencio nos golpea de repente, denso y maravilloso.

—¿Qué te parece? —pregunta en voz baja, quitándose las gafas.

Se gira hacia mí. Sus ojos parecen más claros, más humanos bajo esta luz crepuscular.

—Es perfecto —digo simplemente.

Él se inclina y me besa con una lentitud que me hace olvidar hasta mi propio nombre.

Entramos. Por dentro, la cabaña es un refugio de catálogo: suelos de madera que crujen de forma reconfortante, techos bajos con vigas vistas y una enorme chimenea de piedra que domina el salón. A través de los ventanales, el bosque parece un cuadro vivo.

Damon recorre la estancia observándolo todo con curiosidad. Se quita la chaqueta, la tira sobre una silla sin mirarla y se desabrocha los primeros botones de la camisa. Parece que el aire de la montaña le está devolviendo la vida.

—Qué silencioso es todo esto —comenta, parándose frente a la ventana.

Me acerco a él por la espalda, lo rodeo por la cintura y hundo la cara en su espalda ancha.

—Gracias —dice de repente.

—¿Por qué?

—Por sacarme de allí. —Se gira entre mis brazos y me mira con intensidad—. Tenías razón. Necesitaba desaparecer o iba a explotar.

—Vamos a encender la chimenea —propongo para aligerar el ambiente—. Y a cocinar.

—Estoy muerto de hambre. Hagamos pasta —decide él, recuperando su tono de mando juguetón—. Supongo que hay provisiones, o tendremos que cazar.

Preparamos la cena juntos. Es fascinante ver a Damon Wallace picar ajo con la misma precisión quirúrgica con la que desmantela

empresas. Trabajamos en sintonía, rozándonos, riéndonos, bebiendo vino directamente de la botella mientras la salsa hierve.

Cenamos frente al fuego, sentados en la alfombra. Hablamos de cine, de libros, de música. Ni una sola mención a *Wallace Invest*, ni a Mark, ni a los gráficos rojos. Por primera vez, tengo delante al hombre, no al mito.

Después, nos quedamos abrazados en el sofá, mirando las llamas bailar. Me recuesto sobre su pecho, escuchando el latido tranquilo de su corazón.

—Damon...

—¿Mmm?

—Cuéntame de ti. De verdad. De tu vida en Londres antes de todo esto.

Su mano, que acariciaba mi pelo, se detiene.

—¿Para qué? —pregunta con cautela.

—Porque quiero conocerte. Todo de ti. No solo al CEO, sino al niño que fuiste.

Exhala un suspiro pesado y mira el fuego, como si buscara las palabras en las brasas.

—Mi madre se llamaba Elizabeth —empieza en voz baja—. Trabajaba como secretaria en la oficina de Londres del hermano de Donald. Allí conoció a mi padre.

—Donald.

—Sí. Pero Donald estaba casado en Nueva York. Tenía una familia "oficial". Esposa, hijos...

Escucho en silencio, sintiendo su dolor antiguo.

—Mi madre me crio sola en un piso pequeño de Londres. No nadábamos en la abundancia, pero éramos felices. Yo iba a una escuela pública, jugaba al fútbol en la calle... no sabía quién era mi padre hasta los diez años.

—¿Qué pasó a los diez años?

—Donald vino a Londres por negocios. Me vio por casualidad en la oficina de mi madre. —Damon esboza una sonrisa amarga—. Y el secreto se rompió. De repente, pasé de ser un niño normal a ser un "Wallace bastardo". El mejor colegio privado, tutores, dinero... pero

también el desprecio, la sensación de ser un error que había que pulir.

Me incorporo y tomo su cara entre mis manos, obligándole a mirarme. Sus ojos brillan con una vulnerabilidad que me rompe el alma.

—Por eso no confías en nadie —susurro—. Por eso necesitas controlarlo todo. Para que nadie pueda volver a hacerte sentir que sobras.

Damon cierra los ojos y apoya la frente contra la mía.

—Contigo pierdo el control, Melissa. Y eso me asusta de una forma atroz.

—¿Por qué?

—Porque si me permito amarte de verdad —pronuncia despacio, con voz ronca— y tú te vas... no lo sobreviviré. Me romperé en pedazos que no se pueden pegar.

Las lágrimas me queman los ojos.

—No me iré a ninguna parte, Damon. Soy tuya.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Me besa. Despacio, con ternura, con desesperación. Me tumba en el sofá y se sitúa sobre mí, cubriéndome con su peso y su calor.

Hacemos el amor allí mismo, bajo la luz dorada de la chimenea. No es sexo rápido ni furioso. Es lento, profundo, una conversación sin palabras donde nos entregamos el uno al otro por completo.

Cuando el orgasmo nos sacude a los dos, grito su nombre en el silencio de la cabaña. Damon hunde el rostro en mi cuello, temblando.

—Te quiero —susurro contra su piel sudorosa.

—Y yo te quiero a ti —responde él, ronco y sincero.

Nos quedamos entrelazados bajo una manta de lana, escuchando el viento fuera.

—No quiero volver a Nueva York —murmura Damon.

—Yo tampoco. Quedémonos aquí para siempre.

Me río, pero él me mira serio.

—¿Por qué no? Podríamos comprar una casa así. Yo gestionaría la empresa a distancia, vendría solo para las reuniones importantes. Tú

escribirías. Sin estrés, sin Alessandros, sin mierdas corporativas.

—Suena a un sueño —sonrío con tristeza—. Pero tienes un imperio que salvar.

—Cuando todo termine —promete, besándome la mano—. Cuando atrapemos al topo y las acciones suban... nos iremos. Aunque sea un mes. Quiero vivir, Melissa. No solo trabajar. Quiero vivir contigo.

—Trato hecho, entonces.

Lo abrazo fuerte, deseando que el mundo exterior desaparezca para siempre.

***

Me despierto por la mañana envuelta en el aroma a café recién hecho y beicon. Alargo la mano, pero las sábanas a mi lado están frías. Damon no está.

Me levanto, cojo su camisa blanca que tiró ayer al suelo y me la pongo. Me llega hasta los muslos y huele a él: a madera y a hombre. Camino descalza hacia la cocina.

Damon está frente a los fogones. Solo lleva los vaqueros bajos en la cadera, con el torso desnudo y los pies descalzos. La luz dorada de la mañana entra por la ventana y baña su espalda, resaltando cada músculo, cada cicatriz invisible. Parece un anuncio de vida doméstica perfecta.

—Buenos días —digo, apoyándome en el marco de la puerta, disfrutando de las vistas.

Se gira, espátula en mano, y sonríe. Es una sonrisa perezosa, sin prisas.

—Buenos días, preciosa. ¿Café?

—Por favor. En vena, si es posible.

Me siento a la mesa de madera rústica. Damon me sirve el café en una taza humeante, la pone frente a mí y me besa la coronilla, aspirando el olor de mi pelo.

—¿Cómo has dormido? —pregunta, volviendo a los huevos.

—De maravilla. El silencio ayuda. ¿Y tú?

—Mejor que en los últimos seis meses —confiesa sin mirarme—. Ni siquiera me he despertado a las tres de la mañana para mirar la

bolsa de Tokio. He dormido del tirón.

Sonrío tras la taza. Normalmente, Damon tiene un sueño inquieto, de esos que dejan las sábanas revueltas como un campo de batalla. Pero aquí, lejos de las sirenas y los gráficos rojos, ha descansado como un niño.

Desayunamos con calma, robándonos trozos de tostada, y luego nos vestimos para salir.

Damon me toma de la mano y avanzamos despacio por el sendero cubierto de agujas de pino. El aire es frío y limpio, tanto que duele un poco al respirar.

—¿Sabes qué es lo que más echo de menos ahora mismo? —dice de pronto, rompiendo el silencio.

—¿El wifi?

—No. —Se ríe—. El ruido. Las sirenas, los cláxones, los gritos de los taxistas. Estoy tan acostumbrado al caos de Londres y Nueva York que este silencio me resulta... sospechoso. Como si el mundo estuviera conteniendo el aliento.

—No es sospechoso, Damon. Es paz. Te has relajado y no sabes qué hacer con esa sensación.

—Sí. —Se detiene y me atrae hacia él por la cintura—. Gracias a ti.

Nos besamos en mitad del bosque, rodeados de árboles centenarios que son los únicos testigos. Sus labios están fríos, pero su boca es cálida y promete refugio.

La noche cae sobre las montañas, cubriéndolo todo con un manto azul oscuro.

Estamos sentados en las mecedoras del porche, envueltos en mantas, con sendas copas de vino tinto en la mano. El único sonido es el de los grillos y el viento en las copas de los árboles.

Observo su perfil recortado contra la luna. Parece tranquilo, pero noto que su mente ha viajado lejos. Me atrevo a hacerle la pregunta que me ronda la cabeza desde que me contó su historia ayer.

—¿Damon?

—¿Mmm? —Gira la cabeza perezosamente.

—¿Tienes miedo de no ser capaz? —pregunto en voz baja—. Con la compañía. Con todo.

Se queda mucho tiempo callado, mirando el líquido oscuro de su copa.

—Cada día —confiesa finalmente. Su voz es ronca, cargada de una honestidad brutal—. Cada maldito día me despierto con un nudo en el estómago pensando: ¿y si hoy es el día en que todo se derrumba? ¿Y si les fallo a mi padre, a mis hermanos... a todos los empleados que dependen de mí?

—Damon, eres brillante. Has triplicado los beneficios desde que...

—No es solo el dinero, Melissa —me corta—. He pasado toda mi vida intentando demostrar que soy digno de llevar el apellido Wallace. Que no soy un error de juventud. Que no soy el "bastardo de Londres" al que es mejor olvidar. Y ahora que por fin me han dado la corona, siento que se me está cayendo.

Me duele el corazón al escucharlo. Ese es su verdadero fantasma: el síndrome del impostor.

—No la estás desperdiciando —digo con firmeza, dejando mi copa en el suelo y tomando su mano—. Estás luchando contra un enemigo invisible. Alguien te está robando información desde dentro. Eso no es incompetencia, Damon, es un crimen. Y no es culpa tuya.

—Pero es mi responsabilidad. Yo soy el capitán. Si el barco se hunde, es mi culpa.

—Sí. Y por eso vas a arreglarlo. —Le aprieto los dedos—. No estás solo en esto. Ethan te cubre las espaldas. Y yo también.

Él me mira, buscando la verdad en mis ojos.

—Vamos a encontrar a quien le filtra todo a Alessandro —le prometo, cuidando mis palabras para no delatar mi investigación—. Y cuando lo hagamos, Wallace Invest volverá a la cima. Y tú podrás dejar de demostrarle al mundo quién eres, porque ya lo has hecho.

—¿De verdad crees en mí? —pregunta con un hilo de voz, vulnerable.

—Más que tú mismo. —Asiento—. Eres Damon Wallace. El hombre que nunca se rinde. Y el hombre del que me he enamorado.

Damon deja su copa, me atrae hacia él y me abraza con una fuerza desesperada, hundiendo la cara en mi cuello.

—No sé qué haría sin ti, Melissa. Probablemente ya me habría vuelto loco.

—Beberías whisky a solas y le gritarías a las noticias —bromeo, acariciándole el pelo.

Él suelta una carcajada, una de verdad, profunda y sonora. Es el mejor sonido que he escuchado en mucho tiempo.

—Gracias por traerme aquí —murmura contra mi piel—. Gracias por salvarme.

***

El domingo por la tarde, el aire dentro de la cabaña parece haberse vuelto más denso. Nos movemos en silencio, recogiendo nuestras cosas con una lentitud deliberada, como si cada objeto guardado en la maleta fuera un segundo que perdemos.

—No quiero irme —murmuro, doblando su camisa y alisando la tela con las manos.

—Yo tampoco —admite Damon desde la puerta, mirando hacia el bosque—. Pero debemos hacerlo.

Cargamos el equipaje en el maletero. El golpe seco al cerrarlo resuena en el claro, rompiendo la paz. Cierro la puerta de entrada y me agacho para dejar las llaves bajo el felpudo áspero. Me quedo un segundo mirando la madera vieja de la puerta.

Subimos al coche. El motor arranca con un rugido bajo.

Mientras bajamos por la carretera de tierra, me giro en el asiento. Miro a través de la ventanilla trasera cómo la cabaña se hace pequeña, cómo los pinos la engullen poco a poco hasta que desaparece por completo en la curva.

Solo queda el camino por delante.

—Gracias —dice Damon de repente. Su voz es grave, tranquila, sin apartar la vista de la carretera.

—¿Por qué?

—Por estos días. Por sacarme de allí. Por enseñarme cómo es, simplemente... respirar. —Me busca la mano a ciegas y me aprieta los dedos con fuerza—. No lo olvidaré.

Sonrío y entrelazo nuestros dedos, apoyando la cabeza en el respaldo.

Conducimos en un silencio cómodo durante unos kilómetros. De repente, al salir a la autopista principal, el silencio se rompe.

Ping.

Una notificación.

Bzzzt. Ping. Bzzzt.

Nuestros teléfonos, que habían estado mudos en el asiento trasero, recuperan la cobertura de golpe. Empiezan a vibrar y pitar de forma frenética, vomitando cientos de correos y llamadas perdidas acumuladas en cuarenta y ocho horas. El sonido es mecánico, insistente, agresivo.

Siento cómo la mano de Damon, que sostenía la mía, se tensa.

Sus nudillos se ponen blancos. Veo de reojo cómo su mandíbula se aprieta, marcando ese músculo tenso en su mejilla. Su postura cambia: los hombros se enderezan, la barbilla se alza. La relajación del bosque se evapora en un segundo, reemplazada por la armadura invisible que lleva siempre puesta.

Suelta mi mano para agarrar el volante con las dos.

—Ya estamos aquí —murmura.

Miro al frente. En el horizonte, bajo un cielo gris de plomo, se recorta la silueta dentada de Nueva York. Los rascacielos se alzan inmensos, fríos y distantes entre la bruma de la tarde.

El teléfono de Damon vuelve a sonar. Esta vez es una llamada.

Él mira la pantalla, respira hondo y pulsa el botón de manos libres en el volante.

—Damon Wallace —contesta. Su voz ya no es la del hombre que freía huevos descalzo esta mañana. Es hielo puro.

Miro por la ventana. El bosque ha quedado muy atrás.

Capítulo 34. Damon

Lunes. Siete de la tarde.

Entro en el ático y cierro la puerta, dejando fuera el ruido de Manhattan y el caos de la oficina. De inmediato, el aire acondicionado y estéril del apartamento es reemplazado por un aroma delicioso que llega desde la cocina. Ajo, especias, hogar.

Sonrío, soltando el maletín del portátil en el suelo del recibidor como si pesara una tonelada. Me aflojo la corbata mientras camino hacia el origen de ese olor.

Me detengo en el umbral, apoyando el hombro en el marco, y la observo.

De espaldas a mí, Melissa se mueve entre los fogones con un ritmo propio, tarareando algo por lo bajo mientras remueve una olla. Lleva una falda de tubo negra y una blusa blanca de oficina, pero se ha quitado los tacones y está descalza sobre el mármol frío. Su pelo oscuro está recogido en una coleta alta que deja ver la nuca.

Esa visión me golpea el pecho.

Cuando ella está cerca, el ruido blanco de mi cabeza se apaga. Mi mundo, que suele ser una zona de guerra constante, entra en calma.

Todo esto es extraño, nuevo y aterradoramente adictivo. Nunca en mi vida había sentido esta urgencia por acabar el día. Hoy, durante una reunión de tres horas, me he descubierto mirando el reloj cada

diez minutos, calculando cuánto faltaba para volver a verla. Yo, Damon Wallace, convertido en un hombre que cuenta los segundos para volver a casa.

Melissa coge su copa de vino de la encimera y da un sorbo lento. Veo cómo sus labios rojos se cierran sobre el cristal, dejando una marca carmín perfecta en el borde.

Siento un pinchazo de deseo instantáneo en la ingle. Joder, envidio a esa copa.

No le quito la vista de encima, fascinado por la naturalidad con la que se ha adueñado de mi espacio y de mi vida. Me siento como un náufrago que por fin ha tocado tierra firme.

De pronto, como si sintiera mi peso en la habitación, Melissa se gira. Al verme, sus ojos se iluminan y me regala una sonrisa radiante que borra de un plumazo el estrés de las últimas diez horas.

—Hola —exhala, dejando la cuchara de madera.

Cruza la cocina descalza y se lanza a mis brazos. La atrapo al vuelo, hundiéndome en su olor.

—¿Cómo está mi hombre? —pregunta, rozando mis labios con los suyos.

—Ahora bien —murmuro contra su boca, apretándola contra mí—. Me alegra estar en casa.

***

El jueves es una locura. La oficina hierve de actividad mientras preparamos los informes trimestrales para la junta de mañana.

Ethan y yo estamos atrincherados en mi despacho, con las mangas de las camisas remangadas y rodeados de papeles, discutiendo el nuevo presupuesto de marketing. Es agradable sumergirse en los números y olvidar por un rato la amenaza de *Capital* y las filtraciones.

De repente, la puerta se abre de golpe sin que Natalie la anuncie.

—Adelante —digo por inercia, levantando la vista del informe.

Me quedo helado.

—Hola, Damon.

Gregory está de pie en el umbral. Lleva un abrigo de cachemir impecable y aspecto de haber llorado durante todo el vuelo transatlántico desde Londres.

Ethan se pone en pie de un salto, mirándome con los ojos muy abiertos.

—Hola, Greg —la saluda con cautela. Se acerca y le da un beso rápido en la mejilla—. ¿Qué haces en Nueva York?

—He venido a ver a Damon —dice ella, ignorando a mi hermano y clavando sus ojos en mí.

Ethan capta el mensaje al vuelo.

—Entiendo. —Me lanza una mirada de advertencia—. Os dejo. Tengo cosas que hacer.

Mi hermano sale y cierra la puerta, dejándonos en un silencio incómodo. El aire se llena de su perfume floral, pesado y familiar, que de repente me resulta asfixiante.

—Hola, Greg —me levanto y rodeo el escritorio, manteniendo las distancias.

Ella suelta el bolso en el suelo y se lanza hacia mí.

—Te echo de menos —solloza, agarrándome por las solapas de la camisa—. No puedo estar en Londres sabiendo que estás aquí con... con otra.

—Gregory, por favor... —Intento apartarla con suavidad, pensando en su padre y en los millones que penden de un hilo.

—Dijiste que el problema era que éramos demasiado socios y poco pareja. Puedo cambiar, Damon. Estoy dispuesta a todo.

Es insoportable verla así. Gregory siempre ha sido fría, controlada. Verla rota me genera una culpa terrible. Por puro instinto de consuelo, no la empujo; dejo que apoye la cabeza en mi pecho un segundo mientras le acaricio la espalda rígidamente.

—Greg, esto no va a funcionar...

En ese preciso instante, la puerta se abre de nuevo.

—Damon, tengo los datos que me pediste sobre...

Melissa entra como un torbellino de energía y luz. Se detiene en seco.

El tiempo se congela.

Melissa nos mira. Ve a mi exnovia aferrada a mi camisa y mi mano en su espalda. Cualquier otra mujer habría gritado o salido corriendo. Pero Melissa no. Ella se queda inmóvil, su expresión pasa de la sorpresa a una frialdad profesional que me hiela la sangre.

—Oh... —dice con voz neutra—. Veo que estás ocupado.

Me aparto de Gregory bruscamente, como si me quemara.

—Pasa, Melissa —ordeno, quizás demasiado rápido.

Gregory se gira, limpiándose una lágrima, y fulmina a Melissa con la mirada. Es un choque de trenes: la aristócrata de Londres contra la fuerza de la naturaleza de Nueva York.

—Gregory —digo con firmeza, poniéndome al lado de Melissa—, esta es Melissa. Mi pareja.

El silencio es ensordecedor. Melissa sostiene la mirada de Gregory con una dignidad que me hace querer arrodillarme ante ella.

—Es un placer —dice Melissa, tendiéndole la mano. Un gesto de clase absoluta.

Gregory ignora su mano.

—Así que tú eres la razón —escupe.

Melissa retira la mano despacio, sin perder la compostura. Me mira a los ojos, y en ellos veo una advertencia: *«Arréglalo tú»*.

—Os dejo a solas para que terminéis vuestra... conversación —dice Melissa con suavidad, pero con un tono que no admite réplicas—. Estaré en mi escritorio, Damon.

—Gracias —susurro.

Ella sale y cierra la puerta con una suavidad que duele más que un portazo.

Me giro hacia Gregory. La pena ha desaparecido. Ahora solo siento impaciencia.

—¿Siquiera sabe quién soy? —pregunta ella con voz temblorosa.

—Sabe, que eres mi ex y la hija de uno de mis mayores inversores.

—¿Y nos deja solos así? ¿No tiene celos?

—Es que Melissa sabe dónde está mi corazón, Greg —respondo sin dudar—. No necesita montar una escena porque sabe que es la única.

Gregory da un paso atrás, como si la hubiera abofeteado.

—No digas tonterías. Solo es un capricho. Te resulta cómoda porque es nueva, ya que no te exige nada.

—Te equivocas. Ella me exige todo. —Me paso la mano por el pelo, frustrado—. Escúchame bien, porque no voy a repetirlo: amo a esa mujer. Voy a construir mi vida con ella. No hay espacio para nadie más.

—¡Bastardo! —Gregory aprieta las mandíbulas, furiosa—. ¡Mi padre se enterará de esto!

—Tu padre es un hombre de negocios, Greg. Entenderá que no mezclemos lo personal con lo profesional. Y si no lo entiende... —Me encojo de hombros—. Asumiré las consecuencias.

Ella me mira con incredulidad. Sabe que hablo en serio. Sabe que estoy dispuesto a perder dinero por Melissa.

—¿De verdad crees que puedes reemplazarme así de fácil? —pregunta, esta vez con tristeza real—. Te quiero, Damon.

—Lo siento, Greg. Pero lo nuestro se acabó mucho antes de que yo conociera a Melissa.

—Es hora de que me vaya, ¿no?

—Sí. Es hora.

Ella recoge su bolso del suelo con movimientos bruscos.

—Adiós, Damon. Espero que valga la pena.

—La vale —aseguro.

Gregory sale dando un portazo que hace temblar los cristales.

Me quedo solo en el silencio de mi despacho, sintiendo cómo la adrenalina baja. Me aflojo la corbata, que de repente me aprieta. He quemado un puente importante, pero he salvado el único que me importa.

Me siento y marco el número de la extensión de Melissa.

—¿Diga? —Su voz suena profesional, pero tensa.

—Hola —digo suavemente—. Se ha ido.

Escucho su respiración al otro lado.

—¿Estás bien? —pregunta ella. Increíble. Acaba de pillarme con mi ex y me pregunta si *yo* estoy bien.

—Lo estoy ahora. —Sonrío, sintiendo una oleada de amor brutal—. ¿Qué te parece si nos vamos a almorzar? Necesito salir de aquí y

necesito que me mires para borrar la imagen de los últimos diez minutos.

—Damon, tenemos mucho trabajo...

—Almuerza conmigo, Melissa. Por favor.

Ella suspira, y oigo la sonrisa en su voz.

—Está bien. Nos vemos en el vestíbulo en cinco minutos. Y más te vale que me lleves a un sitio caro.

—Al más caro de la ciudad —prometo.

Cuelgo. No tengo ninguna duda. Esa mujer es mi destino.

Capítulo 35. Melissa

Me levanto de la silla con la excusa de preparar café para las chicas. Necesito moverme. Necesito interceptarlo.

Entro en la pequeña cocina de la oficina. Justo cuando estoy colocando mi taza bajo el surtidor de la máquina, la puerta se abre.

Es Mark.

El destino, por una vez, juega a mi favor.

—Hola, Melissa —saluda, pasando por mi lado hacia la nevera. Parece tenso, ojeroso.

—Hola, Mark. —El corazón me martillea contra las costillas. Es ahora o nunca.

Me giro hacia él, bloqueando sutilmente la salida.

—Tenemos que hablar —suelto en voz baja, sin preámbulos.

Mark se detiene con una botella de agua en la mano. Me mira, y en sus ojos veo un destello de pánico que intenta disimular con una sonrisa de vendedor de coches usados.

—Claro. ¿Sobre los informes de...?

—No. Sobre *Capital*. Y sobre lo que estás haciendo aquí.

Su sonrisa se evapora. Mira rápidamente hacia la puerta abierta, comprobando si alguien nos escucha. Un chico de contabilidad pasa por el pasillo charlando, y Mark se tensa visiblemente.

—Aquí no —susurra, dando un paso hacia mí, bajando la voz—. Es demasiado arriesgado. Las paredes tienen oídos, Melissa.

—Necesito saberlo —insisto, clavándole la mirada—. Y necesito saberlo hoy. Antes de que vaya a hablar con Damon.

Es un farol, pero funciona. Mark palidece ligeramente.

—Está bien. —Se pasa la mano por el pelo—. Quedamos después del trabajo. Fuera de aquí. Te lo explicaré todo.

—¿A qué hora?

—A las seis y media.

Dudo un instante. Eso me da tiempo justo.

—¿Dónde?

—En el *Blue Bar*, el de la esquina. Es oscuro y ruidoso. Nadie nos prestará atención.

—Allí estaré. Y más te vale que aparezcas, Mark.

—No tengo elección, ¿verdad? —masculla él, y sale de la cocina a toda prisa, dejándome sola con el zumbido de la cafetera.

Regreso a mi mesa con las piernas temblorosas y tres cafés que no recuerdo haber servido. Rachel y Liz me miran, pero yo evito sus ojos. Me siento como una criminal.

Tengo una cita con el topo. Y ahora viene la parte más difícil: mentirle al hombre que amo.

Miro el reloj. Las cinco. Tengo que llamar a Damon ya, antes de que organice la noche o envíe a Iván a recogerme.

Con manos torpes, marco su número.

—Hola, nena —ronronea esa voz profunda y sexy al primer tono.

El estómago se me cierra. La culpa tiene un sabor amargo.

—Hola, Damon. —Intento que mi voz suene casual, pero me sale un poco más aguda de lo normal—. Te llamaba para avisarte de que llegaré un poco tarde.

—¿Trabajo? —pregunta. Oigo el sonido de papeles de fondo.

—No. —Me paso la mano por la frente—. Voy a cenar con Rachel y Liz. —Miro de reojo a mis amigas, que trabajan ajenas a mi traición —. Liz está pasando una mala racha, un tema de chicos, y necesitamos animarla. Noche de chicas.

Mentira. Mentira podrida.

—Ah... vale —Damon hace una pausa. Parece sorprendido, quizás un poco decepcionado—. Pensé que cenaríamos juntos.

—Lo siento. No tardaremos mucho; estaré en casa justo después. Prometido.

—¿No te importa que Iván te recoja luego? —insiste su instinto protector.

—No, cogeré un taxi. De verdad, no te preocupes.

Se hace un silencio al otro lado de la línea. Siento que él detecta algo, una vibración extraña en mi voz. Damon tiene un radar para las mentiras, pero confía en mí. Y eso me hace sentir aún peor.

—¿Va todo bien, Melissa? —pregunta de repente, suavemente.

Cierro los ojos, clavándome las uñas en la palma de la mano.

—Sí, claro. Todo bien. Solo... cosas de amigas.

—De acuerdo. Pásalo bien y cuida de Liz. Nada de bares peligrosos, ¿entendido?

—Entendido.

—Te quiero.

Ese «te quiero» me golpea como una bofetada física.

—Y yo a ti —susurro—. Nos vemos luego.

Cuelgo rápido y suelto el teléfono sobre la mesa como si quemara. Me cubro la cara con las manos.

Lo hago por ti, Damon, me repito mentalmente. *Lo hago para salvarte.* Pero no puedo evitar sentir que estoy caminando directa hacia un precipicio.

***

Entro en el *Blue Bar* a las seis y media en punto. El local está en penumbra, huele a cerveza rancia y madera vieja. No ha sido difícil encontrarlo; ya había estado aquí antes con las chicas, pero hoy el ambiente parece más pesado.

Escaneo la sala con el corazón en un puño. Busco el rostro tenso de Mark, pero no lo veo por ninguna parte.

De repente, alguien agita la mano con entusiasmo desde una mesa del fondo, en la zona más oscura.

Entorno los ojos. No es Mark.

El aliento se me congela en la garganta.

—¿Grock? —susurro, incrédula.

Es él. Está sentado allí, sonriendo como si me estuviera esperando para una cita. Me acerco con pasos lentos, confundida y con una sonrisa forzada. Sobre la mesa ya me espera una copa de vino tinto.

—Hola, Melissa —saluda. Su mirada me recorre de arriba abajo de una forma que me hace sentir sucia—. Estás espectacular.

—Hola... —Me quedo de pie, incómoda—. ¿Qué haces aquí?

—Siéntate. —Señala la silla—. He pedido tu Cabernet favorito. Espero que te guste.

—Gracias. —Aturdida, me siento al borde de la silla, tensa como una cuerda de violín—. ¿Dónde está Mark?

—¿Mark? —Grock se hace el tonto, abriendo la carta de aperitivos con calma—. Ah, el tipo del traje. Dijo que le surgió un imprevisto. Siéntate, por favor. Llamas la atención.

—¿Tú conoces a Mark?

—Digamos que tenemos amigos comunes. —Grock sonríe y le hace una seña al camarero—. ¿Pedimos algo de picar? Unas patatas con esa salsa...

—No tengo hambre. Y no quiero nada de ti. —Empujo la copa de vino lejos de mí—. Mark me dijo que viniera aquí para hablar de trabajo. Si no va a venir, me voy.

Hago ademán de levantarme, pero Grock se inclina sobre la mesa.

—Tranquila. Mark —o Marcus, como le llamo yo— pensó que te vendría bien ver una cara amiga. Dijo que estabas un poco tensa últimamente.

Se me hiela la sangre. Es una trampa. Mark no solo no ha venido, sino que me ha enviado a Grock para... ¿para qué? ¿Para asustarme? ¿Para desacreditarme?

—Esto ha sido un error —murmuro, cogiendo mi bolso.

—No seas así. —Grock alarga la mano e intenta tocarme los dedos. Yo la retiro bruscamente—. Acabamos de llegar. Relájate. Como en los viejos tiempos.

—No hay viejos tiempos, Grock.

Me levanto de golpe. La silla chirría contra el suelo.

—Me voy.

—¡Espera! —Grock se levanta también, más rápido de lo que recordaba.

Me agarra del brazo justo cuando me doy la vuelta.

—¡Suéltame! —siseo.

—Vamos, nena, solo un beso de saludo...

Antes de que pueda reaccionar, me atrae hacia él con fuerza bruta y aplasta su boca contra la mía. Es un beso torpe, húmedo y agresivo.

El pánico me invade. Me safo de un empujón violento, limpiándome la boca con el dorso de la mano con asco.

—¡Pero qué te pasa, imbécil! —grito.

Varios clientes se giran para mirar. El camarero se acerca, alarmado.

—¿Algún problema aquí?

—Te estaba besando, Mel —dice Grock con una sonrisa cínica, levantando las manos en gesto de inocencia—. No te hagas la difícil. Marcus dijo que eras más... accesible ahora.

La rabia me ciega. Mark le ha dicho que soy una...

—¡Eres un cerdo! —le espeto—. ¡No te me acerques!

—Son veintidós dólares por las bebidas —interrumpe el camarero, mirando la copa intacta y la cerveza de Grock.

—¡Que lo pague él! —grito—. ¡Yo no he pedido nada!

Salgo disparada del bar, empujando la puerta con el hombro.

—¡Melissa, espera! —me grita Grock a mis espaldas—. ¡Lo pasaremos de maravilla, como antes!

El aire frío de la noche me golpea la cara, pero no logra enfriar el ardor de la humillación. Camino rápido, casi corriendo, alejándome de ese antro. Me tiemblan las manos.

—¡Maldito Mark! —mascullo, con los ojos llenos de lágrimas de frustración—. ¡Maldito desgraciado!

Ha sido una maniobra maestra. Me ha tendido una trampa para asustarme, para demostrarme que sabe quién soy y con quién me he relacionado. Y lo peor de todo: he caído de lleno.

Saco el móvil para llamar a un taxi, pero me detengo en seco.

No puedo ir a casa.

Le dije a Damon que estaría cenando con Rachel y Liz. Si aparezco ahora, a las siete, oliendo a humo de bar, con los nervios destrozados y el maquillaje corrido, sabrá que algo pasa. Y si le cuento la verdad... si le digo que fui a ver a un topo y acabé besada por Grock en un bar de mala muerte... perderá la cabeza. Irá a por Grock. Irá a por Mark. Y todo estallará antes de tiempo.

—¡Joder! —Pateo una lata de refresco vacía.

Estoy atrapada en mi propia mentira.

Levanto la vista y veo el cartel de neón parpadeante de un restaurante tailandés barato al otro lado de la calle.

Cruzo la calle, sintiéndome la mujer más estúpida de Nueva York.

—¿Mesa para uno? —pregunta la camarera al verme entrar.

—Sí. Para uno, por favor. —Mi voz suena rota.

Me siento en una mesa del rincón, lejos de la ventana. Pido algo que no me apetece comer y miro el móvil en silencio. Podría estar en un ático de lujo, bebiendo vino bueno con el hombre que amo. En lugar de eso, estoy aquí, escondiéndome, cenando sola y limpiándome la boca compulsivamente para borrar el rastro de Grock.

Mañana. Mañana se lo contaré todo a Ethan. Mark va a pagar por esto.

***

Una hora después, abro la puerta del ático con el corazón todavía galopando por la carrera y la mentira.

El apartamento está sumido en el silencio. Solo la luz azulada del salón rompe la oscuridad.

—¿Damon? —llamo en voz baja mientras me quito los zapatos, sintiéndome como una intrusa en mi propia casa.

—Aquí —responde una voz ronca desde el fondo.

Recorro el pasillo y me quedo petrificada en el umbral del salón.

Damon está sentado en el sofá de cuero, con la camisa desabrochada y las mangas remangadas de mala manera. Tiene el portátil sobre las rodillas y un vaso de whisky en la mano. En la mesa de centro, la botella de *Macallan* está peligrosamente vacía.

Se me cae el alma a los pies. Parece un rey viendo arder su reino.

—Hola, nena —dice sin levantar la vista de la pantalla.

—Hola.

Me acerco despacio. En la pantalla brilla el maldito gráfico de las acciones de *Wallace Invest*. La línea roja sigue cayendo en picado, como una herida que no deja de sangrar.

—¿Cómo estás? —pregunto, aunque la respuesta es obvia.

—Excelente —suelta con un sarcasmo gélido antes de dar un trago largo al whisky—. Solo otro día maravilloso en el infierno. Hoy hemos perdido un 4 % más.

Cierra el portátil de golpe, haciendo que el sonido retumbe en la sala, y lo deja a un lado.

Le quito el vaso de las manos con suavidad y lo dejo sobre la mesa, lejos de su alcance.

—Damon, no deberías beber así...

—¿Qué tal la cena con las chicas? —me interrumpe, girándose por fin hacia mí. Sus ojos oscuros, ligeramente vidriosos, se clavan en los míos.

El pánico me recorre la espina dorsal. Tengo miedo de que pueda oler el humo del bar en mi pelo o la culpa en mi aliento.

—Bien —miento, y la palabra me sabe a ceniza—. Liz está mejor. Estuvimos... charlando.

Me sostiene la mirada durante un largo rato. Es un escrutinio intenso, pesado. Por un segundo, temo que lo sepa todo. Que sepa que no estuve con ellas, que estuve en un bar de mala muerte con un tipo llamado Grock.

Pero finalmente, parpadea y suspira, dejándose caer contra el respaldo. Está demasiado agotado para interrogarme.

—Me alegra oírlo. Me alegra que al menos una de nosotros haya tenido una noche decente.

Me siento a su lado y le rodeo el cuello con los brazos, ocultando mi rostro en su hombro. Me siento fatal.

—Necesito otra copa —murmura, intentando alcanzar la botella.

Le sujeto la mano firmemente.

—No. Ya has bebido suficiente. Tienes los ojos rojos. Ven, te prepararé algo de comer. No puedes dormir con el estómago vacío y

lleno de alcohol.

—Melissa, no tengo hambre...

—Por favor —le pido en un susurro, besándole la mejilla—. Hazlo por mí.

Él exhala un suspiro pesado, derrotado, y asiente.

Veinte minutos después, estamos sentados en la isla de la cocina, bajo una luz tenue. Damon come en silencio la tortilla francesa que le he preparado. Lo observo, intentando descifrar la tormenta que hay tras sus ojos.

—Gregory volvió a la oficina después de que te fueras —dice de repente, rompiendo el silencio.

Me tenso. El tenedor se detiene en mi mano.

—¿Ah, sí?

—Quería... intentarlo de nuevo. —Damon deja los cubiertos y mira su plato—. Dijo que podía cambiar. Que podía ser lo que yo necesitara.

Siento que el estómago se me encoge. Gregory es perfecta, rica, de su mundo. Y yo soy la chica que acaba de mentirle y que viene de un bar de mala muerte.

—¿Y qué le has dicho? —pregunto con un hilo de voz.

Damon levanta la vista y me mira. Su expresión es de una seriedad absoluta.

—Le dije que era imposible.

—¿Por qué?

—Porque le dije que me voy a casar contigo.

El aire se me queda atascado en los pulmones. El mundo se detiene un instante.

—¿Qué? —balbuceo.

Damon alarga la mano por encima de la mesa y toma la mía, entrelazando nuestros dedos con fuerza.

—Le dije que lo eres todo para mí. Que estoy construyendo una vida contigo y que no hay espacio para nadie más. Le dije que tengo la intención de convertirte en mi esposa.

Las lágrimas me queman los ojos de golpe. Es demasiado. La culpa, el amor, el miedo... todo se mezcla.

—¿Hablas en serio? —susurro—. ¿O es el whisky hablando?

—Totalmente en serio. —Me besa los nudillos con devoción—. Quiero que seas mi esposa, Melissa. Eres lo único real que tengo en medio de toda esta mierda falsa.

Me río entre lágrimas y me levanto para abrazarlo. Él hunde la cara en mi estómago, aferrándose a mí como si yo fuera su salvavidas.

—Esto no es una petición de mano oficial —murmura contra mi ropa—. Cuando te lo pida, será como Dios manda. Con un anillo que te pese en el dedo, de rodillas y con todo el protocolo. Te mereces la perfección.

—No necesito protocolo —sollozo, acariciándole el pelo negro—. Te necesito a ti.

—Solo quiero que conozcas mis intenciones, Melissa. Pase lo que pase con la empresa... tú y yo somos el plan a largo plazo.

Nos quedamos así, abrazados en mitad de la cocina silenciosa. Y por primera vez en este día espantoso, siento que, a pesar de las mentiras y las líneas rojas, vamos a salir de esta. Juntos.

Capítulo 36. Damon

Me inclino sobre la cama, apoyando una mano en el colchón, y beso a Melissa en la frente, apartando un mechón de pelo oscuro. Todavía duerme, respirando con esa paz que yo envidio y que, hasta hace poco, me resultaba ajena.

—Tengo que irme, nena —susurro cerca de su oído.

—Mmm... —ronronea entre sueños. Sin abrir los ojos, me rodea el cuello con los brazos y me atrae hacia ella con fuerza, intentando anclarme a las sábanas—. No, no te vayas. Quédate. No vayas a trabajar hoy. Que se hunda el mundo.

Sonrío contra su piel caliente, aspirando su aroma.

—No puedo —explico con un suspiro de pesar—. Tengo una reunión a primera hora.

Hay mucho que hacer para minimizar los daños. Aunque más o menos hemos lidiado con la filtración de datos, la batalla contra Capital no parece tener fin. Es más, presiento que está a punto de alcanzar su apogeo. Pero ahora, con ella a mi lado, me siento capaz de todo.

—Dos días más y nos iremos —le recuerdo, besándole la nariz.

—Dos días es demasiado tiempo, señor Wallace —murmura Melissa, sonriendo con los ojos cerrados—. Creo que tendré que secuestrarte pronto.

La beso con ternura en los labios, incapaz de despegarme. El beso se profundiza, y siento cómo mi cuerpo reacciona al instante. La deseo. Siempre la deseo.

Me aparto bruscamente, con una fuerza de voluntad que no sabía que tenía.

—Debo irme —susurro, hundiendo la cara en su pelo una última vez—. Si me quedo un minuto más, acabaremos en la cama y entonces sí que llegaré tarde.

—Está bien —se mofa, soltándome—. No me importa que llegues tarde.

Suelto un bufido y, tras darle un último y largo beso, me pongo en pie. Melissa, con el cabello desparramado sobre la almohada blanca, sonríe mientras se despereza con dulzura. Se me encoge el corazón de pura ternura. Es la imagen perfecta. A pesar de todos los problemas que se nos han caído encima, ella me regala una sensación de paz absoluta, la certeza de que todo está bien porque nos tenemos el uno al otro.

—Te quiero —le digo desde la puerta.

—Y yo te quiero más. —Se sienta en la cama con una sonrisa, haciendo un último intento por arrastrarme de nuevo a su lado.

Con un gran esfuerzo, me obligo a darme la vuelta y salir del dormitorio.

Bajo en el ascensor ajustándome la corbata, sintiéndome invencible. Al salir al garaje subterráneo, veo a mi fiel Iván de pie junto al coche. Pero no es mi coche habitual; es la limusina blindada corporativa.

—Buenos días —saludo con una sonrisa enérgica.

Iván no me devuelve la sonrisa. Me lanza una mirada de pesar profundo, casi de luto, y baja la vista al suelo.

—¿Pasa algo? —pregunto frunciendo el ceño, deteniéndome en seco.

En lugar de responder, abre en silencio la puerta trasera de la limusina.

Dentro, sentados en la penumbra como un tribunal de la inquisición, me esperan mis tres hermanos: Ethan, Graham y Daniel. El aire dentro del vehículo es denso, cargado de tensión.

—¡Hola! —Miro a Iván inquisitivamente y luego a mis hermanos—. ¿Qué está pasando? ¿Es padre?

—Sube —dice Graham con un suspiro pesado y voz sepulcral.

Mis hermanos están más serios que nunca; es obvio que ha ocurrido algo grave. Subo y cierro la puerta, sellándonos al vacío. La limusina se incorpora pronto al flujo del tráfico de Nueva York.

—¿Está bien padre? —insisto, sintiendo el primer pinchazo de pánico.

—Está perfectamente de salud —aclara Ethan de inmediato—. Pero tenemos un problema, Damon.

—Vaya por delante que nosotros no lo creemos y hemos venido para apoyarte —dice Daniel, mirándome con preocupación.

—¿Pero de qué demonios se trata? —suelto, incapaz de contener la ansiedad—. ¡Hablad de una vez!

Como respuesta, Graham me tiende una tableta sin decir palabra.

—Míralo tú mismo.

Durante unos segundos me quedo mirando fijamente la pantalla, incapaz de procesar la imagen. Es la portada de *The New York Finance*, el portal de noticias más leído de la ciudad.

Pero no es el titular lo que me detiene el corazón. Es la foto.

Una imagen enorme, granulada pero inconfundible.

Melissa.

Mi Melissa.

Está sentada en una mesa de un bar con luz tenue. Lleva el vestido negro que llevaba ayer. Y está besándose con alguien. Él le sujeta la mano sobre la mesa con una sonrisa triunfal mientras ella se inclina hacia él, con sus labios pegados a los suyos. Parece íntimo. Parece real.

Siento una punzada física en el pecho, como si me hubieran clavado un cuchillo en el esternón.

—¿Qué mierda es esto? —espeto furioso, agitando el dispositivo. La voz me tiembla.

Empiezo a leer el artículo que acompaña la foto, con la bilis subiéndome por la garganta:

EL FIN DE WALLACE: EL GURÚ DE LAS INVERSIONES TRAICIONADO Y ARRUINADO

El último clavo en el ataúd de Damon Wallace ha sido el descubrimiento del romance secreto de su novia, Melissa Ferrell, con quien se le ha visto en varias ocasiones. Fuentes confirman que Ferrell mantiene una relación paralela con un ex-ejecutivo de la firma rival...

Asimismo, los extractos bancarios filtrados esta madrugada demuestran que Damon Wallace se apropiaba de fondos corporativos y los transfería a una cuenta offshore en las Islas Caimán. Se espera que en la junta directiva de hoy a las 8:00 AM se le presenten cargos por malversación y sea destituido de su puesto como CEO de Wallace Invest.

Miro a mis hermanos sin poder articular palabra; luego vuelvo a clavar la vista en la foto de Melissa. El mundo se me viene encima.

—¿Cuándo se hizo esta foto? —pregunto con un hilo de voz.

—Ni idea —responde Ethan, frotándose la sien—. Pero tiene que ser reciente. Lleva el brazalete que le compraste. Y ese vestido...

—Llevaba ese vestido ayer —murmuro, sintiendo náuseas.

Miro instintivamente la mano de Melissa en la imagen; en su muñeca brilla el oro del brazalete. ¿Es posible? Cientos de preguntas asaltan mi mente... No puedo creer que sea mi Melissa. La mujer que acabo de dejar en mi cama.

—Sabemos que tú no has tenido nada que ver con el dinero —interviene Graham, duro pero leal—. Alguien te está tendiendo una trampa. Lo demostraremos, te lo prometo.

—¿Qué dinero? —frunzo el ceño, levantando la cabeza, confuso. La foto me ha nublado el juicio.

—Las transferencias bancarias, Damon —explica Daniel sombríamente—. Alguien ha usado tus credenciales de administrador esta noche. Han vaciado tres cuentas corporativas. Cincuenta millones de dólares transferidos.

—¿De qué estás hablando? —pregunto entornando los ojos—. ¡Imposible! Yo no he entrado en el sistema anoche.

—Alguien entró. Con tu usuario y tu contraseña —dice Graham—. A las once de la noche.

—Yo estaba... —Me callo. Estaba con ella. En la cama.

—¿Es un montaje? —pregunto desesperado, señalando la foto—. Seguro que es una encerrona. Melissa no haría algo así. Ella me quiere.

—¿Cómo? —Graham me mira como si estuviera loco.

—¡Tonterías! Sabes perfectamente que no tiene sentido —rebato, sintiendo el sudor frío en la espalda—. ¿Por qué iba a robarme?

—El momento elegido para publicar la foto no es casualidad —sentencia Graham—. Es un ataque coordinado. Destruyen tu reputación personal y profesional al mismo tiempo. —Miro a mi hermano con el ceño fruncido—. ¿Se quedaba Melissa sola en tu apartamento anoche? ¿Mientras te duchabas? ¿Mientras dormías?

Lo miro sin entender, con la cabeza hecha un lío.

—¿Tenía acceso a tus ordenadores, Damon? —insiste Daniel—. ¿Sabía tu contraseña?

—Sí, pero... no —hago una mueca de dolor. Mi portátil estaba en el salón.

Mis hermanos, como si siguieran una orden silenciosa, se recuestan en el asiento. Parece que todos están llegando a la misma conclusión.

—¿Qué está pasando? —murmuro, mirándolos uno por uno.

—Creo que Melissa trabaja para Alessandro Rosales —suelta Graham la bomba—. No creo en este tipo de casualidades. Él planeó tu destrucción y la envió a ella para distraerte, para sacarte información y para robarte las claves. ¿Viste cómo la miraba en la ceremonia?

—¿Pero qué sarta de estupideces es esa? —suelto con brusquedad, sintiendo que la rabia me abrasa—. ¡Es absurdo!

—Pues usad el cerebro —insiste Graham—. Aparece de la nada, entra en la empresa justo a tiempo y, en pocas semanas, te tiene agarrado por los huevos. Te aísla el fin de semana para que bajemos la guardia y, ¡pam!, el lunes nos despertamos sin cincuenta millones.

Vuelvo a mirar la foto. Melissa sostiene sonriente la mano de ese hombre. No parece que le moleste en absoluto estar a su lado. No parece forzada.

—Es el ángulo —interviene Ethan, tratando de ser la voz de la razón—. Damon, tú mejor que nadie sabes que la historia de una

foto puede cambiar por completo según el ángulo de la cámara. A lo mejor él la agarró...

—¡Pamplinas! —estalla Graham—. No hay humo sin fuego. Pero ahora Melissa Ferrell me importa una mierda. Ya te ocuparás de ella luego. ¡Despierta, Damon! Te acusan de malversación. ¡Podrías acabar entre rejas esta misma mañana!

Me paso las manos por el pelo, tirando de él hasta que duele, intentando concentrarme en lo urgente. La adrenalina me provoca un hormigueo en la piel.

—¿Lo sabe nuestro padre? —pregunto de inmediato.

—Sí —suspira Daniel—. Él también estará en la reunión. Los abogados de la junta quieren tu cabeza. Creen que robaste el dinero para huir con ella.

Aprieto las mandíbulas y me giro hacia la ventana. La limusina nos lleva por las calles grises de Nueva York, pero la rabia, la confusión y el dolor de la traición me nublan la vista.

Recuerdo su voz anoche. *Cené con Rachel y Liz.*

Mentira.

Ella estaba con él. Con el hombre de la foto. Mientras yo la esperaba en casa como un imbécil enamorado, ella estaba besándose con otro y vaciando mis cuentas.

El dolor es tan agudo que casi no puedo respirar. Me enamoré perdidamente de una mentira.

Minutos después, el coche se detiene ante el edificio de Wallace Invest. Al subir en el ascensor hacia la planta superior, el reloj marca las siete y veinte.

—Necesito un momento —les digo a mis hermanos al salir del ascensor.

Entro en mi despacho, cierro la puerta y me hundo en el sillón tras la mesa. Todo está en silencio.

Por dentro, soy un volcán a punto de entrar en erupción. Tengo ganas de romper algo, de tirar el escritorio por la ventana o, simplemente, de echarme a llorar. Mis nervios están destrozados. Apoyo los codos en la mesa y hundo la cabeza entre las manos.

Anoche me mintió a la cara. Me besó con la misma boca que besó a ese tipo.

Se abre la puerta. No necesito mirar para saber que es Ethan.

Cierro los ojos. Oigo cómo se acerca al mueble bar. El sonido de los hielos chocando contra el cristal. El chorro de whisky cayendo.

Ethan deja un vaso sobre mi mesa.

Abro los ojos. Le lanzo una mirada sombría y acepto la bebida. Son las siete y media de la mañana, pero me bebo el líquido ambarino de un trago. Quema, pero no lo suficiente para matar lo que siento.

—¿Cuándo crees que hicieron la foto? —pregunta Ethan con suavidad—. ¿Quién es el tipo?

—Anoche —respondo con voz muerta—. Llevaba ese vestido. Y él... parece un ex suyo.

Aprieto el vaso vacío hasta que mis nudillos crujen.

—Me dijo que había cenado con Rachel y Liz. Me miró a los ojos y me mintió, Ethan.

Ethan da un sorbo a su whisky y arquea las cejas, sorprendido y dolido por mí.

—Pensé que era la mujer de tu vida —admite en voz baja.

Esas palabras me desgarran por dentro. Me río con amargura, un sonido seco y sin humor.

—Imagínate. Yo también.

El silencio reina en el despacho durante unos minutos. La ciudad despierta abajo, ajena a mi destrucción.

—Vamos a superar este día —dice Ethan, terminando su copa—. Demostraremos que no has tenido nada que ver con el robo, Damon. Te lo prometo.

Me levanto y voy al bar a por otro trago. No me importa si huelo a alcohol en la junta. Necesito anestesia.

—¿Quieres que la despida? —pregunta Ethan tras una pausa—. Puedo hacer que seguridad le impida la entrada. Que no pise esta planta nunca más.

Me giro lentamente, con el vaso en la mano. Siento cómo mi corazón, que hace unos minutos estaba lleno de amor, se convierte en un bloque de hielo.

—¡No! —suelto con frialdad.

—Había pensado que sería mejor alejarla... —empieza.

—He dicho que no. —Miro a través del ventanal—. Quiero que venga. Quiero que suba. Quiero verle la cara cuando se dé cuenta de que sé quién es realmente.

—Damon, es peligroso...

—¡Lárgate de una vez, Ethan! —lo corto, irritado—. Déjame solo.

—Pero...

—Por favor.

La puerta se cierra suavemente tras él.

Me quedo solo frente al ventanal de mi imperio. Siento la adrenalina corriendo por mis venas y las placas tectónicas moviéndose bajo mis pies. Saboreo el whisky sin prisa. Poco a poco, una determinación fría y despiadada se adueña de mi alma.

Ella jugó conmigo. Me usó. Me robó.

Bien, Melissa. Querías jugar con los mayores. Ahora vas a ver cómo jugamos los Wallace cuando nos rompen el corazón.

No voy a permitir que nadie se ría de mí y se vaya de rositas. Preparaos, señor Rosales. Y prepárate tú, mi amor. Porque voy a convertir tu vida en un infierno.

Capítulo 37. Melissa

A la mañana siguiente, entro en el vestíbulo de Wallace Invest a las ocho y media con el corazón en la garganta.

Damon no me devolvió el mensaje ayer. No puedo decir que lo culpe. He pasado la noche llorando hasta caer en un sopor agotador, pero el peso de plomo en mi estómago sigue ahí al despertar. Soy la única culpable de este caos. Mentir para proteger mi tonta noche de chicas se ha vuelto en mi contra de la forma más cruel posible, y ahora él cree lo peor de mí. Por eso he venido hoy, a pesar del escándalo. Necesito que vea que soy yo, su Melissa, no la traidora de los periódicos.

Entro en el ascensor. Mis manos tiemblan ligeramente.

Estoy sola en la cabina. Respiro hondo para armarme de valor y alargo el dedo hacia el panel de control. Pulso el botón de la planta ático, la planta de dirección.

El botón no se enciende.

Frunzo el ceño y lo presiono de nuevo, más fuerte. Sigue apagado, gris y muerto.

—No... —susurro, sintiendo cómo el pánico me cierra la garganta —. Damon, no lo hagas...

Vuelvo a pulsar el botón frenéticamente, una y otra vez. Nada. El ascensor permanece inmóvil, ignorando mi orden de subir a su cielo.

—¡No te atrevas a bloquearme! —grito al panel, golpeando el metal con la palma de la mano.

Pero la realidad es innegable: me ha revocado el acceso digital. Ya no formo parte de su mundo. He sido exiliada.

—Hijo de puta —murmuro furiosa, con las lágrimas quemándome los ojos.

Derrotada, pulso el botón de la planta cuarenta, mi planta. Ese sí se ilumina al instante. El ascensor comienza a subir, llevándome al purgatorio.

Saco el móvil y escribo un mensaje rápido, desesperado.

¿De verdad vas a hacerme esto? ¿Ni siquiera vas a dejar que suba a explicarte la verdad?

Las puertas se abren en mi planta. Me seco las lágrimas con rabia y salgo al pasillo, intentando recomponer mi máscara de dignidad. Doy dos pasos y el mundo se detiene.

Varias compañeras están charlando junto a la máquina de café. En cuanto me ven, se quedan petrificadas. El murmullo cesa de golpe. Observo cómo intercambian miradas rápidas, cargadas de veneno, y luego bajan la vista para ocultar sonrisas de sorna. Ya no soy Melissa, la compañera eficaz. Ahora soy la protagonista del escándalo del año. La fulana que se acostó con la competencia y robó al jefe.

Siento como si me hubieran echado un cubo de agua sucia encima. Camino hacia mi mesa con la cabeza alta, aunque por dentro me estoy desmoronando. Enciendo mi ordenador y descubro que mis permisos de administrador han sido reducidos al mínimo vital. Me han cortado las alas.

—Vaya, has venido —suena una voz a mi espalda.

Al girarme, veo a Rachel. Su expresión es de pura incredulidad. Se acerca y se apoya en mi escritorio, ignorando las miradas clavadas en nosotras.

—¿Estás bien? Estás temblando.

—Me ha bloqueado el acceso a su planta —confieso en un susurro, sintiendo el nudo en la garganta—. El ascensor no sube y mi ordenador está capado. Me ha dejado fuera, Rach. Pero mi tarjeta de entrada al edificio sigue funcionando. No lo entiendo. ¿Por qué no

me han despedido aún con toda la seguridad escoltándome a la calle?

Rachel me mira a los ojos y baja la voz.

—Piénsalo, Melissa. Si fueras una verdadera espía que acaba de robar cincuenta millones, ¿qué harías hoy?

—Huir —respondo sin dudar—. Estaría en un avión a las Islas Caimán.

—Exacto. Un traidor no vuelve a la escena del crimen a las ocho de la mañana. Al venir aquí, les has roto los esquemas. No saben qué hacer contigo. Además... —duda un instante, mirando hacia las cámaras del techo—. Probablemente los abogados de Damon le han dicho que te mantenga cerca. Es más fácil vigilarte si estás en tu escritorio, bajo sus cámaras y su red wifi, que si estás fugada.

Me hundo en mi silla, sintiendo el peso de esa lógica fría. Soy un rehén corporativo.

—Es vergonzoso —murmuro, mirando la pantalla a medias de mi ordenador—. Todos me miran como si fuera radiactiva.

Durante las siguientes horas, el infierno se desata en silencio. A las cuatro de la tarde, mi móvil sigue en blanco. Damon no va a responder.

A las seis, me rindo. No puedo seguir en la oficina soportando la presión.

Bajo a la calle y me refugio en la cafetería de enfrente, pegada al cristal. Desde aquí tengo una vista perfecta de la entrada principal de Wallace Invest. Hay un enjambre de periodistas congregados en la acera. Esperan sangre. Veo las unidades móviles de televisión y los flashes que saltan cada vez que se abre la puerta giratoria.

Yo llevo todo el día conteniendo las lágrimas a duras penas. Me sujeto la cabeza con las manos. ¿Por qué demonios fui a esa maldita mesa con Mark?

De repente, un revuelo en la calle me saca de mis pensamientos. La masa de periodistas se agita como un organismo vivo. Me asomo a la ventana.

Damon sale del edificio.

Va rodeado por cuatro guardias de seguridad que le abren paso a empujones entre la marea de micrófonos. A través del cristal doble

de la cafetería no oigo nada; es como ver una película muda de terror. Veo las bocas de los reporteros abrirse gritando preguntas, veo los dedos acusadores, los flashes cegadores.

Damon lleva gafas de sol oscuras y la mandíbula tan tensa que parece esculpida en granito. No mira a nadie. No responde. Simplemente avanza, aislado en su propia coraza impenetrable.

Miro la televisión colgada en la pared de la cafetería. Están transmitiendo en directo. El rótulo inferior reza: *Damon Wallace se niega a declarar sobre el fraude y la traición de su pareja*.

Él baja la cabeza y se mete en la limusina rápidamente. La puerta se cierra, aislándolo del mundo. Y de mí. El coche arranca y se aleja hacia la oscuridad de la avenida. Siento una angustia insoportable. Se aleja cada vez más, y yo estoy aquí, al otro lado del cristal, sin poder hacer nada para salvarlo.

A la mañana siguiente, la angustia se ha transformado en algo mucho más denso.

—Bien, vayamos a los hechos —declara Rachel.

Estamos desayunando en nuestra cafetería habitual. No he pegado ojo; después de dos noches en vela, mi reflejo en la cuchara me asusta. Son apenas las siete de la mañana y ya voy por mi segunda taza de café negro.

—Le mentiste a Damon y te fuiste de copas con un tipo que resultó ser el cebo de una trampa —resume Rachel sin rodeos. Aprieto los labios, dolida por la crudeza, pero es la verdad.

—Y ahora —continúa Liz— la vida de Damon se desmorona, lo acusan de un delito federal. Y él sospecha que tú eres la culpable porque tu coartada apesta. El mundo entero sigue el caso y, a ojos de la opinión pública, eres la Mata Hari de las finanzas.

—¿Y cómo se supone que me ayuda este resumen tan optimista? —murmuro, masajeándome las sienes.

Liz y Rachel se intercambian una mirada cómplice a través de la mesa.

—Pinta mal —coincide Liz—. Pero tú querías ser la heroína que descubre al topo para Ethan, ¿verdad? Pues te has convertido en la villana perfecta. A menos que cambies el guion.

—¿Cómo? —pregunto escéptica—. Me han cortado el acceso al piso superior.

—Resolviendo el caso desde abajo —Liz se inclina sobre la mesa, bajando el tono de voz—. Eres analista de datos, Melissa. Tu trabajo es encontrar patrones donde los demás ven ruido. Ya lo hiciste con los informes de Dylan.

Me incorporo en la silla.

—Esos investigadores privados que ha contratado la junta son unos burócratas —continúa ella—. Y la policía solo busca culpables fáciles: tú o Damon. Nadie está buscando la verdad profunda de esos números.

—Tienes razón —frunzo el ceño, y mi cerebro, anestesiado por el dolor, empieza a despertar—. Pero no soy experta en ciberseguridad. ¿Por dónde empiezo a rastrear cincuenta millones robados en mitad de la noche?

—Mark —Rachel pronuncia el nombre como si fuera veneno—. Mark es el eslabón débil. Estuvo contigo en el club, te distrajo. Él es la clave de todo el teatro. Y tú tienes algo que el FBI no tiene.

—¿El qué?

—Motivación ciega. Estás luchando por tu vida, por tu reputación y por el hombre al que quieres. —Rachel me señala con el dedo—. La única forma de salvar a Damon y obligarlo a mirarte a la cara otra vez es ponerle las pruebas del verdadero ladrón sobre su maldito escritorio de caoba.

Me quedo pensativa, mirando el fondo oscuro de mi taza de café. El miedo a la cárcel y el dolor del rechazo empiezan a dejar paso a algo mucho más caliente, más afilado: la rabia pura.

—Tienen mi tarjeta bloqueada y mis permisos restringidos —digo en voz baja, sintiendo cómo mi mente analítica comienza a trazar un mapa mental—. Pero sigo en la red interna. Y Mark comete errores. Todos los cometen.

Aprieto el puño sobre la mesa. No voy a quedarme llorando en un rincón mientras Alessandro Rosales me usa para destruir al hombre que amo.

—Voy a destripar los movimientos de Mark —anuncio, levantando la vista hacia mis amigas—. Voy a encontrar ese dinero. Y después,

le voy a demostrar a Damon Wallace lo equivocado que estaba al dudar de mí.

Capítulo 38. Damon

Corro.

El impacto de mis zapatillas contra el asfalto marca el ritmo de mi rabia. Mis pulmones arden con el aire frío de la noche, pero no me detengo. Necesito este dolor físico para anular el dolor mental.

Llevo tres días sin verla. Tres días en el infierno.

Con cada zancada intento sacármela de la cabeza. Mentirosa. Ladrona. Traidora. Decidí confiar en ella, abrirle las puertas de mi fortaleza, y ella la dinamitó desde dentro. Nadie merece este tormento.

Doblo la esquina, dejando atrás la zona residencial, y paso junto a una hilera de restaurantes exclusivos cerca de Central Park.

De repente, freno el paso.

Una figura se recorta en la oscuridad, bajo la luz anaranjada de una farola. Hay algo en su postura arrogante que me resulta dolorosamente familiar. Entorno los ojos, respirando con dificultad, y el sudor se me hiela en la nuca.

Es él.

Alessandro Rosales.

Está apoyado en el capó de un Maserati negro, impecable como siempre, fumando un puro mientras habla por teléfono con una

sonrisa de suficiencia. Parece el dueño del mundo. El dueño de mi mundo.

La sangre me hierve en las venas, borrando el cansancio.

Camino hacia él. No pienso. Solo siento la necesidad primitiva de destruir.

Alessandro se gira al oír mis pasos. Al verme, su sonrisa se ensancha, aunque sus ojos de tiburón se entrecierran.

—Tengo que colgar —dice al teléfono, y corta la llamada con lentitud.

—Mira quién ha salido de la alcantarilla —suelto, jadeando, deteniéndome a dos metros de él.

—Wallace. —Da una calada larga al puro y expulsa el humo hacia el cielo nocturno—. Te ves fatal, amigo. ¿Cómo está tu chica?

Aprieto los puños hasta que los nudillos se me ponen blancos.

—No te atrevas a nombrarla.

—¿Por qué? Deberías haberla llevado con correa —dice, guiñándome un ojo con descaro—. Aunque, pensándolo bien, quizá ella simplemente eligió al mejor postor.

Sacude la ceniza del puro deliberadamente cerca de mis zapatillas. Es un gesto de desprecio absoluto.

—Compréndelo, Damon, se ha pasado al bando ganador —continúa Rosales, disfrutando cada palabra—. Has perdido tu ventaja en todo. Tu compañía se hunde, tu dinero se esfuma... y hasta en la cama te has quedado corto.

Doy un paso al frente, temblando de furia.

—Cállate.

—Si no, ¿por qué iba tu mujer a buscar a alguien que pudiera satisfacer sus necesidades de verdad? —Se ríe, una risa oscura y cruel—. Al final, ella necesitaba un hombre, no un niño con problemas de papá.

Algo se rompe dentro de mi cerebro. Un cable se suelta. La visión se me tiñe de rojo.

Pierdo el control por completo.

Me lanzo sobre él con un rugido animal. Mi puño conecta con su mandíbula con un crujido sordo. Alessandro se tambalea, sorprendido, y se le cae el puro.

No le doy tiempo a recuperarse.

Le propino otro golpe brutal en el estómago, y luego otro en la cara. Cae al suelo, golpeándose contra la puerta del Maserati. Me tiro encima de él, ciego de ira, golpeando una y otra vez. Quiero borrarle esa sonrisa. Quiero matarlo.

—¡Llamad a la policía! —grita una voz de mujer a mis espaldas.

El grito me atraviesa la niebla roja, pero no es el miedo a la ley lo que me detiene. Es la visión de mis propias manos.

Me detengo, con el puño en el aire, respirando como un toro salvaje. Alessandro está en el suelo, gimiendo, con la sangre brotando de su nariz rota y manchando su camisa blanca. Me mira y, a pesar de la sangre, sonríe. He bajado a su nivel. Me he convertido en la bestia que él quería que fuera.

Mierda...

¿Qué he hecho?

Me levanto de un salto, retrocediendo a trompicones. Mis manos tiemblan, manchadas de sangre que no es mía. Este no soy yo. El hombre que calculaba cada riesgo, que controlaba cada variable de su vida, ha desaparecido. Melissa me ha vaciado por dentro y ahora solo queda locura.

El pánico me asfixia. No huyo de la policía; huyo de mí mismo.

Me doy la vuelta y echo a correr.

Huyo hacia la oscuridad del parque. Oigo sirenas a lo lejos. Se acercan, pero el ruido más fuerte es el latido desbocado en mis sienes.

—¡Maldita sea! —jadeo.

Cruzo el césped, salto un seto bajo, ciego y desesperado. Necesito desaparecer. Necesito que el dolor se detenga. Salto a la carretera sin mirar.

De la nada, aparece un coche a toda velocidad.

Una luz cegadora me golpea los ojos. Oigo el estruendo de un claxon y el chirrido de unos neumáticos intentando frenar sobre el asfalto. Pero es tarde.

Siento un impacto brutal en el costado. El mundo gira, perdiendo su eje. Salgo volando por los aires, ingrávido por un segundo interminable.

El asfalto me recibe con un golpe seco que me saca el aire de los pulmones y rompe mis últimas defensas.

Y después... silencio.

Oscuridad.

La nada.

Capítulo 39. Melissa

Estoy sentada en la alfombra del salón, rodeada de papeles y con el portátil abierto.

Reviso por enésima vez la información que he logrado reunir hoy. Mi única pista sólida es Mark. Conozco su pasado oscuro en la filial de Capital y puedo imaginar perfectamente que está jugando a dos bandas. Sin embargo, vender chismes a la prensa es muy distinto a robar cincuenta millones de dólares. Se necesita un nivel de acceso y frialdad que no sé si Mark posee.

Y, aun así, una voz interior me repite con insistencia que él es la llave. Él me tendió la trampa en el bar. Él sabía que yo no estaría en casa.

Lanzo una mirada al teléfono. Ni un mensaje. Ni una llamada.

Por favor, Damon, llama, suplico en silencio.

Solo con imaginarlo completamente solo en ese ático inmenso, bebiendo whisky y odiándome, se me encoge el corazón. Está decidido: mañana por la tarde iré a buscarlo. Si no me deja entrar, echaré la puerta abajo o acamparé en su felpudo hasta que me escuche. Sea como sea, no puedo dejarlo solo en este infierno. Lo necesito. Y sé que él me necesita, aunque ahora mismo quiera estrangularme.

De repente, el telefonillo zumba, rompiendo el silencio sepulcral del apartamento. Salto de la alfombra sobresaltada, tirando varios papeles al suelo. ¿Será Damon?

Corro al interfono y pulso el botón con manos temblorosas.

—¿Sí?

—¿Señorita Melissa Ferrell? —pregunta una voz desconocida, metálica y autoritaria.

Mi corazón se salta un latido.

—Sí, soy yo.

—Policía de Nueva York. Abra la puerta principal.

—¿Policía? —El miedo me paraliza un segundo—. ¿Ha pasado algo?

—Necesitamos hablar con usted. Es urgente.

Pulso el botón de apertura. El zumbido eléctrico me suena a alarma de catástrofe.

Espero en el umbral de mi puerta abierta. Un par de minutos después, el ascensor se abre y dos detectives de paisano caminan hacia mí con semblante serio, mostrando sus placas.

—¿Melissa Ferrell? —pregunta el mayor.

—Sí —respondo con voz apenas audible, aferrándome al marco de la puerta.

—Buscamos a Damon Wallace —dice el detective, asomando la cabeza para intentar ver el interior de mi apartamento—. ¿Se encuentra aquí?

—No. —Siento una punzada de angustia—. No he sabido nada de él en todo el día. ¿Pero de qué se trata? ¿Le ha pasado algo?

—El señor Wallace está involucrado en un altercado grave que tuvo lugar hace una hora cerca de Central Park. Un hombre ha sido hospitalizado con heridas severas por agresión. Testigos sitúan al señor Wallace huyendo de la escena.

Me llevo la mano a la boca.

—Dios mío... ¿Alessandro Rosales?

Los detectives intercambian una mirada profesional.

—Si sabe dónde está el señor Wallace, le sugiero que nos lo diga ahora mismo.

—No lo sé —explico, y las lágrimas de frustración empiezan a brotar—. Damon no es un criminal violento. No sé dónde está.

—¿Nos permite registrar el apartamento para confirmarlo? —pregunta el segundo agente, dando un paso hacia el umbral.

El instinto de supervivencia, afilado por las horas en Wallace Invest, se activa en mi cerebro.

—¿Tienen una orden de registro de un juez? —pregunto, levantando la barbilla e impidiendo el paso con mi cuerpo.

El agente se detiene en seco.

—No, señorita, pero si no tiene nada que ocultar...

—Entonces no pueden entrar —los corto con firmeza, a pesar de que me tiemblan las rodillas—. Les aseguro que no está aquí.

El detective mayor asiente lentamente, evaluándome, y saca una tarjeta del bolsillo de su chaqueta.

—Póngase en contacto con nosotros en cuanto sepa algo. Y una advertencia, señorita Ferrell: si lo ayuda a esconderse, será acusada de obstrucción a la justicia. Y con la investigación federal por fraude que ya tiene encima su pareja, no le conviene jugar a ser cómplice de una agresión.

—Entendido.

Salen hacia el ascensor y cierro la puerta, pasando los cerrojos. Me apoyo contra la madera, temblando de pies a cabeza.

Damon ha perdido el control. Ha pegado a Alessandro. Está huyendo.

Agarro el móvil y marco su número por inercia.

«El número marcado está apagado o fuera de cobertura...»

Presa del pánico, llamo a Ethan.

—¿Melissa? —contesta al tercer tono. Su voz suena agotada y afilada como el hielo.

—Ethan, ¿sabes dónde está Damon? —pregunto sin preámbulos.

—No. ¿A qué viene esto ahora?

—La policía acaba de estar en mi puerta. Buscan a Damon. Ha agredido a Alessandro Rosales, Ethan. Lo ha mandado al hospital y ha huido hacia Central Park.

—¡Joder! —exhala Ethan. Oigo el sonido de llaves y una silla arrastrándose al otro lado—. ¡Maldita sea! Sabía que estaba a punto

de explotar.

—¿Qué hacemos?

—Voy a buscarlo. Tú quédate ahí.

—¡No! —grito—. ¡Voy contigo! Conozco Central Park mejor que tú; corría allí todas las mañanas. Si está escondido o herido... quizá a mí me escuche.

Ethan duda un segundo, pesando su rencor contra la necesidad de encontrar a su hermano.

—Está bien. Te recojo en diez minutos en tu esquina. Pero si la policía nos para, tú no sabes nada.

Una hora después, Ethan y yo caminamos por los senderos oscuros de Central Park.

El silencio entre nosotros es denso, casi asfixiante. Ethan camina rápido, escaneando cada banco, cada sombra bajo los árboles. Está furioso conmigo por la foto y la caída de las acciones, pero el terror por el paradero de su hermano lo supera todo.

—No debería haberlo dejado solo en el despacho —murmura Ethan con amargura—. Se bebió media botella de whisky antes de salir.

—¿Estaba muy mal? —pregunto con un hilo de voz.

Ethan se detiene y me mira bajo la luz mortecina de una farola. Sus ojos son duros y acusadores.

—Estaba destrozado, Melissa. Pensaba que eras diferente. Pensaba que eras la definitiva.

Bajo la cabeza, aceptando el golpe.

—Yo no le traicioné, Ethan —susurro, obligándome a sostenerle la mirada—. Tienes que creerme. Todo esto, la foto, el robo... es una trampa de Rosales.

Él no responde. Simplemente niega con la cabeza y sigue caminando.

Cerca de la una de la madrugada, la desesperación empieza a hacer mella. Hemos recorrido medio parque y el frío me cala los huesos.

—¿A dónde ha ido? —pregunto, abrazándome a mí misma.

—Ni idea. Intenta llamarlo otra vez —ordena Ethan, frotándose la cara—. Quizá lo haya encendido.

Sin mucha esperanza, marco el número de Damon. Escucho los tonos en mi auricular. Uno. Dos.

Y entonces, en el silencio sepulcral de la noche, a unos veinte metros de nosotros, suena algo.

Una melodía familiar. Su tono de llamada.

Ethan se detiene en seco y me agarra del brazo con fuerza.

—Chist. Escucha.

La música suena de nuevo. Viene de unos arbustos cerca del camino principal, cerca de la valla de piedra que da a la avenida. Corremos hacia el sonido. Vemos el resplandor de una pantalla iluminada entre la hierba alta y la basura arrastrada por el viento. Ethan se agacha y lo recoge.

Es el móvil de Damon. La pantalla está destrozada, pero sigue funcionando. En el display parpadea mi nombre.

Ethan me mira con auténtico terror en los ojos.

—Es su teléfono. Pero él no está.

—¿Se le cayó al saltar el muro? —susurro, mirando hacia el asfalto de la avenida más allá de los árboles.

—¡Damon! —grita Ethan, ignorando el peligro de atraer a la policía —. ¡Damon!

A las cuatro de la mañana, estamos al borde del colapso.

Horas de buscar en la oscuridad, gritando su nombre, no han servido de nada. Nos sentamos en un banco aislado, congelados y agotados.

—Seguro que solo se está escondiendo —intenta consolarme Ethan, aunque su voz tiembla—. Se le caería el móvil al correr y se metió en algún hotel para pasar la borrachera.

Rompo a llorar, incapaz de contener la presión acumulada.

—Todo es culpa mía —confieso, tapándome la cara con las manos frías—. Si no hubiera sido tan estúpida de caer en la trampa del bar, nada de esto estaría pasando.

Ethan me mira de reojo. Parece que el cansancio y mi llanto han bajado sus defensas.

—Si de verdad es una trampa, explícamela —pide en voz baja, sin la hostilidad de antes.

—Mark me prometió información sobre una fuga de datos en Wallace —explico rápido, limpiándome las lágrimas—. Dijo que era vital. Me citó en el club. Yo mentí sobre mi paradero para que Damon no se preocupara. Pero Mark me dejó plantada y apareció mi exnovio, un tipo de mi pasado que no veía hace años. Montó una escena y me besó a la fuerza para que tomaran la maldita foto.

Ethan frunce el ceño, procesando la información como el directivo que es.

—¿Para qué montar un teatro tan elaborado solo por una foto de tabloide?

—No fue solo por la foto, Ethan —lo miro directamente a los ojos, sintiendo cómo encajan las piezas en mi cabeza de analista—. Fue una maniobra de distracción para sacarme de mi casa. Alguien necesitaba que yo no estuviera allí. Alguien necesitaba que Damon se quedara completamente a solas en ese apartamento, durmiendo, con su portátil a mano para que los hackers pudieran operar usando su IP sin que yo lo interrumpiera.

Ethan se queda paralizado. Me mira, buscando la mentira, pero solo encuentra el brillo de la deducción pura.

—Mark... —murmura Ethan, pálido—. Mark sabía que Damon tenía el portátil con las claves maestras en casa. Yo se lo mencioné en una reunión de seguridad el jueves.

Abro los ojos de par en par.

—¿Lo ves? Él es el eslabón.

En ese preciso momento, el móvil de Ethan suena, estridente en el silencio del parque.

Él contesta de inmediato, poniéndose en pie de un salto.

—¿Diga? —Escucha en silencio. Su rostro pierde el poco color que le quedaba, y luego exhala bruscamente, apoyando una mano en el respaldo del banco—. ¿Está vivo? —pregunta, cerrando los ojos—. Gracias a Dios... Sí, voy para allá ahora mismo.

Cuelga y me mira.

—¿Qué pasa? —pregunto, agarrándole de la manga del abrigo.

—Está en el hospital Monte Sinaí.

—¿Hospital? —El aire abandona mis pulmones.

—Lo ha atropellado un coche anoche, al salir corriendo del parque hacia la avenida. —Me tapo la boca para ahogar un grito—. Tranquila, está vivo. Tiene una conmoción cerebral, varias costillas rotas y contusiones, pero está consciente.

—Oh, Dios... —Me dejo caer en el banco, mareada por el alivio y el pánico mezclados—. Vamos. Quiero verlo. Necesito verlo.

Ethan me detiene con suavidad, poniéndome una mano en el hombro.

—Melissa... no puedes venir.

—¿Por qué? —Me tenso, dispuesta a pelear.

—La policía está allí esperando para interrogarlo por lo de Rosales. Y la prensa ya tiene rodeado el edificio por el escándalo financiero. Si apareces tú... será echar gasolina al fuego. Damon necesita estabilizarse física y mentalmente. Y los abogados de la familia no te dejarán pasar del vestíbulo.

—Pero yo no le robé, Ethan. Tienes que decírselo.

Ethan me aprieta el hombro, mirándome con una intensidad nueva. Por primera vez desde que estalló la bomba, veo respeto en sus ojos.

—La teoría del portátil encaja. Empiezo a ver que esto ha sido un montaje brillante. —Esas palabras me hacen respirar de nuevo—. Pero ahora mismo, lo mejor para Damon es que tú estés a salvo y lejos de los periodistas. Déjame hablar con él. Déjame plantearle lo de Mark.

—¿Lo harás? —pregunto con esperanza desesperada.

—Lo haré. Te doy mi palabra. Ahora vete a casa y no le abras la puerta a nadie.

Asiento, sorbiendo por la nariz, aceptando que tiene razón. Una pelea en un hospital no ayudará a Damon.

—Está bien. Confío en ti.

Me doy la vuelta y camino hacia la salida del parque, sola, temblando de frío, pero con una nueva fuerza ardiendo en mi interior. Ethan me cree. Damon está vivo.

—Voy a destripar los números de Mark cueste lo que cueste —susurro a la oscuridad de los árboles—. Y va a desear no haberse cruzado en mi camino.

Capítulo 40. Damon

El haz de luz de una linterna me atraviesa la retina como una aguja al rojo vivo.

Cierro los ojos con un gemido, apartando la cara.

—Lo siento, cariño —dice una voz femenina, firme pero amable—. Solo un segundo más.

Abro los ojos con dificultad. Una enfermera de unos cincuenta años, con esa eficiencia maternal de quien ha visto de todo, me sujeta la muñeca para tomarme el pulso.

—¿Cómo va esa cabeza? —pregunta, guardando la linterna en su bolsillo.

—Como si me hubiera pasado un camión por encima —murmuro con la voz pastosa.

—Casi acierta. Fue un sedán. —Ella anota algo en el monitor—. Tiene una conmoción cerebral severa, señor Wallace. Y tres costillas fisuradas. Tiene suerte de estar vivo y hablando.

Se oyen voces fuera, en el pasillo, y un momento después la puerta se abre de golpe.

Ethan.

Mi hermano parece haber envejecido diez años en una noche. Tiene los ojos inyectados en sangre, la ropa arrugada y una expresión de pánico que se transforma en alivio puro al verme.

—Joder... —exhala, apoyándose en el marco de la puerta—. Hola.

—Hola —suelto con una mueca, intentando incorporarme, pero el dolor en el costado me clava de nuevo en el colchón.

Ethan se acerca a la cama a toda prisa, como si necesitara comprobar que soy real.

—¿Estás bien? ¿Te duele mucho?

—Estoy perfectamente —miento por costumbre.

—De eso nada —rebate la enfermera sin levantar la vista de sus papeles—. Su hermano es un cabezota con suerte. Se quedará aquí en observación al menos veinticuatro horas. Si no hay hemorragia interna para mañana, hablaremos del alta.

—Gracias. —Ethan se deja caer en la silla de plástico junto a la cama, pasándose las manos por la cara—. Dios, Damon... estábamos muertos de miedo.

Hago una mueca de culpa. Ver a mi hermano así, descompuesto, me duele más que las costillas.

—Lo siento —digo en voz baja—. No quería preocuparos.

—Maldita sea, te hemos buscado toda la noche —estalla Ethan, bajando la voz para no alertar a la enfermera—. Iván, Graham, Daniel... peinamos la ciudad. La policía se presentó en casa de Melissa y ella me llamó histérica. Encontramos tu teléfono tirado en la hierba de Bryant Park y pensamos que... —Se le quiebra la voz—. Pensamos que te habían matado.

—¿Melissa? —frunzo el ceño al oír su nombre. El dolor de cabeza se intensifica—. ¿Por qué narices la has arrastrado contigo?

—Ella insistió, Damon. Estaba desesperada. Quería ayudar a buscarte. Caminamos juntos bajo la lluvia durante horas.

—Lo dudo mucho —murmuro, cerrando los ojos para bloquear la imagen de ella preocupada. Es mentira. Todo es mentira—. Seguramente solo quería asegurarse de que estaba muerto para cobrar el seguro o terminar el trabajo.

—¡Cállate! —me espeta Ethan. Abro los ojos, sorprendido. Mi hermano nunca me habla así—. Deja de decir estupideces. No creo que esté compinchada con Alessandro. He visto su cara esta noche, Damon. Estaba aterrorizada por ti. Ha sido un malentendido...

—Un malentendido de cincuenta millones de dólares —le recuerdo con frialdad—. Y de una foto besándose con otro.

—Ella dice que fue una trampa. Que Mark la citó y no apareció.

—Por supuesto que dice eso. Es una mentirosa excelente.

—Damon, escúchame...

—No, escúchame tú a mí —siseo, ignorando el dolor punzante en las sienes—. Me mintió a la cara. Me dijo que estaba cenando contigo y las chicas mientras se iba a un bar a verse con la competencia. Ya tengo bastante mierda en mi vida ahora mismo: la empresa se hunde, la policía me busca por romperle la cara a Rosales y casi me mato cruzando una calle. No necesito más problemas. Mi cupo de confianza está agotado, Ethan. Cerrado.

Ethan me mira fijamente, frustrado.

—Ella está esperando mi llamada. Quiere verte.

—¿Ah, sí? Pues dile que se vaya al infierno. No quiero verla.

—¿Estás seguro? —insiste—. Si la alejas ahora, puede que no haya vuelta atrás.

—Eso espero. Que se acabe de una vez.

—Mira, vete a casa —le digo, girando la cabeza hacia la ventana oscura—. Estoy cansado. Mañana pediré a Iván que venga a por mí.

—¿Por qué eres tan cabezota? —susurra Ethan, poniéndose en pie —. ¿Por qué no quieres ni escucharla?

—Porque no me importa. —La mentira me quema en la lengua—. Mi relación con Melissa terminó en el instante en que transfirió ese dinero.

La enfermera asoma de nuevo por la puerta con una bandeja.

—Hora de la medicación y de dormir. Las visitas se acabaron.

—Sí, claro. —Ethan le lanza una mirada de disculpa a la mujer—. Ya me iba.

Se detiene en la puerta y me mira una última vez.

—¿Qué le digo, Damon? —me pregunta en voz baja—. Está esperando saber si estás vivo.

—Dile que estoy vivo. Y dile que no vuelva a acercarse a mí.

Ethan niega con la cabeza, decepcionado.

—A veces te comportas como un verdadero hijo de puta egoísta.

—Viene de familia —replico con amargura.

La puerta se cierra tras él.

El silencio del hospital se me cae encima como una losa. Me recuesto en las almohadas y cierro los ojos, dejando que la oscuridad me trague. Me estalla la cabeza y cada músculo de mi cuerpo grita, pero lo peor es el vacío que siento en el pecho.

La imagen de Melissa no me deja en paz. Sus ojos castaños riendo en la cabaña. Su cuerpo bajo el mío. Su voz en el contestador: *«Te quiero»*.

«Pero mintió», me recuerdo con saña. *«Te robó»*.

Y aun así…

Aun así, una parte traidora de mí quiere creer a Ethan. Quiere creer que ella me buscó por amor. Pero no puedo permitírmelo. El precio de equivocarme otra vez es demasiado alto.

Estoy cansado. Joder, estoy tan cansado. Cansado de luchar, cansado de confiar en gente que luego me apuñala por la espalda.

Primero fue Donald, mi padre, que me ignoró hasta que fui un trofeo útil. Luego Gregory, que me quería por el apellido. Y ahora Melissa… a quien le di todo. A quien le di la llave de mi alma y de mi caja fuerte.

«No», decido, sintiendo cómo una lágrima de rabia se escapa por la comisura de mi ojo. *«Se acabó. Nadie volverá a aprovecharse de mí. Voy a levantar un muro tan alto que nadie podrá saltarlo jamás.»*

La enfermera me pone una vía en el brazo.

—Esto le ayudará a dormir, jovencito. Deje de pensar tanto.

El líquido frío entra en mis venas. A los pocos minutos, el dolor físico se embota, los párpados me pesan y la conciencia empieza a flotar en una nube química.

El último pensamiento antes de caer en el abismo negro no es para la empresa, ni para Rosales.

Es para ella.

Melissa… me buscaste…

Capítulo 41. Melissa

Me lanzo sobre el móvil en cuanto vibra en la mesa de centro.

—¿Ethan? —pregunto, con el corazón en la garganta.

—Está bien —dice la voz de Ethan al otro lado. Sueno un suspiro tan profundo que me mareo—. Tiene una conmoción cerebral severa y varias costillas fisuradas, pero los médicos dicen que se recuperará. Pasará un par de días en observación.

—Gracias a Dios... —Me dejo caer en el sofá, temblando—. ¿Puedo ir a verlo? Voy para allá ahora mismo.

Hay un silencio incómodo al otro lado.

—Melissa... él me ha pedido que no vayas.

El alivio se transforma en hielo.

—¿Qué?

—Dice que no quiere prensa. —Ethan suena cansado, como si estuviera repitiendo una excusa que sabe que es mentira—. Hay reporteros en la puerta y él quiere mantener un perfil bajo.

—Eso es una excusa —susurro, y las lágrimas vuelven a brotar. Últimamente mis ojos son grifos rotos—. No quiere verme, ¿verdad?

—Está muy dolido, Melissa. Y medicado. Dudo que sea capaz de razonar con claridad ahora mismo.

—¿Ha preguntado por mí? —pregunto con un hilo de esperanza, aunque sé la respuesta.

—No. —La honestidad de Ethan duele más que una bofetada—. Lo siento.

—¿Cómo puedo llegar a él, Ethan? —suplico—. Si pudiera explicarle...

—Dale tiempo. Mañana intentaré hablar con él de nuevo cuando esté más lúcido.

—Está bien —susurro, secándome las mejillas con rabia—. Me llamarás, ¿verdad? Por favor...

—Te llamaré. Intenta dormir un poco.

Cuelgo. Me meto en la ducha vestida, dejo que el agua caliente me golpee, pero no siento nada. Al menos está vivo. Mañana será otro día. Tengo que aferrarme a eso.

Tres días después.

Encogida en el asiento del conductor de un Ford alquilado, observo la acera de enfrente.

Participo en la "Operación Limpieza", y el objetivo es Mark.

He pedido la baja por estrés en el trabajo. Recursos Humanos me ha puesto en "suspensión administrativa" mientras dura la auditoría, lo cual es una forma elegante de decir que soy una apestada, pero que legalmente no pueden echarme hasta que la policía pruebe algo.

Para no llamar la atención, llevo una peluca rubia barata que me pica horrores y unas gafas de sol enormes. Me siento ridícula, como una espía de película de serie B, pero es la única opción que tengo.

Llevo ocho horas aquí aparcada. Me he terminado todos los snacks, tengo las piernas dormidas y la vejiga a punto de estallar.

—Maldita sea, Mark, sal de una vez —mascullo, golpeando el volante.

Son las siete de la tarde. La luz empieza a caer.

De repente, la puerta del edificio de apartamentos se abre.

Me quedo helada.

Es él. Mark sale a la acera. Pero no está solo.

Junto a él camina una mujer joven, de pelo castaño claro, con un bolso grande al hombro. Parece que discuten. Mark gesticula nervioso, mirando a los lados, y ella niega con la cabeza, cruzada de brazos.

—Bingo —susurro.

Me escurro en el asiento para que no me vean, saco el móvil y hago zoom al máximo. Disparo una ráfaga de fotos.

¿Quién es ella? ¿Su novia? ¿Su contacto?

Abro el chat grupal con Rachel y Liz y envío la mejor foto.

Yo: *¿Os suena esta chica? Está discutiendo con Mark.*

Espero, con el corazón acelerado, sin quitarles la vista de encima. Mark le entrega un sobre. Ella lo guarda en el bolso rápidamente.

Cinco minutos después, el móvil vibra.

Liz: *Espera... me suena su cara. Creo que trabajaba en la planta 30, en Archivo.*

Rachel: *¡Sí! La chica callada que siempre comía sola. Sofía... algo.*

Abro los ojos de par en par. Archivo. El lugar perfecto para conseguir información antigua.

Yo: *¿Sigue trabajando allí?*

Liz: *Creo que se fue hace un mes. Nadie notó su marcha.*

¡Súper! Le reenvío la foto a Ethan inmediatamente.

Yo: *Ethan, mis amigas dicen que esta chica es ex-empleada de Wallace. Sofía. Trabajaba en Archivo. Mark acaba de darle un sobre. ¿Puedes averiguar algo?*

La respuesta de Ethan es rápida. Ahora somos aliados en la sombra.

Ethan: *Joder. Voy a llamar a Recursos Humanos ahora mismo. ¿Estás segura?*

Yo: *Los estoy viendo. Se están separando. Voy a seguirla a ella.*

Ethan: *No. Es peligroso. Vete a casa, Melissa. Yo me encargo de identificarla. No quiero que te pase nada.*

Suelto un bufido, pero sé que tiene razón. Si me descubren ahora, pierdo la ventaja.

Ethan: *Se llama Sofía Clark. Mañana tendré su dirección. Buen trabajo, Mel.*

Esbozo una sonrisa triste. Por fin tengo una pista. Mark y una ex-empleada de archivo intercambiando sobres. Esto huele a conspiración.

Arranco el coche y me incorporo al tráfico. Por un segundo, me siento útil. Pero en cuanto la adrenalina baja, el vacío regresa.

La noche es lo peor. La cama sin Damon es un desierto helado.

Dos días más tarde.

Estoy tumbada en el sofá, en posición fetal. La televisión emite un programa de cocina que no veo. El cojín bajo mi cabeza está húmedo.

Han pasado cinco días desde el accidente. Damon ya ha salido del hospital. Lo sé porque lo vi en las noticias, saliendo por la puerta trasera en silla de ruedas, oculto bajo una gorra.

No me ha llamado.

Lo peor es la humillación de anoche. Perdí los papeles. Fui a su edificio, borracha de dolor y desesperación. Le supliqué al interfono, llorando frente a la cámara de seguridad, que me dejara subir. Que me dejara explicarle lo de Mark, lo de Sofía Clark, lo de la trampa.

No abrió.

Media hora después, el conserje me pidió amablemente que me fuera o llamaría a la policía.

Damon Wallace, el hombre que me juró amor eterno en una cabaña hace menos de una semana, me ha borrado de su existencia.

Cojo el móvil. Mi dignidad ya no existe, así que un mensaje más no cambiará nada.

Yo: *Te echo de menos.*

Miro la pantalla. Enviado.

De pronto, aparecen tres puntos suspensivos en la parte inferior.

«Damon está escribiendo...»

Me incorporo de un salto, con el corazón a punto de explotar. Es la primera vez en una semana que hace algo más que ignorarme.

Observo los puntos saltarines sin pestañear. Escribe. Borra. Escribe.

De repente, los puntos desaparecen.

—No... no pares —susurro a la pantalla.

Vuelven a aparecer. Escribe algo largo. Luego se detiene otra vez.

Pasa un minuto. Dos.

—¡Dile algo, maldita sea! —grito al teléfono—. ¡Grítame, insúltame, pero di algo!

Finalmente, el móvil vibra. Un solo mensaje.

Damon: *Haz tu vida.*

El aire se me escapa de los pulmones como si me hubieran golpeado.

Leo las tres palabras. Una vez. Otra vez.

Haz tu vida.

No es un insulto. No es una pregunta. Es una sentencia. Es la indiferencia absoluta. Es el final.

—¿Eso es todo? —sollozo—. ¿Después de todo lo que vivimos? ¿"Haz tu vida"?

La rabia, caliente y volcánica, sustituye al dolor.

—¡Maldito gilipollas cobarde!

Me pongo en pie y, con un grito de pura frustración, estampo el teléfono contra la pared opuesta con todas mis fuerzas.

El aparato choca contra el yeso con un crujido seco, rebota en el suelo y la pantalla se hace añicos, quedándose en negro. Muerto. Como nosotros.

Me llevo las manos a la cabeza, temblando.

Me encierro en el baño. Abro la ducha y me meto debajo del agua vestida. Me deslizo por la pared hasta el suelo, abrazándome las rodillas, y lloro. Lloro hasta que me duele la garganta, hasta que no me quedan lágrimas.

Sabía que esto podía pasar. Pero, maldita sea, nadie me advirtió de que un corazón roto dolía físicamente.

Damon Wallace ha muerto para mí.

Ojalá fuera verdad.

Capítulo 42. Damon

Me hundo en el asiento trasero de la limusina, ajustándome el nudo de la corbata como si fuera una soga.

—¿Está seguro, señor? —pregunta Iván al abrirme la puerta, con la preocupación grabada en la frente.

—Sí. Basta de esconderse —sentencio.

Mi abogado, que ha venido con nosotros, asiente con gravedad.

—Es lo mejor, Damon. Entregarse voluntariamente facilitará la fianza. No diga nada sin mi presencia.

Salgo del coche y miro la fachada gris del distrito policial. Respiro hondo el aire sucio de Nueva York y empujo la puerta giratoria.

El interior huele a café rancio y desesperación.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunta el sargento de guardia sin levantar la vista.

—Soy Damon Wallace.

El policía levanta la cabeza de golpe. El reconocimiento es instantáneo.

—Vengo a entregarme —añado con frialdad—. Entiendo que hay una orden de búsqueda contra mí.

—Así es. —El agente se pone en pie, llevándose la mano al cinturón por instinto—. Agresión grave y fuga.

—Fue defensa propia —interviene mi abogado dando un paso al frente—. Y mi cliente viene a cooperar plenamente.

Cinco horas después, salgo de nuevo a la calle.

Han sido cinco horas de infierno burocrático: huellas dactilares, fotos de prontuario, interrogatorios circulares y una fianza obscenamente alta. Me siento sucio, agotado y con la cabeza palpitando por la conmoción, pero estoy libre.

—¿A casa, señor? —pregunta Iván.

—No. Llévame al edificio *Dakota*.

—Señor, ahí vive Rosales...

—Lo sé. Arranca.

Veinte minutos después, estoy apoyado en el lateral de la limusina, frente al edificio de Alessandro.

Marco su número.

—¿Sí? —responde esa voz engolada que tanto detesto.

—Baja —ordeno—. Estoy en tu puerta.

—Wallace... —Se ríe, aunque suena dolorido—. ¿Qué te hace pensar que bajaré?

—Porque si no bajas, subiré yo. Y créeme, la seguridad del edificio no me va a detener antes de que termine lo que empecé en el parque.

Silencio.

—Bajo en cinco minutos.

Corto la llamada y espero. La rabia me mantiene en pie, anulando el dolor de mis costillas.

Alessandro sale del portal escoltado por cuatro gorilas de seguridad. Esbozo una sonrisa torva al ver mi obra de arte: tiene el pómulo izquierdo hinchado como una pelota de tenis, un hematoma negro bajo el ojo y un vendaje en la nariz.

—Tienes un aspecto de mierda —comento con naturalidad cuando se acerca, manteniéndose a una distancia prudente detrás de sus guardaespaldas.

—Ya, me atacó un animal salvaje —escupe él. Su voz suena nasal por la fractura.

Doy un paso al frente. Los gorilas se tensan, pero Alessandro levanta una mano para detenerlos.

—Conozco tus trucos, Rosales —suelto, sosteniéndole la mirada—. Sé que fuiste tú quien orquestó el robo. Y sé que usaste a Melissa.

—Estás delirando por la conmoción —se mofa, levantando la barbilla—. Tu chica simplemente se dio cuenta de quién era el caballo ganador. Se llevó el dinero y se vino a mi bando. Acéptalo.

—Oh, no. —Niego con la cabeza—. Tú le tendiste una trampa. Y te juro por la memoria de mi madre que voy a demostrarlo. Y cuando lo haga, te patearé el culo en los tribunales hasta dejarte sin un centavo.

—Inténtalo si quieres. —Sonríe, y la mueca le causa dolor—. Pero estás acabado, Wallace.

Lo observo con atención, recordando el placer visceral de mis nudillos contra su cara.

—Escucha bien una cosa —digo, bajando la voz para que solo él me oiga—. Puedes atacarme a mí. Puedes atacar mi empresa. Pero si vuelves a tocar a Melissa Ferrell... si vuelves a acercarte a ella o a intentar usarla... la próxima vez no te irás con una fractura. Te mataré.

Alessandro pierde la sonrisa. Ve en mis ojos que no es una amenaza vacía. Es una promesa.

—¿Defiendes a la mujer que te robó? —pregunta con genuina sorpresa—. Eres patético.

—¡Mantente alejado de ella! —rujo.

Sin esperar respuesta, me giro y subo a la limusina.

—Vámonos, Iván.

Miro por el retrovisor cómo Alessandro se toca la nariz rota, mirándome con odio. He ganado esta ronda, pero la guerra acaba de empezar.

Medianoche.

Mis zapatillas golpean el asfalto. Corro.

Ignoro el dolor punzante en mis costillas y el latido constante en mi cabeza. Necesito esto. Necesito el dolor para no pensar.

Sin darme cuenta, mis pies me han llevado al Upper East Side. A su calle.

Me detengo en la acera de enfrente, oculto en las sombras de un árbol, y miro hacia arriba.

Tercer piso. Sus ventanas.

La luz del salón está encendida.

¿Qué estará haciendo? ¿Estará llorando? ¿Estará contando el dinero? ¿Estará pensando en mí?

Una oleada de nostalgia me golpea tan fuerte que tengo que apoyarme en el tronco del árbol. Imagino por un momento que cruzo la calle, llamo al timbre y subo. Imagino que ella abre la puerta, me abraza y me jura que todo es mentira. Imagino volver a sentir su olor, su calor... la paz que solo ella me daba.

Pero de inmediato, la realidad me clava sus garras.

La foto. El dinero. Las mentiras.

Mis enemigos la han usado para llegar a mí. Y ha funcionado. Ella es mi talón de Aquiles. Ella es la única persona en este mundo capaz de destruirme por completo, porque es la única a la que le di el poder para hacerlo.

Si subo ahora, si la perdono sin pruebas... estaré firmando mi sentencia de muerte.

—No puedo —susurro al viento frío.

Me quedo mirando su ventana un minuto más, viendo una sombra moverse tras las cortinas. Mi corazón golpea contra las costillas rotas, doliendo más que los huesos.

Doy media vuelta y echo a correr hacia la oscuridad.

Jamás me he sentido tan miserable en toda mi vida.

Capítulo 43. Melissa

Observo la taza de café que tengo delante como si fuera un enemigo. La sola idea de darle un sorbo me revuelve el estómago.

Ya han pasado cuatro días desde que Damon me envió aquel mensaje tras salir del hospital. Tres palabras que se repiten en mi cabeza como una maldición: *Haz tu vida.*

Cuatro días... una eternidad para un corazón que apenas late. Sigo esperando estúpidamente que vuelva, que abra la puerta de la cafetería y me diga que todo fue una pesadilla, que su accidente no cambió nada. Pero la puerta solo se abre para dejar entrar a clientes ruidosos.

No me han despedido oficialmente —sigo en ese limbo de «suspensión administrativa» impuesto por la junta—, pero ya no me quedan ganas de luchar por mi puesto en Wallace Invest. Solo quiero luchar por él.

—¿Te vas a comer eso? —Rachel señala mi sándwich intacto con preocupación.

—No —hago una mueca de asco, empujando el plato—. Cómetelo tú.

—Olvídate de él, Melissa —suspira Liz, apretándome la mano—. Ningún hombre, por muy rico y guapo que sea, merece que te

consumas así. Si no te cree, es su problema.

Esbozo una sonrisa forzada que no llega a mis ojos. Ellas no lo entienden.

Viernes por la noche.

La pantalla de mi portátil ilumina el interior del coche de alquiler aparcado en la penumbra del Upper East Side. He pasado las últimas cuarenta y ocho horas buceando en los registros financieros públicos de Capital y cruzándolos con los movimientos residuales a los que aún tengo acceso en Wallace. Buscaba un error. Y Mark cometió uno.

Encontré una serie de depósitos fraccionados en una cuenta fantasma a nombre de una empresa constructora que no existe, pero cuya dirección fiscal coincide sospechosamente con el bloque de apartamentos de la madre de Sofía Clark. Esa fue la chispa matemática que necesitaba.

Por eso llevo tres horas apostada frente al lujoso edificio donde vive Mark. Si mis cálculos no fallan, hoy es día de pago.

De repente, veo movimiento.

Mark sale del portal. Y no está solo. Camina junto a la misma mujer de la otra vez. Sofía Clark, la exempleada del departamento de Archivo.

—Te tengo —susurro, sintiendo una descarga de adrenalina.

Hago varias fotografías rápidamente con el zoom de la cámara al máximo. Sofía le dice algo con gesto tenso, Mark le entrega un sobre de manila abultado y ella se lo guarda bajo el abrigo antes de dar media vuelta y alejarse a paso rápido hacia la boca del metro. Mark desaparece de nuevo en el portal.

¿Qué hago? Si sigo a Mark, no veré nada nuevo. Pero ella... ella lleva el pago.

Salgo del coche, me subo el cuello del abrigo y echo a andar tras ella, manteniendo una distancia prudencial. Sofía baja al metro. Yo voy tras ella, ocultándome tras un grupo de turistas. Unas paradas después, sale en Grand Central.

La sigo por el inmenso vestíbulo principal. De pronto, se detiene cerca del reloj central, mirando nerviosa a su alrededor. Un hombre

vestido con un abrigo de cachemira oscuro se acerca a ella por la espalda.

Me quedo helada detrás de una columna de mármol.

Es Alessandro Rosales.

Lo veo perfectamente. Alessandro sonríe con arrogancia, coge el sobre que Sofía le tiende y le da un beso en la mejilla antes de darse la vuelta y desaparecer entre la multitud de viajeros.

¡Lo tengo!

El corazón me galopa contra las costillas. Mark es el traidor interno, Sofía es la mula y Alessandro es el cerebro de la operación. Es la prueba física que respalda mis datos.

Saco el móvil con manos temblorosas y llamo a Ethan.

—¡Ethan! —susurro en cuanto contesta, sin darle tiempo a saludar —. La he seguido gracias a los cruces bancarios. Sofía Clark se acaba de reunir con Alessandro Rosales en Grand Central. Le ha entregado un sobre de Mark. Tengo fotos y el rastro del dinero.

—¡Joder, Melissa! —exclama Ethan, y escucho el ruido de una silla cayendo al suelo—. ¡Sal de ahí ahora mismo! Eso es la prueba que el FBI necesitaba para detener a Rosales. Vete a casa y mándame todo a mi servidor seguro.

Cuelgo, sintiendo una mezcla embriagadora de triunfo y terror. He limpiado mi nombre. He salvado a Wallace Invest.

Ahora solo falta que Damon quiera escucharme.

Sábado, 8:00 PM.

Camino por la Terminal 4 del aeropuerto Kennedy arrastrando una pequeña maleta de mano, con los nervios a flor de piel.

Hace dos horas, mi móvil vibró con un mensaje que casi me detiene el corazón.

«Damon: Última parada. Aeropuerto Kennedy. Terminal 4. Bar del club de primera clase. Necesito verte.»

La esperanza ha florecido en mi pecho como una explosión. ¡Quiere verme! Estoy segura de que Ethan le ha enseñado las pruebas y hoy, por fin, nos reconciliaremos.

Entro en el aseo antes de pasar el control, me retoco el labial rojo y me suelto el pelo. Llevo una blusa de seda negra y pantalones

ceñidos. Elegante, pero sexy. Camino hacia el bar del club sintiendo que vuelo.

El local está animado, con jazz suave de fondo y el tintineo de copas de cristal. Ocupo una mesa en un rincón discreto y saco el teléfono para fingir que estoy ocupada, aunque mis ojos escanean cada rostro.

—¿Le traigo algo de beber, señorita? —pregunta el camarero.

—Una margarita, por favor.

Unos minutos después, el camarero regresa. Pero no trae solo la copa. Deja sobre la mesa un cuenco de fresas frescas y un pequeño recipiente con chocolate caliente fundido.

—El caballero sentado en la barra me ha pedido que le traiga esto —dice con una sonrisa cómplice.

Sigo la dirección de su mirada. Y allí está. Damon.

Está sentado en un taburete, de perfil. Lleva vaqueros oscuros y una camisa blanca arremangada, y todavía tiene un pequeño vendaje cerca de la ceja por el accidente. Al captar mi mirada, se gira lentamente y levanta su vaso de whisky en un brindis silencioso. Sus ojos oscuros me atraviesan la distancia, quemándome.

Todo en mi interior tiembla.

Doy un sorbo a la margarita para calmarme. Cojo una fresa, la mojo despacio en el chocolate y me la llevo a la boca, sosteniéndole la mirada desafiante. Es un juego. Lo sé.

Diez minutos después, Damon se levanta y camina hacia mi mesa con esa elegancia depredadora que me vuelve loca.

—¿Puedo sentarme? —pregunta con voz profunda, ronca.

—Claro.

Se sienta frente a mí, pero no me sonríe como Damon. Me mira con una intensidad extraña, casi febril.

—Soy Michael —dice, tendiéndome la mano.

Parpadeo, confundida. ¿Michael? Entonces lo entiendo. No quiere ser Damon Wallace, el CEO asediado por escándalos y traiciones. Quiere ser un desconocido. Quiere empezar de cero, escapar de la realidad, aunque sea por una noche. Le sigo el juego porque el corazón me va a estallar de amor por él.

—Hola, Michael —le estrecho la mano, sintiendo la electricidad de su piel—. Yo soy Melissa.

—¿A dónde vuelas, Melissa?

—A Londres. ¿Y tú?

—A Dubái. Mi vuelo se ha retrasado indefinidamente. —Me acaricia los nudillos con el pulgar, enviando una sacudida por mi brazo—. Parece que estamos atrapados aquí.

Hablamos. Flirteamos como dos extraños que acaban de sentir un flechazo innegable. El aire chispea entre nosotros, cargado de un deseo tan pesado que casi cuesta respirar.

—¿Me vas a contar en qué estabas pensando cuando me enviaste esas fresas? —susurro, inclinándome sobre la mesa.

Damon —o Michael— se inclina también y me toma la cara entre las manos grandes y calientes.

—Estaba pensando que eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Y que me alegra verte respirar.

Me besa. Despacio, con una ternura desesperada, saboreando mis labios. Cierro los ojos ante la avalancha de emociones. Huele a whisky, a jabón caro y a él. Solo un beso y ya estoy a punto de echarme a llorar.

Interrumpo el beso, necesitando aire.

—No sé por quién me tomas, Michael —bromeo con voz temblorosa—, pero te aseguro que no acostumbro a ligar con desconocidos en aeropuertos.

Él me coge la mano y me besa la palma.

—Ha pasado demasiado tiempo, Melissa. Quince largos días en el infierno.

Me ha echado de menos. Lo veo en la forma agónica en que me mira. Damon llama de inmediato al camarero, saca un billete de cien dólares y pide la cuenta, ordenando que nos preparen una suite en el hotel de la terminal.

Una hora después, la pesada puerta de madera de la habitación se cierra tras nosotros, aislándonos del mundo. Damon me hace girar, me envuelve en sus brazos y me aprieta contra él con desesperación.

—Te he echado de menos —susurra contra mi cuello, hundiendo la cara en mi pelo.

Lo beso. Un beso largo, hambriento, lleno de rabia contenida y amor absoluto. Me desnuda con una prisa feroz, como si temiera que fuera a desvanecerme con la luz del alba. Hacemos el amor. No es dulce. Es intenso, crudo, casi violento en su necesidad. Damon me toma una y otra vez, reclamándome.

—Voy a grabarme tu cuerpo en la memoria —dice en un momento, recorriendo mi piel sudorosa con los dedos temblorosos.

Hay una urgencia en él que me asusta, como si fuera un hombre condenado a muerte buscando su última absolución. Pero no quiero pensar en eso. Me aferro a él y me dejo llevar.

Por la mañana, la luz del sol corta el espacio de la habitación. Me levanto para ir al baño, adolorida pero inmensamente feliz. Al volver a la cama, me pego a su espalda caliente, buscando su abrazo bajo las sábanas.

El cuerpo de Damon se tensa al instante, volviéndose de piedra. Se levanta de la cama bruscamente, apartándose de mí, y empieza a buscar sus vaqueros en el suelo.

—¿Qué pasa? —Me incorporo de golpe, cubriéndome el pecho con la sábana. El cambio en su atmósfera es glacial.

—No estamos juntos, Melissa —dice sin mirarme, abrochándose el cinturón con movimientos mecánicos.

—¿Qué? —Parpadeo, aturdida por el latigazo verbal—. ¿Y lo de anoche?

Damon se gira. Sus ojos están vacíos, muertos. Michael ha desaparecido. Ha vuelto el hombre encerrado en su propia fortaleza de hielo.

—Lo de anoche fue una despedida.

El impacto de sus palabras me golpea el esternón dejándome sin aire. Las lágrimas asoman de inmediato.

—¿Despedida? —balbuceo—. ¿Me pediste que viniera, me hiciste el amor toda la noche... solo para despedirte?

—Necesitaba sacarte de mi sistema. —Se pone la camisa con movimientos secos—. No soy lo que necesitas. Tú estabas

enamorada de la fantasía de anoche. Yo soy Damon Wallace. Y no puedo perdonarte.

—¡Yo no hice nada! —grito, sintiendo que la injusticia me quema por dentro—. ¡Ethan te ha mandado las pruebas! ¡Sabes que Mark y Alessandro me tendieron la trampa! ¡Te salvé!

—Lo sé —admite con frialdad abrumadora—. Sé que eres inocente. Ethan me lo contó todo.

—¿Entonces? —pregunto, confundida y herida hasta la médula—. Si sabes que soy inocente, ¿por qué me haces esto?

—Porque me mentiste en la cara sobre esa noche. Y porque por tu culpa perdí el control. Casi mato a un hombre, Melissa. Casi muero yo mismo. —Se calza los zapatos, mirándome con una dureza implacable—. Mírame. Soy un hombre peligroso. Mis enemigos te usaron, te pusieron una diana en la espalda solo para llegar a mí. Eres una debilidad que no me puedo permitir, y yo soy un riesgo que tú no deberías correr.

Retrocedo unos pasos en la cama, abrazando la almohada como un escudo. Me está dejando. Me está apartando para protegerme y para protegerse a sí mismo de lo que siente por mí.

—Pero me quieres —susurro, rompiéndome—. Lo sentí anoche.

—Te deseo. Es diferente. —Camina hacia la puerta sin mirar atrás —. Estarás mejor sin mí. Haz tu vida, Melissa.

—¡Si cruzas esa puerta ahora mismo, lo nuestro se acaba para siempre! —le advierto. Mi voz es un grito desgarrado, lleno de furia y agonía—. ¡No volveré a arrastrarme, Damon! ¡No te perdonaré esta cobardía!

Él se detiene con la mano en el pomo. Se gira una última vez. Su expresión es de una tristeza infinita, la de un hombre que acaba de firmar su propia sentencia de soledad.

—Lo sé. —Se acerca dos pasos, me toma la cara entre las manos y me besa en la frente con una dulzura que me destroza el alma—. Es lo mejor, nena. Sé feliz.

—¡No te atrevas a decirme qué hacer! —le grito, apartando sus manos de un manotazo violento—. ¡Vete al infierno!

—Ya estoy allí —exhala en un susurro apenas audible.

Se da la vuelta y sale de la habitación. La pesada puerta se cierra con un clic suave, definitivo. El silencio que deja tras de sí es ensordecedor.

Me quedo sola en la cama deshecha, oliendo a sexo y a su perfume. Me aprieto las manos contra el pecho, tratando de sujetar los pedazos de mi corazón que se desparraman por el suelo. Grito. Grito de rabia y de dolor hasta quedarme sin voz.

Capítulo 44. Melissa

Sentada con las piernas cruzadas sobre la alfombra del salón, apoyo la espalda contra el sofá y juego con mi teléfono. Lo hago girar sobre el suelo de madera, observando cómo rota una y otra vez como una peonza. Cuando se detiene, lo impulso de nuevo.

Gira. Para. Gira. Para.

Así es mi vida ahora.

Hoy ha sido un día extraño. El día en que he aceptado, con una calma que me asusta, que el capítulo titulado «Damon Wallace» ha terminado. No lloro. No me quedan lágrimas. Solo siento una rabia seca, dirigida sobre todo hacia mí misma. Me culpo por la humillación de aquella noche en el hotel, por haber permitido que me usara para "sacarme de su sistema".

En la televisión, una vieja película romántica se reproduce sin sonido. La miro sin verla. Es una burla del destino que nuestro romance empezara con tanto fuego y termine con este hielo absoluto.

Durante semanas me negué a creer que Damon fuera un hombre vacío. Me aferro a la idea de "Michael", el hombre tierno del aeropuerto. Pero ya no puedo ignorar la verdad. Michael no existe. Nunca existió. Fue solo una máscara que Damon se puso para follarme una última vez sin culpa.

De repente, el móvil deja de girar y se ilumina.

Ethan.

Respiro hondo, armándome de valor antes de contestar.

—Hola —digo. Mi voz suena muerta, plana, incluso para mis propios oídos.

—¡Dios, Melissa! ¡Lo tenemos! —exclama él al otro lado, con una energía eufórica que me golpea—. ¡Lo han encontrado todo!

—¿Qué?

—Tu pista sobre Sofía Clark fue la clave. La policía registró el ordenador de Mark y encontraron los rastros digitales. Él usó las claves de Damon para entrar en las cuentas, y Sofía sacó la información física. ¡Y adivina qué! Alessandro Rosales les pagaba a ambos. Hay transferencias, correos, fotos... ¡Todo!

—Entiendo —susurro.

Debería sentir alegría. Debería saltar y gritar "os lo dije". Pero solo siento un hueco helado en el pecho.

—Los cargos contra Damon se van a retirar. La policía ya ha ido a por Mark y Alessandro está siendo interrogado por fraude federal. —Ethan se ríe, aliviado—. Por fin se ha acabado, Mel. Eres la heroína de esta historia.

—Me alegro por vosotros —respondo mecánicamente.

—Damon quiere vernos a todos mañana en la oficina. A primera hora. Tienes que estar allí, Melissa. Quiere... quiere arreglar las cosas.

—Sí —digo, mirando una grieta imaginaria en la pared—. Estaré allí.

—Gracias, Melissa. De verdad. Nos has salvado el culo.

—De nada.

Cuelgo antes de que pueda decir nada más. Me quedo un rato largo mirando la oscuridad del salón con una sonrisa vacía.

Me levanto, voy a la cocina y abro el portátil. No busco noticias sobre la detención de Mark. Abro un documento en blanco y escribo dos palabras en el centro: **CARTA DE RENUNCIA**.

No quiero volver a oír ese apellido. Me duele cada letra.

A la mañana siguiente, entro en *Wallace Invest*.

—¡Dios, Melissa, ¿te has enterado?! —Liz me recibe en el pasillo con una sonrisa radiante—. ¡Está en todas las noticias! ¡Damon es inocente y han arrestado a Mark!

—¿De qué? —Dejo el bolso sobre mi mesa sin mirarla—. Ah, sí. Qué bien.

—¿"Qué bien"? —Liz me mira extrañada—. ¡Es fantástico! ¡Tú tenías razón todo el tiempo!

Miro a mi alrededor. La oficina bulle con la excitación del escándalo resuelto. Pero yo me siento como un fantasma. Soy un espectador en mi propia vida. Nada de esto me importa ya.

Saco un sobre blanco de mi bolso.

Me dirijo al ascensor. Mis manos no tiemblan esta vez. Por inercia, paso mi tarjeta por el lector para acceder a la planta ático.

Bip.

Una luz verde se enciende.

Suelto una risa amarga y corta. Hace dos días, esa luz era roja. Me prohibió la entrada cuando más lo necesitaba. Ahora que soy la "heroína" y que mi inocencia es útil, las puertas se abren de par en par.

Qué hipocresía.

El ascensor sube suavemente. Cuando las puertas se abren, Natalie, la asistente, me sonríe como si yo fuera de la realeza.

—Buenos días, Melissa. El señor Wallace la espera.

—Buenos días.

Camino sobre el suelo de mármol. Mis tacones resuenan, pero el sonido me parece lejano. Recuerdo la primera vez que crucé este pasillo, llena de nervios y atracción. Ahora lo recorro con la frialdad de quien camina hacia el patíbulo para cortar la soga.

Llamo a la puerta de roble.

—Adelante.

Entro.

Damon está tras su escritorio. Parece cansado, pero victorioso. Ethan está de pie a su lado. Al verme, el rostro de mi cuñado se ilumina.

—¡Aquí está! —exclama Ethan—. La mujer del momento. Sin tu pista sobre Sofía, seguiríamos dando palos de ciego.

Damon me mira. Sus ojos oscuros me escrutan, buscando algo. Quizá espera verme feliz, o aliviada. Pero yo mantengo mi rostro inexpresivo.

—Gracias, Melissa —dice Damon. Su voz es grave, cautelosa—. Ethan, déjanos un momento, por favor.

—Claro. —Ethan nos mira a los dos, capta la tensión y asiente—. Os dejo.

Ethan sale y me da una palmadita en el hombro que apenas siento. La puerta se cierra con un clic suave.

Nos quedamos solos. El silencio se estira, tenso y frágil.

Camino hasta el escritorio y le tiendo el sobre blanco.

Damon lo coge, confundido.

—¿Qué es esto?

—Mi renuncia. Con efecto inmediato.

Él frunce el ceño. Abre el sobre, lee la única frase escrita y levanta la vista, incrédulo.

—No, Melissa. No la acepto.

Parpadeo despacio. No voy a llorar. Ya no.

—No es una petición, Damon. Es un aviso. No puedo trabajar aquí.

—¿Por qué? —Se levanta y rodea la mesa, acercándose a mí—. Todo se ha aclarado. Eres inocente. Yo soy inocente. Mark y Alessandro van a pagar por lo que hicieron. Has recuperado tu puesto, tu reputación...

—¿Y qué hay de nosotros? —lo corto con voz suave.

Damon se detiene a un metro de mí.

—Podemos... podemos hablar de eso. Ahora que sé la verdad...

—¿Ahora? —Suelto una risa sin humor—. ¿Ahora que tienes pruebas forenses de que no soy una ladrona, entonces sí soy digna de ti?

—Melissa, compréndelo. Las evidencias apuntaban a ti...

—No. —Levanto una mano para detenerlo—. Anoche pensé mucho, Damon. Y finalmente lo entendí.

—¿El qué?

Lo miro a los ojos. Esos ojos que amé tanto.

—Entendí que no me voy a morir si no te toco. —Él se tensa como si le hubiera golpeado—. Entendí que eres un cobarde.

—¿Un cobarde? —Sus ojos destellan con ira.

—Sí. Tienes demasiado miedo para amar a alguien de verdad. Simplemente, no eres lo bastante valiente para amarme a mí. En cuanto las cosas se pusieron difíciles, en cuanto hubo una duda, me desechaste como si fuera basura. Me humillaste. Me dejaste fuera de tu vida.

—Estaba protegiendo la compañía...

—Estabas protegiendo tu ego —sentencio—. Escondiste tu corazón en un congelador hace años y tiraste la llave. Tienes uno, sí, ¿pero de qué te sirve si no late por nadie? ¿De qué te sirve todo este imperio si estás solo en la cima?

Damon no responde. Se queda ahí, congelado, pálido. Por primera vez, veo una grieta real en su armadura. Le he dado donde más duele: en su verdad.

—Adiós, Damon.

Me doy la vuelta.

—Melissa, espera... —dice él a mis espaldas. Su voz suena rota.

No me detengo. Abro la puerta, salgo al pasillo y la cierro tras de mí con un clic metálico, definitivo.

Me apoyo un segundo en la pared del pasillo, respirando el aire aséptico de la planta 40. Ha sido lo mejor y lo peor de mi existencia.

Pero se ha acabado.

Camino hacia el ascensor sin mirar atrás. Soy libre.

Capítulo 45. Damon

Observo a Melissa salir del despacho. Su espalda recta, su cabeza alta.

Cuando la puerta se cierra tras ella con un clic metálico, siento cómo el oxígeno de la habitación desaparece. Es como si las paredes de cristal se cerraran sobre mí.

Se ha ido.

Mecánicamente, como un autómata, camino hacia el mueble bar. Me sirvo un whisky doble, sin hielo, y me acerco al ventanal. Nueva York se extiende a mis pies, brillante y poderosa, pero solo veo gris.

Unos segundos después, la puerta se abre de golpe. Ethan. Al ver el vaso en mi mano, su expresión se endurece.

—¿Ya estás celebrando? —pregunta con sarcasmo.

—Algo así.

—¿Y Melissa? —Mira a su alrededor, aunque sabe la respuesta.

—Se ha ido. Ha renunciado.

Ethan suelta un bufido de incredulidad y cierra la puerta.

—¿Y la has dejado marchar? ¿Así sin más?

—Nuestra relación no tenía futuro, Ethan. Tú mismo lo sabías —digo, dando un trago que me quema la garganta—. Míranos. En cuanto apareció una amenaza, todo se desmoronó. Siempre habrá

un imbécil como Rosales dispuesto a usarla para dañarme. No quiero que la sigan arrastrando por el fango por mi culpa.

—¿Eso es lo que te cuentas para poder dormir por las noches? —Me espeta. Me giro para fulminarlo con la mirada, pero él no retrocede—. No te entiendo, Damon. Estás enamorado de ella. ¿Por qué actúas como un mártir?

—Se merece algo mejor —respondo con voz ronca.

—¡Vete a la mierda! —grita Ethan—. ¿Dónde va a estar mejor? Contigo nunca le faltaría de nada.

—Ella no quiere dinero, Ethan.

—¿Qué es lo que quiere, entonces?

—Quiere... —Frunzo el ceño, recordando sus últimas palabras. *Cobarde*. La palabra me escuece como una herida infectada—. Quiere un corazón que funcione. Y yo no tengo de eso.

Ethan me mira con una mezcla de pena y rabia.

—Con Gregoria era fácil —continúo, mirando el líquido ámbar—. Era un contrato. No había riesgo.

—Porque no la amabas. Con Melissa tienes miedo porque es real.

—Es inevitable. Al final se marcharía igual, tarde o temprano. Mejor ahora que dentro de cinco años, cuando el daño fuera irreparable.

—¿Y qué te quedará a ti? —me desafía—. ¿Beber hasta reventar en soledad en tu ático de diez millones? —Señala el vaso—. Veo que el proceso ya ha empezado. Eres un idiota, hermano. Cuando yo encontré a mi mujer, removí cielo y tierra para mantenerla a mi lado. Tú la empujas al precipicio.

—Déjame en paz.

El teléfono del escritorio suena, interrumpiendo la tensión. Pulso el botón del manos libres.

—Dígame, Natalie.

—Los detectives federales están aquí, señor. Y los abogados de la junta.

Miro a Ethan. La hora de la verdad.

—Que pasen.

Vacío el vaso de un trago. Al menos el trabajo es algo que entiendo. El trabajo no te llama cobarde; el trabajo solo exige

resultados.

Horas más tarde, la ciudad se ha sumergido en el crepúsculo. Estoy sentado en la penumbra de mi despacho, con la corbata deshecha y la chaqueta tirada en el sofá. Los detectives se han marchado hace rato, llevándose consigo las actas, las pruebas y la confirmación de que soy libre.

Ethan entra sin llamar. Trae una carpeta pesada bajo el brazo y dos sándwiches de la máquina expendedora. Deja la carpeta sobre la mesa con un golpe seco.

—Se acabó, Damon —dice, sentándose frente a mí—. Hemos desguazado su estructura. Alessandro está acabado. ¿Quieres los detalles o prefieres seguir mirando a la nada?

—Cuéntamelo —ordeno, girando la silla hacia él—. Quiero saber cómo ese bastardo se metió en mi vida sin que yo lo viera.

Ethan abre la carpeta.

—Fue un ataque multifacético. Al principio, Alessandro apostó por Sofía Clark, la chica de Archivo. Era su plan A. —Ethan señala una foto—. Pero tú eres demasiado inaccesible; Sofía no pudo acercarse lo suficiente a los ordenadores de dirección. Entonces cambiaron a Mark.

Asiento. Mark. El tipo silencioso.

—Tenía deudas de juego enormes; Rosales compró su lealtad por medio millón. Mark filtraba información, pero necesitaba tus claves maestras para el gran robo. Por eso usaron la distracción.

—Melissa —murmuro.

—Y Gregoria —añade Ethan—. Alessandro jugó magistralmente la carta de la venganza. Se acercó a Gregoria, la convenció de que tú eras el diablo por rechazarla y le prometió que pagarías. Cuando ella vino a llorar a tu despacho la semana pasada, te plantó un micro bajo el escritorio.

Cierro los ojos. Mierda.

—Oían cada vez que respirabas. Sabían que te ibas de fin de semana. Sabían que estabas vulnerable.

—¿Y Grock? —pregunto, sintiendo una punzada de culpa.

—Alessandro investigó el pasado de Melissa. Encontró a su exnovio hundido en deudas de juego en Stamford. Le pagó el pasaje

a Nueva York y le dio un fajo de billetes solo para que apareciera en ese club la misma noche que Melissa y montara una escena. Sabían que si te mandaban esa foto y te ponían celoso, perderías el juicio. Y funcionó. Mientras tú te volvías loco de rabia y desconfiabas de ella, Mark usaba tus claves.

Aprieto la mandíbula hasta que me duele. Me han manipulado como a un novato.

—Lo irónico es —Ethan se inclina hacia delante, clavándome la mirada— que perdieron precisamente por Melissa. Mientras nosotros buscábamos culpables entre los directivos y tú te ahogabas en celos, ella rastreó la conexión entre Mark y Sofía. Ella encontró el hilo del que tiramos. Hizo el trabajo sucio por nosotros mientras tú la tratabas como a una delincuente.

Sus palabras son puñetazos. Ella me salvó. Y yo la eché.

—¿Qué va a pasar con Capital? —pregunto para desviar el tema.

—La investigación federal ha comenzado. Los activos de Rosales están congelados. Si no huye del país en cuarenta y ocho horas, irá a la cárcel por fraude y espionaje industrial.

—Intentará sobornar a alguien. Siempre lo hace.

—Esta vez no. —Ethan golpea la mesa—. Me encargaré personalmente. Le morderé la yugular si intenta siquiera mirar a un juez.

Me levanto y camino hacia el ventanal. Mi reflejo en el cristal parece el de un fantasma.

—¿Sabes, Ethan? —digo en voz baja—. Siempre pensé que era solo negocios. Pura competencia. Pero Alessandro lo hizo personal.

—¿Por qué?

—Hace años, cuando salíamos de fiesta... había una chica. Alessandro estaba obsesionado con ella. Quería casarse, o eso decía. Para mí solo fue una noche más. Me acosté con ella en el baño de un club privado y Alessandro entró. Nos vio.

Ethan abre los ojos de par en par.

—Joder...

—Me gritó que algún día me quitaría lo que yo más quisiera. Pensé que era un delirio de borracho y cocaína. Resulta que no había

olvidado ni un solo segundo. Esperó años para encontrar algo que me importara de verdad.

Miro las luces de la ciudad.

—Esperó a que apareciera Melissa.

Se hace un silencio sepulcral en el despacho.

—Pues ha ganado —dice Ethan con brutal honestidad—. Alessandro ha perdido su dinero y su empresa, sí. Tú has salvado Wallace Invest. Pero él cumplió su promesa. Te ha quitado lo que más querías. Y lo peor es que tú le has ayudado a hacerlo.

Ethan se levanta, recoge sus cosas y camina hacia la puerta.

—Me voy a casa con mi mujer, Damon. Tú... disfruta de tu victoria.

La puerta se cierra.

Me quedo solo en la cima de mi torre de marfil. Los competidores destruidos, las cuentas a salvo, mi reputación intacta. He ganado la guerra. Pero mientras miro la ciudad vacía, me doy cuenta de que soy el hombre más pobre de Nueva York.

Cobarde.

Tenía razón. Soy un maldito cobarde.

Capítulo 46. Melissa

—Por los nuevos comienzos —propone Rachel, alzando su copa de Margarita con una sonrisa que intenta ser contagiosa.

—Por los nuevos comienzos —repetimos Liz y yo al unísono.

El choque de los cristales resuena en el bar ruidoso. Doy un trago largo. La sal en el borde de la copa me escuece en los labios, un recordatorio físico de que sigo viva.

—Te va a ir genial, Mel —me asegura Liz, apretándome el brazo—. Taylor te adora. Antes de que te des cuenta, estarás dirigiendo tu propio departamento y habrás olvidado todo... esto.

Asiento y fuerzo una sonrisa, masticando la rodaja de lima para no tener que contestar.

Han pasado dos semanas. Catorce días exactos desde que salí de *Wallace Invest* y cerré la puerta de ese despacho, dejando atrás mi carrera y mi corazón.

Quise ir a casa, refugiarme en los brazos de mis padres, pero la vergüenza me detuvo. No tenía fuerzas para explicarles por qué había fracasado. Así que me quedé en mi apartamento, convirtiéndolo en mi búnker.

He establecido una rutina militar para no pensar. Salgo a correr dos veces al día, empujando mi cuerpo hasta el límite, esperando que el agotamiento físico apague el ruido mental. Corro hasta que

me arden los pulmones, solo para poder caer rendida en la cama por la noche y dormir sin soñar.

Estoy bien, me repito constantemente frente al espejo. *Vacía, pero funcional.*

He dejado de leer los periódicos. He bloqueado las alertas de Google. Cuando salgo a correr, trazo rutas absurdas para evitar la silueta imponente del rascacielos de *Wallace Invest*. Evito los restaurantes donde cenamos. Evito su nombre.

Lo he encerrado bajo llave en un rincón oscuro de mi mente, como un monstruo que no debe ser nombrado. Aunque, a veces, en la soledad de la noche, me pregunto si realmente existió o si fue todo una alucinación febril.

—¿Qué te vas a poner mañana? —pregunta Rachel, sacándome de mi espiral autodestructiva.

—El traje azul marino —respondo, pinchando una aceituna—. Quiero dar una imagen profesional. Nada de vestidos.

—Bien pensado. —Rachel duda un segundo, jugando con su servilleta—. Por cierto... Brad me ha pedido una cita para el sábado.

El tenedor se me resbala de los dedos y golpea el plato con un tintineo agudo.

—¿Qué? —Levanto la cabeza de golpe. Liz deja de masticar.

—No me miréis así —se defiende Rachel, encogiéndose de hombros—. Me llamó para disculparse por lo del bar. Dijo que Alessandro le pagó para asustarte, pero que se siente fatal.

—Rachel, ese tipo es un imbécil —interviene Liz frunciendo el ceño —. ¿Vas a salir con él después de todo?

—Bueno, técnicamente sus palabras exactas han sido: «¿Me dejarías invitarte a cenar para compensar que soy un idiota?» — explica Rachel con una sonrisita culpable—. Y... no sé. Hemos pasado por tanto. Ahora que todo ha explotado, al menos no hay secretos.

—¿Vas a ir? —pregunto, sintiendo una punzada de envidia. Ellas tienen segundas oportunidades. Yo no.

—Creo que sí —suspira—. No quiero estropearlo, pero...

—¿Pero echas de menos cómo follaba? —lanza Liz sin filtro.

—¡Liz! —Rachel se pone roja, pero se ríe—. Vale, sí. El sexo siempre fue increíble. Y quizá, solo quizá, podamos arreglar lo demás.

Terminamos la cena con un ambiente más ligero. Las escucho reír y planear el fin de semana, sintiéndome un poco espectadora de mi propia vida.

—Mucha suerte mañana, nena —me desea Liz al despedirnos en la puerta del bar—. Te lo mereces.

—Gracias, chicas. —Las abrazo a las dos con fuerza—. Sois lo único que me mantiene cuerda en esta ciudad.

—Para eso estamos —murmura Rachel—. Ve a dormir. Y arrasa mañana.

A la mañana siguiente, el sol brilla con una ironía cruel.

Entro en el edificio de ladrillo rojo en el SoHo. No hay guardias de seguridad en la entrada, ni ascensores de alta velocidad que te bloquean el paso, ni suelos de mármol frío.

—¡Melissa!

Taylor sale de un despacho acristalado con los brazos abiertos. Lleva vaqueros y una americana informal.

—Qué alegría verte. ¡Bienvenida!

—Hola, Taylor —respondo, devolviéndole una sonrisa nerviosa. El ambiente aquí es... humano.

—Te va a encantar trabajar con nosotros. —Me toma de la mano con calidez y me guía a través de la oficina diáfana, donde una docena de personas teclean y hablan por teléfono—. Ven, este es tu sitio.

Me detengo frente a una pequeña oficina con paredes de cristal. Tiene un escritorio de madera clara, una silla ergonómica y, lo más importante, una ventana que da a una calle tranquila llena de árboles, lejos de los rascacielos financieros.

—¿Voy a tener mi propio despacho? —pregunto sorprendida.

—Por supuesto. Eres analista senior, Melissa. Te lo has ganado.

Echo un vistazo. No tiene nada que ver con el lujo intimidante de la planta 40, pero se siente acogedor. Se siente seguro.

Me giro hacia Taylor, sintiendo un nudo en la garganta.

—Gracias por aceptarme, Taylor. De verdad. No sabes lo que significa para mí.

Ella me aprieta la mano con afecto. Taylor fue mi profesora favorita en la universidad, y cuando la llamé hace una semana pidiendo trabajo, no hizo ni una sola pregunta sobre *Wallace Invest*, ni sobre el escándalo, ni sobre Damon. Lo sabe todo, por supuesto; todo Nueva York lo sabe. Pero ha tenido la elegancia de no mencionarlo. Sabe que necesito un refugio, no un interrogatorio.

—No tienes que darme las gracias. Sé que eres brillante —dice con una sonrisa—. Te dejo que te instales. A las diez haremos una pausa para el café y te presentaré al equipo. He pedido donuts en tu honor.

—Suena perfecto.

Taylor se marcha y me quedo sola.

Me siento tras mi nuevo escritorio y paso la mano por la superficie de madera.

Echo de menos a Rachel y a Liz. Echo de menos la adrenalina de los grandes negocios. Y, Dios me perdone, echo de menos la sensación de poder que tenía al caminar por aquellos pasillos.

Pero eso se acabó.

Respiro hondo, llenando mis pulmones de este aire nuevo, sin perfume caro ni tensión sexual.

Este es el primer día del resto de mi vida.

Una vida sin él.

Capítulo 47. Damon

La junta directiva está en pleno apogeo.

Las voces de los consejeros zumban a mi alrededor como insectos molestos. Discuten con un entusiasmo casi obsceno sobre la estrategia de crecimiento y la recuperación de los activos que perdieron valor en los últimos meses. El plan es viable, los números son sólidos, hay motivos para el optimismo.

Yo, en cambio, me siento a mil kilómetros de distancia.

Estoy físicamente en esta sala de cuero y caoba, pero mi mente está atrapada en un vacío. Soy incapaz de concentrarme, de seguir el hilo de la conversación. A veces, incluso siento que el aire es demasiado denso y me cuesta respirar.

Algo se ha roto dentro de mí. Y no tiene arreglo.

Hoy Melissa empezaba en su nuevo puesto. Me pasé la noche en vela, con el teléfono en la mano, debatiéndome entre el orgullo y la necesidad. Quise llamarla. Quise desearle suerte, decirle que este mundo es una jungla y que ella es demasiado buena para él. Pero ¿qué sentido tiene? Fui yo quien la expulsó de mi paraíso.

He llegado al extremo de pactar con Rachel. Ella me filtra información sin hacer preguntas. No lo hace por dinero, ni porque la haya amenazado con el despido. Lo hace «en nombre del amor»,

porque cree que somos dos almas destinadas a estar juntas. Qué ironía tan amarga.

Me pregunto si habrá salido a correr esta mañana. ¿Se habrá puesto esas zapatillas con las que juraba que me daría una paliza en una carrera? Esbozo una sonrisa triste, bajando la mirada a mis papeles.

Idiota… Pensé que arrancarla de mi vida sería mucho más fácil. Pensé que el trabajo llenaría el hueco.

Me giro en la silla para estirar la espalda, intentando sacudirme la neblina. *¡Basta, Damon!*, me ordeno. *Vuelve al juego.*

—Damon informará sobre los detalles técnicos mañana —escucho decir a alguien.

Levanto la cabeza, desorientado. Todos los miembros de la junta tienen los ojos clavados en mí. Esperan una confirmación, una palabra, cualquier señal de que el CEO sigue al mando.

Miro a Ethan de reojo, pidiéndole auxilio en silencio. Él arquea una ceja, visiblemente preocupado por mi estado.

—Vuelas a Seattle esta tarde, ¿recuerdas? —me refresca la memoria con tono suave—. El informe tendrá que esperar a tu regreso.

—Sí, por supuesto —confirmo, recuperando la máscara de frialdad —. Mañana mismo tendré los datos.

Ethan me ayuda a su manera, cubriendo mis ausencias, pero sé que no podrá hacerlo para siempre. Doy un trago de agua helada, intentando que el frío me devuelva a la realidad.

Concéntrate, joder. Concéntrate.

Subo al avión privado con los hombros cargados de un peso que no es el de mi equipaje.

—Buenas noches, señor Wallace —me saluda la azafata con una sonrisa ensayada—. Su asiento habitual, el 1A. ¿Le traigo algo?

—Un whisky doble —respondo sin mirarla—. Y agua.

Me hundo en la butaca de cuero y clavo la vista en la ventanilla mientras el resto de los ejecutivos se acomodan. Antes, volar me daba una sensación de libertad. Ahora lo odio. El cielo me recuerda a ella, a nuestro primer encuentro en el aeropuerto, a esa noche en

la que el mundo parecía estar a nuestros pies. A lo mal que terminó todo.

Me aprieto el puente de la nariz. Solo quiero llegar, encerrarme en la suite del hotel y desaparecer. Saco un bote de pastillas del bolsillo y me trago un somnífero con el primer sorbo de whisky. Necesito que mi cerebro se apague.

Un hombre mayor se sienta en la butaca contigua y me asiente con cortesía. Le devuelvo un gesto mecánico y vuelvo a mirar hacia fuera.

Abajo, en la pista, las luces de los vehículos de servicio se mueven en la oscuridad. Sinceramente, si este avión se hiciera pedazos durante el despegue, no movería un dedo por salvarme. Preferiría mil veces arder en un amasijo de hierros que seguir arrastrando este dolor sordo que me devora por dentro.

Cuatro días después, aterrizo de vuelta en Nueva York. Al salir de la terminal, veo a Iván junto a la limusina. Su presencia es lo único que me resulta familiar en este desierto.

—Bienvenido, señor. ¿Ha tenido un buen viaje?

—Excelente, Iván. Vámonos.

Me subo al asiento trasero y me cierro en mi silencio. Iván se asoma por la puerta abierta antes de cerrarla.

—¿La ruta habitual, señor? —pregunta con una mirada que dice más de lo que debería.

—Sí. La de siempre.

Él asiente con una sonrisa triste y arranca.

Pocos minutos después, nos fundimos con el tráfico de la ciudad. Cuando nos acercamos al barrio de Melissa, Iván reduce la velocidad instintivamente. No hace falta que le diga nada; sabe perfectamente lo que busco.

Miro por la ventana, con el corazón martilleando contra mis costillas. Pasamos por aquí cada tarde, alargando el camino solo para poder darle las buenas noches mentalmente. ¿A quién pretendo engañar? Si no fuera por el coche, vendría aquí corriendo todas las noches solo para estar cerca de sus paredes.

Contengo el aliento al pasar frente a su edificio. Observo sus ventanas, buscando desesperadamente una sombra, un reflejo,

cualquier señal de que ella está ahí fuera, respirando el mismo aire que yo.

Como siempre, no hay nada. Solo cristal frío y cortinas cerradas.

Sigo mirando por el cristal trasero hasta que el edificio se desvanece en la distancia. Siento que el alma se me encoge un poco más cada vez que el coche acelera.

¿Dónde estás, Melissa? Sé que fui yo quien cerró la puerta, pero daría todo mi imperio por que volvieras a abrirla.

Capítulo 48. Melissa

En el autobús, de camino a casa, leo en mi libro electrónico intentando ignorar el mundo. Son cerca de las seis de la tarde y Nueva York ya se ha sumergido en esa oscuridad fría de invierno. Llevo tres semanas en mi nuevo puesto y sé que tomé la decisión correcta. Me siento más fuerte, más dueña de mis pasos.

Mis colegas son encantadores; no hay cuchicheos tóxicos ni puñaladas por la espalda. Aquí mi voz importa. Sigo en contacto con Rachel y Liz; cenamos de vez en cuando y me ayudan a recordar quién soy. He pensado que ya es hora de ir a ver a mis padres; quizá escape este fin de semana para buscar refugio en lo conocido.

Corro mucho. Ya no necesito imaginar que un asesino me persigue para acelerar; la rabia que vive en mis entrañas es el mejor combustible. El trote suave es cosa del pasado; ahora corro como si quisiera desgarrar el asfalto.

Ya no soporto las historias románticas. La sola idea de leer cursilerías me da náuseas, así que me he pasado a los thrillers. Algo oscuro, algo sangriento, algo que no hable de amor ni de finales felices.

Bajo del autobús y camino las dos manzanas que me separan de casa. El frío muerde y mi aliento forma nubecitas de vapor frente a mi cara. Me ajusto el abrigo, buscando el calor de la lana. Quizá pida

comida india para cenar... No, mejor no gasto. Aún queda comida de ayer en la nevera.

Llego al portal y rebusco en el bolso, desesperada por encontrar las llaves. Mis dedos tiritan de frío.

—Hola, Melissa.

Esa voz.

Me giro con el corazón golpeándome las costillas con una violencia que me quita el aire. Me topo con Damon. Al verlo, siento un nudo físico en el pecho, una presión insoportable. Su abrigo de cachemira oscuro y su elegancia natural parecen sacados de otra dimensión en contraste con la pintura desconchada de mi edificio y la acera sucia. Parece fuera de lugar, pero sus ojos oscuros están fijos en mí con una intensidad desesperada.

—¿Qué haces aquí? —pregunto. Intento sonar indiferente, pero mi voz sale quebrada, traicionándome.

—Necesitaba verte —dice él. Me sostiene la mirada y veo algo en sus ojos que antes me habría desarmado. Vulnerabilidad.

Las emociones me arrollan como una ola gigante. Yo, que creía tenerlo todo bajo control, noto cómo las lágrimas queman mis párpados.

—¿Cómo estás? —Da un paso hacia mí, con cautela, como si temiera que fuera a romperme.

De repente, la tristeza se evapora, sustituida por un incendio de pura rabia. Agacho la cabeza como un animal acorralado y hurgo con violencia en el bolso. Necesito huir. ¿Dónde están las malditas llaves?

—Genial —suelto con veneno. Pesco el manojo de llaves y me giro hacia la cerradura con las manos temblorosas.

—Te echo de menos —suelta en un susurro. Me quedo paralizada, con la llave a medio camino—. Ya no hay amenazas, Melissa. He aplastado a Rosales. Estás a salvo. Vuelve conmigo. Empecemos de cero. Te daré lo que quieras.

Me doy la vuelta, frunciendo el ceño. El rostro de Damon es una máscara de agonía; está nervioso, casi desencajado. El arrepentimiento en su mirada me nubla la vista, pero sus palabras

me hielan la sangre. Te daré lo que quieras. Sigue pensando como el gran CEO. Sigue creyendo que esto es una negociación.

Él hace una seña hacia la limusina aparcada en la penumbra, una nave espacial negra en esta calle miserable, y saca un ramo inmenso de rosas rojas de tallo largo. Un arreglo perfecto, carísimo, asfixiante. Me lo tiende con una esperanza que me resulta patética.

—Fui un imbécil. Perdóname —pide.

Algo se rompe dentro de mí con un estruendo sordo. Recuerdo nuestra última noche en el hotel, cuando me entregué pensando que era el inicio de algo y resultó ser mi ejecución. ¿Un ramo de flores? ¿Después de haberme destrozado el alma y haberme tratado como a un puto riesgo corporativo?

—No te falta valor —me mofo. Él frunce el ceño y yo estallo en un grito que me rasga la garganta—. ¡Me rompes el corazón y vienes aquí a intentar comprar mi perdón con unas putas flores perfectas!

Damon retrocede, impactado por mi violencia.

—Melissa, escúchame...

—¡No te escucho! ¡No quiero nada de ti!

Ya no soy dueña de mis actos. Las lágrimas de ira me nublan la visión mientras le arrebato el ramo de las manos. Empiezo a ensañarme con las rosas con una desesperación febril: doblo los tallos gruesos, arranco los pétalos aterciopelados con rabia y los tiro al suelo, pisoteándolos con saña sobre el asfalto frío y húmedo. Quiero que esas estúpidas flores sientan cada gramo del dolor que él me clavó en el pecho.

Damon observa la escena con los ojos desencajados, con las manos ligeramente alzadas, como si estuviera viendo un accidente en cámara lenta y no supiera cómo detenerlo.

La adrenalina me quema las venas. Recojo los restos humillados del ramo y, corriendo un par de metros, los lanzo con todas mis fuerzas a la carretera, justo cuando el autobús de línea pasa por encima, aplastándolos contra el pavimento con un crujido sordo.

—¡Eso es lo que puedes hacer con tus regalos y tus disculpas! —le grito mientras paso por su lado, empujándolo con el hombro.

Abro el portal y entro sin mirar atrás. Pulso el botón del ascensor con furia. Por el cristal de la puerta, veo a Damon parado ahí fuera,

solo en la calle sucia, mirando los pétalos aplastados bajo la fina lluvia. El llanto me desfigura la cara; me odio por este arrebato, me odio por seguir sintiendo algo.

Mira lo que has hecho de mí.

Las puertas del ascensor se abren. Entro, pulso mi planta y, en cuanto me quedo a solas con el espejo, me cubro la cara con las manos y me hundo en un llanto desgarrador.

Maldito seas, Damon Wallace. Maldito seas por volver.

Hay momentos que te definen; situaciones que te obligan a mirar al monstruo que llevas dentro. El monstruo que nació anoche en la acera.

Me veo a mí misma desde fuera: una psicópata destrozando rosas con las manos desnudas, la savia manchándome los dedos como si fuera sangre. Dios, ¿en qué me ha convertido? Al recordarlo, el asco que siento por mí misma es casi peor que el vacío.

Dormí bien, sí. Pero fue el sueño de los condenados, ese agotamiento absoluto que te deja el cuerpo como si te hubieran dado una paliza.

No me arrepiento de lo que le dije. No quiero nada de ti. Suena cruel, suena bajo, pero es que él se lo buscó. Él me enseñó este lenguaje de hielo cuando me dijo que hiciera mi vida.

Me miro al espejo mientras me abrocho la blusa y, de repente, el peso de los recuerdos me golpea el estómago. Me entran ganas de vomitar.

Vuelvo a aquel cottage. El olor a leña, el calor de su piel, el susurro de sus promesas que ahora sé que eran huecas. Recuerdo haber guardado aquella pulserita de flor como un tesoro. En ese momento, sentí que mi corazón por fin tenía un hogar. Qué patética. Fui una niña jugando a las casitas con un hombre que solo sabe demoler edificios.

Y luego... el hotel.

Esa es la herida que supura. El sexo de esa última noche no fue amor, fue un funeral. Me usó para despedirse mientras yo me abría entera intentando salvarlo. Me dejó vacía en esa cama. Como si pudiera simplemente pulsar un botón. Como si no llevara su olor pegado a la piel.

Mentira. Me estoy muriendo cada segundo. Me muero cuando veo una limusina negra, cuando escucho su risa en un extraño, cuando el silencio de mi casa se vuelve tan pesado que me cuesta respirar.

Vuelve con rosas perfectas y promesas vacías.

¿Empezar de cero? Es un insulto. Es como si me hubiera pegado un tiro y ahora viniera a ofrecerme un cheque para pagar la tirita. Él no entiende nada. Sigue siendo Mr. Control, intentando arreglar mi dolor con logística y floristas caros.

Termino de arreglarme. Mis movimientos son los de un autómata. Damon Wallace quiso que hiciera mi vida. Pues aquí estoy, viviendo esta farsa, respirando este aire usado, fingiendo que mi corazón no es una zona catastrófica.

Dios... qué manera tan sucia de perder la inocencia.

Capítulo 49. Damon

Sentado en la cafetería frente a Wallace Invest, doy un sorbo al café quemado mientras observo el ir y venir de la gente. Llevo varios días viniendo a este sitio de mala muerte antes de entrar a la oficina, camuflado tras mis gafas de sol. Ethan me dijo que Melissa solía desayunar aquí con sus amigas, y espero, con una desesperación que me avergüenza, cruzarme con alguna de ellas.

¿Para qué? Ni yo mismo lo sé. Quizá solo quiero oír su nombre de labios de alguien que la quiera.

En mi cabeza resuenan una y otra vez las palabras que Melissa me lanzó anoche. Nunca la había visto así. Su furia era un incendio que lo devoraba todo, pero lo que más me dolió fue verla tan frágil. Ha perdido peso. Tiene ojeras oscuras marcando su piel pálida. No dejo de culparme por haber convertido su luz en esa sombra de resentimiento y dolor.

Tal vez debería llamarla. Saco el teléfono, pero me quedo paralizado. No, llamar es un suicidio; no me cogerá. Mejor escribirle algo... algo que rompa el hielo de anoche.

Buenos días. ¿Hoy también vamos a destruir rosas?

Envío el mensaje y me quedo mirando la pantalla como si mi vida dependiera de ello. Nada. Silencio absoluto. Veinte minutos después, la ansiedad me gana la partida.

Por favor, habla conmigo. Necesito explicarte las cosas.

¡Al carajo con la paciencia! No puedo esperar más. Marco su número. Escucho los tonos con los ojos cerrados, rogando por un milagro, por el simple sonido de su respiración. De repente, el pitido se corta bruscamente. Mierda, me ha colgado.

Responde o me presento ahora mismo en tu portal. No bromeo, Melissa.

Intento enviar el mensaje, pero aparece un error de red. El pequeño círculo rojo de exclamación me devuelve la mirada. Vuelvo a llamar... ni siquiera da tono. Va directo al buzón de voz. Pruebo una vez más. Nada. Paso los siguientes diez minutos torturando el dispositivo, reiniciando la red, intentando cualquier cosa, hasta que la realidad me golpea con la fuerza de un mazo de acero.

Me ha bloqueado.

La rabia me invade, ahogada al instante por una incredulidad estúpida. Nadie me ha bloqueado nunca. Ni en los negocios, ni en mi vida personal, y mucho menos una mujer. Parece que hablaba en serio: no quiere saber nada de mí. Ni amistad, ni perdón, ni rastro de mi existencia.

Se me encoge el corazón en un puño. Maldita sea, yo mismo construí este puto muro de hielo y ahora me estoy rompiendo la cara contra él.

Miro por el ventanal hacia el imponente edificio de Wallace Invest. La sola idea de cruzar ese umbral, ponerme la armadura de CEO implacable y fingir que todo va bien me produce náuseas físicas.

Abro el chat de mi hermano.

No iré hoy, Ethan. Encárgate tú. Nos vemos mañana.

A las cinco de la mañana del día siguiente, sigo completamente vestido, tumbado en el sofá del salón de mi ático con la vista clavada en las sombras del techo alto. No he pegado ojo.

En mi mente dan vueltas las palabras de mi madre. Hablé con ella ayer. No le hablé de los millones ni de las acciones, solo le hablé de Melissa. Escuchó mi voz ronca, adivinó el whisky en mi sangre y no me juzgó. Con esa paciencia implacable que solo tienen las madres, me hizo ver que no puedo ser, al mismo tiempo, el hombre que

Melissa amó y el témpano de hielo que mi cargo exige. Tengo que elegir.

A juzgar por los hechos, solo tengo tres opciones.

La primera: dejar Wallace Invest, renunciar a mi propio imperio y convertirme por completo en ese "Michael" del aeropuerto, un hombre sin pasado que solo vive para ella. Es cobarde.

La segunda: permitir que Melissa desaparezca. Dejarla ir para que sane y aceptar que soy un hombre destinado a la soledad de la cima. Solo de pensarlo, siento un nudo áspero que me impide tragar aire.

Y la tercera: intentar el milagro. Intentar que convivan las dos facetas de mi vida. Dirigir mi empresa, pero rindiendo mis armas ante ella. ¿Es eso posible o solo es el delirio de un hombre desesperado que lo ha perdido todo?

Me levanto del sofá. El alcohol se ha evaporado de mi sistema, dejando una claridad fría y dolorosa. ¡Al diablo con mis dudas! Voy a intentar el milagro.

Pero esta vez no voy a cometer el mismo error de ayer. No voy a intentar recuperarla con rosas perfectas de cien dólares, ni con la agresividad con la que negocio la compra de una empresa. Eso ya no funciona. Ella no es un activo; es la dueña de mi vida.

Tengo que ir a su territorio. Sin guardaespaldas, sin limusinas, sin orgullo.

Y si no funciona... si ella ya no puede perdonarme tras verme completamente expuesto, simplemente venderé mi parte de Nueva York y me largaré de vuelta a Londres. Porque este ático, esta ciudad y esta maldita empresa no valen absolutamente nada si ella no está sentada al otro lado de la mesa.

Capítulo 50. Melissa

Apagué el ordenador de mi nuevo trabajo. Bloquear el número de Damon me había dado una satisfacción momentánea, pero ahora solo sentía un vacío inmenso. Ser fría con él era la única forma de purgar la rabia que me quemaba por dentro.

Bajé en el ascensor y salí a la calle; el frío era espantoso, así que me hundí en el cuello de mi abrigo, deseando desaparecer.

—Melissa.

Me detuve en seco. Maldita sea. Agaché la cabeza y eché a andar a paso ligero, ignorando el latido desbocado de mi corazón.

—Melissa, por favor —insistió. Su voz sonaba más grave de lo normal, rota.

—¿Qué quieres, Damon? —solté sin frenar—. Vete.

Caminé hacia la parada del autobús mientras él me seguía como una sombra persistente. A pesar de su abrigo de cachemira oscuro y su elegancia innata, se movía con cierta rigidez por las costillas fisuradas del accidente.

—Dame cinco minutos —pedía, apretando el paso para no quedarse atrás—. Sé que la he cagado... por favor. Tengo que explicarme.

—No me interesa —aceleré el paso, aunque mis piernas flaqueaban.

Él seguía ahí, mudo, hasta que soltó una propuesta desesperada:

—¿Y si vamos a tomar algo?

—Púdrete, Damon.

Llegamos a la parada. Me puse en la fila y él se pegó a mi costado, invadiendo mi espacio personal con su aroma a colonia cara y su presencia abrumadora.

—Sabes que Iván puede venir a buscarnos en un segundo —dijo en voz baja, mirando a la multitud con incomodidad—. No hace falta que esperes este trasto.

Le lancé una mirada de indiferencia absoluta.

—Damon, vete a casa —susurré entre dientes—. Vuelve a tu ático.

—No —soltó, cruzándose de brazos, con una terquedad férrea en los ojos—. No me voy a mover de tu lado.

El autobús llegó en ese momento. Se abrieron las puertas y salté dentro, validando mi tarjeta. Me fui directa al fondo, buscando el rincón más oscuro.

Un segundo después, vi algo que mi cerebro apenas pudo procesar. Damon Wallace subió al autobús.

Se quedó un momento frente a la máquina, desorientado, peleando con billetes bajo la mirada impaciente del conductor. Finalmente pagó, caminó por el pasillo estrecho y se dejó caer en el asiento de plástico duro justo a mi lado. Era una imagen surrealista. El gran CEO, atrapado en un asiento manchado, rodeado de ruido.

—Buen sitio —susurró, con la respiración agitada—. Me gusta.

—Deja de hablarme —corté.

—No puedo. Por fin lo he entendido todo y vas a escucharme.

—No hay nada que arreglar —mascullé, mirando por el cristal empañado el reflejo de mi propia derrota.

—No digas eso, nena. Estoy tan feliz de verte respirar... Dios, te he echado tanto de menos —susurró, tan cerca que sentí su aliento en mi cuello.

Algo se quebró en mi pecho. Un dique que contenía un mar de angustia.

—¡No te atrevas a decir eso!

—Es la verdad.

—Cállate, Damon. El tiempo de las palabras se agotó en aquel hotel.

Cuando el autobús se detuvo en mi parada, me abrí paso a empujones y salté a la acera fría. Él bajó tras mis pasos. Caminamos en silencio hasta mi edificio. El portal tenía la pintura desconchada y la luz parpadeaba con un zumbido eléctrico.

Me giré, bloqueando la puerta con mi cuerpo, furiosa.

—¡Me rompes el corazón, me humillas y crees que puedes venir aquí a arreglarlo! —le grité—. ¿Qué esperas de mí?

Damon me miró bajo esa luz amarilla y parpadeante. Su arrogancia había desaparecido por completo.

—Hablemos. Te necesito, y tú a mí. Podemos arreglarlo.

Las lágrimas nublaron mi vista. Me odiaba por ser tan vulnerable ante él.

—No puedo —balbuceé, dándome la vuelta hacia la cerradura.

—Te lo suplico —su voz se quebró a mis espaldas—. ¿Quieres que me ponga de rodillas? Lo haré. Dime qué tengo que hacer.

Me giré una última vez.

—Haz tu vida, Damon.

—Me lo merezco —murmuró él, hundido—. Pero tú no merecías lo que te hice. Estaba aterrorizado. Entré en pánico, Melissa. Mis enemigos te usaron, casi pierdo la empresa, casi mato a un hombre a golpes... Perdí el control de mi vida de una forma que me asustó. Y te culpé a ti porque eras lo único que me importaba más que yo mismo. Te aparté para protegerme. Fui un puto cobarde.

Cerré los ojos, recordando el cottage, la nieve, las promesas. Dios, cómo lo había extrañado.

Él metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó algo con cuidado. No era una joya. No era un regalo comprado. Era mi pulsera. La pulsera de flores secas de la boda de Cristina.

La miré, sintiendo que me faltaba el aire. La había guardado todo este tiempo.

—Damon... —balbuceé.

—Sé que no merezco que me perdones —susurró, dando un paso hacia mí hasta acorralarme contra la madera vieja de la puerta—. Sé que te destrocé. Por eso estoy aquí, en tu mundo. Si no me aceptas

como soy, con toda mi basura, renunciaré a Wallace Invest mañana mismo. Mandaré el imperio al infierno, porque no vale nada si no estás tú al otro lado de la mesa.

Le sostuve la mirada en silencio. Vi al hombre dispuesto a quemar su mundo para que yo no tuviera frío. El último muro de hielo de mi pecho se hizo añicos. Miré al hombre más poderoso de Nueva York temblando por mí en un pasillo sucio de Brooklyn.

Ya no pude contener las lágrimas. Solté las llaves, que cayeron al suelo con un tintineo metálico, y le rodeé el cuello con los brazos, enterrando mi rostro en su hombro.

Él soltó un sonido ahogado, una mezcla de sollozo y alivio absoluto, y me abrazó con una fuerza desesperada, aplastándome contra su pecho caliente.

—Estoy aquí —lloré contra su abrigo—. Estoy aquí, idiota.

—Gracias... —repetía él como una plegaria, besándome el pelo, el cuello, la frente—. Te amo, Melissa. Dios, te amo tanto.

Allí, bajo la luz parpadeante y el frío de la calle, el imperio de Damon Wallace cayó para siempre. Y en su lugar, nació algo mucho más fuerte.

Capítulo 51. Damon

Iván conduce como una anciana en un paseo dominical y estoy empezando a perder los estribos. Golpeo el cristal divisor de la limusina con los nudillos, impaciente.

—¿Te han regalado el carné en una tómbola? ¡Acelera, joder!

—Señor, llegamos con una hora de antelación —responde su voz calmada por el intercomunicador—. Relaje la pierna.

Me hundo en el asiento de cuero, frustrado. Tengo los nervios deshilachados.

Aunque el viernes nos abrazamos en su portal, ella todavía necesitaba tiempo. Se fue a pasar el fin de semana con sus padres. No me ha enviado ni un solo mensaje en estos dos días. Me he dedicado a correr por Manhattan como un desquiciado para no vaciar una botella de Macallan. La idea de que la distancia le haya hecho cambiar de opinión y me rechace de forma definitiva me revuelve el estómago.

Bajo del coche antes de que Iván termine de frenar en la acera de llegadas.

—Espérame en la zona de carga. Y no te duermas —ordeno mientras ajusto mi chaqueta.

Entro en el aeropuerto con paso firme. Intento proyectar mi máscara habitual de hombre imperturbable, pero por dentro soy un

caos. Me planto frente a la puerta de salida de pasajeros. Llevo las manos en los bolsillos y la mandíbula tan apretada que me duelen los molares.

Nada de alcohol. Ella no quiere a un borracho. Quiere a un hombre seguro, aunque ahora mismo no tenga ni idea de qué voy a decirle.

El panel electrónico parpadea. Vuelo 1240. Aterrizado.

Siento una descarga de adrenalina en la columna. Empieza a salir una marea de pasajeros y, de repente, la veo.

Lleva unos vaqueros ajustados, un jersey sencillo y esa expresión de firmeza que tanto me gusta. Me interpongo directamente en su camino.

Ella frena en seco. Me mira de arriba abajo, arqueando una ceja con una mezcla de cansancio y diversión contenida.

—Vaya, el acosador del autobús ha subido de nivel —dice, cruzándose de brazos—. ¿Ahora patrullas aeropuertos?

Capítulo 52. Melissa

Camino entre la multitud del aeropuerto con el corazón martilleando contra las costillas. He pasado los últimos días en una comisión de servicio para Taylor, un tiempo que me ha servido para poner distancia física, pero no mental. Mientras analizaba riesgos financieros, mi mente no dejaba de auditar mi propia vida. He intentado decidir qué hacer, a quién quiero a mi lado, y la respuesta siempre terminaba en el mismo nombre: Damon Wallace.

Negarlo es inútil. Está grabado en mi piel. Tengo miedo, un miedo atroz a que me rompa otra vez, pero sus palabras resuenan en mi cabeza como un mantra: Amar es de valientes. Me toca tragarme el orgullo, encontrar el coraje para avanzar y rezar para no haberme equivocado. No sobreviviría a otro golpe así.

De repente, lo veo. Damon está allí, destacando entre la masa de gente, buscándome con la mirada. Al verme, su rostro se transforma; me dedica una sonrisa que lo ilumina todo. Olvido la distancia, olvido el pasado y me lanzo a sus brazos. Me estrecha contra él con tanta fuerza que me quita el aliento, anclándome a la realidad. No hacen falta besos de película ni discursos ensayados; solo estamos nosotros, en silencio, aceptando que somos el destino del otro.

Cuando inclina la cabeza y me besa, el mundo desaparece. Me toma la cara entre las manos y su lengua se desliza contra la mía con una urgencia conocida. Es estúpido negarlo: mi hogar está donde esté él.

Una hora después, entramos en mi apartamento de la mano.

En el trayecto apenas hablamos. Fui sentada en su regazo dentro de la limusina, protegida por sus brazos, saboreando su cercanía mientras el cristal tintado nos separaba de Iván y del mundo. Él me besaba la sien de vez en cuando, como si necesitara confirmar que era real. Me faltaban estos momentos. Antes, el sexo era nuestro motor principal, pero ahora lo que dicta el corazón está por encima de cualquier urgencia de la piel. Sé que él siente lo mismo.

Me gira hacia él y me sostiene la mirada en el salón en penumbra.

—Melissa... —empieza, pero la voz se le quiebra—. Te lo juro, de ahora en adelante lo eres todo para mí. Aquí empieza nuestra vida de verdad.

Se me saltan las lágrimas, pero esta vez la ternura se transforma en un hambre voraz. Lo quiero todo. Quiero quemarme con él.

—Vamos a la cama —le pido.

Damon me levanta en vilo y me lleva a la habitación como si fuera un tesoro rescatado de un naufragio. Al dejarme sobre el colchón, busca mi cuello. Siento el escalofrío recorrer mi columna y sonrío hacia el techo cuando me muerde con esa suavidad posesiva que tanto adoro.

Le arranco la chaqueta y la camisa, y él hace lo mismo con mi ropa. Es un movimiento urgente, torpe por la prisa, eliminando cualquier barrera. Pronto solo queda nuestra piel desnuda y el deseo acumulado de mil noches de soledad.

Me tumba con cuidado, me besa los labios, baja por mi pecho... pero lo detengo, tirando de su pelo oscuro.

—No —susurro—. No quiero esperar. Quiero sentirte entero ahora.

Nos miramos a los ojos. Hay algo sagrado en este instante de absoluta vulnerabilidad.

—Vamos, Michael —lo provoco con un susurro travieso—. No te detengas. Te quiero ya.

Él cierra los ojos de puro placer, se posiciona sobre mí y me devora los labios mientras abro las piernas para recibirlo. Entra de un solo impulso, profundo, arrancándome un gemido que nace de mis entrañas.

—Maldita sea, Melissa —jadea contra mi cuello, enterrando sus dedos en mis caderas.

—Digo lo mismo —respondo aferrándome a su espalda, clavando mis uñas en sus hombros.

Damon marca un ritmo que me hace arquearme hacia él. No quiero delicadeza; quiero sentir que vuelve a reclamar el territorio que siempre le perteneció.

—Más rápido —murmuro, retorciéndome bajo su peso.

Él cambia el ángulo, me clava la mirada con los ojos oscurecidos por la lujuria y apoya mis piernas sobre sus hombros. Empieza a moverse con una fuerza rítmica, profunda, casi violenta. El cabecero de la cama golpea contra la pared marcando el compás de nuestra entrega. Es el hombre perfecto, el animal que recordaba. Damon Wallace nació para poseer y ser poseído.

Lo veo luchar por no perder el control, con los músculos en tensión y la respiración rota, y es la imagen más hermosa que he visto jamás. El calor me invade, el pulso se dispara y siento que estoy a punto de desintegrarme. Suelto un grito cuando el orgasmo me golpea, sacudiendo cada fibra de mi ser. Siento cómo mi interior se contrae alrededor de él, atrapándolo.

Él echa la cabeza hacia atrás, se hunde hasta el fondo con un gemido sordo y se entrega con una intensidad que me hace temblar. Luego se desploma sobre mí, uniendo nuestros labios en un beso que sabe a victoria.

—Bienvenida a casa, nena —susurra contra mi boca—. Bienvenida a casa.

Una semana después.

—Melissa, necesito que analices el balance de esta constructora para una campaña de relaciones públicas —me dice Taylor mientras coincidimos junto a la fotocopiadora de Wallace Invest.

—Claro. Esta tarde te doy los números —prometo, intentando sonar profesional.

La oficina es un hervidero, pero apenas puedo concentrarme. Ha sido una semana mágica. Siento que amo a ese hombre con cada átomo de mi cuerpo. Los miedos se han esfumado y, este fin de semana, por fin he mudado mis cosas a su ático.

De repente, un sonido extraño recorre el pasillo. Todas las cabezas se giran. Empiezan a sonar los primeros acordes de *Can't Take My Eyes Off You* a todo volumen.

Entonces aparece él. Damon. Camina con paso firme, impecable en su traje azul a medida, pero detrás viene Ethan, con una sonrisa de oreja a oreja y cargando un radiocasete ochentero sobre el hombro como si fuera un extra de una película adolescente.

—¿Pero qué demonios...? —murmuro, frunciendo el ceño mientras trato de contener una carcajada incrédula. El gran "Mr. Control" montando una escena de comedia romántica en su propia empresa.

Damon se acerca, ignorando a mis compañeros que ya están grabando con sus móviles. Se detiene frente a mí con una mirada cargada de una esperanza casi vulnerable.

—Melissa Ferrell —dice en voz alta, silenciando el murmullo de la oficina.

—¿Sí?

Damon hinca una rodilla en el suelo. El jadeo colectivo recorre el lugar. Me llevo la mano a la boca, sintiendo que el corazón se me va a salir del pecho.

—¿Quieres casarte conmigo?

Abre una cajita de terciopelo negro. Un diamante de corte ovalado brilla con una intensidad insultante bajo las luces fluorescentes. Miro a Ethan, que está a unos metros disfrutando del espectáculo.

—Yo solo soy el DJ —se mofa mi cuñado, dándole un golpecito al aparato.

—Estás completamente loco —le susurro a Damon, con las lágrimas asomando a mis ojos.

—Eso está más que demostrado —responde él sin dejar de mirarme—. Responde a la pregunta, Ferrell. Me está empezando a doler la rodilla y tengo una junta directiva en veinte minutos.

Bajo los acordes de la canción, asiento con una sonrisa radiante. Damon desliza el anillo en mi dedo y me inclino para besarlo

mientras la oficina estalla en aplausos y vítores.

—¿Suficientemente romántico para ti? —me pregunta al oído cuando me levanta en vilo.

—Has dado en el clavo, Wallace. Te quiero.

Un mes después.

Damon me ha dado tres meses para organizar la boda. No tengo ni idea de los detalles, pero él dice que mientras yo aparezca frente al altar, el resto le importa una mierda. Es viernes por la tarde y lo espero en el parking subterráneo de su edificio.

—¿Te ha dicho qué trama hoy? —le pregunto a Iván.

—Creo que se va a llevar una sorpresa, señorita —dice él con una sonrisa cómplice.

De pronto, un sonido metálico y renqueante resuena en el parking. Una pick-up vieja y destartalada dobla la esquina. Damon está al volante, luciendo unas gafas de sol y una sonrisa de pícaro. Iván estalla en carcajadas.

—¿Qué es esta chatarra? —pregunto riendo mientras abro la puerta del copiloto, que chirría de forma alarmante.

—¿Te vienes conmigo, nena? —me guiña un ojo.

—¿A dónde me llevas?

—Voy a secuestrarte. Tus maletas ya están atrás. He comprado este trasto de incógnito para pasar desapercibidos el fin de semana, aunque ya te he pedido un Range Rover nuevo; este asiento es una tortura para la espalda.

—Eres un esnob irremediable —me río y me despido de Iván con un abrazo.

Damon arranca, hace sonar el claxon como un loco y salimos a las calles de Nueva York. Dos horas después, cuando entramos en el camino de entrada de aquella zona de mansiones y árboles centenarios que tanto me gustaba, doy un brinco en el asiento.

—¿Vamos a nuestra casa de la nieve? —grito emocionada al reconocer la ruta y la fachada rústica.

—La he alquilado para el fin de semana.

Me abalanzo sobre él para besarlo mientras intenta maniobrar por el sendero. En cuanto frena ante la vieja mansión, salto del coche y corro hacia la puerta. El paisaje es de ensueño.

—Damon, me encanta este sitio. Es perfecto. Quizá algún día...

Él se acerca por detrás y me tiende un juego de llaves con un enorme lazo rojo. Ante mi mirada confusa, aclara con voz suave:

—No la he alquilado, Melissa. La he comprado para ti.

—¿Qué?

—Pensé que nos vendría bien un sitio para escapar. Un lugar donde "Michael" y Melissa puedan ser ellos mismos lejos del mundo.

—¿Has comprado la mansión? —susurro, impactada por la magnitud del regalo.

—Me convertiré en quien tú quieras, Melissa —dice estrechándome contra su pecho, envolviéndome en su calor—. Porque tú me salvaste la vida.

—¿Cómo? —Lo miro sin entender, recordando el accidente—. Tus abogados te habrían librado de cualquier cargo, Damon. Yo no hice nada...

Él me toma la cara entre las manos y me mira con una intensidad que detiene el tiempo.

—Te olvidas de una cosa. No me morí en ese asfalto... porque sabía que tenía que volver a tocarte. Soy exactamente ese tipo de hombre, Melissa. El que solo respira si tú estás cerca.

Epílogo

Melissa

En las bodas siempre hay dos tipos de personas: las que brillan y las que sostienen la estructura con cinta adhesiva. Durante años, yo fui la cinta. La que cosía dobladillos de última hora y calmaba ataques de pánico. Pero hoy, por fin, me toca brillar.

Lo más extraño es que mi cerebro, programado para el desastre, sigue buscando salidas de emergencia por pura inercia. Es un hábito difícil de matar. Instintivamente, busco mi bolso para comprobar el minibotiquín de emergencias —tiritas, hilo, aguja—, pero no está. Damon me lo quitó anoche con una sonrisa de suficiencia.

Mañana no eres la salvadora de nadie, Melissa. Mañana solo eres mi mujer.

—¡Melissa, suelta ese ramo! —ordena Cristina, entrando al camerino como un torbellino.

Las flores están perfectas. Ella ha resucitado a la florista, ha amenazado al fotógrafo y ha comprobado tres veces que el juez esté sobrio.

—Es que el lazo parece un poco flojo... —intento decir.

Cristina me da un manotazo cariñoso en los dedos y se ríe.

—¡Que lo sueltes! ¿Recuerdas mi boda? Tú cosiste mi vestido y evitaste que mi madre sufriera un síncope. Hoy te toca ser la novia

inútil que no sabe ni dónde tiene los pies. Es mi turno de ser la heroína con el botiquín.

Me miro al espejo y suelto un suspiro de alivio. Mi reflejo ya no es el de una mujer en modo supervivencia. No hay ojeras ni tensión en los hombros. Solo una paz que me hace ver más hermosa de lo que jamás imaginé.

—¿Damon está nervioso? —pregunto.

—Damon está insoportable —dice Cristina, poniendo los ojos en blanco—. Ha comprobado el protocolo de seguridad del hotel dos veces y ha enviado a Ethan cuatro veces para preguntar si necesitabas algo.

De pronto, la puerta se abre un poco. Es Ethan. Trae un café y una nota doblada.

—El novio dice que leas esto. Ha tardado media hora en escribirlo sin sonar como un contable.

Abro la nota. La letra de Damon es firme, elegante y autoritaria.

«He comprobado las flores, al fotógrafo y al juez. El bajo de tu vestido está intacto y los anillos los tengo yo, porque no confío en nadie más. No hace falta que busques salidas de emergencia. Si quieres huir, que sea conmigo. No lleves aguja ni hilo; si el mundo se rompe hoy, lo coseré yo con mis propias manos. Te espero en el altar. No llegues tarde, o tendré que ir a buscarte en un autobús».

Suelto una carcajada limpia. Es un idiota. Mi idiota.

La ceremonia es un sueño. Cuando camino hacia él, no hay nudos en mi garganta, solo una certeza absoluta. Damon me mira como si fuera lo único importante del universo. Ya no queda rastro del hombre de hielo; solo está el hombre que aprendió a sentir porque yo le enseñé el camino.

Cuando el juez nos declara marido y mujer, Damon me atrae hacia él y me besa con esa mezcla de mando y ternura que solo él posee.

—¿Todo bien, señora Wallace? —me susurra al oído entre los aplausos.

—Ni una sola catástrofe, Damon. Cristina lo tiene todo bajo control.

—Mejor —sonríe él, rozando mi nariz con la suya—. Porque a partir de ahora, de tus problemas me encargo yo. Tú solo encárgate

de quererme.

Nos alejamos del altar bajo una lluvia de pétalos blancos. Al pasar junto a Cristina, ella me guiña un ojo y levanta su bolso: dentro asoma el mango de una aguja y un rollo de cinta adhesiva. Ambas estallamos en una carcajada que solo nosotras entendemos.

La recepción se celebra en un espectacular *rooftop* industrial en el corazón de Tribeca. Es el Nueva York que siempre soñé: ladrillo visto, vigas de acero y miles de bombillas de filamento que cuelgan como estrellas bajas bajo el cielo de Manhattan.

Me detengo un momento para observar a mi marido desde lejos. Cristina se me acerca con una copa de champán.

—¡Melissa Ferrell-Wallace! ¿Se puede saber por qué no estás bailando?

—Estoy descansando, Cris.

—¡Ni hablar! ¿Y dónde está el novio? Le acabo de ver intentando explicarle a un tipo de Wall Street el protocolo de seguridad de este edificio. En serio, no cambia.

Como si la hubiera escuchado, Damon se desliga de los inversores y se acerca, rodeando mi cintura con posesividad.

—Melissa, he detectado tres posibles puntos de evacuación y un cortocircuito en la zona de catering —me informa, muy serio.

—Damon, por favor —le corta Cristina—. Hoy no hay riesgos. He revisado todo. Es mi día de salvar la boda, tú relájate. Por cierto —añade, mirándome—, ¿sabes que por la ley de Nueva York no tenías por qué haber cambiado tu apellido? Hubieras podido seguir siendo solo Melissa Ferrell.

Miro a Damon y sonrío. Él me observa, esperando mi respuesta.

—He firmado como Melissa Ferrell-Wallace. El Ferrell es por la chica que sobrevivió para llegar hasta aquí. El Wallace es porque me gusta que el mundo sepa a quién le pertenece mi corazón.

Damon me quita la copa y la deja en una mesa sin apartar los ojos de mí. Me guía hacia la barandilla de cristal, donde el *skyline* se despliega ante nosotros como un río de oro. Me abraza por la espalda, apoyando su barbilla en mi hombro.

—¿Todo bajo control, señora Wallace? —susurra.

Me giro en sus brazos y le coloco bien la corbata, aunque está perfecta. Él me señala la muñeca; llevo la pulsera de la boda de Cristina, la que él guardó durante tanto tiempo. La que me devolvió cuando decidió ser valiente.

—Antes corría porque pensaba que alguien me perseguía —le confieso, apoyada en su pecho, escuchando su corazón latiendo con fuerza contra el mío—. Luego corría para intentar alcanzarte a ti. Pero ahora ya no necesito correr a ninguna parte... porque ya he llegado. Mi meta eres tú, Damon.

Damon me besa con una profundidad que sabe a promesa cumplida. Por fin entiendo que no necesito un botiquín de emergencia. Todo lo que necesito está justo aquí. El mundo, por fin, ha decidido salvarme a mí.

Damon

Observo el *skyline* desde la terraza en Tribeca. El aire de Nueva York es cortante, pero no lo siento. Busco entre la multitud y, por un segundo, me tenso al no verlas.

Finalmente, las localizo cerca de la banda de jazz: mi madre y mi hermana pequeña. Dieciocho años ya. Han volado desde Londres para ver cómo el «soltero de oro» de la familia finalmente hincaba la rodilla.

Mi madre me dedica una inclinación de cabeza, serena, y mi hermana me guiña un ojo antes de volver a arrastrar a Cristina a la pista de baile. Verlas aquí, mezcladas con el caos de la vida que he construido con Melissa, es el último cierre que necesitaba.

Ethan se acerca y me entrega un vaso de cristal tallado con agua con hielo. Me lo ofrece con una sonrisa ladeada. Llevo semanas limpio; no quiero que nada empañe la nitidez con la que veo a mi mujer esta noche.

—Lo lograste, Damon —dice Ethan, apoyándose en la barandilla—. Has montado una boda que parece una jodida película clásica. Hasta mi madre ha dejado de quejarse.

—Te debo una, Ethan. Por lo de Melissa... y por no dejar que me hundiera cuando decidí ser un imbécil profesional.

—Deuda saldada. Ahora ve con ella antes de que Cristina la emborrache.

Miro a mi alrededor. Veo a Graham y Chloe discutiendo entre risas por algo de su bebé, y a Daniel y Vicky bailando como si el mundo fuera a acabarse mañana. Es extraño ver a los Wallace así. Menos como una corporación y más como una familia.

Pero mi centro de gravedad está en otra parte.

Melissa está junto al ventanal, hablando con Taylor. Su vestido de seda blanca resbala por sus curvas como agua. Me acerco, le pongo una mano en la base de la espalda y siento su calor instantáneo. Se despide de Taylor y se gira hacia mí, rodeando mi cuello con sus brazos.

—¿Cansado, señor Wallace? —me pregunta con esa sonrisa traviesa.

—Hambriento, señora Ferrell-Wallace. Vámonos de aquí.

En cuanto la puerta de nuestra *suite* se cierra tras nosotros, el control que he mantenido durante toda la ceremonia se hace añicos. No hay luces de Nueva York, ni invitados, ni protocolos. Solo el sonido de su respiración agitada.

La acorralo contra la puerta. Mis manos recorren la seda de su vestido, desesperadas por encontrar su piel. La beso con una sed que no se apaga, una necesidad física que me duele en el pecho. Melissa me devuelve el beso con la misma urgencia, tirando de mi corbata hasta que me obliga a bajar la cabeza.

—Damon… —jadea contra mis labios.

La levanto en vilo y ella enreda sus piernas alrededor de mi cintura. Sus manos se clavan en mis hombros mientras la llevo hacia la cama. La deposito sobre las sábanas con una delicadeza que me cuesta mantener. Quiero ser suave, quiero ser el hombre que ella merece, pero la pasión que me provoca es un incendio incontrolable.

Empiezo besando su cuello, bajando por la clavícula, saboreando cada centímetro mientras me deshago de su ropa con dedos torpes. Cuando finalmente estamos desnudos, la luz de la luna entra por el ventanal, bañando su cuerpo. Es perfecta.

Empiezo despacio, con caricias lentas que la hacen arquearse y gemir mi nombre. Me tomo mi tiempo, adorando cada rincón de su piel, sintiendo cómo tiembla bajo mi boca. Es un encuentro

reverente, casi sagrado, donde cada roce es una promesa de que no volveré a fallar.

Pero Melissa tiene otros planes. Me agarra del pelo, me obliga a mirarla a los ojos y susurra algo que me quita el juicio.

—No me trates como si fuera de cristal, Damon. Recuérdame por qué eres un Wallace.

Esa es la señal. Mi poco autocontrol se va al infierno en un segundo.

La giro con brusquedad, obligándola a hincar las rodillas y hundir la cara en las sábanas. No hay espacio para la delicadeza; solo quiero poseerla hasta que olvide su propio nombre. La agarro de las caderas, clavando mis dedos en su piel, y me hundo en ella de un solo impulso brutal.

Ella suelta un grito quebrado, un sonido que hace que mis instintos se vuelvan más salvajes. Su interior me aprieta, me quema, recibiéndome como si hubiera nacido para ser invadida por mí. Empiezo a moverme sin piedad. Ya no hay ritmo, solo una urgencia frenética. El cabecero de la cama golpea la pared con un estruendo que marca el compás de nuestra propia entrega.

Melissa jadea, arqueando la espalda, buscando más de este caos que solo yo puedo darle. Le agarro el pelo, tirando ligeramente de su cabeza hacia atrás para que sienta cómo la reclamo hasta la última fibra, marcando mi territorio como el animal que soy. Sus uñas me arañan los brazos, pero el dolor solo alimenta mi necesidad.

Cuando el orgasmo me golpea, no es una liberación; es una rendición absoluta. Me aferro a sus caderas como si quisiera fusionar nuestros huesos. Suelto un gemido ronco mientras me derramo dentro de ella con una fuerza que me vacía, sintiendo cómo su cuerpo tiembla en espasmos violentos alrededor de mí.

Nos desplomamos sobre el colchón, sudados, pegajosos y agotados. He reclamado lo que es mío, y ella me ha reclamado a mí de la única forma que importa.

Minutos después, tumbado a su lado con el corazón todavía galopando, la atraigo hacia mi pecho. Melissa apoya la cabeza sobre mi corazón y yo beso su coronilla.

Ya no necesito aviones, ni oficinas en el piso cincuenta, ni el miedo de los demás para sentirme poderoso. Mi imperio es este silencio, esta habitación y la mujer que, por fin, ha dejado de correr porque sabe que su meta siempre fui yo.

Epílogo de la autora

Gracias por acompañarme en este intenso viaje. Sé que ha sido una montaña rusa de emociones y que, en más de una ocasión, el camino se volvió oscuro y difícil, pero has llegado hasta el final. Has sentido el dolor, la rabia y la pasión desenfrenada de Damon y Melissa como si fueran tuyos. Por eso, su historia no termina con la última página; sigue viva en ti.

Como autora independiente, tu conexión con este libro significa el doble para mí. Si estas páginas han logrado emocionarte, te agradecería enormemente que dedicaras un minuto a dejar una reseña. Tu opinión es el motor que permite que estas historias rompan barreras y lleguen a nuevos lectores.

Tú eres mi verdadera inspiración. ¡Nos vemos en la próxima historia!

Para estar en contacto, recibir novedades exclusivas y ofertas especiales, te espero en:

https://es.linda-moon.eu/

Un abrazo fuerte,

Linda Moon